BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

•

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

•

FRAGMENTOS NOVELESCOS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JULIA MENDOZA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de *Quéreas y Calírroe* ha sido revisada por GEMMA PASCUAL, y las de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos*, por LOLA LARA NAVA.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1979.

La introducción a *Quéreas y Calírroe* es de Carlos García Gual y las introducciones de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos* son de Julia Mendoza.

Depósito Legal: M. 2522 - 1979.

ISBN 84-249-3520-9.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—4793.

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

INTRODUCCIÓN

1. *Caritón de Afrodisias, el primer novelista de Occidente*

De la literatura helenística se han transmitido hasta nosotros cinco obras que podemos, estrictamente, calificar como novelas, novelas de amor y aventuras. Con ellas se inaugura en Occidente este género literario, el último inventado por la tradición helénica. Los autores de estas cinco novelas nos son conocidos de un modo muy precario, tan sólo por sus obras (como es el caso de Caritón, Jenofonte de Éfeso, Longo) o por muy poco más (Aquiles Tacio y Heliodoro). La época en que vivieron, su cultura y sus intenciones literarias hemos de deducirlas de sus propios relatos en un género tardío y menospreciado de los doctos, que floreció en el anonimato y al margen de las preceptivas literarias de la Antigüedad.

Las cinco novelas que conservamos por entero son cinco muestras afortunadas de una producción romántica que, suponemos, fue bastante numerosa y que en su mayor parte se nos ha perdido. Además de ellas, un par de resúmenes del erudito patriarca Focio (siglo IX) nos informan de otras dos (la de Antonio Diógenes y la de Jámblico), y los hallazgos papiráceos atestiguan, muy fragmentariamente, al menos una media docena más de títulos. Al margen de estas novelas típicas y de-

jando a un lado el problema de discutir si todos los «fragmentos novelescos» se refieren a un argumento romántico típico, nos encontramos con otros relatos que, de una manera más laxa, pueden calificarse de novelescos, como son, p. e., la *Historia Verdadera* de Luciano, la *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato, o la *Vida y Hazañas de Alejandro* del Pseudo Calístenes. Estos textos forman una especie de eslabón entre la novela romántica y la literatura historiográfica de la época helenística, con su propensión a las aventuras fabulosas y a los efectos dramáticos. Pero, por esa notoria conexión con ese otro género literario, conexión que puede ser paródica, como en el relato lucianesco, podemos considerarlos como ficciones paranovelescas.

A pesar de las enormes lagunas de la traducción textual y de las escasísimas referencias antiguas al desarrollo del género de la novela griega, su historia está bien estudiada en sus líneas esenciales gracias a la labor crítica de filólogos actuales [1].

Entre los cinco novelistas griegos cuya obra conservamos Caritón de Afrodisias es, sin dudas, el más antiguo. La fecha en que compuso la historia de los amores de Quéreas y Calírroe es tema de discusión. Mientras que algunos estudiosos la fechan en la primera mitad del siglo I antes de J. C. (así lo hace Papanikolaou), la

1 Como estudios de conjunto, véanse los de: B. E. PERRY, *The Ancient Romances. A Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley, 1967; B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J. C.* (pp. 309-405), París, 1971; C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972. Del interés que suscita entre los filólogos actuales el tema da una idea el volumen colectivo que recoge en resumen las conferencias del coloquio internacional de Bangor, 1976, sobre las novelas antiguas, ed. por REARDON con el título de *Erotica Antiqua*, Bangor, 1977. El resumen más reciente sobre los estudios actuales, con anotaciones críticas claras, es el de T. HÄGG, publicado (en sueco) como apéndice a la traducción danesa de Heliodoro, hecha por E. HARSBERG (Copenhague, 1978, pp. 271-304).

datación más generalmente aceptada la sitúa en el siglo I después de J. C. (p. e., así la datan Reardon, Plepelits, etc.). No tenemos para fecharla otros datos que los que se encuentran en el propio texto. El título original de la novela fue el de *Calírroe*. El que la novela recibiera el nombre de la protagonista no deja de ser significativo.

Por su posición cronológica, la novela de Caritón se halla, en cualquier caso, situada entre el texto novelesco más antiguo que conocemos fragmentariamente, por unos papiros, la llamada *Novela de Nino* y las *Efesíacas* de «Jenofonte de Éfeso» (el nombre es un pseudónimo, que subraya la filiación histórica en que se incluía este otro novelista), que pertenece ya al siglo II d. C. En cuanto a la *Novela de Nino* se suele datar hacia el año 100 antes de J. C. Con estas dos obras, y probablemente con los fragmentos de *Metíoco y Parténope*, Caritón nos ofrece el exponente más destacado de ese tipo de ficción romántica no influido por los artificios retóricos de la Segunda Sofística, cuya influencia es bien visible en las novelas posteriores. El decorado histórico de la ficción romántica (Calírroe es hija del famoso estratego siracusano que derrotó a los atenienses, Quéreas combatirá contra el rey persa Artajerjes II, etc.) ha permitido calificar de «novelas históricas» *sui generis* este tipo de relatos, como una última degeneración de la fabulosa historiografía helenística.

Por un extraño destino, la obra de Caritón ha gozado de un prestigio muy inferior al que merecía y se ha tenido que contentar con un injusto papel de «cenicienta» (como señala K. Plepelits) en el contexto de la literatura helenística. Los bizantinos apreciaron mucho menos las novelas de la época presofística que los relatos más barrocos y técnicamente más refinados del segundo período. Ningún autor antiguo ni bizantino se refiere a esta obra, de no ser en dos alusiones despectivas

marginales de Persio y Filóstrato[2]. Por otro lado, el manuscrito único que nos transmite el texto (el códice *Laurentianus Conventi Soppresi*, núm. 627, del siglo XIV)

[2] La primera *Sátira* de PERSIO acaba con el verso:

«His mane edictum, post prandia Callirhoen do» (I, 134)

«A éstos (a la gente ineducada) les doy por la mañana un edicto, y para después de la comida a *Calírroe*», dice el pedante poeta romano. Es decir, traducido al lenguaje actual, algo así como: «por la mañana, el periódico y por la tarde, a la hora de la siesta, la novela rosa de moda». No es seguro, sin embargo, que Calírroe sea el nombre de una obra literaria, y no el de una persona, p. e., una joven esclava. La probabilidad de que Persio, en esta sátira escrita hacia el año 59 d. C., pudiera aludir a nuestra novela ha vuelto a ser defendida por K. PLEPELITS (Cf. *Chariton von Aphrodisias, Kallirhoe*, Stuttgart, 1976, pp. 29-30 de la Introducción.)

La alusión de FILÓSTRATO fue destacada por Perry, para acentuar el menosprecio que un escritor de prestigio, como este autor de la Segunda Sofística, mostraba respecto de un novelista. Dice así, en su carta 66, fingiendo dirigirse a él:

«A Caritón. ¿Crees que los Griegos van a guardar memoria de tus relatos, una vez que hayas muerto? Los que no son nadie mientras viven, ¿quiénes serán cuando ya no existan?»

Como no conocemos ningún otro literato de ese nombre, es probable que Filóstrato apostrofe al Caritón novelista. De hecho, en otros casos Filóstrato se dirige a personajes ya desaparecidos en el momento en que escribe, a comienzos del s. III. Sin embargo, no deja de ser curioso que esta alusión despectiva testimonie que dos siglos y medio después de componerla, la novela de Caritón aún era recordada por los Griegos, probando lo contrario de lo que dice.

En cuanto a la fecha de composición de la novela, A. P. PAPANIKOLAOU en su *Chariton-Studien*, Gotinga, 1973, propone la fecha más temprana, subrayando que Caritón sería así anterior al movimiento aticista del siglo I a. C. (en su segunda mitad). Como ya he dicho, la mayoría de los estudiosos siguen prefiriendo fecharlo en el siglo I d. C. Tan sólo R. MERKELBACH, y su discípulo R. PETRI (en *Ueber den Roman des Chariton*, Meisenheim am Glan, 1963) han defendido recientemente una fecha posterior, la del siglo II, a fin de situarlo después de Jenofonte de Éfeso. Se proponen así defender la prioridad de la novela de tono mistérico, con su propaganda isíaca, representada por

no fue conocido hasta su primera edición en el siglo XVIII (en 1750, hecha por J. P. D'Orville). Esta tardía recuperación de Caritón —que no influyó en la constitución de las novelas europeas del Barroco ni en las posteriores—, ha motivado que sea un autor poco conocido hoy, incluso entre los filólogos. El hecho de que la edición crítica más reciente de su obra siga siendo la de W. E. Blake, de Oxford, 1938, es una muestra más de ese mismo fenómeno. En compensación, la crítica especializada, en estos últimos años, viene reconociendo y prestando una gran atención al texto de este primer novelista. Que la obra tuvo en su época y en los siglos siguientes una interesante difusión lo atestiguan algunos fragmentos de papiro (núms. 241-244 Pack + *POxy.* 2948) y su influencia en los novelistas posteriores, especialmente en Jenofonte de Éfeso.

E. Rohde en el libro[3], ya centenario, que incitó al estudio de las novelas griegas y que marcó una época por su enfoque filológico, consideraba a Caritón el último de los novelistas griegos en cuanto a su fecha aunque reconocía sus méritos atractivos como narrador. E. Rohde partía de la tesis de que la novela griega se había desarrollado sobre los cauces retóricos de la Segunda Sofística, y el notorio distanciamiento de Caritón

éste (véase la *Introducción* a las *Efesíacas*) sobre la de tipo «histórico» profano, como la de Caritón. Pero son poco convincentes en eso.

Un *terminus ante quem* para la datación de la novela lo ve PLEPELITS, *o. c.*, pp. 8 y 9, en la prohibición de condenar a algún esclavo a muerte publicada por el emperador Adriano (117-138), que se desconoce en dos pasajes de la obra (II 7, IV 2). Con todo, aunque la Caria en esa época era provincia romana, hay que recordar que la acción de la novela transcurre en un pasado lejano.

[3] E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1876. (3.ª ed. por W. SCHMID en Leipzig, 1914, reimp. en Hildesheim, 1960).

lo explicaba situando su obra nada menos que en el siglo VI. El descubrimiento de fragmentos de la novela en papiros de los siglos II-III arruinó su teoría, y modificó sustancialmente la cronología propuesta para las diversas novelas. En el prólogo que W. Schmid (ed. 1914) antepuso al libro magistral de Rohde, ya se coloca a Caritón en el siglo I d. C. (datación que estudios pormenorizados como los de A. D. Papanikolaou pretenden anticipar); y en el prólogo (de 1960) a la tercera edición de la misma obra K. Kerényi califica a Caritón como un «clásico de la literatura novelesca griega».

A su fecha temprana y a su carácter pre-sofístico, se debe el que la novela de Caritón parezca, en comparación con las otras novelas, sencilla en su romanticismo ingenuo, con su clara arquitectura compositiva y su estilo directo. Sin embargo, la obra no carecía de pretensiones, y en un estudio pormenorizado se advierte la cultura literaria de su autor. Desde luego, conviene notar que la sencillez estilística de Caritón es muy diferente de la de la redacción más popular, y desmañada, de su émulo Jenofonte de Éfeso [4].

Es justo no olvidar, por otra parte, que la novela romántica es un tipo de literatura de diversión, destinada a un público «burgués», con un carácter apolítico. Aunque tal vez sea exagerado considerar a sus lectores como «pobres de espíritu», como apuntó B. E. Perry, en cierto modo y salvando las distancias, se trata de una literatura con una nueva función popular, de algo que podría ser calificado como «literatura de consumo» [5], y en eso la novela se revela como el más moderno de los géneros literarios, y el más ambiguo, por más que su autor pretenda enlazar con los antiguos géneros de mayor prestigio y ser considerado como un descendiente de los historiadores o un epígono épico [6]. Dentro de ese marco, hay que reconocer que la obra de Caritón de Afrodisias merece un lugar de honor por su calidad intrínseca y por su posición histórica en la creación de un prototipo novelesco.

4 Véase el excelente estudio de T. HÄGG, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances*, Estocolmo, 1971.

5 Sobre la función de la novela como literatura de uso privado y de su indeterminado público remito a mi libro, ya citado, y a mi art. «Idea de la novela entre los griegos y romanos», en *Est. Clás.*, 74-76, 1975, pp. 111-144. El carácter popular de la novela había sido ya destacado por PERRY (en 1930), por LAVAGNINI (en 1921) y por ALTHEIM (en 1942), y de nuevo por PERRY y REARDON en sus libros ya citados.

6 C. W. MÜLLER ha insistido, brillantemente, en el hecho de que Caritón pretende resaltar no sólo su vinculación con la historiografía helenística, sino también la conexión con la épica, en un reciente artículo: «Chariton von Aphrodisias und die Theorie des Romans in der Antike» (en *Antike und Abendland*, XXII, 2, 1976, pp. 115-136).

2. *El mito romántico. Pretensiones del novelista y de su público*

La novela representa, desde su aparición, el género literario con el máximo de posibilidades narrativas, el menos limitado en su temática y en sus convenciones formales. Como relato de forma abierta, su prosa, fluvial y omnívora, le proporciona una agilidad muy superior a la que tenía la vieja épica en verso. Su lenguaje, claro, poco definido en cuanto al nivel estilístico, contribuye a su difusión. Como ficción la novela no depende ni de la mitología tradicional ni de la historia real. No presupone una relación fija ni comprometida con un público determinado, sea por su nacionalidad, su posición política o su nivel cultural. No se dirige, como la poesía lírica o los discursos filosóficos, a círculos restringidos. No necesita, como el drama, ni un escenario teatral ni la audiencia de una ciudad. Puede leerse sin

una notable cultura; puede saborearse en la provincia y en la soledad.

Tras considerar las libertades formidables de expresión que la novela tiene a su alcance, veamos la paradoja fundamental de las novelas griegas: todas ellas vienen a reiterar, monótonamente, un mismo esquema básico. Una y otra vez la misma historia de amor y aventuras: una pareja de jóvenes se encuentran y se enamoran, y emprenden un azaroso viaje en el que se ven separados, y tratan de reencontrarse a través de múltiples peligros en un mundo cruel y un tanto laberíntico. Distanciados por los vaivenes de la Fortuna, enfrentan sus peripecias dispuestos a demostrar su fidelidad al amor hasta la muerte (éste es el rasgo heroico más destacado de los jóvenes protagonistas); pero, protegidos por la divinidad, benévola para los amantes, acaban siempre por reunirse al final, en un «happy end» a la satisfacción del público. Este final feliz convencional parece aquí tan de rigor como en los cuentos de hadas [7]. Este esquema se repite en todas las novelas griegas, constituyendo así una especie de mito nuevo y burgués, sobre cuya pauta los novelistas nos proporcionan una obra que lo realiza con detalles variables y en una estructura narrativa personal [8].

7 Sobre la relación entre la estructura narrativa de las novelas griegas y la del cuento maravilloso, puede verse el interesante artículo de I. NOLTING-HAUFF, «Märchenromane mit leidendem Helden», en la revista alemana *Poetica*, 1974, pp. 417-455. (La autora analiza la novela de Heliodoro en sus secuencias narrativas, según el método propuesto por V. PROPP para el análisis de los cuentos.)

8 Es cierto que se ha abusado un tanto al advertir la monotonía de las novelas griegas. Los estudios actuales subrayan más bien la estructura peculiar de cada una y las características individuales de sus autores, muy diferentes en su estilo y su personalidad. En este sentido remito a los estudios, ya citados, de T. HÄGG, de B. P. REARDON, C. GARCÍA GUAL, y, en su perspectiva evolucionista, de E. CIZEK, *Evolutia romanului antic*, Bucarest, 1970.

Para explicar la monotonía fundamental de los argumentos de las novelas griegas, se han propuesto dos teorías. Para algunos filólogos, como K. Kerényi y R. Merkelbach [9], las novelas repiten el esquema de una ceremonia mistérica de iniciación, y bajo una aparente envoltura profana sus relatos sirven a la propaganda de ciertos cultos (de Isis y de Helios, p. e., en los casos más notorios, los de las novelas de Jenofonte y de Heliodoro; y al de Dioniso en *Dafnis y Cloe)*. Esta hipótesis no ha obtenido mucho crédito. Sin embargo, ha servido para subrayar, un tanto exageradamente en el libro de Merkelbach, un hecho que vale la pena tener en cuenta: la tonalidad religiosa de algunos textos novelescos.

La otra hipótesis, expuesta por B. E. Perry (en 1930) [10], supone que se trata sencillamente de que los novelistas aprovechan el éxito de una fórmula de probada aceptación popular. Esta teoría apunta algo que nos parece significativo: la relación peculiar entre la novela y su público. La identificación del lector (o del auditor, puesto que estas obras se leían en alta voz) con el protagonista novelesco resulta un trazo específico de esta literatura romántica, que tiene como función propia la de ofrecer a su público una «ampliación vital», una *Existenzerweiterung*, por decirlo con un término de K. Kerényi. El lector se identifica, por

9 K. KERÉNYI, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung*, Tubinga, 1927 (reimpr., Darmstadt, 1962); R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962. K. KERÉNYI es mucho más reservado en cuanto al tema, y atiende a la variedad de las novelas en su estudio posterior, *Der antike Roman*, Darmstadt, 1971.

10 «Chariton and His Romance from a Literary-Historial Point of View», *American Journal of Philology*, 51, 1930, pp. 93-134, reelaborado luego en su ya citado libro de 1967.

un rato, con esos bellos, jóvenes y virtuosos protagonistas —en el fondo muy indefinidos como personas—, que alberga el mito romántico. La novela es popular en el sentido de que no se escribe para una «élite» de doctos, los *pepaideuménoi*, sino para un amplio grupo de lectores[11], para aquellos que se deleitan en su romanticismo, y que tratan de evadirse de su realidad cotidiana, a través de un universo ficticio donde el amor da un sentido a la vida, donde la belleza y la virtud se premian y donde las aventuras acaban bien para los buenos. Entre ese público ávido de lecturas románticas, para el que componen sus relatos los novelistas, hay que destacar la presencia numerosa de muchachos y, además, de mujeres, lectoras y auditoras sensibles de tantas peripecias eróticas. No podemos, desde luego, constatar directamente la existencia de un público femenino en esa época del mundo antiguo. No poseemos estadísticas ni datos sociológicos que puedan indicarnos qué porcentaje de mujeres había entre esa capa de lectores «burgueses» de las novelas. Pero es probable que ese público femenino, que sería distintivo de la novela frente al público de los géneros literarios clásicos, dirigidos a un estamento social masculino, haya fijado su huella en el idealismo de esas historias de amor. Ya Altheim sugería que «la feminidad proporciona la mayor parte de los lectores, y aunque esto no se deja demostrar cuantitativamente, son, no obstante, tendencias femeninas y un gusto femenino las que definen la posición de la novela».

Como apoyo a esta teoría podríamos recordar el progresivo acercamiento de las mujeres a la cultura en época helenística y romana. Sabemos que los poetas romanos, Propercio u Ovidio, p. e., contaban con fieles lectoras. Antonio Diógenes dedicaba su narración novelesca a su hermana, como Diógenes Laercio dedicaba su extensa obra doxográfica a una dama adepta al platonismo, y Filóstrato, a comienzos del siglo III, componía la *Vida de Apolonio de Tiana* para la emperatriz Julia Domna, tan influyente en los círculos intelectuales de su época.

La influencia femenina habrá sido decisiva en la matización de ciertos temas; p. e., en la insistencia en el amor sentimental y casto, y en el énfasis sobre la virginidad de los protagonistas. Al principio se valora la de la mujer; pero luego también la castidad del varón, con acentos casi religiosos. En la concepción idealizante del romanticismo puede detectarse una influencia femenina, y esto no constituye una peculiaridad de la novela antigua. Ese mismo trazo puede encontrarse en las novelas corteses del medievo, en las novelas galantes del barroco, o en las sentimentales del romanticismo europeo, y en los telefilmes para las amas de casa del siglo XX. Como señala J. Cazeneuve: «La obra maestra de la feminización de la felicidad es el haber integrado el amor —o el ideal del amor— entre las preocupaciones fundamentales de la sociedad... Es una de las realizaciones más visibles en la predominancia femenina en la cultura de masas. Se trata del amor reconocido como un deber y un derecho, uno de los pilares de la sabiduría, una de las más nobles conquistas de la humanidad...»[12].

Buscando los antecedentes de este amor romántico, Rohde señalaba algunas escenas de la literatura clásica, del drama, de la lírica o de las novelas cortas recogidas por algunos historiógrafos. Sin embargo, este

[11] Sobre la amplitud del público de las novelas. Cf. O. WEINREICH, *Der griechische Roman*, Zurich, 1962 (texto ya publicado en 1950), y C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, cap. II.

[12] Cf. *Bonheur et civilisation*, París, 1966, p. 110.

amor de las novelas tiene unos matices muy distintos al de la pasión destructiva de algunas heroínas euripídeas, y rehuye los extremos y las anomalías. Es el único valor estable en un mundo caótico, fortuito y abstruso. Aunque sus efectos se expresan en la manera convencional, y su irrupción se describe como una enfermedad, no cabe duda que el amor es el sacramento que eleva a los jóvenes a esa condición superior de héroes románticos, y que si les proporciona sufrimientos, también los compensa con creces, dando un nuevo sentido a sus vidas.

En la novela la mujer está en un primer plano y coprotagoniza, con su amante, la trama. A diferencia de las heroínas de Eurípides, no se trata de mujeres terribles o fatales las que merecen este honor. También en eso la novela avanza más allá de la Comedia Nueva. Calírroe, Antía y Cariclea son tan atractivas, o más, como heroínas, que Quéreas, Habrócomes y Teágenes. Es probable que en la Antigüedad las novelas fueran designadas por el nombre de la heroína, es decir, *Calírroe* o *Cariclea* designaban las novelas de Caritón o Heliodoro [13].

Junto al componente erótico, el viaje por comarcas lejanas parece ser otro elemento imprescindible de estas tramas novelescas. Tan sólo falta en una de las novelas antiguas: en la de Longo, donde ha sido sustituido por el decorado bucólico de la prestigiosa campiña de Lesbos. (Puede pensarse que el ambiente pastoril cumple una función similar: invitar al lector al «dépaysement» por un paisaje idílico y un tanto estilizado literariamente). F. Altheim, P. Grimal, B. P. Reardon y otros, han subrayado que el viaje refleja, expresivamente, la soledad en que se albergan los personajes de

13 Así dice la última línea de Caritón: «Tal es la historia *de Calírroe que he escrito». (Tosáde peri Kallirróēs synégrapsa.)*

la novela. Como «forma desarraigada del vivir», el viaje a través de un mundo caótico, con sus naufragios, piratas, bandidos, viudos y viudas apasionadas, juicios peligrosos, tumbas, trampas y torturas, guerras, confusas peregrinaciones, y violencias variadas, proporciona el marco en que los castos y jóvenes amantes sufren una especie de cruel iniciación. El motivo de la falsa muerte se insinúa repetidamente, como en las ceremonias mistéricas, en este rito de pasaje en el que se pone a prueba su fidelidad amorosa. Es característico de estos relatos que los héroes vacilen entre la tumba y la cámara nupcial. El viaje por extraños y salvajes países ofrece ocasiones múltiples de riesgos mortales, y detalles exóticos convenientes a la atmósfera emotiva de las novelas. Y el claroscuro erótico del romanticismo requiere las sorpresas y el «suspense» para conmover a sus cándidos lectores. (Esta función es lo que justifica la recurrencia al viaje en las novelas; no el claro precedente y las posibles influencias historiográficas.)

Se podría discutir si el viaje es un elemento tan esencial como el amor en la constitución de la novela o si, de acuerdo con B. Lavagnini, el relato de aventuras viajeras no es más que un expediente técnico para variar la composición, mientras que sólo la historia de amor definiría a la novela. Preferimos, desde luego, no considerar como novelas propias algunos relatos biográficos un tanto fabulosos, como la *Vida de Apolonio* de Filóstrato o la *Vida de Alejandro* del Ps. Calístenes, o una parodia de la literatura de viajes utópicos, como la *Historia Verdadera* de Luciano [14]. Pero no sólo porque en ellas falta el tema amoroso, sino porque su co-

14 En cierto modo, como señala J. BOMPAIRE (en su *Lucien écrivain*, París, 1958, p. 674), se trata de «una simple cuestión de vocabulario». También podría adaptarse un contenido más amplio para el género «novela», y dividir ésta entre una especie de «novela de viajes y aventuras» y otra «novela romántica».

hesión con otros géneros literarios parece mucho más evidente que la relación con las novelas románticas, con las que las conexiones son muy generales: el texto de la prosa, la evocación de horizontes exóticos y la ficción. Carecen, además, de esa tonalidad emotiva que, junto a la evocación de un cierto paisaje, caracteriza a la novela.

Los jóvenes amantes no son aventureros ni conquistadores ni espléndidos guerreros (a no ser accidentalmente, como Quéreas, o como Teágenes, al final de sus respectivas novelas); corren el mundo a pesar suyo, y son más bien los héroes pacientes de un torbellino de peripecias desencadenadas por el azar, o la Fortuna. Cuando Caritón dice que va a contarnos un *páthos erōtikón*, puede verse en este rasgo una oposición a la biografía, que cuenta la vida y hechos de grandes personajes, su *bíos* y sus *práxeis*. El héroe novelesco no realiza hazañas, sino que más bien padece avatares fortuitos y trata sólo de escabullirse de tales lances en compañía de su amada. Su virtud se demuestra en su *páthos*, porque también el enamoramiento y el amor es, en la concepción griega, algo que se sufre. El relato comienza con el encuentro de los amantes y concluye con su reencuentro. El resto de su biografía no le interesa al novelista.

3. *Historiografía y novela con decorado histórico*

No vamos a entrar aquí en la cuestión harto debatida de los orígenes de la novela. Basta señalar que, como epígono de una larga tradición literaria, ha sido influenciada por los grandes géneros precedentes: por la epopeya, por el drama (sobre todo por la Comedia Nueva) y por la historiografía; y que, por otra parte, su aparición responde a las necesidades de su público y su

época, como señaló Perry en su crtíica contra Rohde y el enfoque historicista tradicional.

Las primeras novelas de amor —es decir, las más antiguas de las conservadas— evocan una escenografía histórica, enmarcando su ficción romántica en un pasado prestigioso y en una geografía que evoca ciertos recuerdos historiográficos. Como señala K. Kerényi, todo ese marco viene «menos definido por la exactitud de los datos históricos que por la pretensión de una atmósfera histórica». Lavagnini exagera un tanto al decir que es «un carácter común de todas las novelas griegas el ser novelas históricas, en tanto que la acción se proyecta en un pasado no bien caracterizado, pero ideal y lejano», por no matizar la historicidad del escenario novelesco. Bien distinto es, a este respecto, el marco idílico de *Dafnis y Cloe*, el ambiente de las *Efesíacas*, y el de la obra de Caritón. Por otra parte, convendría distinguir entre un tipo de novelas donde el héroe es un famoso personaje histórico, cuya historia juvenil está romantizada al uso de lectores ingenuos, y aquellas en que la conexión de los protagonistas con el gran mundo histórico es sólo tangencial. En el primer grupo, colocaríamos las «novelas» de Nino, de Nectanebo y de Sesoncosis (conocidas fragmentariamente por restos papiráceos); en el segundo, podría figurar *Quéreas y Calírroe*, y más aún las novelas de Jenofonte y de Aquiles Tacio, que se despegan, aburguesadas, de ese trasfondo «histórico», al que regresa la trama de Heliodoro.

Evidentemente, por su forma de larga narración en prosa, referida a un pasado distante, la novela tiene relación con la historiografía, de la que se distingue porque no busca la verdad *(alḗtheia)* de los hechos, sino tan sólo una ficción *(plásma)* de cierta verosimilitud. El emperador Juliano (carta 89 B Bidez-Cumont, escrita hacia el año 365 d. C.) habla de las novelas como «ficciones» compuestas en «forma de historia» o «en el gé-

nero histórico» *(en historías eídei)*. Estrabón distingue sólo dos géneros en la prosa: «la dicción histórica» y «la oratoria» (I 2, 6). Los novelistas griegos son los primeros en definir su tema como una *historía érōtos* (Longo); los bizantinos hablarán de la novela como un *drama historikón*, y como un *mythistórēma*. (Todavía en nuestro siglo XX el término «Historia» figura en el título de numerosas novelas románticas.)

Caritón ha buscado además un ambiente muy definido, en cuanto a reminiscencias históricas, para su relato: la Sicilia de comienzos del siglo IV a. C., donde vive Calírroe, hija de Hermócrates, el estratego que derrotó a los atenienses de Nicias en la guerra del Peloponeso, y una comarca oriental bien descrita por los historiadores clásicos: la zona de Mileto y la Persia de Artajerjes II. Por otra parte, incluso la primera frase de su obra, a modo de proemio mínimo, evoca la historiografía clásica: «Yo, Caritón de Afrodisias, secretario del orador Atenágoras, voy a contar un suceso amoroso que acaeció en Siracusa» y puede compararse con famosos comienzos, como el de la *Historia* de Tucídides: «Tucídides de Atenas refirió por escrito la guerra de los peloponesios y los atenienses.» Pero, frente a la presentación objetiva del historiador, el novelista usa sintomáticamente la primera persona y el verbo futuro *(egṓ... diēgḗsomai)*. Por lo demás, el tema, un *páthos erōtikón*, no es propio de un relato historiográfico; sino que, más bien, evoca un contexto dramático o una posible versión lírica. Es muy curiosa la manera en que Caritón recuerda, en varios pasajes, la victoria de los siracusanos sobre los atenienses, para decirnos, con apasionada ingenuidad, que el pueblo de Siracusa se regocija más con el relato de las románticas aventuras de Quéreas y Calírroe que con el recuerdo de la famosa victoria.

El novelista quiere también ser visto como un epígono de la épica. A tal fin intercala, a lo largo de sus ocho libros, algunos versos homéricos, en no menos de veintisiete pasajes. Con estas citas —a veces expresamente introducidas bajo el nombre de Homero, otras sencillamente mediante la inclusión de los versos en medio de su prosa— Caritón trata de suscitar un eco prestigioso, no sólo de la épica en general, sino de un determinado pasaje de la *Ilíada* o de la *Odisea*, como un contraste de fondo a tal o cual escena de su obra. Así demuestra su cultura poética y resalta la grandeza heroica de sus personajes, parangonables, al respecto, con los de Homero.

La mezcla de prosa y verso, característica de algunos textos helenísticos, generalmente supone cierto carácter popular, en oposición a la estricta separación de estilos en las obras clásicas. Este tipo de composición, denominado *prosimetrum*, no aparece en ningún otro novelista griego. Pero una variante del mismo se encuentra en la *Vida de Alejandro* del Ps. Calístenes, en cuya *recensión A* aparecen versificadas, en trímetros coliámbicos, las escenas de mayor intensidad paética o retórica. También en la versión latina de Historia *Apollonii regis Tyri* quedan restos de «prosímetro», que tal vez remonta a su posible prototipo griego. Y, con una intención paródica peculiar, en dependencia con la tradición satírica, la mezcla de verso y prosa tiene otro exponente en el *Satiricón* de Petronio [15].

4. *Estructura dramática y técnica narrativa*

La novela está dividida en ocho libros. (El mismo número de libros que tiene, p. e., la *Historia* de Tucídides;

---

[15] Sobre esto puede verse el claro libro de P. C. WALSH, *The Roman Novel*, Cambridge, 1970, y el más reciente de M. COFFEY, *Roman Satire*, Londres, 1976. (Especialmente en su parte III.)

si bien la extensión de los libros es mucho más breve en el novelista que en el historiador.) Tal división ha de remontar al propio Caritón (cf. Hägg, *o. c.*, p. 252), pues las separaciones entre libros coinciden con momentos interesantes de la acción, y da la sensación que el novelista aprovecha un momento de «suspense» para clausurar un libro, dejando al lector expectante del desarrollo de los nuevos sucesos. (Al modo como el folletín por entregas interrumpe su marcha en un momento álgido con el típico «Continuará en el próximo capítulo».)

La narración se presta a un claro análisis en cinco partes, a la manera de los cinco actos de una pieza teatral, según mostró R. Reitzenstein:

I. Encuentro de los amantes. Boda, separación y aventuras de Calírroe.
II. Aventuras de Quéreas en busca de su esposa.
III. Reencuentro en la corte de Artajerjes en Babilonia.
IV. Aventuras militares de Quéreas.
V. Reencuentro final de los amantes y regreso a Siracusa.

Esta división esquemática ofrece una idea bastante sencilla de la trama y ha sido aceptada por muchos estudiosos, como, p. e., por Perry (*o. c.*, p. 141). (B. P. Reardon, en cambio —*o. c.*, p. 347— prefiere otra: 1) Sucesos en Siracusa (boda, rapto, persecución), 2) Calírroe en Jonia (Dionisio, Mitrídates: desarrollo de la intriga), 3) Debate en Babilonia (= *agón*), 4) Guerra y resolución un tanto fortuita). Existen en la novela tres escenarios fundamentales: Siracusa, Jonia y Babilonia (y el mundo de la corte persa), cada uno de los cuales confiere una atmósfera propia de la acción.

Recientemente C. W. Müller (*o. c.*, pp. 118-121) ha discutido este análisis en actos por influencia del símil teatral, subrayando que las divisiones más claras de la obra, aparte las marcadas por los libros, se encuentran destacadas por dos recapitulaciones: la de comienzos del libro V, que resume los episodios anteriores, y la del principio del VIII, que anuncia el próximo final feliz. Y se siente atraído por la hipótesis de una primera edición del texto en dos rollos de papiro, cada uno con cuatro libros, con lo que estas cesuras adquieren su pleno valor. Por otra parte, tales recapitulaciones (como, en forma más breve las quejas de los protagonistas, al recordar el ritmo progresivo de sus desgracias) tenían otro papel: el de recordar al lector o auditor los datos de las principales peripecias transcurridas, por si acaso, con lo amplio del relato, aquél necesitara rememorarlos. Sin duda, se leía la novela a retazos, en sesiones de lectura en alta voz, como por entregas. También en Jenofonte de Éfeso encontramos tales recapitulaciones, raras en autores más tardíos. (Como contraste, la complicada trama de Heliodoro requiere unos lectores muy atentos, para no perderse en los vericuetos narrativos.)

Al final de la novela (libro VIII, caps. 7-8), como colofón, encontramos una nueva recapitulación total, exigida a los protagonistas por el pueblo de Siracusa, ávido de conocer hasta el fin sus peripecias románticas. Ese pueblo emocionado, que grita «¡Cuéntalo todo!», para no perderse detalles, que se apretuja en el teatro como para oír una tragedia más viva y actual que las tradicionales, y que festeja más el éxito de la pareja de amantes que sus glorias bélicas, es un elemento sintomático del carácter «aburguesado» de la obra de Caritón. También en la novela de Jenofonte se alude, al final, a un relato de todas las aventuras pasadas, pero en esta son los esposos quienes se hacen mutuamente

el relato en la soledad de la cámara nupcial, como en un eco de escena odiseica *(Od.,* XXIII), cuando Ulises y Penélope, se cuentan sus pasadas penas. El contraste en este punto entre Caritón y Jenofonte, que lo utiliza como modelo, es significativo. Caritón tiene una afición notoria por las escenas de masas, y por las escenas espectaculares. Su escena más lograda —y ante la que el propio novelista no se recata de mostrar un ingenuo entusiasmo— es la del encuentro de Quéreas y Calírroe (con Dionisio, Mitrídates, Artajerjes, etc.) en la corte persa en Babilonia. La aparición efectista de Quéreas, redivivo, tras los discursos tan retóricamente cuidados, con todos sus detalles sentimentales y patéticos, y tras las escenas del viaje de Calírroe hasta allí, ocupa el centro del relato.

Caritón sabe usar y dosificar el «suspense». El lector está prevenido para un desenlace que los protagonistas desconocen. La ignorancia del conjunto afecta a los personajes de la obra, tiñendo de un tono de ironía trágica sus acciones y sus palabras. ¡Cuántas veces lamentan como muerto a alguien vivo y próximo, y cuántas la Fortuna desbarata sus planes! La Fortuna que, como el Amor, es calificada por Caritón de «amante de novedades» *(philókainos)* [16], es junto a Afrodita el principal

[16] La Fortuna es *philókainos,* «amante de lo nuevo» (IV 4, 2) y sabe «encontrar la trama de nuevos acontecimientos» (VI 8, 1). También es *philókainos* Eros (IV 7, 7). Este afán por lo nuevo e inesperado es típico de la novela, que pretende intrigar y mantener alerta al lector. El novelista, con la colaboración del Amor y la Fortuna, se ingenia para buscar episodios sorprendentes para compensar la monotonía del esquema argumental del mito romántico, tan convencional en su base última. De ahí esa búsqueda de lo maravilloso, «Suche nach dem Wunder», propia del género, y cada vez más extremada en escritores posteriores. Al afán de novedades *(tó philókainon)* como atractivo de la narración alude Luciano *(Calumnia non tem. cred.* 21), y también Estrabón (I 2, 8); ambos señalan que lo novedoso excita la aten-

motor de la acción, en cuyos irónicos contrastes se complace este autor helenístico.

La narración en prosa aventaja a la presentación escénica en su posible referencia a múltiples escenarios. Ya la épica y la historiografía contaban con esa facultad de evocar variados horizontes, escenas de muchedumbres o coloquios familiares. Pero la novela saca un nuevo partido de esas ventajas, a disposición de un público ávido de distracción sentimental. (La novela griega parece evocar un medio representativo moderno, el cine, como han indicado muchos estudiosos, como Dalmeyda, Haight, Perry, Reardon, etc.).

Caritón, que desea ser considerado epígono de la prestigiosa tradición épica e historiográfica, no pretende una originalidad en la técnica narrativa. La simultaneidad de aciones se resuelve mediante la técnica de relatar primero las andanzas de Calírroe, y luego las de Quéreas, enfocando ya a una, ya a otro, durante largos trechos. (Este es uno de los problemas de la novela griega, que generalmente tiene a los dos protagonistas viajando por separado. Jenofonte lo soluciona cambiando frecuentemente el enfoque de uno a otro, con un brusco zig-zag narrativo, en tanto que Caritón prefiere la narración seguida.) El estilo narrativo de Caritón, aunque no totalmente desprovisto de pretensiones, es sencillo y rápido. Una gran parte del texto está ocupada por el diálogo directo (la proporción exacta es de 44 por 100, según T. Hägg). Y no encontramos en él ni descripciones de objetos (las frecuentes *ekphráseis* de los novelistas retóricos) ni digresiones ni relatos menores intercalados. (Como ya tenemos en Jenofonte) [17]. No faltan

ción de todo el mundo. De ahí la boga en la época de las colecciones de «maravillas» *(parádoxa).*

[17] Creo posible que en algunas novelas breves, intercaladas en la trama de otras novelas griegas, haya influencias del género mímico, que no existen aún en Caritón, cuyo efectismo es de

en Caritón las escenas de sorprendente efecto, como la aludida del proceso babilónico; o de curiosa novedad, como, p. e., el parlamento de Calírroe dirigido a su hijo no nato; o de toques poéticos sueltos, como la crucifixión de Terón frente al mar, o de claro patetismo, como el ruego de Policarmo de morir junto a su amigo del alma.

Caritón maneja con cierto buen tino las alusiones mitológicas. Con una psicología sencilla y un fino sentimentalismo, con simpatía, el novelista sabe describir bien los caracteres, como destaca J. Helms. (Como rasgo curioso, advertimos que Caritón trata de caracterizar a los esclavos de la novela como personas de carácter más servil que las personas libres, como si la condición social imprimiera un cierto carácter, y que, paralelamente, los personajes de la nobleza —como Dionisio o Artajerjes— se comportan con notoria nobleza moral. Hay una cierta nota filantrópica en el trato, que se ve en la cortesía con que Dionisio se acerca a su esclava recién comprada, o en la manera de acoger a Calírroe la reina Estatira y la bella Rodoguna, y, recíprocamente, en la generosidad con que el victorioso Quéreas y Calírroe tratarán a la reina cautiva, al devolverla con todos los honores a su marido, el soberano persa.

Si Helms ha analizado la pintura de caracteres, T. Hägg ha estudiado minuciosamente la textura narrativa de la novela, contrastándola luego con la de Jenofonte y la de Aquiles Tacio. En comparación con el estilo seco y la exposición apresurada de las *Efesíacas*, la prosa de Caritón resalta por su agilidad y su acentuado dramatismo (muy diferente del amontonamiento de peripecias curiosas a que recurre Jenofonte de Éfe-

otro tipo. Cf. C. García Gual, «Apuntes sobre el mimo y la novela griega», en *Anuario de Filología*, I, Barcelona, 1975, pp. 33-41.

so). En comparación con el relato de Aquiles Tacio, Caritón se nos muestra como un narrador amable, sencillo y sentimentalmente ingenuo, sin excesiva malicia y exento de artificios, con una sencillez elegante y precisa.

Carlos García Gual

BIBLIOGRAFÍA

1. Estudios generales sobre las novelas griegas.

E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1879 (4.ª ed., Hildesheim, 1960).

R. Merkelbach, *Roman und Mysterium*, Munich-Berlín, 1962.

B. E. Perry, *The Ancient Romances. A Literary-historial Account of their Origins*, Berkeley, 1967.

K. Kerényi, *Der griechische Roman*, Darmstadt, 1971.

T. Hägg, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances: Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971.

B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971. (Págs. 309-405 sobre las novelas.)

C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

— «Idea de la novela entre los griegos y romanos», en *Estudios Clásicos*, 74-76, 1975, pp. 111-114.

Los tres libros citados en último lugar indican numerosa bibliografía. Aún más completa es la nota bibliográfica de G. N. Sandy, «Recent Scholarship on the Prose Fiction of Classical Antiquity», en *The Classical World*, 67, 1974, pp. 321-358. (Recoge los estudios publicados entre 1950 y 1970, y algunos posteriores, con un total de 273 títulos reseñados.)

2. Sobre Caritón:

B. E. Perry, «Chariton and His Romance from a Literary-Historial Point of View», en *Am. Journal of Philology*, 51, 1930, pp. 93-134.

R. Petri, *Ueber den Roman des Chariton*, Meisenheim am Glan, 1963.

J. HELMS, *Character Portrayal in the Romance of Chariton*, La Haya-París, 1966.

A. P. PAPANIKOLAOU, *Chariton - Studien*, Gotinga, 1973.

T. HÄGG, «Some technical aspects of the characterization in Chariton's romance», en *Studii clas. in on. di Q. Cataudella*, II, pp. 545-556, Catania, 1972. (Publ. en 1975.)

C. W. MÜLLER, «Chariton von Aphrodisias und die Theorie des Romans in der Antike», *Ant. und Abendland*, XXII, 1976, pp. 115-36.

K. PLEPELITS, Introducción a su traducción alemana de *Chariton von Aphrodisias, Kallirhoe*, Stuttgart, 1976, pp. 1-32.

J. BOMPAIRE, «Le décor sicilien dans le roman grec», *R.E.G.*, XC, 1977, pp. 55-68.

3. TRADUCCIONES.

La *editio princeps* publicada en Amsterdam en 1750 por JACOBUS P. D'ORVILLE iba acompañada de una traducción latina hecha por J. J. REISKE. Sólo tres años después apareció la primera traducción a una lengua moderna: la alemana de CH. G. HEYNE (*Liebesgeschichte des Chäreas und der Kallirrhoe*, Leipzig, 1753).

Entre las versiones importantes en nuestro siglo ya conviene citar las de A. CALDERINI al italiano (Turín, 1918), W. E. BLAKE (Michigan, 1939) al inglés, P. GRIMAL al francés (París, 1958) —de la que depende, sin confesarlo, la castellana publ. por J. BERGUA en Madrid, 1962— y K. PLEPELITS al alemán (Stuttgart, 1976).

4. Para la presente versión se ha seguido el texto griego editado críticamente por BLAKE, *Charitonis Aphrodišiensis De Chaerea et Callirhoe amatoriarum narrationum libri octo*, Oxford, 1938.

Aunque algunos otros estudiosos, como ZIMMERMAN, REARDON y PAPANIKOLAOU, han estado preparando otras ediciones críticas del texto griego, no han publicado todavía ninguna de ellas. También en los catálogos recientes de la col. francesa de «Les Belles Lettres» se anuncia un volumen bilingüe sobre nuestro autor a cargo de G. MOLINIÉ. Esperamos, pues, la aparición de cualquier edición que permita a los filólogos clásicos reemplazar el texto, bien cuidado, pero difícil de hallar por su fecha de publicación de W. E. BLAKE.

LIBRO PRIMERO

Yo, Caritón de Afrodisias, secretario del orador Ate- 1
nágoras, voy a contar una historia de amor que tuvo lugar en Siracusa.

Hermócrates, el estratego[1] siracusano que había derrotado a los atenienses[2], tenía una hija de nombre Ca-
lírroe, muchacha admirable y ornato de toda Sicilia, 2
pues era su belleza no humana, sino divina, y no la propia de una Nereida o una Ninfa de las montañas, sino la de la misma Afrodita Virgen.

La fama de su extraordinaria hermosura se extendía por todas partes, y a Siracusa afluían los pretendientes, reyes e hijos de tiranos; no sólo de Sicilia, sino incluso de Italia y del Epiro y de los pueblos del con-
tinente. Pero Eros quiso unirla en yugo insoluble a un 3
simple particular.

Había en efecto un muchacho, Quéreas, de hermosa apariencia, que a todos era superior, tal como muestran

[1] El estratego, jefe supremo del ejército o la flota, era un alto funcionario que tenía también competencias civiles. En Atenas, desde Clístenes, había diez estrategos, nombrados cada año, que formaban un colegio bajo la dirección del Polemarco.

[2] Se trata de la batalla del 414 a. C., en que Siracusa venció a la flota ateniense, asestando con ello un duro golpe al poderío de esta ciudad, y provocando su derrota final en la guerra del Peloponeso.

los escultores y escritores a Aquiles y Niseo, y a Hipólito y Alcibíades[3]. Su padre Aristón era el segundo en Siracusa, tras Hermócrates, y había entre ellos una cierta enemistad política, de suerte que se hubieran aliado
4 por matrimonio a cualquiera antes que uno a otro. Pero
Eros es amante de la lucha y se complace en los éxitos inesperados; y buscó una ocasión como la que sigue.

Era la fiesta pública de Afrodita y casi todas las mu-
5 jeres salieron al templo. Aquel día llevó su madre a
Calírroe, que hasta entonces no había ido, por haber ordenado su padre que fuesen a prosternarse ante la diosa. Y en ese momento volvía Quéreas del gimnasio a casa, radiante como una estrella, pues resplandecía sobre su rostro brillante el rubor de la palestra como
6 el oro sobre la plata. Por azar se encontraron frente a
frente en un recodo estrecho, pues el dios había dispuesto el encuentro para que cada uno pudiese contemplar bien al otro; y al punto se produjeron uno en otro un sentimiento de amor, ya que en ambos iban juntas la belleza y la nobleza de linaje.

7 Quéreas, tras la herida, volvió a casa con gran dificultad, al igual que un guerrero valeroso herido mortalmente en combate, que se avergüenza de caer, pero no puede mantenerse en pie. La muchacha, por su parte, se arrojó a los pies de Afrodita y besándoselos dijo:

3 Estos cuatro nombres, sacados de la mitología y la historia griega, representan el paradigma de la belleza del varón. Aquiles es el héroe de la guerra de Troya. Niseo, hijo de la ninfa Aglae, fue uno de los pretendientes de Helena y murió también en esta guerra. Hipólito es el bellísimo hijo de Teseo y la amazona Melanipa, que, solicitado por su madrastra Fedra, la rechaza y muere por su venganza. Su historia fue contada en una tragedia de Eurípides.

De Alcibíades, el político ateniense de la segunda mitad del siglo v, se dice que era tan guapo que era igualmente atractivo para hombres y mujeres.

—Tú, oh Señora, concédeme a ese varón que me has mostrado.

Cayó sobre ellos una noche terrible, pues el fuego 8
los inflamaba. Pero más terriblemente sufría la muchacha a causa de su silencio, ya que sentía pudor de delatarse.

Quéreas, por su parte, joven bien nacido y de noble alma, al ver consumirse ya su cuerpo, se atrevió a decir a sus padres que estaba enamorado, y que no viviría
si no conseguía casarse con Calírroe. Su padre, al oírlo, 9
se puso a gemir y dijo:

—Estás perdido para mí, hijo, pues es evidente que Hermócrates no te dará jamás a su hija, teniendo tantos pretendientes ricos, e incluso reyes. Y no debes siquiera intentarlo, para que no seamos públicamente injuriados.

El padre trataba de consolar a su hijo, pero a él se le agravaba la enfermedad, hasta el punto de que ya no iba a sus ocupaciones acostumbradas.

El gimnasio añoraba a Quéreas y estaba como vacío, 10
pues los jóvenes le adoraban. Y así, informándose, se enteraron de la causa de la enfermedad, y todos se compadecieron del hermoso muchacho que corría peligro de perecer por el sufrimiento de su noble alma.

Tuvo lugar la asamblea ordinaria[4], y el pueblo, una 11
vez reunido, lo primero y lo único que gritó fue esto:

—Noble Hermócrates, gran estratego, salva a Quéreas; eso será el mejor de tus trofeos. La ciudad te solicita hoy las bodas, ya que son dignos uno del otro.

4 La *Ecclesía* era la Asamblea de todos los ciudadanos varones de una *polis*, que tenía el máximo poder legislativo en todos los asuntos públicos. Debía reunirse un número determinado de veces al año, aparte de las ocasiones en que una circunstancia especial (por ejemplo, la guerra) exigía una convocatoria extraordinaria. Las decisiones se tomaban por votación.

12 ¿Quién podría describir aquella asamblea, en la que Eros actuaba como líder? Hermócrates, hombre amante de su patria, no pudo oponerse a lo que la ciudad le pedía. Y, al inclinar él la cabeza asintiendo, todo el pueblo salió del teatro, y los más jóvenes fueron a casa de Quéreas, mientras el Consejo [5] y los arcontes [6] acom-
13 pañaban a Hermócrates; y se presentaron también las mujeres de Siracusa, que debían acompañar a la novia a casa del nuevo marido.

Se cantaba el himeneo [7] por toda la ciudad, las calles estaban llenas de coronas y antorchas y las puertas inundadas de vino y perfumes: aquel día transcurrió para los siracusanos más agradablemente que el del aniversario de la victoria.

14 La muchacha, que nada de esto sabía, estaba tendida en su lecho cubierta con un velo, llorando y guardando silencio, y la nodriza, acercándose a su lecho, le dijo:

—Hija, levántate, pues ha llegado el día más deseado por todas nosotras. Toda la ciudad va a acompañar el cortejo de tus bodas.

---

[5] La *Boulê* o Consejo era el órgano ejecutivo en que la *Ecclesía* delegaba parte de sus poderes, por la dificultad de regir todos los asuntos de la ciudad mediante la democracia directa. La constitución de este Consejo era distinta en cada *polis*. En Atenas se elegían por suertes sus miembros entre los ciudadanos de cada *dêmos*.

[6] Los *árchontes* eran los magistrados que desempeñaban en el régimen democrático las funciones ejecutivas que antes se concentraban en el rey. Eran elegidos cada año, de manera diferente en cada *polis*, y sus funciones eran también diferentes en cada una.

[7] En el rito de la boda, la novia era llevada a casa del novio en un carruaje, sentada entre el novio y un amigo de éste, y acompañada por un cortejo de hombres y mujeres, coronados de flores y con antorchas, que entonaban las canciones de boda *(himeneo)*.

Y entonces a ella se le desataron las rodillas y el corazón [8], pues no sabía con quién iba a casarse. Se quedó al punto sin voz y las tinieblas le inundaron los ojos, y poco faltó para que expirara; pero eso a los que la veían les pareció pudor.

Después que las criadas la hubieron adornado, la 15
multitud quedó a la puerta; y entonces los padres condujeron al novio ante la muchacha. Quéreas, corriendo a ella, la besó, y a Calírroe, al reconocer a su amado, le ocurrió lo que a la luz de la lámpara que ya se va extinguiendo, que al echarle aceite vuelve de nuevo a brillar y se hace mayor y más fuerte. Así, cuando salió 16
ante el público, toda la multitud se estremeció, como cuando se yergue Ártemis en plena soledad ante unos cazadores. Y muchos de los presentes incluso se posternaron.

Tal cuentan los poetas que fue la boda de Tetis en el Pelión, excepto que también aquí se encontró un dios envidioso, como allí dicen que fue Eris [9].

En efecto, sus pretendientes, privados así del matri- 2
monio, experimentaron pena mezclada con cólera, y ellos, que hasta entonces luchaban unos contra otros, se pusieron entonces de acuerdo; y, por este acuerdo, ya que creían que habían sido ofendidos, se reunieron a deliberar en común. Y fue la Envidia quien los enroló para la guerra contra Quéreas.

El primero en levantarse fue un joven italiano, hijo 2
del tirano de Regio [10], que habló así:

---

[8] *Il.* XXI, 114.

[9] Tetis, una de las hijas de Nereo, el viejo dios del mar, se unió en matrimonio a un mortal, Peleo, y de este matrimonio nació Aquiles, el héroe de la guerra de Troya, que, según el oráculo, había de ser mejor que su padre. Eris es la Discordia.

[10] Ciudad situada en la costa de Italia, en el estrecho entre ésta y Sicilia, en lugar preeminente.

—Si fuera alguno de nosotros el que se hubiera casado
no me irritaría, pues, lo mismo que en los certámenes
gimnásticos, tiene que ser uno de los participantes el
que venza. Pero como nos ha ganado uno que ningún
trabajo ha pasado para conseguir la boda, no puedo
3 soportar tal ofensa. Pues nosotros nos consumimos pa-
sando la noche a las puertas de su casa, halagando a sus
nodrizas y criadas, y enviando regalos a sus ayos. ¿Du-
rante cuánto tiempo sufrimos esclavitud? Y, lo que es
peor de todo, que por ser rivales en amor nos odiába-
mos unos a otros. Pero este puto miserable, que no es
mejor que ninguno de nosotros, ha conseguido sin es-
fuerzo la corona [11], pese a ser reyes quienes competía-
4 mos. Pero que sea para él vano el premio. Convirtamos
la boda en muerte para el novio.

Todos aprobaron sus palabras, y el único que le con-
tradijo fue el tirano de los acragantinos [12]:

—No es por simpatía hacia Quéreas, dijo, por lo que
rechazo vuestra decisión, sino por un cálculo más pru-
dente. Recordad, en efecto, que Hermócrates no es un
hombre al que se pueda desdeñar fácilmente, de suerte
que nos es imposible dar la batalla contra él abierta-
mente, y en cambio nos es más fácil darla mediante al-
5 guna artimaña. Pues, en efecto, también la tiranía la
obtenemos más por la astucia que por la fuerza. Ele-
gidme a mí estratego para la guerra contra Quéreas,
y yo os aseguro que haré deshacerse el matrimonio, pues
armaré contra él a los Celos, que, tomando como aliado
6 al Amor, realizarán un enorme daño. Calírroe es una
mujer íntegra y sin experiencia de sospecha maligna,

[11] La corona era el premio de los certámenes atléticos. Caritón sigue aquí la metáfora de una competición gimnástica.

[12] Acragante (Agrigento) era otra importante ciudad de Sicilia, situada en la costa del S.O. y también colonia doria, como Siracusa.

pero Quéreas, como educado en los gimnasios y no pre-
cisamente inexperto en lo tocante a las faltas juveniles,
puede fácilmente concebir sospechas y caer en los celos,
tan propios de la juventud. Y además es más fácil acer-
carse a él y hablarle.

Todos, mientras estaba él aún hablando, votaron a
favor de su idea, y dejaron en sus manos el asunto,
considerándole hombre capaz de urdir todo tipo de in-
trigas. Y él puso en marcha ya su plan.

Era ya de noche, y llegó un mensajero a anunciar que 3
Aristón, el padre de Quéreas, se había caído de una
escalera en el campo y tenía muy pocas esperanzas de
sobrevivir. Y Quéreas, al oír esto, aunque realmente
amaba a su padre, se entristeció, sin embargo, más aún
porque tenía que partir solo, pues no era posible hacer
salir ya a la muchacha [13].

En esa noche nadie se atrevió a dar una serenata [14] 2
abiertamente, pero yendo allí ocultamente y sin ser
vistos dejaron, sin ruido, señales de una comitiva: ador-
naron con guirnaldas las puertas, las rociaron con per-
fumes, vertieron vino hasta hacer fango con él y tiraron
antorchas a medio consumir.

Alumbró el día, y todo el que pasaba se detenía con 3
un común sentimiento de curiosidad. Quéreas, al estar
ya su padre mejor, se apresuró a volver con su mujer,
y al ver la multitud ante sus puertas, al principio se
asombró, pero en cuanto conoció la causa se precipitó
dentro fuera de sí; y, encontrando la cámara nupcial 4
cerrada, la golpeó violentamente.

[13] Tras la boda, la esposa permanecía encerrada en el gineceo, pues era costumbre que durante cierto tiempo no se mostrase en público.

[14] Después de un banquete, los jóvenes solían ir en cortejo a las puertas de la mujer cuyos favores esperaban. Naturalmente, tal cosa sólo se hacía de ordinario con las cortesanas.

Y cuando la esclava le abrió, al encontrarse de pronto frente a Calírroe, cambió su cólera en dolor, y desgarrándose los vestidos se echó a llorar, y al preguntarle ella qué le ocurría se quedó sin voz, incapaz de no creer
5 lo que había visto, ni de creer lo que no quería. Y mientras él estaba confuso y temblando, la mujer, que nada de lo ocurido sospechaba, le suplicaba que le dijera la causa de su cólera, y él, con los ojos inyectados en sangre y voz enronquecida, dijo:

—Lloro mi propia suerte, ya que tan pronto me has olvidado.

Y le reprochó la serenata.

6 Pero ella, como hija de un estratego, llena de orgullo, se irritó por tan injusta acusación, y dijo:

—Nadie me dio una serenata en casa de mi padre. Son tus umbrales los acostumbrados a los cortejos, y el que te hayas casado ha entristecido a tus amantes.

Después de decir esto se dio la vuelta, y cubriéndose con el velo abrió las fuentes de su llanto.

7 Fáciles son las reconciliaciones de los amantes, y con gusto aceptan todo tipo de excusas. Así pues, Quéreas, cambiando de humor, comenzó a adularla y la mujer acogió pronto con caricias su arrepentimiento.

Este suceso inflamó con más fuerza su amor, y los padres de ambos se consideraban felices al ver la concordia de sus hijos.

4 Pero el acragantino, al fracasar su primera artimaña, maquinó para el futuro una más eficaz, y preparó lo siguiente:

Conocía él a un parásito con mucha labia y lleno de todo tipo de encantos para las relaciones públicas. A éste le ordenó que fingiese amor y se hiciera amante de la favorita de Calírroe, la más querida entre todas sus
2 criadas. Él lo hizo con dificultad, y solamente consiguió seducirla con grandes regalos y diciéndole que se iba a matar si no conseguía su deseo. Pues la mujer es fácil de engañar cuando se cree amada.

Una vez preparado ya esto, el organizador del drama encontró otro actor, no de tanto encanto, pero astuto y que sabía inducir confianza con sus palabras. Y des- 3
pués de enseñarle lo que debía hacer y decir, envió este desconocido a Quéreas, y él, acercándosele cuando paseaba en torno a la palestra, le dijo:

—También yo tenía un hijo, Quéreas, de tu misma edad, que te admiraba y amaba sobremanera cuando vivía. Y como él ha muerto te considero a ti como mi hijo, pues *tu felicidad es un bien común a toda Sicilia*[15]. Concédeme, pues, un instante ahora que no estás 4
ocupado, y escucha un asunto tan importante, que atañe a toda tu vida.

Aquel hombre abominable, habiendo puesto en conmoción con estas palabras el alma del muchacho, y habiéndole llenado de esperanza, miedo y curiosidad, al pedirle él que hablara se mostraba remiso, y pretextaba que no era ése el momento adecuado, y que era preciso retrasarlo y buscar una ocasión en que dispusieran de más tiempo libre. Más le instaba entonces Quéreas, es- 5
perando ya algo más grave; y él, tomándole de la mano, lo llevó a un lugar solitario, y luego, frunciendo las cejas, y tomando el aspecto de quien está triste, e incluso medio llorando dijo:

—Mal de mi grado, Quéreas, te revelo un triste asunto que he ido dilatando, pues ya hace tiempo que quería hablarte. Pero puesto que ya es pública tu afrenta y se murmura por todas partes esa indignidad, no puedo seguir callando, pues soy un hombre que detesta por naturaleza la maldad y que te aprecia extraordinariamente. Sabe, pues, que tu mujer te es infiel, y, para que me 6

[15] Cita de Menandro (Estobeo, *Florilegio* 43, 25).

creas, estoy dispuesto a mostrarte «in fraganti» el adulterio.

Así dijo; y a él una nube negra de dolor le cubrió, y tomando con ambas manos ceniza ennegrecida por el fuego la derramó sobre su cabeza y afeó su hermoso rostro[16].

7 Durante mucho tiempo estuvo estupefacto, sin poder ni abrir la boca ni levantar los ojos, y cuando por fin recuperó la voz, no la suya de siempre, sino otra más débil, dijo:

—Un triste favor te pido, que me hagas ser testigo ocular de mi propia desgracia. Vamos, muéstramelo, para que con bien fundada razón me quite la vida. Pues a Calírroe, aún culpable, no la dañaré.

8 —Haz —le contestó— como si fueras al campo, y bien entrada la noche vigila la entrada; entonces verás entrar al amante.

Convinieron en esto, y Quéreas, enviando un mensajero (pues no consintió ni en volver en persona) mandó decir «me voy al campo». Y el malvado y calumniador preparó la escena.

9 Llegada la noche, el uno se puso al acecho, y el otro, el que había seducido a la favorita de Calírroe, fue a situarse en una callejuela, interpretando el papel del que se propone realizar algo clandestino, pero poniendo todos los medios posibles para no pasar desapercibido: tenía el cabello abrillantado y sus bucles expandían olor a perfumes, los ojos subrayados por un trazo de pintura, un manto lujoso, sandalias finamente trabajadas, y lanzaban destellos sus enormes sortijas. Luego, tras mirar alrededor muchas veces, se acercó, y golpeando
10 ligeramente la puerta hizo la señal acostumbrada. La criada, ella también llena de miedo, abriendo una rendija y tomándole de la mano, le hizo entrar.

16 *Il.* XVIII, 22-24.

Al ver esto Quéreas no se contuvo más, sino que corrió adentro para coger in fraganti al adúltero. Pero él, 11
ocultándose junto a la puerta del patio, salió rápidamente.

Calírroe, por su parte, estaba sentada en el lecho echando de menos a Quéreas sin tener encendida lámpara alguna por la pena. Al producirse un ruido de pasos reconoció inmediatamente a su marido por el modo de respirar y corrió hacia él llena de alegría. Pero él no tenía ni voz para hacerle reproches, y domi- 12
nado por la cólera le dio una patada cuando se le acercó. Y habiéndole alcanzado el pie justamente en el diafragma, quedó privada de respiración, derribada en el suelo, y las criadas, levantándola, la tendieron en el lecho.

Así pues, Calírroe yacía sin voz y sin respiración, 5
pareciéndoles a todos la imagen de una muerta, y la Fama, mensajera del suceso, atravesó toda la ciudad, levantando gemidos por las callejuelas de la ciudad hasta el mar. Por todas partes se oían cantos fúnebres, y la situación era la misma que si hubiesen tomado la ciudad.

Quéreas, hirviendo aún en cólera, encerrándose en su cámara, interrogó durante toda la noche a las criadas, y en primero y último lugar a la favorita. Finalmente, 2
al torturarlas con el fuego y el látigo, se enteró de la verdad, y entonces sintió compasión de la muerta y deseó matarse a sí mismo; pero se lo impidió Policarmo, excelente amigo, tal como cuenta Homero que fue Patroclo de Aquiles.

Al llegar el día, los arcontes designaron por suertes[17] el tribunal para el asesino, apresurando el juicio por consideración a Hermócrates. Pero también el pueblo 3

17 Los miembros que debían formar parte de los tribunales de justicia se elegían por sorteo entre los ciudadanos de pleno derecho.

entero corrió a reunirse en el ágora, gritando cada uno cosas distintas; y se captaban al pueblo los pretendientes rechazados, y sobre todo el acragantino, brillante y orgulloso, como quien ha realizado una obra que nadie esperaba.

4 Pero ocurrió un hecho extraño y que nunca se había dado en un tribunal: después de hablar la acusación, el asesino, al empezar a medirse para él el agua [18], en lugar de hacer su propia defensa se acusó con más fuerza, y aportó él el primero el voto de condena, no diciendo nada de lo que era justo para su defensa, ni la calumnia, ni los celos, ni lo involuntario de su acto, sino que les pidió a todos:

—Lapidadme públicamente, pues yo quité al pueblo
5 su corona. Es algo humanitario el que me entreguéis al verdugo. Convenía que sufriera eso incluso si hubiera matado a una esclava de Hermócrates. Buscad una forma indecible de castigo. He hecho algo peor que los ladrones de templos y los parricidas. No me enterréis, no manchéis la tierra, sino arrojad al mar este cuerpo impío.

6 Al decir esto prorrumpieron en gemidos, y todos, olvidando a la muerta, se dolieron por el vivo. Hermócrates fue el primero en defender a Quéreas.

—Yo —dijo— sé que lo ocurrido fue involuntario. Y estoy viendo a los que han conspirado contra nosotros. Pero no tendrán el placer de conseguir dos cadáveres, ni entristeceré a mi hija muerta. Yo le oí decir muchas veces que prefería que Quéreas viviera antes que vivir ella misma. Dejando, pues, este juicio inútil, volvamos a lo necesario, el entierro. No entreguemos al tiempo a

18 A cada contendiente en un juicio se le concedía, para defender su punto de vista, un tiempo limitado, que se medía mediante el reloj de agua o clepsidra. Tal tiempo no podía sobrepasar la medida de una clepsidra.

la muerta, ni dejemos su cuerpo sin belleza por la tardanza. Enterremos a Calírroe mientras aún es bella.

Los jueces dieron voto de absolución, pero Quéreas 6
no se absolvió a sí mismo, sino que deseaba la muerte e ideaba todos los caminos posibles para su fin. Y Policarmo, viendo que no había otro modo de salvarle, le dijo:

—¡Traidor a la muerta!, ¿no esperarás a enterrar a Calírroe? ¿Confiarás su cuerpo a manos ajenas? Ahora es para ti el momento de ocuparte de la magnificencia de los funerales y procurarle un cortejo fúnebre digno de una reina.

Este argumento le convenció, pues le infundió amor 2
propio y un objeto de preocupación.

¿Quién podría describir dignamente aquel cortejo fúnebre. Yacía Calírroe envuelta en sus vestidos de boda sobre un lecho recubierto de oro, tan bella y majestuosa que todos la comparaban a Ariadna [19] dormida. Iban de- 3
lante del lecho en primer lugar los jinetes siracusanos, de gala ellos y sus caballos, tras ellos los hoplitas [20], que llevaban las insignias de los trofeos de Hermócrates, y luego el Consejo y en medio el pueblo, todos dando escolta a Hermócrates.

Era llevado también Aristón, aún enfermo, llamando a Calírroe hija y señora. Después de ellos las mujeres de los ciudadanos vestidas de negro, y luego el tesoro 4
de los funerales, propio de un rey: en primer lugar el

19 Ariadna es la hija de Minos, rey de Creta, que, enamorada de Teseo, le proporcionó los medios para vencer al Minotauro y salir del Laberinto, y huyó con él. Pero en una escala en la isla de Naxos, antes de llegar a Atenas, éste la abandonó dormida en la orilla, y allí la encontró el dios Dioniso (Baco), que se casó con ella y la llevó al Olimpo.

20 Los hoplitas eran la infantería pesada de los griegos, formada por los ciudadanos de pleno derecho. Sus armas se componían de lanza, espada, escudo, yelmo, coraza y grebas.

oro y la plata de la dote, la belleza y el lujo de los vestidos (y Hermócrates añadió también muchas cosas de su botín de guerra), regalos de sus parientes y amigos. Y en último lugar seguía la fortuna de Quéreas, pues deseaba, si le fuera posible, quemar su hacienda junta-
5 mente con su mujer. Llevaban el lecho los efebos de Siracusa, y le seguía la multitud, y aunque todos se iban lamentando, se oía sobre todo a Quéreas.

Estaba la tumba magnífica de Hermócrates cerca del mar, de suerte que era visible incluso para los que navegaban de lejos, y a ésta, como a un tesoro [21], la llenó la magnificencia del entierro. Pero lo que parecía para honor de la muerta impulsó el inicio de grandes acontecimientos.

7 Había, en efecto, un tal Terón, hombre perverso, que navegaba por el mar con intención injusta, y tenía un equipo de ladrones que se mantenían anclados al acecho contra los puertos, con pretexto de dedicarse al transporte, componiendo una banda de piratas. Éste se encontró con el cortejo funerario y puso con ambición su mirada en el oro, y de noche, acostado en su lecho, no dormía, diciéndose a sí mismo:

—¿Entonces yo me arriesgo combatiendo en el mar y matando a vivos por un botín pequeño, cuando me es posible enriquecerme a costa de una simple muerta?
2 ¡Que juegue la suerte! No dejaré escapar esta ganancia. Y, ¿a quiénes reclutaré para este golpe? Mira, Terón, quién es el más adecuado de los que conoces. ¿Cenófanes el de Turio?, es listo pero cobarde. ¿Menón el Mesenio?, es audaz pero traidor.

21 *Thesaurós* se llamaba antiguamente al lugar donde se guardaba algo, y al mismo tiempo a lo guardado. En los templos es la dependencia en que se acumulaban las riquezas procedentes de las ofrendas y el culto.

Y recorriéndolos uno a uno en su pensamiento como 3
quien prueba la plata, después de excluir a muchos, encontró a algunos que le parecieron bastante adecuados. Y en consecuencia, corriendo al puerto al despuntar la aurora fue buscando a cada uno de ellos, y a algunos los encontró en los prostíbulos, y a otros en tabernas, ejército adecuado para tal estratego. Y diciendo que 4
había algo que tenía que comentar con ellos, se los llevó detrás del puerto y empezó diciendo:

—Yo, que he encontrado un tesoro, os he elegido como socios a vosotros entre todos; pues no es ganancia para uno solo ni exige demasiado esfuerzo, sino que una sola noche puede hacernos ricos a todos. Y no nos falta expe- 5
riencia en tales empresas, que producen repugnancia entre los hombres estúpidos, pero utilidad a los sensatos.

Al punto se dieron cuenta de que les proponía o piratería o violación de tumbas o profanación de un templo, y dijeron:

—Deja de intentar persuadir a quienes ya están convencidos, y revélanos simplemente el asunto, pues no desaprovecharemos la ocasión.

Entonces Terón tomando la palabra de nuevo dijo: 6
—Habéis visto el oro y la plata de la muerta. Sería más justo que ése fuera nuestro, ya que nosotros estamos vivos. Soy de la opinión de que abramos de noche la tumba y luego, metiéndonos en la nave y navegando a donde nos lleve el viento, vendamos nuestra carga en tierra extranjera.

El plan les gustó.

—Así pues, ahora —siguió Terón— dedicaos a vuestras ocupaciones acostumbradas. Y cuando esté ya entrada la noche, que baje cada uno al navío llevando herramientas de albañil.

Éstos hicieron lo dicho. Y respecto a Calírroe, estaba 8
experimentando un nuevo y más extraño nacimiento. Habiéndose producido por la falta de alimento una cier-

ta relajación en la respiración, que le faltaba hasta en-
tonces, comenzó a respirar penosamente y poco a poco.
Luego comenzó a mover su cuerpo miembro a miembro,
y al abrir los ojos recobró la consciencia como si salie-
ra del sueño, y llamó a Quéreas creyendo que dormía
2 a su lado. Y como no le oían ni su marido ni las criadas,
y todo era soledad y tiniebla, el escalofrío y el temblor
se apoderaron de la joven, aunque aún no era capaz de
alcanzar la verdad con su razón.

Al levantarse penosamente, tocó coronas y cintillas,
y produjo ruido de oro y plata, y había un gran olor
3 a plantas aromáticas. Entonces se acordó de la patada
y de la caída por ella producida, y con dificultad y an-
gustia reconoció aquello como una tumba. Y empezó
a gritar cuanto pudo «¡Estoy viva!» y «¡Ayudadme!».
Y como después de haber gritado muchas veces no ocu-
rrió nada, desesperó ya de la salvación, y apoyando la
cabeza en las rodillas se lamentaba diciendo:

—¡Ay de mí, desdichada!, estoy enterrada viva sin
haber delinquido en nada y voy a morir de una muerte
4 larga. Y me lloran a mí que estoy sana y salva. ¿Y qué
mensajero enviará qué mensaje? Criminal Quéreas, no
te hago reproches porque me hayas matado, sino porque
te apresuraste a sacarme de casa. No era preciso que
enterraras tan rápidamente a Calírroe ni aunque hubie-
ra estado muerta de verdad. Pero quizá sea que ya
ahora mismo estás pensando en un nuevo matrimonio.

9 Ella estaba en tales lamentaciones. Y, entre tanto,
Terón, después de esperar justo hasta la medianoche,
se acercaba sin ruido a la tumba, avanzando con sua-
vidad sobre el mar con los remos. Y desembarcando
él el primero dispuso a su tripulación de esta manera:
2 —A cuatro los envió a un puesto de vigilancia, orde-
nándoles que si alguien se acercaba al lugar lo mata-
ran si podían, y si no, avisaran de su llegada mediante
una señal convenida, y él mismo con otros cuatro se

acercó a la tumba. A los demás (pues eran en total
dieciséis) les ordenó que se quedaran en la barca y que
tuviesen los remos preparados para que, si ocurriera
algo de improviso, pudieran alejarse navegando rápida-
mente después de recoger a los de tierra.

Cuando se aplicaron a forzar la puerta de la tumba 3
con palancas y golpes muy fuertes, se apoderaron de
Calírroe miedo, alegría, preocupación, asombro, espe-
ranza, incredulidad, todo a la vez.

—¿De dónde viene el ruido? ¿Acaso es un espíritu que
se presenta contra mí según la ley común a los mor-
tales? ¿O no es esto un ruido, sino la voz de los de
abajo que me llaman a ellos? Es más lógico que sean
profanadores de tumbas. Entonces eso se sumará a mis
desgracias. ¡Oh riqueza inútil para un cadáver!

Mientras ella estaba aún pensando estas cosas, metió 4
la cabeza un ladrón y al poco rato entró. Calírroe, en-
tonces, se lanzó hacia él, queriendo suplicarle; pero
aquél, aterrorizado, salió de un salto y tembloroso dijo
a sus compañeros:

—¡Huyamos de aquí, pues un espíritu custodia lo de
dentro y no nos deja entrar!

Terón se echó a reír, llamándole cobarde y más ca- 5
dáver que la muerta. Luego mandó entrar a otro. Pero
como nadie se atrevió, entró él mismo, llevando por
delante la espada. Ante el brillo del hierro Calírroe, ate-
morizada, no habló, se tendió en un rincón y desde allí
suplicaba emitiendo una débil voz:

—¡Compadécete, quienquiera que seas, de quien no
tuvieron compasión ni su marido ni sus padres! ¡No
mates a la que has salvado!

Cobró ánimos Terón, y como hombre listo comprendió 6
la verdad. Se quedó pensativo, y en un primer momen-
to pensó en matar a la mujer, considerando que iba a
ser un obstáculo para todo el asunto, pero inmediata-
mente cambió de idea por la ganancia y dijo para sí:

—¡Que sea también ella parte del tesoro de la tumba!
Hay aquí mucha plata y mucho oro, pero de más precio
que todo esto es la belleza de la mujer.

7 Así pues, cogiéndola de la mano, la sacó fuera, y
luego, llamando a su cómplice, le dijo:

—He aquí el espíritu al que tuviste miedo. ¡Bonito
ladrón que se asusta incluso de una mujer! Tú guárda-
la, pues quiero devolverla a sus padres. Nosotros llevé-
monos lo que hay dentro ahora que ya no lo guarda la
muerta.

10 Una vez que metieron en la nave el botín, Terón or-
denó al guardián que se alejara un poco con la mujer,
2 y luego celebró consejo sobre ella. Y hubo opiniones
distintas y opuestas a otras. El primero en hablar dijo:

—Habíamos venido por otras cosas, oh camaradas,
pero nos ha ocurrido lo mejor, deparado por la Fortu-
na. Aprovechémoslo, pues podemos hacerlo sin peligro.
Mi opinión es dejar en tierra el tesoro funerario y de-
volver a Calírroe a su marido y a su padre, diciéndoles
que echamos el ancla en este lugar, como es costumbre
en los pescadores, y como oímos voces abrimos la tumba
por piedad, para salvar a la que estaba encerrada dentro.
3 Hagamos jurar a la mujer que será en todo testigo a
nuestro favor. Ella lo hará con gusto por favorecer a
sus bienhechores, por quienes está a salvo. ¿De cuánta
alegría creéis que llenaremos a toda Sicilia? ¿Cuán gran-
de será la recompensa que obtendremos? Y al mismo
tiempo haremos algo justo a los ojos de los hombres
y piadoso a los de los dioses.

4 Mientras él estaba todavía hablando, se puso otro a
hablar en su contra:

—Hombre inoportuno y estúpido, ¿nos invitas ahora
a filosofar? ¿Acaso el violar tumbas nos ha hecho hon-
rados? ¿Tendremos piedad de aquella de quien no la
tuvo su propio marido, sino que la mató? Ciertamente
no nos ha hecho ningún daño, pero nos hará el mayor.

Pues, en primer lugar, si la devolvemos a sus parientes 5
no sabemos qué opinión tendrán sobre lo ocurrido, y
es imposible que no sospechen la causa por la que vini-
mos a la tumba e, incluso, si nos hacen gracia de su
venganza los parientes de la mujer, los arcontes y el
propio pueblo no dejarán libres a unos violadores de
tumbas aunque les lleven por sí mismos el botín. Pues,
en efecto, no llevamos una vida libre de peligros. Pero 6
alguno dirá tal vez que es más provechoso vender a la
mujer, pues tendrá un precio alto por su belleza. Pero
eso también tiene un peligro. Porque el oro no tiene voz,
ni la plata dirá de dónde la tomamos. Sobre estas cosas 7
es posible componer una historia. Pero un botín que
tiene ojos y oídos y lengua ¿quién podría esconderlo?
Y ni siquiera tiene una belleza de mortal, para que po-
damos pasar desapercibidos. Porque ¿vamos a llamarla
«esclava»? ¿Y quién al verla lo creerá? Matémosla, por
tanto, aquí mismo, y no llevemos con nosotros a nues-
tro propio acusador.

Aunque eran muchos los que estaban de acuerdo con 8
éstos, Terón no dio su voto a ninguna de las dos opi-
niones:

—Tú, por un lado —dijo—, nos llevas al peligro, pero
tú, por otro, pierdes una ganancia. Yo ni devolveré
a esta mujer ni la mataré, pues, al ser vendida, callará
por miedo, y una vez vendida lejos, que acuse a quie-
nes ya no estarán presentes. ¡Ea, embarcad; hagámonos
a la mar, pues ya está cerca el día!

Levada el ancla, la nave se movía sin trabas, pues no 11
luchaban contra las olas ni el viento, ya que no se habían
fijado previamente ninguna ruta, sino que cualquier
viento les parecía favorable y les venía de popa. Terón
consolaba a Calírroe, intentando engañarla con diversas
invenciones. Y ella, por su parte, se daba cuenta de su 2
situación, y de que en vano se había salvado, pero fingía
que no lo sabía, sino que le creía, temiendo que incluso

la matasen si creían que estaba irritada con ellos. Y diciendo que no soportaba el mar, cubierta por el velo y llorando decía:

—Tú, oh padre, en este mar derrotaste a trescientas naves atenienses, y en cambio a mí, tu hija, la ha arrebatado una pequeña barca, y no puedes ayudarme. A tierra extranjera soy llevada, y voy a tener que ser es-
3 clava yo, una mujer de noble linaje. Y quizá comprará a la hija de Hermócrates algún amo ateniense. ¡Cuánto mejor hubiera sido para mí yacer muerta en la tumba! Al menos Quéreas sería enterrado conmigo; pero ahora nosotros nos vemos separados, al mismo tiempo vivos y muertos.

4 Mientras ella se entregaba a tales lamentaciones, los piratas pasaban de largo, costeándolas, islas pequeñas y sus ciudades. Pues no era su carga propia de pobres, sino que buscaban hombres ricos.

Echaron el ancla frente al Ática[22], al abrigo de un promontorio. Allí había una fuente de abundante y pura
5 agua y un tupido prado. Haciendo bajar a Calírroe, la dejaron lavarse y descansar un poco del viaje, pues querían preservar su belleza, y, ya a solas, deliberaron a dónde debían dirigir su ruta, y uno dijo:

—Está cerca Atenas, ciudad grande y próspera. Allí encontraremos gran cantidad de mercaderes y hombres ricos, pues lo mismo que es posible ver en el ágora a los hombres, es posible ver en Atenas a las distintas ciudades.

22 Atenas era la más importante ciudad de la Grecia antigua, centro económico y cultural de toda la vida griega. En el momento en que se sitúa la acción de la novela su poderío político había ya decaído, a consecuencia de su derrota frente a Esparta y sus aliados, pero no así su potencia económica y, sobre todo, su carácter de centro espiritual de la cultura, que pocos años antes había alcanzado su cénit.

A todos les parecía bien navegar hacia Atenas, pero 6
a Terón no le agradaba la excesiva curiosidad de la ciudad:

—¿Sois vosotros los únicos que no habéis oído hablar de la indiscreción de los atenienses? Es un pueblo charlatán y aficionado a los juicios, y en su puerto miles de sicofantes[23] se informarán de quiénes somos y de dónde traemos estas mercancías. Y les entrará la mala sospecha a esos hombres malignos. Y allí inmediata- 7
mente interviene el Areópago[24] y los arcontes, más duros que tiranos. Temamos a los atenienses más que a los siracusanos. Un lugar más favorable para nosotros es Jonia[25], pues allí se encuentran riquezas regias que fluyen del interior de la gran Asia, y hombres voluptuosos y desocupados. Y espero también que allí encontraré algunos conocidos.

Aprovisionándose de agua, y tomando víveres de los 8
navíos que había al lado, navegaron inmediatamente

23 La palabra sicofante designa a la persona que utilizaba el derecho a ejercer la acusación pública, que la legislación ateniense concedía a todo ciudadano, con el fin de enriquecerse o desacreditar a sus enemigos privados o políticos. Para defenderse de ellos se creó incluso una acusación especial, la *sykophantías graphḗ*.

24 El Areópago era el más antiguo tribunal de Atenas, compuesto por todos los antiguos arcontes, que hasta el 462 a. C. concentraba en sí todo el poder judicial. Posteriormente se vio privado, por la reforma de Efialtes, de gran parte de sus atribuciones, que pasan al pueblo, y quedó reducido a entender solamente de casos de asesinatos premeditados, heridas con intención de causar la muerte, y tentativas de incendio o envenenamiento. Pero en la mente de muchos atenienses quedaba éste como el Tribunal Supremo, y, sobre todo, como el guardián de la Constitución.

25 Jonia es la región del O. de Asia Menor, situada en una franja de la costa, que comprendía las ciudades griegas fundadas por los jonios que escaparon del continente empujados por las invasiones dorias.

hacia Mileto[26], y al tercer día desembarcaron en una dársena que distaba de la ciudad ochenta estadios, muy apropiada para esperar.

12 Entonces Terón mandó sacar los remos, dejar sola a Calírroe y proporcionarle todo lo necesario para su comodidad. Pero eso no lo hacía por amabilidad, sino por deseo de lucro, actuando como un mercader más que como un ladrón.

Él mismo se apresuró a ir en persona a la ciudad, haciéndose acompañar por dos de sus amigos. No quería buscar abiertamente al comprador, ni hacer el asunto público, sino que tenía prisa de realizar la venta ocultamente y de mano a mano. Pero resultó difícil de arreglar, pues no era ella una posesión propia de la multitud ni del primero que llegase, sino de un hombre rico, e incluso de un rey, y a tales hombres temía acercarse.

2 Como por ello se produjo gran demora, no pudo ya resistir este retraso, y llegada la noche no podía dormir y se decía a sí mismo:

—Eres un estúpido, Terón, pues has dejado abandonados ya hace tantos días plata y oro en un lugar soli-
3 tario, como si fueras el único ladrón. ¿No sabes que por el mar navegan también otros piratas? Y además yo temo también a mis compañeros, no sea que abandonándonos se hagan a la mar, pues no has enrolado a los hombres más justos para que te guarden fidelidad,
4 sino a los más malvados de los que conocías. Así pues, ahora —se dijo— duerme por necesidad, y cuando llegue el día, corriendo a la barca, arroja al mar a esa mujer inoportuna e inútil para ti y no lleves más una mercancía invendible.

[26] Mileto, famosísima ciudad jonia de la costa de Asia Menor, importante centro comercial y metrópoli de numerosísimas ciudades griegas.

Pero cuando se durmió vio en sueños unas puertas 5
cerradas. Entonces decidió esperar aquel día. Y, como perplejo, estuvo sentado junto a una tienda con el alma
totalmente turbada. En este intervalo pasó una multitud 6
de hombres libres y esclavos, y en medio de ellos un hombre ya en la edad madura, vestido de negro y con el semblante triste. Terón, levantándose (pues la naturaleza del hombre es curiosa) preguntó a uno de los que formaban el séquito:

—¿Quién es éste?

Y él le contestó:

—Me parece que eres extranjero o vienes de muy lejos, puesto que no conoces a Dionisio, que sobrepasa en riqueza, linaje y educación a todos los demás jonios, amigo del Gran Rey[27].

—¿Y por qué va vestido de negro? 7

—Porque ha muerto su mujer, a la que amaba.

Terón trataba de alargar mucho la conversación, ya que había encontrado un hombre rico y al que le gustaban las mujeres. Por tanto, ya no dejó irse al hombre, sino que preguntó:

—¿Qué puesto tienes tú junto a él? 8

Y él contestó:

—Soy el administrador de todas sus propiedades, y educo también a su hija, niña aún muy pequeña, privada antes de tiempo de su desdichada madre.

Terón: —¿Y cómo te llamas tú?

—Leonas.

—En buena hora —dijo Terón—, Leonas, te he encontrado. Soy mercader y vengo ahora navegando desde Italia, por lo que nada sé de los asuntos de Jonia. Una

[27] Los griegos llamaban al rey del imperio persa el *basileús* (rey) por antonomasia, y a veces el Gran Rey. Por ello nosotros utilizaremos, cuando el texto se refiera a él, la mayúscula, para distinguirlo de los demás reyes que puedan salir en la acción.

mujer de Síbaris [28]; la más rica de las de allí, que tenía
una esclava bellísima, su favorita, la vendió por celos,
9 y yo se la compré. Así que sea ella un beneficio para ti,
si quieres guardarla como institutriz de la niña (pues
tiene una buena educación), o si incluso consideras que
es digna de agradar a tu amo, pues es más ventajoso
para ti que él tenga una mujer comprada con dinero,
para que no dé una madrasta a tu pupila.

10 Esto lo oyó Leonas con alegría, y dijo:

—Un dios te ha enviado a mí como bienhechor; que
me presentas despierto lo que he visto en sueños. Ven,
pues, a mi casa y sé mi amigo y huésped. Y sobre la
elección de la mujer, la vista juzgará si es posesión digna
de mi señor o mía propia.

13 Cuando llegaron a la casa, se asombró Terón de su
grandeza y magnificencia (pues estaba preparada para
recibir al Rey de los Persas), y Leonas le mandó que
esperase mientras él se dedicaba primero al servicio de
2 su señor. Luego, tomándole de la mano, le condujo a
su propia habitación, que era en todo adecuada a un
hombre libre, y mandó poner la mesa. Y Terón, como
hombre astuto y hábil para adaptarse a cualquier situa-
ción, se dedicaba a la comida y daba con brindis testi-
monio de amistad a Leonas, por una parte en prenda de
su rectitud, pero más aún para dar garantía de cama-
3 radería. Y entre todas las cosas surgió muchas veces la
conversación sobre la mujer, y Terón alababa más su
carácter que su belleza, sabiendo que es lo que está
oculto lo que tiene necesidad de defensa, pues la vista
se da consistencia a sí misma.

—Vayamos, pues —dijo Leonas—, y muéstramela.

4 Y él contestó:

[28] Síbaris, colonia griega de la costa Sur de la península itálica se hizo famosa por el lujo y la molicie de sus ciudadanos. De esta fama procede nuestro uso del adjetivo «sibarita».

—No está aquí, pues a causa de los perceptores de impuestos nos detuvimos junto a la ciudad, y el navío está anclado a ochenta estadios. —Y le describió el lugar.

—Habéis fondeado —dijo Leonas— en nuestras tie-
rras. Eso es magnífico, ya que sin duda la Fortuna os 5
condujo a Dionisio. Marchemos, entonces, al campo, para
que también vosotros os repongáis del viaje, pues la
villa que hay allí cerca está suntuosamente preparada.

Terón se alegró mucho, considerando que iba a ser 6
más fácil la venta si no era en el ágora, sino en un lugar
solitario, y dijo:

—Partamos al apuntar el día, tú a la villa y yo a la nave, y de allí conduciré la mujer ante ti.

Acordaron esto, y dándose la mano uno a otro, se alejaron. Y a ambos se les hizo larga la noche, el uno porque tenía prisa por realizar la venta, y el otro de comprar.

Al día siguiente Leonas fue costeando hasta la villa, 7
llevando también dinero para asegurar de antemano al
vendedor. Terón llegó al promontorio junto a sus cóm-
plices, que ya le estaban echando mucho de menos, y
después que les contó el asunto comenzó a adular a
Calírroe:

—Yo —dijo—, hija, quería devolverte inmediatamente 8
a los tuyos, pero al haber vientos contrarios me lo im-
pidió el mar. Sabes cuánto cuidado hemos tenido de ti,
y sobre todo, que te hemos guardado pura. Sin mancha
te volverá a recibir Quéreas, salvada del tálamo de la
tumba gracias a nosotros. Ahora nos es preciso hacer 9
la travesía hasta Licia [29], pero no lo es que tú sufras
más penalidades en vano, ya que tan terriblemente te
mareas. Así que ahora te voy a dejar entre amigos dignos
de confianza, y cuando vuelva te recogeré, y con todo

[29] Licia, región del Sur de Asia Menor.

tipo de cuidados te llevaré a continuación a Siracusa. Coge de tus cosas las que quieras, pues para ti guardamos también las que quedan.

10 De esto se rio para sí Calírroe, pese a estar sumamente afligida (él la creía completamente estúpida), porque se daba cuenta de que ya estaba vendida, pero consideraba su venta más feliz aún que su antigua nobleza, ya que quería librarse de los piratas. Y dijo:

—Te estoy agradecida, padre[29a], por tu bondad hacia mí. ¡Ojalá os devuelvan a todos vosotros los dioses la
11 justa recompensa! Yo considero de mal agüero usar ofrendas funerarias. Guardádmelo bien todo. A mí me basta con este anillito que llevaba incluso muerta.

Y luego, cubriéndose la cabeza, dijo:

—Llévame ya, Terón, a donde quieras. Pues cualquier lugar es mejor que el mar y la tumba.

14 Cuando estuvo cerca de la villa, Terón planeó la estratagema siguiente. Le quitó el velo a Calírroe, le soltó el cabello, y abriendo la puerta la mandó que entrase ella la primera. Y Leonas y todos los que estaban dentro, al presentarse ella de pronto, quedaron estupefactos, creyendo que estaban viendo a una diosa, pues se decía
2 que en los campos se aparecía Afrodita. Y cuando aún no habían salido de su asombro, Terón, que la seguía, entró detrás y dijo a Leonas:

—Levántate y ven a recibir a la mujer, pues ésta es la que quieres comprar.

Y, al oírlo, se produjo en todos alegría y asombro a la vez.

3 Entonces, a Calírroe, haciéndola acostarse en la mejor de las habitaciones, la dejaron descansar. Y en efecto, necesitaba mucho reposo de su dolor, fatiga y miedo. Y Terón, tomando de la mano a Leonas dijo:

—Mi parte está ya realizada fielmente. Tú sé ya el amo de la mujer (pues, además, eres mi amigo). Ve a la ciudad y coge el contrato, y entonces me darás el precio que quieras.

Y Leonas, queriendo corresponderle, dijo: 4

—No, por cierto, sino que ya te entrego en prueba de confianza el dinero antes del contrato.

Así, al mismo tiempo, quería asegurarse la venta, temiendo que quizá cambiara de opinión, pues pensaba que iba a haber muchos en la ciudad que querrían com-
prarla. De modo que le obligó a tomar el talento de 5
plata que había llevado consigo, y Terón lo tomó después de hacerse de rogar. Y como Leonas le retenía para que se quedase a comer (pues ya era una hora avanzada) le dijo:

—Quiero navegar esta tarde a la ciudad. Mañana nos encontraremos en el puerto.

Después de esto se separaron, y Terón al llegar a la 6
nave ordenó levar anclas y hacerse a la mar lo más rápidamente posible, antes de que los descubrieran. Y mientras ellos se alejaban a donde los llevaba el viento, Calírroe, sola al fin, se lamentaba libremente de su suerte.

—He aquí —decía— otra tumba en la que Terón me
ha encerrado, más desierta aún que aquélla. Pues allí 7
habrían ido mi padre y mi madre, y Quéreas habría hecho libaciones llorando. Y yo me daría cuenta, incluso muerta. Pero aquí, ¿a quién llamaré amigo? Fortuna envidiosa, no te has saciado con mis males por tierra y mar, sino que primero convertiste a mi amante en mi asesino. Quéreas, que ni a un esclavo pegó nunca, me
dio una patada mortal a mí, que le amaba. Y luego me 8
entregaste a las manos de unos violadores de tumbas, y me llevaste de la tumba al mar y me expusiste a unos

[29a] La palabra *páter* se utiliza como apelativo cariñoso con las personas de cierta edad. Todo este párrafo de Calírroe tiene un sentido claramente irónico.

piratas más temibles que las olas. Para esto poseo mi tan alabada belleza, para que Terón, el ladrón, obtenga
9 por mí un alto precio. He sido vendida en un lugar solitario, ni siquiera he sido llevada a la ciudad como las demás mujeres que se compran con plata. Porque tuviste miedo, oh Fortuna, de que le pareciera noble a alguno de los que me vieran. Por eso fui entregada como un mueble no sé a quiénes, griegos o bárbaros o a otros ladrones.

Y al golpearse el pecho con las manos vio en el anillito la imagen de Quéreas y besándolo dijo:

—En verdad estoy perdida para ti, Quéreas, separada
10 de ti por tanto mar. Y seguro que tú sufrirás y tendrás remordimientos, y te sentarás junto a la tumba vacía, dando testimonio de mi modestia después de mi muerte. Y yo, la hija de Hermócrates, tu mujer, hoy he sido vendida a un amo.

Y después de lamentarse así, a duras penas descendió, al fin, el sueño sobre ella.

LIBRO SEGUNDO

Leonas, después de encargar a Focas, el administra- 1
dor, tener mucho cuidado con la mujer, salió de noche aún hacia Mileto, ansioso de anunciar a su señor la buena nueva sobre la muchacha recién comprada, creyendo llevarle un gran consuelo a su pena. Y encontró a Dionisio aún acostado, pues fuera de sí de dolor no salía la mayor parte del tiempo, pese a la nostalgia que de él sentía su ciudad, sino que pasaba el tiempo en su habitación, como si su mujer estuviese aún con él.
Y al ver a Leonas le dijo: 2

—Solamente esta noche he dormido bien después de la muerte de la desdichada, pues la vi claramente, pero más alta y más hermosa, y estaba conmigo como si estuviera despierto. Y me pareció que era el primer dia de nuestras bodas, y que la conducían como novia desde mi finca de junto al mar, y eras tú quien me cantaba el himeneo.

Cuando aún estaba contándolo, gritó Leonas: 3

—¡Eres afortunado, señor, en sueños y despierto! Vas a oír lo que has visto.

Y comenzando a hablar le explicó:

—Se me acercó un mercader que vendía una muchacha bellísima, y que por los impuestos había anclado
su nave fuera de la ciudad, cerca de tu finca. Y yo, des- 4
pués de concertarlo con él, marché al campo, y allí, habiéndonos reunido uno con otro, realizamos la venta

de hecho. Yo, en efecto, le di un talento. Pero ahora es
preciso que se haga la escritura legalmente.
5 Dionisio oyó con placer lo de la belleza de la mujer
(pues era en verdad hombre amante de las mujeres),
pero con disgusto lo de la esclavitud, pues, hombre de
estirpe real, muy superior en costumbres y educación
al resto de la Jonia, rechazaba como algo indigno las
relaciones con una esclava, y dijo:
—Es imposible, Leonas, que sea bello un cuerpo que
no ha nacido libre. ¿No has oído decir a los poetas que
son hijos de los dioses los bellos, mucho antes que de
hombres nobles? Ella te agradó en un lugar solitario,
6 al compararla con las campesinas. Pero en fin, ya que
la has comprado, vete al ágora. Adrasto, el más enten-
dido en leyes, organizará las escrituras.
Se alegró Leonas de no ser creído, pues lo inesperado
iba a hacer admirarse más a su señor. Y recorriendo
todos los puertos de Mileto y las mesas y la ciudad en-
7 tera no pudo encontrar a Terón por ninguna parte. In-
terrogó a comerciantes y marineros, pero nadie los co-
nocía. Al encontrarse en tal dificultad tomó una barca
de remos y costeó hasta el promontorio, y de allí a la
finca, pero no iba a encontrar al que ya se había hecho
a la mar.
8 Entonces penosa y lentamente volvió junto a su señor.
Y Dionisio, al verlo con aire sombrío, le preguntó qué
le había ocurrido, y él dijo:
—Te he hecho perder, señor, un talento.
—Lo ocurido —dijo Dionisio— te hará más prudente
en lo sucesivo. Pero, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Acaso
se ha escapado la esclava que acabas de comprar?
—Ella no —respondió—, sino el vendedor.
—Entonces era un traficante de hombres libres, y
por eso, porque era una esclava ajena, te la vendió en
lugar solitario. ¿De dónde dijo el hombre que era la
esclava?

—Sibarita, de Italia, vendida por su señora por celos. 9
—Busca si hay algún sibarita que resida aquí, y entre
tanto deja allí a la mujer.
Entonces se marchó Leonas entristecido porque no
le había sido favorable el asunto. Pero acechaba la
oportunidad de convencer a su señor de ir a la finca,
pues sólo le quedaba la esperanza de que viera a la
mujer.
Por otra parte, ante Calírroe entraron las campesinas, 2
y al punto empezaron a adularla como si fuese una
señora. Y Plangón, la mujer del administrador, persona
no inexperta, le dijo:
—Estás buscando, hija, en verdad a los tuyos. Piensa
que también aquí hay otras cosas y otras personas que
somos tuyos, pues Dionisio, nuestro amo, es un hom-
bre excelente y humanitario. Para tu fortuna te han
conducido los dioses a una buena casa: aquí vivirás
como en tu patria. Así pues, quítate el barro de tan 2
larga travesía. Aquí tienes a tus servidoras.
Con dificultad, y contra su voluntad, la condujo a
pesar de todo al baño. Y una vez que hubo entrado,
la ungieron de aceites y la lavaron cuidadosamente, de
modo que, si al estar ella vestida se admiraban de su
rostro casi divino, al quedar desnuda se asombraron
aún más, pareciéndoles que su rostro era igual a todo
su cuerpo. Pues su piel blanca resplandeció al punto,
brillando de un modo semejante a un vivo resplandor,
y su carne era tan delicada que temían que incluso el
contacto de los dedos le hiciera grandes heridas. Y en 3
voz baja se decían unas a otras:
—Nuestra ama era hermosa y famosa, pero hubiera
parecido su esclava.
Pero a Calírroe le entristecían los elogios, pues no
le faltaba capacidad de predecir el futuro.
Una vez que estuvo lavada y trenzado su cabello, le
proporcionaron finos vestidos, pero ella dijo que no

convenían esas cosas a una esclava recién comprada:
4 —Dadme un manto de esclava, pues vosotras sois superiores a mí.

Así pues, se vistió uno de los que encontraron a mano, y éste le sentaba bien e, iluminado por su belleza, daba la impresión de ser un vestido costoso.

5 Una vez que comieron las mujeres dijo Plangón:

—Ve al templo de Afrodita y ruégale por ti misma, pues la diosa se aparece aquí, y no sólo le ofrecen sacrificios los vecinos, sino también gentes que vienen de la ciudad. Ella es particularmente favorable a Dionisio, y él nunca pasa de largo por su templo.

6 Luego le contaron las apariciones de la diosa, y una de las campesinas dijo:

—Te parecerá, mujer, al mirar a Afrodita, que estás viendo tu propia imagen.

Pero Calírroe, al oír esto, se llenó de lágrimas y dijo para sí:

—¡Ay de mí, desdichada, también aquí está Afrodita, la diosa que es causa de todos mis males! Pese a ello, iré, pues quiero hacerle muchos reproches.

7 El santuario estaba cerca de la casa junto al mismo camino. Calírroe, postrándose y cogiéndose a los pies de Afrodita, dijo:

—Tú fuiste la primera que me mostraste a Quéreas, y habiendo ajustado tan hermoso yugo, no lo cuidaste.
8 Y, sin embargo, nosotros te rendíamos culto. Pero ya que así lo quisiste sólo una gracia solicito de ti: que hagas que a nadie agrade después de a él.

A esto se negó Afrodita, pues es madre de Eros y de nuevo le estaba organizando otro matrimonio, que tampoco le iba a conservar.

Así pues, Calírroe, liberada de los piratas y del mar, iba recobrando toda su belleza, de suerte que asombraba a los campesinos al verla cada día más hermosa.

Leonas, habiendo encontrado el momento oportuno, 3
le dijo a Dionisio las siguientes palabras:

—En tu finca de junto al mar, señor, no has estado ya hace mucho tiempo, y allí se añora tu llegada. Es preciso que veas los rebaños y las plantaciones y que apresures la recolección de los frutos. Y que hagas uso 2
de la magnificencia de la casa que construimos por orden tuya. Además, allí soportarás más tolerablemente tu pena, distraído por el placer del campo y la administración de la finca. Y si quieres recompensar a un boyero o un pastor le puedes dar la mujer que acabamos de comprar.

Le agradó esto a Dionisio, y anunció su partida para el día convenido. Y dada la orden, los cocheros prepa- 3
raron los carruajes, los palafreneros los caballos y los marineros las barcas, y los amigos y gran número de libertos fueron invitados a acompañarlo en el viaje, pues era Dionisio de natural magnificente.

Cuando todo estuvo dispuesto mandó que el equipaje 4
y la mayoría de las personas fueran por mar, y que los carros le siguieran una vez que él mismo se hubiera adelantado, porque no cuadraba la escolta a un hombre en duelo. Así, con la aurora, y antes de que la mayoría se diera cuenta, subió al caballo con otros cuatro hombres, uno de los cuales era Leonas.

Así, Dionisio salía al campo. Y por su parte Calírroe, 5
que aquella noche había visto a Afrodita, quiso de nuevo postrarse ante ella. Y estaba de pie haciéndole súplicas cuando Dionisio, bajándose del caballo el primero, entró en el templo.

Calírroe, al oír ruido de pasos se volvió hacia él. Y 6
Dionisio al verla gritó:

—¡Séme propicia, Afrodita, y que tu aparición me sea para bien!

Y cuando él estaba ya prosternándose le detuvo Leonas y dijo:

—Ésta es, señor, la recién comprada. No te turbes. Y tú, mujer, acércate a tu amo.

Calírroe, bajando la cabeza ante la palabra «amo», dejó escapar un torrente de lágrimas, teniendo que olvidar tardíamente su libertad. Pero Dionisio, golpeando a Leonas, dijo:

7 —Impío, ¿hablas a los dioses como si fueran hombres? ¿Dices que ésta es una mujer comprada con dinero? Entonces es lógico que no encuentres al que te la vendió. ¿No has oído que Homero nos enseñó que *los dioses, tomando la forma de extranjeros de otras tierras, vigilan la insolencia y la justicia de los hombres?* [30]

Entonces Calírroe dijo:

—Deja de burlarte de mí, llamando diosa a esta que ni siquiera es una persona afortunada.

8 Y, al hablar ella, su voz le pareció a Dionisio una voz divina, pues sonaba como música y producía un son como el de la cítara. Así que, muy turbado y sintiendo pudor de permanecer con ella más tiempo, se marchó a la casa, inflamado ya de amor.

No mucho después llegó de la ciudad el equipaje, y
9 al punto se corrió la voz de lo ocurrido. Por ello, todos estaban ansiosos de ver a la mujer, y todos ponían el pretexto de ir a venerar a Afrodita. Calírroe, avergonzada ante la multitud, no sabía qué hacer, pues todos eran para ella extraños y no veía ni a la familiar Plangón, sino que ella estaba dedicada a la recepción de su señor.

10 Como pasaba el tiempo y nadie llegaba a la casa, sino que todos estaban allí detenidos como fascinados, Leonas se dio cuenta de lo ocurrido y, yendo al templo, sacó a Calírroe. Y entonces fue posible ver que los reyes lo son por su propia naturaleza, como ocurre en los enjambres de abejas, pues todos la seguían automáticamente, como si la hubieran hecho por votación señora por su belleza.

30 *Od.* XVII, 485 ss.

Ella, pues, se fue a su habitación de costumbre. Y 4
Dionisio estaba herido, pero intentaba esconder su herida, como hombre cultivado y que busca muy especialmente la virtud. Y no queriendo parecer despreciable a sus servidores ni pueril a sus amigos, resistió toda la tarde, creyendo que lo ocultaba; pero haciéndolo más
evidente por su silencio. Y tomando una parte de la 2
cena, dijo:

—Que alguien lleve esto a la extranjera. Pero que no diga «de parte del amo», sino «de parte de Dionisio».

Y prolongó mucho la bebida de sobremesa [31], pues
sabía que no iba a dormir, de modo que quería pasar su 3
insomnio con los amigos. Después que hubo pasado parte de la noche, puso fin a la reunión, pero no consiguió el sueño. Todo su ser estaba en el templo de Afrodita, y se acordaba de todo, del rostro, del cabello, de cómo se había dado la vuelta, cómo había mirado, de su voz, de su figura, de sus palabras. Y sus lágrimas le quemaban.

Entonces se pudo ver el combate entre la razón y el 4
sentimiento, pues, inundado por el deseo, intentaba, como hombre de noble linaje, resistir. Y como el que saca la cabeza de una ola, se decía a sí mismo:

—¿No te avergüenzas, Dionisio, el primer hombre de Jonia por tu virtud y tu fama, al que admiran los sátrapas [32], los reyes y las ciudades, de sentir cosas de

31 En los banquetes griegos se dejaban para el final la bebida y libaciones a los dioses. Era éste el momento en que tenían lugar la recitación de poesías, discursos y discusiones filosóficas, tal como Platón nos describe en algunos de sus diálogos.

32 La palabra *sátrapa* viene del antiguo persa *xšaçapavan* que significa «protector de la tierra». Eran los gobernadores enviados por el Rey a las distintas demarcaciones en que el territorio

chiquillo? Estás enamorado después de haberla visto una sola vez, y eso estando de duelo, antes de haber ofre-
5 cido expiaciones a la sombra de la desdichada. ¿Por eso has venido al campo, para celebrar una boda vestido de luto, y una boda con una esclava, y que quizá pertenece a otro? Pues ni siquiera tienes su escritura.

Pero Eros gustaba de luchar con el que razonaba sensatamente, y le parecía orgullo su templanza. Por eso inflamaba más fuerte al alma que filosofaba en cues-
6 tiones de amor. Así pues, no soportando más el dialogar solo consigo mismo, mandó a buscar a Leonas. Y éste, al ser llamado, se dio cuenta de la causa, pero fingió desconocerla, y como turbado dijo:

—¿Por qué tienes insomnio, señor? Quizá de nuevo se ha apoderado de ti el dolor por tu mujer muerta?

—Por una mujer sí —dijo Dionisio—, pero no por la
7 muerta. Nada hay que yo no pueda decirte por tu afecto y fidelidad. Pero por tí estoy perdido, Leonas. Tú eres el causante de mis males. Trajiste el fuego a mi casa, o mejor, a mi alma. Y además me conturba el misterio que hay en torno a esa mujer. Me has contado una historia de un mercader con alas, que no sabes ni de dónde venía ni a dónde se volvió a marchar. ¿Quién, que poseyera tal belleza, la vendería en lugar solitario, y por sólo un talento, a una mujer digna de las riquezas del
8 Rey? ¿Te engañó algún dios? Reflexiona, pues, y recuerda lo ocurrido. ¿A quiénes viste? ¿Con quién hablaste? Dime la verdad, tú la nave no la viste.

—No, no la vi, sino que oí hablar de ella.

—Eso es. Una de las Ninfas o de las Nereidas salió del mar. Incluso a los dioses les sobrevienen ocasiones que les obligan a entablar trato con los hombres por

---

del imperio persa estaba dividido. De poder absoluto dentro de su territorio, debían rendir cuentas al Rey de su gestión.

decreto del destino. Eso nos cuentan los poetas e historiadores.

Con agrado se convencía Dionisio a sí mismo de glo- 9
rificar a la mujer para hacerla más augusta que el común de los hombres. Leonas, que quería agradar a su señor, dijo:

—No nos ocupemos más, señor, de quién es. Si la deseas, la conduciré a ti, y no te aflijas, como si no la pudieras obtener, cuando estás en libertad de amarla.

—No podría hacerlo —dijo Dionisio—, antes de saber 10
quién es esa mujer y cuál es su origen. Por la mañana sabremos por ella la verdad. Pero no la envíes aquí, no sea que sospeche alguna violencia, sino a donde la vi por primera vez. Que nuestra conversación tenga lugar bajo la protección de Afrodita.

Eso le pareció bien, y al día siguiente Dionisio, co- 5
giendo a sus amigos y libertos y a los más fieles de sus criados, para tener también testigos, fue al santuario, después de arreglarse no precisamente con descuido, sino habiendo adornado moderadamente su cuerpo, como el que va a estar con su amada. Y era él de na- 2
tural hermoso, y alto, y sobre todo, de apariencia respetable.

Leonas, por su parte, cogiendo a Plangón, y con ella a las esclavas que solían servir a Calírroe, fue hacia ella y le dijo:

—Dionisio es un hombre muy justo y respetuoso de 3
la ley. Ve, pues, al templo, mujer, y dile la verdad sobre quién eres, pues no dejarás de obtener ninguna clase de ayuda justa. Sólo háblale con sencillez, y no le ocultes nada de la verdad, pues eso le inclinará a tener más benevolencia contigo.

Después de oírle marchó Calírroe, con más ánimo porque la conversación entre ellos iba a tener lugar en el templo. Y cuando llegó, aún más la admiraron todos. 4

Dionisio, impresionado, se quedó sin voz, y después
de un largo silencio, tras mucho tiempo y con dificultad
habló:

—Mis cosas te son conocidas todas, mujer. Soy Dio-
nisio, el primer hombre de Mileto y casi de toda la
5 Jonia, celebrado por mi piedad y benevolencia. Es justo
que también tú nos digas la verdad sobre ti misma.
Los que te vendieron dijeron que eras de Síbaris y
que fuiste vendida allí por tu ama por celos.

Enrojeció Calírroe, y bajando la cabeza dijo suave-
mente:

—Esta es la primera vez que he sido vendida. Y nunca
estuve en Síbaris.

6 —Ya te decía yo —dijo Dionisio mirando a Leonas—
que no era una esclava. Y adivino que incluso es de
noble familia. Cuéntame, mujer, todo, y en primer lugar
tu nombre.

—Calírroe —respondió (y agradó el nombre a Dioni-
sio). Pero se calló todo lo demás. Y como le pregunta-
ba con tenacidad le dijo:

—Te lo suplico, señor, permíteme guardar silencio
7 sobre mi suerte. Lo anterior fue un sueño y un cuento.
Yo soy ahora lo que he llegado a ser, esclava y ex-
tranjera.

Y al decir esto, intentaba ocultarlo, pero le resba-
laban las lágrimas por las mejillas. Y se puso a llorar
también Dionisio y todos los que estaban con él; y a
alguno le pareció que la propia Afrodita se había pues-
to más triste.

Pero Dionisio se sentía aún más curioso y dijo:

8 —Yo te pido este primer favor. Cuéntame, Calírroe,
tu historia. No hablarás a un extraño, pues ya hay como
un cierto tipo de parentesco. No tengas miedo, ni aunque
hayas hecho algo terrible.

Ante esto se indignó Calírroe y dijo:

—No me ofendas, pues no estoy implicada en nada 9
vil. Pero como mi condición es muy superior a mi suer-
te presente, no quiero parecer pretenciosa ni hacer re-
latos increíbles para quienes no los conocen. Pues no
me sirven de testigo las cosas de antes para las de
ahora.

Se admiró Dionisio de la cordura de la mujer y dijo:

—Ya te comprendo, incluso aunque no hables; pero
habla, pues no puedes decir sobre ti misma nada tan
grande como lo que estamos viendo. Cualquier magní- 10
fico relato es inferior a ti.

Entonces ella empezó penosamente a contar su his-
toria:

—Soy hija de Hermócrates, el estratego de Siracusa.
Habiéndome quedado sin voz por un repentino golpe
me enterraron mis padres con todo lujo. Unos ladrones
de tumbas abrieron el sepulcro; me encontraron a mí
ya volviendo a respirar, me condujeron aquí, y Terón
me entregó a este Leonas en lugar solitario.

Al decir todo sólo calló lo de Quéreas. 11

—Te suplico, Dionisio (pues eres griego y participas
de una ciudad humanitaria y de educación), que no seas
igual a los violadores de tumbas y no me prives de mi
patria y mis parientes. Poco es para ti, que eres rico,
un solo esclavo, y no perderás mi precio si me devuel-
ves a mi padre. Pues Hermócrates no es desagradecido.
Admiramos a Alcínoo[33] y todos lo amamos porque con-
dujo a su patria al suplicante. Yo también te suplico.
Salva a esta huérfana cautiva, pues si no puedo vivir 12
como noble, elegiré una muerte libre.

---

33 Alcínoo, rey de los feacios, recibió a Ulises como un náu-
frago en su palacio, y, tras oír el relato de sus aventuras, le
proporcionó una nave para volver a su reino, a Ítaca, que no se
halla lejos de su isla, y lo cargó además de regalos.

Al oír esto se echó a llorar, en apariencia por Calírroe, pero en realidad por sí mismo, pues se dio cuenta de que no iba a lograr su deseo.

—Ten valor —dijo—, Calírroe, y mantén con ánimo tu alma, pues no serás privada de lo que reclamas. Pongo por testigo de ello a esta Afrodita. Entre tanto, tendrás entre nosotros el trato de una señora más que el de una esclava.

6 Ella se marchó convencida de que ya no podía ocurrirle nada contra su voluntad, y Dionisio entristecido llegó a su casa, y llamando a solas a Leonas, dijo:

—En todo soy desafortunado y odiado por Eros. A la que había desposado la he enterrado, y se me escapa la que acabo de comprar, la que confiaba que era un regalo de Afrodita, y con la que planeaba una vida más feliz que la de Menelao [34] el marido de la lacedemonia, pues creo que ni Helena ha sido tan hermosa. Y además ésta tiene incluso el poder de persuadir con sus
2 palabras. Mi vida se ha acabado. El mismo día en que Calírroe abandone este lugar abandonaré yo la vida.

Ante esto gritó Leonas:

—No, señor, no te maldigas a ti mismo. Tú eres el amo y tienes poder sobre ella, de modo que, queriendo o no, hará lo que a ti te parezca bien, pues la hemos comprado por un talento.

3 —¿Que tú has comprado, tres veces desgraciado, a una mujer noble? ¿No has oído hablar de Hermócrates, el estratego de toda Sicilia, que goza de amplia fama, el que el Rey de los persas admira y ama y le envía cada año presentes porque venció en batalla naval a los atenienses, enemigos de los persas? ¿Voy yo a conducirme como un amo con una persona libre, y yo, Dionisio, celebrado por mi templanza, voy a ultrajar contra

[34] Menelao, rey de Esparta y marido de la hermosísima Helena, que, al huir con Paris, hizo estallar la guerra de Troya.

su voluntad a una mujer a quien ni siquiera Terón el pirata ultrajaría?

Esto le dijo a Leonas, pero en realidad no renun- 4
ciaba a convencerla, pues por naturaleza es Eros fácilmente accesible a la esperanza, y confiaba en realizar su deseo mediante sus cuidados. Así pues, llamando a Plangón le dijo:

—Me has dado ya suficientes pruebas de tu solicitud. Te encomiendo por eso la mayor y más preciada de mis posesiones, la extranjera. Quiero que ella no se vea privada de nada, que se llegue incluso a la molicie en
sus lujos. Considérala tu señora, cuídala, adórnala y haz 5
que nos tome afecto. Alábame ante ella a menudo y cuéntale lo que se te ocurra. Y cuida de no llamarme «amo».

Comprendió bien Plangón su orden, pues era por naturaleza hábil, y aplicando al asunto toda su inteligencia poco aparente, se puso a llevarlo a cabo. De suerte que, presentándose ante Calírroe, no le reveló que se le había ordenado servirla, sino que le hacía ver que era pura buena disposición personal, y quiso que la tomara por consejera digna de toda confianza.

Y ocurrió lo siguiente: 7

Dionisio pasaba el tiempo en la finca, con un pretexto u otro, pero realmente porque no podía alejarse de Calírroe ni quería llevársela de allí, pues en cuanto fuese vista iba a ser famosa y a su belleza se iba a someter toda la Jonia, e iba a subir su fama incluso hasta
el Gran Rey. Y al ocuparse durante su estancia más 2
minuciosamente de los asuntos de su propiedad, hizo en alguna ocasión ciertos reproches a la gestión de su administrador Focas.

El reproche no llegó más allá, sino sólo a las palabras, pero así encontró Plangón una buena oportunidad, y llena de miedo corrió a Calírroe arrancándose los cabellos. Y cogiéndose a sus rodillas le dijo:

—Te lo suplico, señora, sálvanos. Pues Dionisio está irritado con mi marido, y por naturaleza es un hombre
3 colérico, tanto cuanto benévolo. Nadie sino tú podría salvarnos, pues Dionisio te concederá con gusto la primera gracia que le pidas.

Calírroe sentía vergüenza de presentarse ante él, pero por otra parte no podía decirle que no a quien tanto le insistía y suplicaba, obligada por sus servicios anteriores. Así que para no parecer desagradecida dijo:

—También yo soy una esclava y no puedo hablar libremente, pero si crees que tengo algún poder, estoy dispuesta a ir a suplicar contigo. Y ojalá tengamos éxito.

4 Cuando llegaron, mandó Plangón al que estaba ante la puerta que anunciara al amo que Calírroe estaba allí. Y estaba precisamente Dionisio derrumbado por el dolor, y se le iba consumiendo incluso el cuerpo; al oír que Calírroe estaba allí se quedó sin voz, y una especie de niebla le inundó, por lo inesperado, y recobrándose con dificultad dijo:

—¡Que entre!

5 Calírroe, situándose cerca y con la cabeza baja, al primer momento se inundó de rubor; pero aun así, y con alguna dificultad, habló:

—Yo conozco mi deuda con Plangón, pues ella me quiere como a una hija. Por eso te suplico, señor, que no te irrites con su marido, sino concédele la gracia de la salvación.

Y aunque quería seguir hablando, no pudo.

6 Dionisio entonces, dándose cuenta de la estratagema de Plangón dijo:

—Estoy irritado, y ningún hombre podría haber librado de perecer a Focas y Plangón por haber hecho tales cosas. Pero con gusto les concedo gracia por ti. Y vosotros sabed que es por mediación de Calírroe por quien os habéis salvado.

Plangón se arrojó a sus rodillas y Dionisio dijo:

—Arrojaos a las rodillas de Calírroe, pues es ella la que os ha salvado.

Y como Plangón vio que Calírroe se alegraba y sentía 7
placer por la gracia dijo:

—Entonces sé tú quien dé las gracias a Dionisio en nuestro nombre.

Y al mismo tiempo la empujó hacia él.

Ella, cayendo a sus pies de este modo, tomó la mano de Dionisio, y él, como el que considera poco digno darle la mano, acercándosele, la besó, y luego rápidamente la dejó ir, para que no hubiera sospecha alguna de la artimaña.

Las dos mujeres salieron, y a Dionisio se le hundió 8
el beso como un dardo en el corazón, y ya no era capaz de ver ni de oír, y estaba por todas partes cogido en la trampa, no encontrando ningún remedio a su amor. Ni con regalos, pues veía la grandeza de alma de la mujer, ni con amenazas o violencia, convencido de que ella elegiría la muerte antes que ser ultrajada. Así que consideraba que su única ayuda era Plangón, y enviándola a buscar dijo:

—En la primera empresa has sido buen estratego, y te doy las gracias por el beso. Pero este beso me ha
salvado y me ha perdido. Mira, pues, cómo tú, mujer, 2
puedes vencer a una mujer, teniéndome también a mí como aliado. Pues sabe que tu premio será la libertad y, lo que creo que te es más agradable que la libertad, la vida de Dionisio.

Con este impulso aplicó Plangón a la empresa todas sus estratagemas y su arte. Pero Calírroe era absolutamente inconquistable y permanecía sólo fiel a Quéreas.
Mas fue vencida por las artimañas de la Fortuna, que 3
es la única contra la que nada puede la inteligencia del hombre, pues es una diosa que ama la lucha y nada que proceda de ella es inesperado. Y así entonces aprovechó

un hecho extraordinario, o mejor, increíble. Merece la pena oír cómo.

4 Conspiró la Fortuna contra la virtud de la mujer,
pues Quéreas y Calírroe al tener la primera relación
amorosa de su matrimonio, tenían ambos igual deseo
de placer uno del otro, y ese deseo equilibrado hizo que
5 su unión no quedara sin fruto. Así que poco antes del
golpe la mujer había concebido.

Por los peligros y sufrimientos posteriores no se dio
cuenta de que estaba embarazada, pero al empezar el
tercer mes se le empezó a curvar el vientre, y en el
baño se dio cuenta Plangón, puesto que ya tenía expe-
6 riencia en los asuntos de las mujeres. Y de momento
se calló, por la presencia de varias esclavas, pero al caer
la tarde, cuando tuvieron un poco de tiempo libre, sen-
tándose en el lecho le dijo:

—Sabe, hija, que estás embarazada.

Calírroe se echó a llorar y, gritando y arrancándose los cabellos, dijo:

—Aún añades ésta, oh Fortuna, a mis desgracias, para que también engendre un hijo esclavo.

7 Y golpeándose el vientre dijo:

—Desdichado, antes de nacer estuviste en una tumba y fuiste entregado a manos de piratas. ¿A qué clase de vida vienes? ¿Con qué esperanzas te voy a llevar en mi seno, huérfano, sin patria y esclavo? ¡Antes de nacer busca la muerte!

Plangón la cogió de las manos, prometiéndole que al día siguiente le proporcionaría un modo fácil de abortar.

9 Cada una de las mujeres al quedar sola emprendió
sus propias reflexiones. Plangón pensaba:

—Se presenta una circunstancia favorable para realizar el amor del amo. Tienes un defensor en el ser que lleva en su vientre. Ya he encontrado la seguridad de que se dejará convencer. Vencerá a la virtud de la mujer el amor de la madre.

Y combinaba el modo de realizarlo de una manera convincente.

Calírroe, por su parte, deliberaba matar a su hijo, 2
diciéndose a sí misma:

—¿Voy yo a engendrar para un amo al descendiente
de Hermócrates, y a traer al mundo un niño cuyo padre
nadie conoce? Quizá incluso dirá algún envidioso «en
poder de los piratas lo concibió Calírroe». Basta que 3
sea yo sola la infortunada. No conviene que tú, hijo,
vengas a una vida miserable, que te convendría rehuir
incluso si ya hubieras nacido. ¡Márchate libre, sin que
te afecten las desgracias, y no oigas nada de las aven-
turas de tu madre!

Y de nuevo volvía a reflexionar, y la entraba compasión del que tenía en su vientre.

—¿Estás pensando en matar a tu hijo? Jasón era un
hombre licencioso. Y tú, ¿tomas los razonamientos de 4
Medea? [35]. Pero incluso más feroz que la escita parece-
rás, pues ella odiaba a su marido; pero tú quieres matar
al hijo de Quéreas y no dejar ningún recuerdo de vues-
tro matrimonio tan celebrado. ¿Y si va a ser un niño?
¿Y si va a ser semejante a su padre? ¿Y si va a ser más
afortunado que yo? ¿Va a matar su madre al que se
salvó de la tumba y los piratas? ¿De cuántos hijos de 5
dioses y reyes hemos oído que, nacidos en la esclavitud,
recobraron más tarde el rango de su padre, como Zeto

35 Medea, aludida también más adelante como «la escita», es la hija del rey de la Cólquide, nieta, por tanto, del Sol, y de la maga Circe. Ayudó a Jasón y los Argonautas a conquistar el vellocino de oro, y se desposó con él, de quien tuvo dos hijos. Traicionada después por su marido, se venga de la futura nueva esposa de éste, regalándole un vestido que la hace arder a ella y su palacio, y completa su venganza asesinando a sus propios hijos, y escapando en un carro de fuego que le envía su abuelo el Sol. Aquí se alude al famoso monólogo patético de la *Medea* euripídea.

y Anfión, y Ciro[36]? Quizá tú, hijo, navegues un día a Sicilia, y buscarás a tu padre y a tu abuelo y les contarás la historia de tu madre. Y de allí se enviará una expedición en mi ayuda. Tú, hijo, devolverás uno al otro a tus padres.

6 Razonando así durante toda la noche le vino el sueño unos instantes. Y se le presentó la imagen de Quéreas, en todo semejante a él, *parecida en la altura y en los bellos ojos y en la voz, y sobre su piel tenía las mismas vestiduras*[37]. Y poniéndosele delante, dijo: «Te confío, mujer, a nuestro hijo». Y cuando aún quería seguir hablando, se lanzó hacia él Calírroe, tratando de abrazarlo. Así que, creyéndolo un consejo de su marido, decidió criar a su hijo.

10 Al día siguiente, al llegar Plangón le reveló su decisión. Y ella no pasó por alto lo inoportuno de su resolución, sino que dijo:

—Es imposible, mujer, que críes a tu hijo entre nosotros, pues nuestro amo, que está enamorado de ti, no te forzará contra tu voluntad por respeto y por templanza; pero no consentirá en criar al niño por celos, considerándose insultado si pones tanto afecto en el
2 ausente y le desprecias a él, que está presente. Por tanto, a mí me parece mejor matar al niño antes de nacer que después de que haya nacido, pues te ahorrarás a ti

[36] Zeto y Anfión, gemelos, hijos de Zeus y Antíope, fueron expuestos en el monte al nacer por su abuelo. Recogidos y criados por un pastor, reconocieron a su madre cuando fueron mayores, y la vengaron, ocupando el trono de Tebas. De Ciro, primer rey de los persas, cuenta Heródoto que fue también expuesto en el monte al nacer, por orden de su abuelo Astiages, rey de los medos, al que un sueño le había anunciado que el hijo de su hija sería superior a él. Salvado y criado por un pastor, fue más tarde reconocido por su abuelo, al que tiempo más tarde destronó (Heródoto, *Historia* I, 107-122).

[37] *Il.* XXIII, 66-67, aparición de Patroclo a Aquiles.

misma vanos dolores y un embarazo inútil. Yo te aconsejo la verdad porque te quiero.

Con dolor la oyó Calírroe, y arrojándose a sus rodillas la suplicó que buscara algún modo de poder criar al niño. Ella, después de darle muchas negativas y de dila- 3
tar la respuesta dos o tres días, cuando ya la había inflamado más para que le suplicara, y se le había hecho más digna de confianza, en primer lugar le hizo jurar que a nadie diría su artimaña, y luego, frunciendo las cejas y retorciéndose las manos, dijo:

—Las grandes cosas, mujer, se arreglan con grandes proyectos, y yo por cariño hacia ti voy a traicionar a mi amo. Sabe, pues, que te va a ser preciso una de las dos 4
cosas: o hacer perecer a tu hijo o que nazca el más rico de los jonios, heredero de la más ilustre casa. Y eso te hará a ti una madre feliz. Elige, pues, cuál de las dos cosas quieres.

—¿Y quién —respondió— será tan insensata para elegir la muerte de su hijo en lugar de su felicidad? Pero me parece que dices algo imposible e increíble, así que explícamelo con más claridad.

Preguntó entonces Plangón: 5

—¿De cuánto tiempo crees que estás embarazada?

Y ella dijo:

—De dos meses.

—Entonces el tiempo nos ayuda, pues puedes hacer creer que lo has tenido sietemesino de Dionisio.

Ante esto gritó Calírroe:

—¡Mejor que muera!

Y Plangón le dijo cínicamente: 6

—Tienes razón, mujer, al preferir abortar. Hagamos eso, pues es menos peligroso que engañar al amo. Corta todos tus recuerdos de nobleza, y no tengas ya más esperanza de tu patria. Adáptate a tu actual suerte y 7
hazte exactamente una esclava.

Al aconsejarle Plangón esto, nada sospechó Calírroe, muchacha noble y sin experiencia de las astucias de los esclavos. Pero cuanto más le exhortaba ella a matarlo, tanto más compadecía al que llevaba en su vientre, y dijo:

—Dame tiempo para reflexionar, pues se trata de una elección entre las cosas más graves: mi virtud o mi hijo.

8 De nuevo alabó esto Plangón, el no elegir precipitadamente:

—Pues es poderosa la inclinación hacia ambas cosas. Lo uno tiene la fidelidad de la esposa, y lo otro el amor de la madre. Sin embargo, la ocasión no admite un largo retraso, sino que es preciso que mañana sepas ya cuál de las dos cosas eliges, antes de que tu vientre se haga evidente.

Acordaron esto, y se separaron una de otra.

11 Calírroe, subiendo al piso superior y cerrando las puertas, acercó a su vientre la imagen de Quéreas y dijo:

—He aquí que nos hemos convertido en tres, un hombre, su mujer y el hijo. Deliberemos sobre lo que nos conviene a todos. Yo voy a mostrar primero mi pensamiento. En efecto, yo quiero morir como esposa de Quéreas sólo. Esto es para mí más dulce que los padres, la patria y el hijo, el no tener conocimiento de otro
2 hombre. ¿Y tú, hijo, qué eliges para ti mismo? ¿Morir, con una medicina, antes de ver el sol, y ser arrojado junto con tu madre, y quizá no ser considerado digno ni de una sepultura; o vivir y tener dos padres, uno de Sicilia, y el otro el primero de Jonia? Cuando llegues a hombre serás reconocido fácilmente por tus parientes, pues estoy convencida de que te engendraré igual a tu padre. Y navegarás brillantemente en los trirremes [38] milesios, y Hermócrates recibirá con alegría a su

[38] El trirreme es el navío de guerra griego, provisto de puente y con tres órdenes de bancos de remeros.

descendiente, ya capaz de ser estratego. Traes, hijo, 3
un voto contrario al mío y no nos consientes matarte.

Preguntemos también a tu padre. Pero en realidad él ya ha hablado, pues él mismo, presentándoseme en sueños me dijo: «te confío a nuestro hijo». Te tomo por testigo, Quéreas, tú me desposas con Dionisio.

Todo el día y la noche estuvo en estas reflexiones, y 4
no por sí misma, sino por el niño, se persuadió de seguir viviendo. Y al día siguiente, cuando llegó Plangón, se sentó primero con semblante sombrío, y mostró el aspecto de participar de su dolor, y ambas permanecieron en silencio. Y cuando hubo pasado largo tiempo Plangón 5
preguntó:

—¿Cuál es tu opinión? ¿Qué hacemos? Pues no es momento de esperar.

Pero Calírroe no pudo contestarle al pronto, llorando y trastornada, y penosamente dijo:

—Mi hijo me traiciona contra mi voluntad. Haz tú lo necesario. Pero temo que incluso si me someto a esta violencia Dionisio me desprecie por mi situación y, considerándome como concubina, no como esposa, no eduque al engendrado por otro, y yo perderé en vano mi virtud.

Mientras estaba aún hablando, la interrumpió Plangón 6
y dijo:

—Yo misma he pensado en eso antes que tú, pues ya te quiero más que al amo. Confío en el carácter de Dionisio, pues es un hombre honrado, pero aún así le pediré juramento, aunque él sea mi amo. Pues es preciso que lo hagamos todo con plena seguridad. Y tú, hija, confía en su juramento. Yo me voy ahora a llevar esta embajada.

LIBRO TERCERO

1 Dionisio, como no obtenía el amor de Calírroe, y no soportaba ya seguir viviendo, había resuelto dejarse morir, y escribió su testamento disponiendo cómo debía ser enterrado. Y en su escrito suplicaba a Calírroe que se acercara a él, aunque fuera una vez muerto.

Plangón quería entrar a presencia de su amo, pero le cerró el paso un criado que había recibido la orden
2 de no permitírselo a nadie. Y, como se pusieron a discutir ante la puerta, los oyó Dionisio y preguntó quién venía a molestar. Y al decirle el criado que era Plangón dijo:

—En mal momento se presenta (pues ya no quería ver nada que le recordara su deseo), pero, sin embargo, llámala.

3 Ella, abriendo las puertas, dijo:

—¿Por qué te atormentas, amo, llorando por ti mismo como quien ha fracasado? Calírroe, en efecto, te llama a la boda. Ponte hermosos vestidos, ofrece el sacrificio y recibe a la novia que amas.

Recibió una fuerte impresión Dionisio por lo inesperado, y la oscuridad le inundó los ojos, y como estaba muy débil quedó con todo el aspecto de un muerto.

Plangón, llorando a gritos, hizo que se reuniera gran número de gente, y por toda la casa se lloró al amo
4 como muerto; y ni siquiera Calírroe oyó la noticia sin

lágrimas. Tan grande era el dolor de todos que incluso ella lloraba a Dionisio [39].

Tras cierto tiempo, se fue recobrando penosamente, y con débil voz dijo:

—¿Cuál de los dioses me engaña, queriendo apartarme del camino que me había propuesto? ¿Despierto o en sueños he oído eso? ¿Quiere casarse conmigo Calírroe, que no quería ni dejarse ver?

Poniéndose a su lado le dijo Plangón: 5

—Deja de causarte dolor en vano a ti mismo, y de no creer en tu propio bien. Pues yo no engaño a mi amo, sino que me ha enviado Calírroe a traerte esta embajada sobre la boda.

—Dame, pues, esa embajada —dijo Dionisio—, y repite sus propias palabras; y no quites ni añadas nada, 6
sino que trata de acordarte con exactitud.

—Yo —me dijo—, que pertenezco a la primera casa de Sicilia, he sufrido desgracias, pero conservo aún mi orgullo. Me he visto privada de patria y padres, pero lo único que no he perdido es la nobleza. Así pues, si Dionisio quiere tenerme como concubina y saciar así sus deseos, me ahorcaré antes de entregar mi cuerpo a un ultraje de esclava. Pero si me quiere como esposa legítima de acuerdo con las leyes, también yo quiero ser madre, para que el linaje de Hermócrates tenga un sucesor. Que Dionisio delibere sobre esto, no a solas ni 7
apresuradamente, sino con sus amigos y parientes, para que nadie pueda decirle más adelante «¿Vas a criar al hijo de una esclava y avergonzar así tu casa?». Si no quiere ser padre, que no sea tampoco marido.

Estas palabras inflamaron aún más a Dionisio, y concibió una ligera esperanza, pensando que su amor era correspondido, y tendiendo las manos al cielo dijo:

39 Traducimos aceptando la conjetura de Reiske *tosaútē lýpē*... El pasaje, sin embargo, claramente corrupto, permanece aún oscuro.

—Ojalá vea yo, oh Zeus y Helios, un hijo de Calírroe. Entonces me consideraré más feliz que el Gran Rey. Vayamos ante ella. Condúceme tú, Plangón, que tanto quieres a tu amo.

2 Llegado al piso de arriba, en primer lugar se sintió impulsado a arrojarse a las rodillas de Calírroe, pero se contuvo y sentándose reposadamente dijo:

—He venido, mujer, a darte las gracias por mi salvación. Pues yo no iba a violentarte contra tu voluntad,
2 pero como no podía obtenerte había decidido morir. Por ti he vuelto a la vida. Y te tengo el mayor agradecimiento, pero, sin embargo, hay algo que te reprocho, pues tú no has creído que yo te iba a tener como esposa para engendrar hijos según las leyes griegas. Si yo no te amara, no hubiera deseado conseguir tal matrimonio. Pero tú, al parecer, me considerabas un loco, si creías que yo iba a hacer esclava a una mujer noble, e iba a considerar un hijo indigno de mí a un descendiente de
3 Hermócrates. «Piénsalo», dices. Ya lo tengo bien pensado. ¿Temes a mis amigos tú, a quien todos aman sobremanera? ¿Y quién se va a atrever a decir que es indigno el engendrado por mí, y que tiene un abuelo más grande que su padre?

Mientras decía estas cosas llorando se acercó a ella. Y ella enrojeciendo le besó dulcemente y dijo:

—Confío en ti, Dionisio, pero desconfío de mi suerte, pues ya antes fui arrojada de mayores bienes por ella.
4 Y temo que aún no se haya reconciliado conmigo. Tú, entonces, aunque eres bueno y justo, pon por testigos a los dioses, no por ti mismo, sino por los demás ciudadanos y parientes, para que ya nadie pueda conspirar nada malo contra mí, sabiendo que has hecho un juramento. Pues es fácil despreciar a una mujer sola y extranjera.

5 —¿Qué juramento —dijo— quieres que haga a los dioses? Pues estoy dispuesto a jurar, si fuera posible, subiendo al cielo y poniendo mi mano sobre el propio Zeus.

—Júrame —dijo— por el mar que me trajo a ti, y por Afrodita que me mostró a ti, y por Eros, el que conduce a las novias.

Le pareció bien esto y al punto lo hizo.

La pasión amorosa le daba prisa y no consentía retra- 6
sar la boda, pues es desagradable imponer economías a la libertad de amar. Dionisio, hombre cultivado, estaba dominado por la tempestad y tenía su alma sumergida en ella, pero se obligaba a sacar la cabeza fuera de aquella como triple ola de pasión. De modo que en- 7
tonces se contuvo con los siguientes razonamientos:

—¿Voy a desposarla en lugar solitario, como si realmente fuera una esclava comprada con dinero? No soy tan desagradecido como para no celebrar con fiestas mi boda con Calírroe. Es en esto en lo primero que debo honrar a mi mujer. Y además esto me da también seguridad ante el futuro, pues lo más rápido de todas las cosas es la Fama: se marcha por el aire y tiene libres los caminos. Por su causa nada extraordinario puede quedar oculto. Ya está corriendo a llevar a Sicilia la inesperada noticia. «Calírroe vive. Unos violadores de tumbas abriendo su sepultura la robaron y fue vendida en Mileto». Ya vienen navegando los trirremes de 8
Siracusa y el estratego Hermócrates a reclamar a su hija. ¿Y qué les voy a decir? «Terón me la vendió.» ¿Y dónde está Terón? E incluso si consigo hacerme creer, ¿en verdad no he dado hospitalidad a un pirata? Reflexiona, Dionisio, sobre tu causa, pues quizá la tendrás que exponer ante el Gran Rey. Así pues, lo mejor será decir: «Yo oí decir que una mujer libre había llegado aquí no sé cómo, y entregándoseme ella misma en matrimonio, abiertamente la desposé según las leyes». Así 9
convenceré también más a mi suegro de que no soy indigno de este matrimonio. Aguanta, alma mía, este corto

plazo, para que puedas gozar ya todo el tiempo de un placer seguro. Seré más fuerte ante el juicio si hago uso del derecho de marido y no del de amo.

10 Decidió esto, y llamando a Leonas le dijo:

—Vete a la ciudad y prepara todo magníficamente para mi boda. Que se traigan rebaños, que se transporten por tierra y mar trigo y vino. Me he propuesto invitar a toda la ciudad en común.

11 Habiéndolo dispuesto todo cuidadosamente, al día siguiente hizo él el camino en carro, y ordenó que Calírroe (pues aún no quería mostrarla a la multitud) fuese llevada por la tarde en barca hasta la casa, que estaba precisamente en el puerto llamado Dókimo, y puso en manos de Plangón su cuidado.

12 Calírroe, cuando ya iba a abandonar el campo, en primer lugar fue a rogar a Afrodita, y entrando al templo, después de hacer salir a todos, dijo esto a la diosa:

—Soberana Afrodita, ¿debo en justicia hacerte repro-
ches, o estarte agradecida? Tú, cuando yo era virgen,
me uniste a Quéreas, y ahora después de él me casas
13 con otro. No me hubiera dejado convencer de hacer el
juramento por ti y por tu hijo si no me hubiera persua-
dido este niño (dijo, señalando a su vientre). Te suplico
—añadió— no por mí misma, sino por él. Haz que mi
engaño quede oculto. Puesto que él no tiene a su verda-
dero padre, que sea considerado hijo de Dionisio, y una
vez criado ya encontrará a su otro padre.

14 Los marineros, al verla yendo del templo al mar, se sintieron invadidos por el miedo, como si fuese la propia Afrodita la que iba a embarcarse, y todos se apresuraron a prosternarse. Y por el ardor de los remeros llegó la nave al puerto más rápido de lo que se tarda en decirlo.

15 Al despuntar el alba estaba la ciudad coronada de
flores. Cada uno ofrecía un sacrificio ante su propia casa,
no sólo en los templos. Había multitud de conjeturas

sobre quién era la novia, y el populacho estaba persua-
dido, a causa de la belleza de la mujer, y del hecho de
ser una desconocida, de que era una Nereida que había
salido del mar, o que era la diosa que se aparecía en
las propiedades de Dionisio, pues esto era lo que con-
taban los marineros. Uno sólo era el deseo de todos: 16
contemplar a Calírroe, y por ello se congregó una gran
multitud en torno al templo de la Concordia, donde era
costumbre de la ciudad que los que se iban a casar re-
cibieran a las novias.

Entonces se adornó Calírroe por primera vez desde que había sido encerrada en la tumba, pues una vez que había decidido casarse pensó que su belleza era su patria y su linaje. Y tras ponerse un vestido milesio y la corona de novia, salió ante la multitud, y todos gritaron entonces:

—¡Es Afrodita la que se casa! 17

Extendieron ante ella tejidos y púrpura, rosas y violetas, y vertieron perfumes a su paso, y no quedó en las casas ni un niño ni un anciano, ni tampoco en los puertos. Hasta a los tejados se subió la multitud en los pasajes estrechos.

Pero incluso ese mismo día se irritó de nuevo aquella divinidad celosa, y el cómo, poco más adelante lo diré. Quiero contar antes lo ocurrido en Siracusa durante este tiempo.

Los violadores de tumbas habían cerrado el sepulcro 3
sin cuidado ninguno, pues tenían prisa por hacerlo en
la noche. Quéreas, habiendo aguardado al despuntar del
día, fue a él con el pretexto de llevar coronas y libacio-
nes, pero en verdad con la intención de quitarse la vida,
pues no soportaba verse separado de Calírroe y consi-
deraba la muerte como único médico de su dolor.

Al llegar allí encontró las piedras removidas y la en-
trada abierta. Y al verlo quedó asombrado y preso de 2
un gran estupor, por no saber qué había ocurrido. La

Fama, rápida mensajera, se encargó de anunciar a Si-
racusa ese hecho extraño, y todos corrieron al sepul-
cro, pero nadie se atrevía a entrar dentro antes de que
3 Hermócrates lo ordenase. Por fin hicieron entrar a uno
y éste lo describió todo exactamente, y les pareció in-
creíble que no estuviese la muerta. El propio Quéreas
se lanzó dentro con el deseo de ver otra vez a Calírroe,
aunque fuese muerta, pero aunque registró toda la tum-
4 ba, nada pudo encontrar. Después de él entraron mu-
chos, por incredulidad, y de todos se apoderó el estu-
por, y uno de los presentes dijo:

—Las ofrendas funerarias han desaparecido. Eso es
obra de violadores de tumbas. Pero la muerta, ¿dónde
está?

Muchas y diversas conjeturas corrieron entre la multi-
tud, y Quéreas, mirando al cielo y tendiendo a él las
manos, dijo:

—¿Cuál de los dioses es el que se hizo mi rival en
amor y se llevó a Calírroe, y ahora la retiene junto a
él contra su voluntad, obligada por un destino más
5 poderoso? Por eso murió repentinamente, para que no
sufriese enfermedad. Así también a Teseo le arrebató
Dioniso a Ariadna, y a Sémele la raptó Zeus. Yo no sabía
que tenía por mujer a una diosa, y que era superior a
nuestra condición. Pero no debía haberse ido de entre
6 los hombres tan rápidamente y con tal pretexto. Tetis
era también una diosa, pero permaneció junto a Peleo
y él tuvo un hijo de ella; pero yo en la flor de mi amor
me veo privado de él. ¿Qué me va a pasar? ¿Qué va a
ser de mí, desdichado? ¿Me voy a suicidar? Y, ¿junto
a quién seré enterrado?, pues esa era mi única esperan-
za en la desgracia, que si no conservaba el lecho común
con Calírroe iba a conseguir una tumba común con ella.
7 Me defiendo ante ti, señora, por mi vida. Tú me obligas
a vivir, pues te buscaré por tierra y por mar, y por el

aire si puedo subir a él. Y esto te suplico, mujer, que
no huyas tú de mí.

Rompió la multitud en lamentos ante estas palabras,
y todos comenzaron a llorar a Calírroe como si acabase
de morir.

Inmediatamente sacaron al mar los trirremes y mu- 8
chos hombres se distribuyeron la búsqueda. El propio
Hermócrates buscó en Sicilia, y Quéreas en Libia. Al-
gunos fueron enviados a Italia y a otros se les ordenó
atravesar el mar jónico.

Pero la ayuda humana fue totalmente ineficaz, y quien
sacó a la luz la verdad fue la Fortuna, sin la cual no hay
nada que pueda ser llevado a término. Puede uno darse
cuenta de ello por lo que ocurrió.

Los violadores de tumbas, una vez que vendieron la 9
mercancía incómoda, la mujer, abandonaron Mileto e
hicieron la travesía a Creta, de la que habían oído hablar
como isla rica y grande, y en la que esperaban que les
fuera más fácil la venta de sus mercancías. Pero un
fuerte viento que se les presentó de improviso les des-
vió hacia Jonia, y luego de allí en adelante marchaban 10
a la deriva a través del solitario mar. Truenos y relám-
pagos y una larga noche cayeron sobre los impíos, de-
mostrándoles la Providencia que antes habían tenido
una buena travesía gracias a Calírroe.

Aún estando muchas veces cerca de la muerte, no
les liberó el dios rápidamente del miedo, haciéndoles
largo el naufragio. No hubo, en efecto, tierra que aco- 11
giera a los impíos, y ellos, después de vagar por el mar
mucho tiempo se encontraron con falta de lo necesario,
especialmente de bebida, y de nada les servía la riqueza
injustamente obtenida, sino que morían de sed entre el
oro. Tarde se arrepentían de aquello a lo que habían
osado, reprochándose unos a otros que «de ningún pro-
vecho nos ha servido».

12 Así pues, todos los demás murieron de sed, pero Terón aun en aquella situación fue malvado, ya que, escondiendo algo de bebida, incluso a sus cómplices robó. Él creía que había hecho algo hábil, pero en realidad fue obra de la providencia, que guardaba a ese hombre para la tortura y la cruz.

13 El trirreme que llevaba a Quéreas se encontró por azar con la barca que iba a la deriva, y en un primer momento la esquivó, creyendo que era de piratas, pero al darse cuenta de que estaba sin piloto, llevada a la ventura según la acometida de las olas, uno gritó desde el trirreme:

—No tiene tripulación. No temamos nada, sino que acercándonos investiguemos este caso extraño.

14 Esto le pareció bien al piloto, pues Quéreas lloraba con la cabeza cubierta en el fondo de la nave, y una vez que se acercaron, en primer lugar llamaron a los de dentro, y como nadie respondía, subió un hombre del trirreme y vio que no había más que oro y cadáveres. Lo contó a los marineros y se alegraron, considerándose afortunados, pensando que habían encontrado
15 un tesoro en el mar. Y como esto produjo un gran tumulto, Quéreas preguntó cuál era la causa de ello, y después que le informaron, también él quiso conocer aquel hecho extraordinario. Y al reconocer las ofrendas funerarias rasgó sus vestiduras y lanzó un grito largo y penetrante:

—¡Ay de mí, Calírroe!, éstas son tus ofrendas. Ésta es la corona que yo puse en tu cabeza. Esto te lo dio tu padre, y esto tu madre, y éste es tu vestido de novia.
16 Esta nave ha sido tu tumba. Veo tus cosas, pero tú ¿dónde estás? De las ofrendas funerarias sólo falta la muerta.

Oyendo esto, Terón estaba echado igual que los muertos, y efectivamente estaba medio muerto, pues había tomado la decisión de no emitir un sólo sonido ni moverse, ya que no era para él imprevisible el futuro. Pero por naturaleza ama el hombre la vida, y ni en las peores desgracias pierde la esperanza de un cambio a mejor, habiendo sembrado en todos esta ilusión el dios creador para que no escapen a una vida desdichada.

Así pues, dominado por la sed, lo primero que lan- 17
zó fue esta voz: «¡Agua!», y una vez que se la dieron y obtuvo todo tipo de cuidados, sentándose junto a él le preguntó Quéreas:

—¿Quiénes sois? ¿A dónde navegáis? ¿Y de dónde sacásteis estas cosas? ¿Y qué le habéis hecho a su dueña?

Terón se acordó de que era un hombre astuto y dijo:

—Soy cretense y navego a Jonia. Busco a mi hermano
que es soldado. Fui abandonado por los que me llevaban 18
en su nave en Cefalenia, al haberse marchado de allí rápidamente. Embarqué en este navío que pasó oportunamente por allí. Pero fuimos desviados por fuertes vientos a este mar, y como se produjo luego una larga calma, todos murieron de sed, y sólo yo me he salvado por mi piedad.

Oído esto, Quéreas mandó atar la barca al trirreme hasta que llegasen al puerto de Siracusa.

Pero llegó antes la Fama, que es rápida por natura- 4
leza y que entonces se dio más prisa en anunciar tantos sucesos sorprendentes y extraordinarios. Así que todos corrieron a reunirse a la orilla, y había a la vez sentimientos diversos: unos lloraban, otros se asombraban, otros preguntaban, otros no podían dar crédito a las noticias, pues tan extraña nueva los había dejado per-
plejos. La madre, al ver las ofrendas funerarias de su 2
hija, empezó a gritar:

—Todo lo reconozco. Sólo tú, hija, faltas. ¡Extraños violadores de tumbas, que han guardado los vestidos y el oro y sólo han robado a mi hija!

Resonaron las orillas y el puerto con los golpes de las mujeres, y llenaron la tierra y el mar de lamentos.
3 Pero Hermócrates, que era estratego y conocedor de lo que debía hacerse, dijo:

—No se debe investigar aquí, sino que hay que hacer una indagación más ajustada a la ley. Vayamos a la asamblea. ¿Quién sabe si incluso tendremos necesidad de jueces?

4 No había acabado de hablar y ya estaba lleno el teatro. A aquella asamblea pudieron ir también las mujeres. El pueblo tomó asiento muy excitado, y entró el primero Quéreas, vestido de negro, pálido, cubierto de polvo, como quien acaba de acompañar a la tumba a su mujer, y no quiso subir a la tribuna, sino que, colocándose abajo, primero estuvo llorando largo rato, y aunque quería hablar no era capaz de hacerlo, pero la
5 multitud gritó: «¡Ten ánimo y habla!» Y él, levantando penosamente la cabeza, dijo:

—No es momento el actual de hablar en público, sino de lamentarse, y yo sólo por obligación hablo y estoy vivo, hasta que descubra la desaparición de Calírroe. Habiendo salido de aquí por ello, no sé si he hecho
6 una travesía favorable o desfavorable. En efecto, vimos una nave que andaba errante en el mar tranquilo, llena de su propia tempestad y hundida en la calma. Asombrados nos acercamos, y creí ver la tumba de mi desdichada mujer, porque tenía todas sus cosas, excepto ella misma. Y había una gran cantidad de muertos, todos extranjeros, y uno de entre ellos, aquí presente, fue encontrado medio muerto. A éste con todo cuidado lo reanimé y os lo guardé para vosotros.

7 Mientras hablaba, los esclavos públicos condujeron al teatro a Terón, atado, con la escolta adecuada para él, pues le seguían la rueda, el potro y el fuego y los látigos, devolviéndole así la Providencia el premio del

certamen. Y cuando se colocó en medio de los arcontes, 8
uno le preguntó:

—¿Quién eres?

—Demetrio —dijo.

—¿Y de dónde?

—Cretense.

—¿Qué es lo que sabes? Dilo.

—Navegando a Jonia al encuentro de mi hermano fui abandonado por mi nave, y luego embarqué en un navío que pasó por allí. Entonces creí que eran mercaderes, pero ahora veo que eran violadores de tumbas. Después 9
de estar en el mar mucho tiempo, todos los demás murieron por falta de agua, y apenas yo me he salvado, por no haber hecho ningún mal en mi vida. Así pues, siracusanos, no seáis para mí vosotros, pueblo afamado por su benevolencia, peores que la sed y el mar.

Al decir él esto con tono plañidero la multitud sintió 10
compasión, y quizá les hubiera persuadido, hasta el punto de conseguir recursos para marcharse, si un dios vengador de Calírroe no se hubiera irritado contra él por tan injusta persuasión —pues iba a ser lo más lamentable de todo el asunto el que los siracusanos se convencieran de que era el único que se había salvado por su piedad el que se había salvado sólo por impiedad— para que fuese más castigado.

En efecto, sentado entre la multitud un pescador lo 11
reconoció, y dijo en voz baja a los que estaban sentados cerca:

—A ése lo he visto ya antes dando vueltas por nuestro puerto.

Inmediatamente se extendió la noticia a todos, y uno gritó:

—¡Miente!

Todo el pueblo se dio la vuelta y los magistrados or- 12
denaron que bajara el que había hablado el primero, y aunque Terón negó, fue creído el pescador.

Al punto llamaron a los verdugos y aplicaron los lá-
tigos al malvado. Quemado y desgarrado, resistió mu-
13 cho, y faltó poco para que venciera a la tortura. Pero
es grande la conciencia y todopoderosa la verdad, pues
con dificultad y lentamente, pero al fin confesó Terón,
y así empezó a relatar:

—Al ver tan gran riqueza enterrada reuní un grupo
14 de ladrones. Abrimos la tumba; encontramos viva a la
muerta; reuniéndolo todo lo metimos en la barca; na-
vegando a Mileto vendimos sólo a la mujer, y el resto
lo llevábamos a Creta y, desviados al mar Jonio por los
vientos, ya habéis visto qué más nos pasó.

Lo dijo todo, y solamente dejó sin mencionar el nombre del comprador.

15 Dicho esto, todos sintieron a la vez alegría y tristeza: alegría porque Calírroe estaba viva, y tristeza porque había sido vendida. Para Terón fue votada la pena de muerte, pero Quéreas suplicó que no muriera todavía el hombre.

—Para que —dijo— venga conmigo y me muestre a los compradores. Daos cuenta de mi necesidad: estoy hablando en favor del que ha vendido a mi mujer.

16 A esto se opuso Hermócrates diciendo:

—Es mejor hacer la búsqueda más difícil que violar las leyes. Os pido, siracusanos, que, acordándoos de mis campañas como estratego y mis trofeos, me devolváis este favor pensando en mi hija. Enviad una embajada en su ayuda y recobrémosla, pues es una mujer libre.

17 Cuando aún estaba hablando gritó todo el pueblo:

—¡Todos iremos!

Del Consejo se propusieron como voluntarios la mayor parte, pero Hermócrates dijo:

—Os agradezco a todos este honor, pero bastan como embajadores dos hombres del pueblo y dos del Consejo. Y Quéreas será el quinto que vaya.

Les pareció bien esto y se le dio fuerza de ley, y des- 18
pués se disolvió la asamblea. Gran parte de la multitud acompañó a Terón, que fue llevado a la muerte. Fue crucificado ante la tumba de Calírroe, y desde la cruz veía el mar, por el que se había llevado cautiva a la hija de Hermócrates y del que ni los atenienses se habían podido apoderar.

A todo el mundo le parecía bien esperar la estación 5
buena para la navegación, y hacerse a la mar cuando
empezara a brillar la primavera, pues entonces aún era
invierno y les parecía totalmente imposible atravesar el
mar Jonio. Pero Quéreas tenía prisa, y por su amor es-
taba dispuesto a, construyendo una balsa, lanzarse él
mismo al mar a merced de los vientos. Los embajadores 2
tampoco quisieron diferir el viaje por respeto hacia él
y, sobre todo, hacia Hermócrates, sino que se mostraron
dispuestos a hacerse a la mar.

Los siracusanos organizaron la expedición a costa de
los fondos públicos, para que también esto se añadiera
al rango de la embajada. En consecuencia, pusieron a 3
flote un trirreme, la nao capitana de su flota, que to-
davía tenía las enseñas de la victoria. Y cuando llegó
el día marcado para la partida la multitud se congregó
en el puerto, no sólo los hombres, sino también las mujeres y los niños, y había al mismo tiempo súplicas, lágrimas, gemidos, exhortaciones, miedo, valor, desesperación, esperanza...

Aristón, el padre de Quéreas, llevado a hombros por 4
su extrema vejez y por la enfermedad, se abrazó al cue-
llo de su hijo y colgado de él decía llorando:

—¿Por quién me abandonas, hijo, a mí, anciano ya
medio muerto? Pues es evidente que ya no te volveré 5
a ver. Quédate aunque sea unos pocos días, para que
muera entre tus brazos; y entiérrame y vete luego.

Y su madre, abrazada a sus rodillas:

—Te lo suplico, hijo, no me dejes aquí sola, sino que méteme en el trirreme, pues seré una carga bien ligera. Y si soy pesada y excesiva, arrojadme al mar por el que tú navegues.

6 Al decir esto rasgó sus vestidos, y exponiendo su pe-
cho y sus senos dijo:

—Hijo, *respeta esto y compadécete de mí, si alguna vez tuve tu boca sobre los pechos que destierran la pena*[40].

Se sintió abatir Quéreas ante las súplicas de sus pa-
dres, y se arrojó de la nave al mar, queriendo morir
para escapar de una de las dos cosas: o no buscar a
Calírroe, o hacer sufrir a sus padres. Y lanzándose de-
7 trás los marineros, con dificultad lo izaron. Entonces
Hermócrates hizo apartarse a la multitud y mandó al
piloto que acabase de aparejar.

Y ocurrió también otro hecho de amistad no sin nobleza: Policarmo, el amigo de Quéreas, durante lo ocurrido no había sido visto entre la gente, sino que incluso había dicho a sus padres:

—Muy querido en verdad, mucho, me lo es Quéreas, pero no hasta el punto de correr con él tan terribles peligros. Por ello, hasta que él parta permaneceré apartado.

8 Pero cuando la nave se había alejado de tierra se
despidió de ellos desde su popa, para que ya no pu-
dieran retenerle.

9 Quéreas, al salir del puerto dijo, mirando hacia el
mar abierto:

—Llévame, oh mar, por el mismo camino por el que llevaste a Calírroe. Te suplico, Poseidón, que o ella vuelva con nosotros o no vuelva yo aquí sin ella, pues si no puedo recobrar a mi mujer, quiero ser esclavo con ella.

[40] *Il.* XXII, 82-83.

Un viento favorable empujó al trirreme, y éste corría 6
como sobre la huella de la barca. En el mismo número
de tres días llegaron a Jonia, y fueron empujados al
mismo promontorio en las tierras de Dionisio. Y mien- 2
tras los demás, fatigados, bajando a tierra se dedicaron
a recuperarse, construyendo tiendas y preparando comi-
da, Quéreas, vagando de un lado a otro con Policar-
mo, dijo:

—Y ahora, ¿cómo podemos encontrar a Calírroe?, pues temo sobre todo que Terón nos haya mentido y esté muerta la desdichada. Y si ha sido vendida de verdad, ¿quién sabe dónde?, pues Asia es muy grande.

Caminando sin rumbo, se encontraron el santuario 3
de Afrodita, y les pareció bien entonces ir a postrarse
ante la diosa, y arrojándose a sus rodillas dijo Quéreas:

—Tú fuiste, señora, la primera que me mostraste a Calírroe en tu fiesta. Sé tú también ahora la que me devuelva a aquella a la que recibí como un don.

Y al mismo tiempo, levantando la cabeza, vio junto
a la diosa la imagen de oro de Calírroe, ofrenda de Dio-
nisio, *y a él se le desataron las rodillas y el corazón*[41],
y cayó presa de vértigo. La sacerdotisa, que lo había vis- 4
to, trajo agua, y una vez que consiguió reanimarlo dijo:

—Ten ánimo, hijo, también a muchos otros ha abatido la diosa, pues hace apariciones y se muestra a sí misma claramente. Pero eso es señal de un gran bien. ¿Ves esa estatua de oro? Esa era una esclava, pero Afrodita la ha hecho señora de todos nosotros.

—Pues ¿quién es? —dijo Quéreas. 5

—Ella es la dueña de estas tierras, hijo, la mujer de Dionisio, el primer hombre de Jonia.

Al oír esto, Policarmo, como hombre prudente que era, no dejó que Quéreas hablara más, sino que sosteniéndole lo sacó de allí, pues no quería que se conocie-

[41] *Il.* XXI, 144.

ra quiénes eran, antes de haber pensado bien todo y haber tomado una decisión consultando unos con otros.

6 Así que Quéreas, mientras la sacerdotisa estuvo presente, nada dijo, sino que, dominándose, se mantuvo en silencio, excepto que por sí solas se le escaparon las lágrimas. Pero cuando estuvieron lejos, se arrojó al suelo y dijo:

—Oh mar benévolo, ¿por qué me has salvado?, ¿aca-
so para que, después de una buena travesía, vea a
7 Calírroe como esposa de otro? No creí que ocurriera
eso nunca, ni después de morir Quéreas. ¿Qué haré,
desdichado? Tenía la esperanza de sacarte de las manos
de un amo, y confiaba en persuadir con un rescate a tu
comprador, pero ahora te encuentro rica, quizá incluso
reina. ¡Cuánto más feliz hubiera sido si te hubiera en-
contrado mendigando! ¿Cómo le voy a decir a Dionisio,
presentándome ante él: «devuélveme a mi mujer»? ¿Pero
8 quién le dice eso a un marido? Ni siquiera puedo acer-
carme a ti, si te encontrara de frente, ni abrazarte como
a una compatriota, como sería lo más normal. Y quizá
corra el riesgo de perecer por inducir a adulterio a mi
propia mujer.

Y mientras él se lamentaba así, Policarmo le consolaba.

7 Entre tanto Focas, el administrador de Dionisio, como había visto un trirreme de guerra, sintió un cierto temor, e interrogando a un marinero supo por él la verdad, quiénes eran y de dónde y por qué se habían hecho a la mar.

Se dio cuenta entonces de que aquel trirreme traía
una gran desgracia para Dionisio, y que no viviría mu-
2 cho si le separaban de Calírroe. Y como amaba a su
señor, quiso prevenir el peligro y evitar una guerra,
no grande ni de toda la ciudad, sino exclusiva de la
casa de Dionisio.

Por ello, cabalgando hasta una guarnición de bárbaros[42], les anunció que un trirreme enemigo había anclado ocultamente, quizá para espiar, quizá para entregarse a la piratería, y que convenía al interés de su rey que lo tomaran antes de que hiciera algún daño.

Convenció a los bárbaros, y los condujo en orden de 3
batalla. Y ellos, cayéndoles encima en mitad de la noche
y arrojando fuego, incendiaron el trirreme, y a cuantos
cogieron vivos los llevaron atados a la guarnición. Al
hacerse el reparto de prisioneros, Quéreas y Policarmo
pidieron ser vendidos al mismo dueño, y el que los ob-
tuvo los vendió en Caria, y allí, arrastrando gruesas ca-
denas, trabajaron en las posesiones de Mitrídates.

A Calírroe, entre tanto, se le apareció en sueños Qué- 4
reas encadenado, que trataba de acercarse a ella, pero
no podía. Y entonces dio en sueños un grito resonante
y fuerte: «¡Quéreas, ven!». Ésta fue la primera vez que
oyó Dionisio el nombre de Quéreas, y preguntó a su
mujer, que estaba profundamente conmovida:

—¿Quién es ése al que llamas?

A ella le traicionaron las lágrimas, y no pudo contener su pena, sino que dio libertad de hablar a su sufrimiento y dijo:

—Un hombre desdichado, el que se casó conmigo 5
cuando yo era virgen, ni siquiera feliz en sueños, pues
lo he visto encadenado. Tú, desdichado, has muerto bus-
cándome (pues es evidente que esas cadenas son las
de la muerte), y yo en cambio estoy viva y vivo entre
lujos, y estoy acostada en lecho de oro con otro hom-
bre. Pero no tardaré en marcharme contigo, pues si 6
vivos no hemos gozado uno del otro, muertos nos per-
teneceremos.

[42] Se trata de una guarnición de persas, del ejército del Rey. Para los griegos los «bárbaros» eran simplemente los no-griegos.

Oyendo esto Dionisio tenía pensamientos muy diversos. Pues le invadieron por una parte los celos, y deseaba que Quéreas estuviese muerto, pero por otro lado le invadió también el miedo de que ella se matase. Le daba, sin embargo, ánimos el que su mujer creyese que su marido estaba muerto, pues ella no iba a abandonar
7 a Dionisio si Quéreas ya no existía. Así pues, la consoló cuanto pudo y la vigiló durante muchos días, no fuera que se hiciese algún daño a sí misma.

A ella, por su parte, le quitó la pena la esperanza de que quizá él estaba aún vivo y había tenido un sueño falso. Y sobre todo su vientre, pues al séptimo mes de su boda dio a luz un hijo, al parecer de Dionisio, pero en verdad de Quéreas. La ciudad hizo una gran fiesta y llegaron a Mileto embajadores de todas partes, congratulándose de que el linaje de Dionisio aumentara. Y él, por la alegría, dejó todo en manos de su mujer y la declaró dueña de su casa. Llenó los templos de ofrendas e invitó a los banquetes de los sacrificios a la ciudad en pleno.

8 Calírroe, temiendo que su secreto fuese traicionado, decidió dar la libertad a Plangón, la única que sabía con ella que se había entregado a Dionisio ya encinta, para tener fidelidad por parte de ella no sólo por sus sentimientos, sino también por su condición.

—Con alegría —dijo Dionisio— daré a Plangón una
2 recompensa por su ayuda a mi amor. Pero cometeremos una injusticia si honramos a la criada y no devolvemos su favor a Afrodita, junto a la que nos vimos por primera vez.

—También yo lo quiero —dijo Calírroe—, y más que tú, pues he recibido de ella mayores favores. Ahora aún estoy recién parida, pero en cuanto pasen unos pocos días más, podremos ir al campo con mayor seguridad.

3 Rápidamente se repuso del parto, y se puso más fuerte y más hermosa, tomando el esplendor no ya de

muchacha, sino de mujer. Y cuando ellos llegaron al campo, Focas preparó sacrificios magníficos, e incluso acudió gran cantidad de gente de la ciudad, y Dionisio, al empezar la hecatombe [43], dijo:

—Soberana Afrodita, tú eres la causa de todos mis bienes. De ti he recibido a Calírroe, de ti a mi hijo y 4
por ti soy marido y padre. A mí me bastaba Calírroe, más querida para mí que la patria y los padres, y amo a mi hijo porque me ha hecho más segura a su madre. Lo tengo como prenda de mi afecto hacia ella. Te suplico, señora, que conserves para mí a Calírroe, y para Calírroe a su hijo.

La multitud de los de alrededor aprobó con exclama- 5
ciones sus palabras, y los cubrieron, unos con rosas, otros con violetas y otros con coronas, de suerte que el templo se llenó de flores.

Dionisio dijo su plegaria delante de todos, pero Calí-
rroe quiso hablar sola a Afrodita. En primer lugar puso 6
al niño en sus brazos y ofreció una bellísima imagen, como no pintó pintor alguno, ni modeló ningún escultor, ni poeta alguno relató hasta ahora. Pues ninguno de ellos hizo a Ártemis o Atenea llevar un niño en brazos. Al verla se echó a llorar de placer Dionisio, y en silencio elevó una plegaria a Némesis.

Mandando que se quedara sólo Plangón, hizo que los demás fueran precediéndoles hacia la casa de campo.
Y una vez que se alejaron, colocándose cerca de Afrodi- 7
ta y tendiendo hacia ella a su hijo en los brazos dijo:

—Por éste, señora, te estoy agradecida, pues por mí misma no lo sé. Te estaría agradecida también por mí misma si me hubieras guardado a Quéreas. No me has dado más que una imagen de ese hombre queridísimo,
y he perdido a Quéreas entero. Concédeme que mi hijo 8
llegue a ser más feliz que sus padres y semejante a su

[43] La hecatombe era el solemne sacrificio de cien bueyes.

abuelo. Que él también navegue en una nao capitana, y que se diga de él, cuando entre en batalla: «el descendiente de Hermócrates es superior a él». Pues será feliz su abuelo por tener un sucesor de su valor, y se-
9 remos felices sus padres, aunque estemos muertos. Te suplico, señora, que te reconcilies conmigo en lo sucesivo, pues ya he sufrido bastantes desgracias. He muerto, he vuelto a la vida, he sido robada, me he visto exilada de mi patria, fui vendida y sufrí esclavitud; y considero mi segundo matrimonio como aún más terrible que todo esto. Sólo una gracia te pido a cambio de ello, a ti y a través tuyo a todos los dioses. Mantén a salvo a este huérfano.

Quería aún decir más cosas, pero se lo impidieron las lágrimas.

9 Después de un poco de tiempo llamó a la sacerdotisa, y la anciana compareciendo dijo:

—¿Por qué lloras, hija, tú que estás en tales bienes?, pues ya incluso los extranjeros se postran ante ti como si fueses una diosa. Hace unos días llegaron hasta aquí dos hermosos jóvenes que vinieron por mar, y uno de ellos, al contemplar tu imagen, faltó poco para que expirara. Tan notable te hizo Afrodita.

2 Dio un vuelco ante esto el corazón de Calírroe, y como si se hubiera vuelto loca, levantando los ojos gritó:

—¿Quiénes eran esos extranjeros? ¿De dónde venían? ¿Qué te contaron?

La anciana, cogiendo miedo, primero se quedó muda, y luego con cierta dificultad habló:

—Yo sólo los vi. Yo no oí nada.

3 —¿Cómo eran los que viste? Acuérdate de su aspecto.

La vieja hizo una descripción no muy clara, pero aun así sospechó ella la verdad, pues lo que uno desea está fácilmente dispuesto a creerlo. Y mirando a Plangón dijo:

—Es posible que el desdichado Quéreas haya llegado errante hasta aquí. Pero ¿qué ocurrió? Busquémosle, pero sin decir nada a nadie.

Así, cuando se reunió con Dionisio le dijo sólo lo que 4
a la sacerdotisa le había oído, pues sabía que por naturaleza es Eros curioso y que él se iba a ocupar por sí mismo de lo ocurrido. Lo que evidentemente ocurrió, pues Dionisio al enterarse del suceso se llenó de celos, y estaba lejos de sospechar que fuera Quéreas, pero tenía miedo de que se ocultara por los campos algún intento de adulterio, pues la belleza de su mujer le invitaba a sospecharlo todo y a temerlo todo. Y no sólo temía las 5
conspiraciones de los hombres, sino que pensaba que incluso iba a bajar del cielo un dios como rival suyo.

Por tanto, llamando a Focas, inquirió:

—¿Quiénes eran esos jóvenes y de dónde venían? ¿Eran, quizá, ricos y hermosos? ¿Por qué fueron a adorar a mi Afrodita? ¿Quién se la indicó? ¿Quién les dio permiso para entrar?

Pero Focas ocultaba la verdad, no por miedo a Dio- 6
nisio, sino porque sabía que Calírroe lo mataría a él y a todo su linaje si se enteraba de lo ocurrido. Así pues, cuando él negó que hubiera entrado nadie, no sabiendo Dionisio la causa, sospechó que había una conspiración más grave contra él. E, irritado, pidió lá- 7
tigos y la rueda para aplicárselos a Focas, y no sólo a él, sino que convocó a todos los del campo, convencido de que iba a descubrir una tentativa de adulterio.

Focas, dándose cuenta de en qué peligro estaba, tanto si hablaba como si callaba, dijo:

—A ti, señor, a solas, te diré la verdad.

Dionisio, haciendo salir a todos, dijo: 8

—Ea, pues, estamos solos, no mientas ya más. Di la verdad aunque sea desagradable.

—Desagradable —dijo— no lo es, señor, pues te traigo el relato de grandes bienes. Y si el principio te es peno-

so no te inquietes ni sufras por ello, sino que espera con
paciencia hasta que lo hayas oído todo, pues tiene un
final favorable para ti.

9 Dionisio, que estaba en suspenso ante sus noticias, y
totalmente pendiente de lo que oía, dijo:

—No te detengas, cuéntalo ya.

De modo que él empezó a decir:

—Llegó aquí navegando desde Sicilia un trirreme y
unos embajadores de Siracusa a reclamarte a Calírroe.

10 Desfalleció Dionisio al oírlo y la noche inundó sus
ojos, pues tuvo la visión de que Quéreas se presentaba
ante él y le arrebataba a Calírroe. Cayó, pues, al suelo
con aspecto y color de muerto, y Focas se encontró en
un apuro, pues no quería llamar a nadie para que nadie
fuese testigo de su secreto. Penosamente y poco a poco
logró reanimar él mismo a su señor diciéndole:

—Ten ánimo. Quéreas ha muerto. La nave está des-
truida. Ya no hay motivo de temor.

11 Estas palabras dieron la vida a Dionisio, y volviendo
de nuevo paulatinamente en sí preguntó exactamente
por todo, y Focas le habló del marinero que le indicó
de dónde venía el trirreme y para quién navegaban y
quiénes eran los que estaban allí. De su propia estrata-
gema con los bárbaros, de la noche, el fuego, el asalto
a la nave, la matanza, las prisiones. Así Dionisio disipó
como una última nube de su alma y abrazándose a
Focas dijo:

—Tú eres mi bienhechor. Tú eres mi defensor verda-
12 dero y el más fiel en mis secretos. Por ti tengo a Ca-
lírroe y a mi hijo. Yo, en efecto, no te hubiera ordena-
do dar muerte a Quéreas, pero no te reprocho el que
lo hayas hecho tú, pues es un crimen cumplido por amor
a tu amo. Sólo una cosa has hecho sin cuidado: no te
ocupaste de informarte si Quéreas estaba entre los
muertos o entre los prisioneros. Convenía buscar el ca-
dáver, pues así él hubiera tenido una tumba y yo podría

tener ánimo con más seguridad. Pero ahora no puedo
ser feliz sin inquietud a causa de los prisioneros, pues
no sabemos dónde ha sido vendido cada uno de ellos.

Y después de ordenarle a Focas que contara clara- 10
mente todo lo que había ocurrido, pero que callase dos
cosas: su propia estratagema y que aún estaban con
vida algunos de los del trirreme, se presentó ante Ca-
lírroe con rostro sombrío, convocando además a los
campesinos, para que la mujer, al enterarse de lo ocu-
rrido, perdiese ya con mayor seguridad toda esperanza
respecto a Quéreas.

Ellos vinieron todos y contaron lo que sabían, que 2
«unos piratas bárbaros, que atacaron de noche, incen-
diaron un trirreme griego que había fondeado el día
anterior en el promontorio, y ya de día vimos el agua
mezclada con sangre y los cadáveres llevados por las
olas».

La mujer al oírlos rasgó sus vestiduras y golpeándose 3
los ojos y las mejillas corrió a la habitación donde es-
tuvo la primera vez nada más ser vendida.

Dionisio dio licencia a su dolor, temiendo hacérsele
insoportable si trataba de estar con ella en un momento
inoportuno. Por ello mandó a todos que la dejasen y
que sólo se quedase con ella Plangón, no fuera a atentar
contra sí misma.

Calírroe, en cuanto se quedó sola[44], arrojándose al 4
suelo y vertiendo polvo sobre su cabeza, arrancándose
los cabellos comenzó a dar estos gritos:

—Yo deseaba, Quéreas, morir antes o al mismo tiem-
po que tú, y me es preciso quizá morir después. Pues
¿qué esperanza me queda ya que me retenga en la vida?
Hasta ahora en los reveses de la fortuna me decía a mí 5
misma: «algún día volveré a ver a Quéreas y le contaré
cuántas cosas sufrí por él, y eso me hará más preciada

---

44 Aceptamos la corrección de Naber *erēmías*.

ante él. Y de cuánta alegría se llenará cuando vea a su hijo». Pero todo se me ha hecho ya vano, e incluso mi hijo está de más, pues ese huérfano se añade a mis des-
6 gracias. Injusta Afrodita, tú sola viste a Quéreas, y no me lo mostraste a mí cuando vino. A manos de piratas entregaste su hermoso cuerpo, y no te compadeciste de él, que por ti había hecho el viaje. ¿Quién puede venerarte a ti, diosa que matas a tus propios adoradores?
7 No le prestaste ayuda en esa noche terrible, viendo matar cerca de ti a un muchacho hermoso, digno de amor. Tú me has arrebatado al compañero, al conciudadano, al amante, al amado, al esposo. Devuélvemelo, aunque sea muerto. Yo admito que nosotros hemos nacido los más desdichados de todos los seres, pero ¿qué falta había cometido el trirreme para que los bárbaros lo incendiaran también a él, al que ni los atenienses vencieron? Ahora sin duda se sentarán frente al mar nuestros padres, los de los dos, esperando nuestra vuelta, y ante cualquier nave que se deje ver a lo lejos dirán: «¡Llega Quéreas, trayendo a Calírroe!». Nos tendrán preparado nuestro lecho nupcial, y adornado el tálamo para nosotros, a quienes ni siquiera pertenece una tumba propia. Mar nefasto, tú eres el que has traído a Mileto a Quéreas a morir, y a mí a ser vendida.

LIBRO CUARTO

Esa noche la pasó Calírroe entre lamentos, llorando 1
a Quéreas que aún estaba vivo; y en un momento en que se durmió vio en sueños una banda de piratas bárbaros que llevaban fuego, y vio el trirreme en llamas, y a sí misma socorriendo a Quéreas.

Dionisio sufría viendo a su mujer consumirse, pues 2
temía que incluso su belleza se marchitase, y creía que sería ventajoso para su propio amor que ella abandonase toda esperanza sobre su anterior marido. Y que- 3
riendo mostrarle su ternura y magnanimidad le dijo:

—Levántate, mujer, y construye una tumba para ese desdichado. ¿Por qué persigues lo imposible y descuidas lo necesario? Considera que él apareciéndosete te dice: «*Entiérrame y atravesaré lo antes posible las puertas del Hades*» [45]. Pues aunque no se encuentre el cuerpo del infortunado, es ésta una antigua costumbre de los griegos, el preparar tumbas también para los desaparecidos.

La convenció inmediatamente, pues el consejo res- 4
pondía a sus deseos. Con esta nueva preocupación se calmó un tanto su pena, y levantándose del lecho se puso a buscar un lugar donde hacer la tumba. Y le agradó uno cercano al templo de Afrodita, para que incluso los de allí lo considerasen un recuerdo de amor.

---
[45] *Il.* XXIII, 71.

5 Pero Dionisio envidió a Quéreas esta proximidad, y además guardaba ese lugar para sí mismo. Y como al mismo tiempo quería hacer durar el máximo aquella ocupación dijo:

—Vayamos, mujer, a la ciudad, y allí ante ella construyamos la tumba en lugar elevado y fácilmente distinguible, *de modo que sea visible de lejos desde el mar para los hombres*[46]. Los puertos de los milesios son buenos, y a ellos llegan frecuentemente incluso siracusanos, y así no quedará sin conocimiento entre tus compatriotas tu liberalidad.

6 El argumento agradó a Calírroe, y entonces se calmó su prisa. Pero en cuanto llegó a la ciudad comenzó a construir en un lugar elevado, a orillas del mar, una tumba en todo igual a la suya de Siracusa, en forma, tamaño y riqueza, y también ésta, como aquélla, para un vivo.

Después que se acabó la obra, rápidamente gracias a los abundantes gastos y la gran cantidad de obreros,
7 quiso hacer un simulacro de entierro. Se anunció el día convenido, y en él se reunió una multitud no sólo de milesios, sino también de casi toda Jonia. Y estaban también presentes dos sátrapas que habían llegado oportunamente, Mitrídates de Caria y Fárnaces de Lidia[47].
8 Su pretexto era honrar a Dionisio, pero la razón verdadera era ver a Calírroe, pues era grande la fama de la mujer en toda el Asia y había llegado hasta el Gran Rey el nombre de Calírroe, superando al de Ariadna y al de Leda. Y ellos entonces la encontraron superior aún a su fama.

Avanzaba, en efecto, vestida de negro, con los cabellos sueltos, y con el rostro resplandeciente y los brazos

46 *Od.* XXIV, 83.

47 Caria, región del S.O. de Asia Menor, situada al N.O. de Licia, S. de Lidia y S.O. de Frigia.

desnudos se mostraba superior a las *muchachas de blancos brazos* y a las *de hermosos tobillos* que describe Homero. Y ninguno de los demás podía soportar el 9
fulgor de su belleza, sino que unos volvían la cabeza como deslumbrados por los rayos del sol, y otros incluso se prosternaban. E incluso los niños sufrían su influjo.

Mitrídates, el gobernador de Caria, se derrumbó atónito sin pronunciar palabra, como hombre a quien inesperadamente alcanza el disparo de una honda, y con gran trabajo le sujetaban sus sirvientes para sostenerle en pie.

Iba en la procesión una estatua de Quéreas, esculpida 10
de acuerdo con la grabada en el anillo. Pero, aunque la imagen era bellísima, nadie la miraba en cuanto aparecía Calírroe, sino que ella sola atraía los ojos de todos.

¿Cómo podría narrarse dignamente el final de la pro- 11
cesión? Pues cuando llegaron cerca de la tumba, los que llevaban el lecho funerario lo depositaron, y Calírroe, subiéndose a él, se abrazó a Quéreas, y besando su imagen dijo:

—Tú me enterraste a mí primero en Siracusa, y yo a mi vez a ti en Mileto. Hemos sufrido males no sólo 12
grandes, sino también asombrosos, pues nos hemos enterrado el uno al otro, pero ninguno de los dos posee el cadáver del otro. Fortuna celosa, que incluso después de muertos nos negaste por envidia el recibir encima la misma tierra, e hiciste unos desterrados incluso a nuestros cadáveres.

Prorrumpió en lamentos la multitud, y todos compadecieron a Quéreas, no por estar muerto, sino por haberse visto privado de tal mujer.

Así, Calírroe enterraba a Quéreas en Mileto: y Qué- 2
reas, por su parte, trabajaba en Caria encadenado. Y a fuerza de trabajar la tierra se agotó pronto su cuerpo, pues muchas eran las cosas que pesaban sobre él: la

pena, la falta de cuidados, las cadenas, y más aún que estas cosas, el amor, y, queriendo morir, no se lo permitía una leve esperanza de que quizá podría ver algún día a Calírroe.

2 Policarmo, el amigo capturado con él, viendo que Quéreas no podía trabajar y que por ello recibía golpes y vergonzosos ultrajes, dijo al capataz:

—Separa para nosotros un lugar especial, para que no se nos impute la indolencia de los demás prisioneros. Nosotros te daremos la medida asignada cada día.

3 Él se dejó persuadir y se lo concedió. Y Policarmo, como joven de naturaleza viril y no esclavizado por el amor, duro tirano, hacía casi solo la parte de los dos, tomando más trabajo que él con placer, para salvar a su amigo.

4 Ellos estaban, pues, en tales desgracias, yendo olvidándose, después de cierto tiempo, de la libertad. Y Mitrídates, el sátrapa, volvió a Caria, no tal como había marchado a Mileto, sino pálido y delgado, como si tu-
5 viera en el alma una herida ardiente y punzante. Consumido por el amor de Calírroe, quizá se hubiera muerto si no hubiera conseguido un cierto consuelo del modo siguiente.

Algunos de los trabajadores encadenados con Quéreas (eran dieciséis encerrados en una cabaña oscura), cortando de noche las cadenas, degollaron al guardián
6 y luego intentaron la huida. Pero no pudieron escapar, pues los perros los delataron con sus ladridos.

Cogidos, pues, «in flagranti», aquella noche fueron atados todos más cuidadosamente a una viga, y de día el administrador le contó al dueño lo ocurrido, y él, sin verlos ni oír su defensa, mandó que crucificasen al punto a los dieciséis que ocupaban la misma cabaña.

7 Los hicieron salir, en consecuencia, atados unos a otros por los pies y el cuello, y cada uno llevaba su cruz, pues al necesario castigo habían añadido los que

lo ejecutaban algo más penoso: la ostentación pública del castigo, como ejemplo que indujera al miedo a sus semejantes.

Quéreas se dejaba llevar en silencio, pero Policarmo, llevando su cruz, dijo:

—Por causa tuya, Calírroe, sufrimos esto. Tú eres la causante de todos nuestros males.

El administrador, al oírle, creyó que se refería a al- 8
guna mujer cómplice del intento, y para que también ella sufriera castigo y se hiciera una investigación completa del complot, separando inmediatamente a Policarmo de la cadena común, lo llevó ante Mitrídates.

Éste estaba en el jardín, solo e inquieto, representándose a Calírroe tal como la había visto en el duelo, y totalmente absorbido en este pensamiento vio a su sirviente sin agrado alguno.

—¿Por qué —dijo— me molestas? 9

—Es necesario —respondió—, señor. He averiguado el origen de tan gran audacia. Este hombre maldito conoce a una mujer criminal, cómplice del delito.

Al oír esto Mitrídates frunció las cejas, y dirigiéndole una mirada terrible dijo:

—Nómbrame a esa cómplice que ha participado con vosotros en los crímenes.

Pero Policarmo dijo que no lo sabía, pues ni él había 10
participado en el asunto. Pidieron entonces látigos y trajeron fuego e hicieron todos los preparativos para la tortura, y uno de los hombres, cogiendo a Policarmo, dijo:

—Di el nombre de la mujer que has confesado que es la causa de tus males.

—Calírroe —contestó Policarmo.

Ese nombre golpeó a Mitrídates, y le pareció que 11
era bien poco afortunada la igualdad de nombre de ambas mujeres. Y ya no quería seguir haciendo averiguaciones, por temor a verse en la obligación de inju-

riar un nombre que tan dulce le era. Pero como sus
amigos y servidores le impulsaban a proseguir la in-
vestigación con más exactitud dijo:

—¡Que venga Calírroe!

12 Entonces, golpeando a Policarmo, le preguntaron
quién era ella y de dónde debían traerla. Y él, desdi-
chado, encontrándose en tal dificultad, no quería acusar
falsamente a ninguna mujer, y dijo:

—¿Por qué armáis tal tumulto en vano, buscando una
mujer que no está aquí? Yo he mencionado a Calírroe,
la de Siracusa, la hija del estratego Hermócrates.

13 Al oír esto Mitrídates enrojeció y se llenó de sudor,
e incluso, sin quererlo, derramó algunas lágrimas, de
suerte que Policarmo se calló y todos los presentes se
quedaron sin saber qué hacer. Por fin y con gran difi-
cultad Mitrídates, volviendo en sí, dijo:

—¿Qué tienes tú que ver con esa Calírroe y por qué
la nombraste cuando ibas a morir?

Y él respondió:

14 —Es una larga historia, señor, y de nada me va a
servir ya. No voy a molestarte con mis inoportunos de-
lirios, porque además temo que, si tardo, mi amigo se
me adelante, y yo quiero morir con él.

Se rompió así la cólera de los que le oían, y su ánimo
se cambió a la compasión, y Mitrídates quedó aún más
confuso y dijo:

—No temas, pues no me molestarás con tu explica-
ción. Yo tengo un alma compasiva. Di todo con ánimo
15 y no pases nada por alto. ¿Quién eres y de dónde, y
cómo llegaste a Caria y por qué trabajas la tierra enca-
denado? Y sobre todo háblame de Calírroe y dime
quién es tu amigo.

3 Entonces Policarmo comenzó a hablar:

—Nosotros, los dos encadenados, somos siracusanos
de nacimiento. El otro joven era el primero de Sicilia
en fama, riqueza y belleza, y yo era un hombre corrien-

te, pero condiscípulo y amigo suyo. Nosotros, abando- 2
nando a nuestros padres, salimos en barco de nuestra
patria, yo por él y él por la mujer de nombre Calírroe,
a la que había enterrado con todo fasto creyéndola
muerta. Unos violadores de tumbas, encontrándola viva,
la vendieron en Jonia. Esto nos lo contó públicamente
en tortura Terón el pirata.

En consecuencia, la ciudad de Siracusa envió un tri- 3
rreme con embajadores a buscar a la mujer, y este tri-
rreme lo incendiaron los bárbaros de noche mientras
estaba anclado, y degollaron a la mayoría de su tripu-
lación, pero a mí y a mi amigo, encadenándonos, nos
vendieron aquí. Nosotros soportamos pacientemente
nuestra desgracia, pero algunos otros de los encadena-
dos con nosotros, a los que no conocemos, rompiendo
sus cadenas, cometieron este crimen, y por orden tuya
nos llevan a todos a la cruz.

Mi amigo, ni al morir ha acusado a la mujer, pero yo 4
me sentí impulsado a acordarme de ella y a decir que
era la causante de nuestros males, ella, por quien em-
prendimos el viaje.

Aún estaba él hablando cuando Mitrídates gritó:

—¿Hablas de Quéreas?

—Él es mi amigo —dijo Policarmo—. Te lo suplico, 5
señor, ordena al verdugo que no separe nuestras cruces.

Lágrimas y lamentos siguieron al relato, y Mitrída-
tes los envió a todos a buscar a Quéreas, para que no
se adelantase a morir. Y encontraron a los demás ya
colgados, y a él a punto de subir a la cruz. Y desde lejos 6
gritó uno:

—¡No le matéis!

Y otro:

—¡Bájalo!

Y otro:

—¡No le hagas daño!

Y otro:

—¡Suéltalo!

El verdugo detuvo su acción, y Quéreas bajó de su cruz con pena, pues se alegraba de dejar una vida desdichada y un amor infortunado. Y cuando le llevaban, salió a su encuentro Mitrídates y abrazándole dijo:

—¡Hermano y amigo, por muy poco me haces caer en realizar algo impío, por tu silencio valeroso pero inoportuno!

7 Y al punto ordenó a los criados llevarlos al baño y cuidar su cuerpo, y, una vez lavados, vestirlos con túnicas griegas lujosas. Y él mismo invitó a los notables a un banquete y celebró con sacrificios la salvación de Quéreas. Corrió bebida abundante y hubo una dulce cordialidad y nada faltó para que reinase la alegría.
8 Y ya a punto de terminar el banquete, Mitrídates, animado por el vino y el amor, dijo:

—No es por las cadenas y la cruz, Quéreas, por lo que te compadezco, sino porque has sido privado de tal mujer.

Y Quéreas sorprendido gritó:

—¿Pero dónde has visto tú a mi Calírroe?

—Ya no es tuya —dijo Mitrídates—, sino que está legalmente casada con Dionisio de Mileto, e incluso tienen ya un hijo.

9 Quéreas no pudo dominarse al oír esto, sino que cayendo a los pies de Mitrídates dijo:

—Te lo suplico, mi señor, devuélveme de nuevo a la cruz, pues peor tormento es para mí el obligarme a
10 vivir después de decirme esto. ¡Infiel Calírroe, la más impía de todas las mujeres! Yo por tu causa fui vendido y trabajé la tierra, arrastré una cruz y fui entregado a manos del verdugo, y mientras tanto tú has vivido en la molicie y has celebrado tu boda estando yo encadenado. Y no te bastó el ser esposa de otro estando Quéreas aún vivo, sino que has sido incluso madre.

Todos comenzaron a llorar, y el banquete cambió a un 11
tema triste. El único que se alegró de estas cosas fue Mitrídates, encontrando en ello una cierta esperanza para su amor, pues consideraba que ya podía hablar y hacer algo en favor de Calírroe, de modo que pareciera que ayudaba a su amigo.

—De momento —dijo—, puesto que es de noche, re- 12
tirémonos. Mañana, ya sobrios, deliberaremos sobre ello, pues para deliberar es necesario suficiente tiempo libre.

Después de dicho esto, se levantó y dio por terminado el banquete, y él mismo fue a acostarse, según tenía por costumbre. Y asignó a los jóvenes siracusanos servidores y una habitación especial.

Aquélla fue para todos una noche llena de preocupa- 4
ciones, y nadie pudo dormir. Pues Quéreas estaba encolerizado, Policarmo trataba de consolarle y Mitrídates se sentía alegre, esperando que, como en los juegos atléticos él, permaneciendo como reserva entre Quéreas y Dionisio, podría obtener sin lucha el premio, o sea, a Calírroe.

Al día siguiente expuso cada uno su opinión. Quéreas 2
consideraba que debía ir al punto a Mileto y pedirle a Dionisio su mujer, pues creía que Calírroe no iba a quedarse allí en cuanto le viera. Pero Mitrídates dijo:

—Por mí vete, pues no quiero que te veas ni un solo día más separado de tu mujer. ¡Ojalá no hubierais salido de Sicilia y no os hubieran ocurrido a ambos cosas tan terribles! Pero puesto que la Fortuna, que sólo se complace en la novedad, os ha asignado tan triste drama, es preciso deliberar con más cordura sobre el futuro, pues ahora tienes más prisa por la pasión que por obra del razonamiento, sin prever el futuro. ¿Piensas 3
irte a una gran ciudad, solo y extranjero, y quieres arrebatarle a su mujer, con la que se ha unido solemnemente, a un hombre rico y muy importante en Jonia?

¿Y confiando en qué fuerzas? Lejos de ti estarán Her-
mócrates y Mitrídates, tus únicos aliados, que sólo po-
4 drán preocuparse por ti, pero no servirte de ayuda. Y
tengo miedo también de que el lugar te sea adverso,
pues ya has sufrido allí terribles males. Pero aún te
parecerán suaves los de entonces. Caíste prisionero, sí,
pero salvaste la vida. Fuiste vendido, pero a mí. Pero
ahora, si Dionisio se entera de que tú conspiras contra
su matrimonio, ¿qué dios podría salvarte? Quedarás en-
tregado a un rival de poder absoluto, y quizá ni crea
que eres Quéreas, e incluso correrás más peligro si cree
5 que lo eres de verdad. ¿Acaso eres el único que desco-
noce cuál es la naturaleza del Amor, y que este dios
se complace en los engaños y traiciones? A mí me pa-
rece mejor probar primero a tu mujer con una carta,
a ver si se acuerda de ti y quiere abandonar a Dionisio,
o *quiere hacer prosperar la casa del que la despose*[48].
Escríbele una carta, y ella, que sienta pena, que se ale-
gre, que te busque, que te llame. Yo me ocuparé del
envío de la carta. Ea, ve a escribir.

6 Quéreas se dejó persuadir, y cuando se encontró en
lugar apartado quiso escribir, pero no podía, pues se
le llenaban los ojos de lágrimas y le temblaba la mano.
Y llorando sus desdichas, a duras penas pudo comen-
zar la siguiente carta:

7 *Quéreas a Calírroe.*

*Vivo, y vivo gracias a Mitrídates, mi bienhechor y es-
pero que también el tuyo. Pues fui vendido en Caria por
los bárbaros que incendiaron nuestra hermosa nao ca-
pitana, la de tu padre. En ella había enviado la ciudad
una embajada a buscarte. No sé qué fue de los demás
ciudadanos, pero a mí y a Policarmo, mi amigo, cuando
ya íbamos a morir nos salvó la compasión de nuestro*
8 *amo. Y el propio Mitrídates, que me hizo todo el bene-*

48 *Od.* XV, 21.

*ficio posible, me dio a cambio de él también este dolor,
el contarme tu boda. Mi muerte, ya la tenía prevista,
pues soy un hombre, pero tu casamiento no lo esperaba.
Te lo suplico, cambia tu pensamiento. He rociado esta
carta mía con lágrimas y besos. Yo soy Quéreas, el tuyo,* 9
*el que viste cuando eras virgen yendo al templo de Afro-
dita. Por el que perdiste el sueño. Acuérdate de nuestro
tálamo y de aquella noche sagrada en que por primera
vez tú conociste a un hombre y yo a una mujer. Sí,
luego tuve celos, pero esto es propio de los enamorados,
y ya te he pagado suficiente castigo: fui vendido, he su-
frido esclavitud y estuve encadenado. No me guardes* 10
*rencor por mi brutal patada, pues yo incluso subí a la
cruz por tu causa sin acusarte de nada. Si aún te acor-
daras de mí, nada serían mis sufrimientos. Pero si pien-
sas de otra manera, me habrás sentenciado con ello a
muerte.*

Esta carta se la dio Mitrídates a Higinio, el hombre 5
en quien más confianza tenía, a quien tenía también en
Caria como administrador de toda su hacienda, y al
que había descubierto su propio amor. Y él mismo le
escribió a Calírroe, mostrándole su simpatía y adhesión,
diciéndole que por ella había salvado a Quéreas, acon-
sejándole que no injuriase a su primer marido, y pro-
metiéndole que él haría todo lo posible para que se
recobraran el uno al otro, si era éste el voto que de
ella recibía.

Envió también con Higinio tres criados y regalos sun- 2
tuosos y gran cantidad de oro, y a los demás criados
les dijo que esto se lo enviaba a Dionisio, para no des-
pertar sospechas. Y le mandó a Higinio que, después
de que llegase a Priene[49], dejase a los demás allí y se

49 Priene, ciudad de Caria, poblada por carios y posteriormente por griegos, de la que se conoce solamente el emplazamiento del siglo IV a. C., no el primitivo.

fuese él solo como observador a Mileto, haciéndose pasar por jonio (pues hablaba griego). Y que luego, cuando ya supiese cómo debía cumplir su misión, llevase a Mileto a los que se habían quedado en Priene.

3 Éste se marchó e hizo lo que se le había encomendado, pero la Fortuna no arbitró un resultado adecuado a su intención, sino que puso en movimiento el principio de mayores acontecimientos.

En efecto, cuando Higinio se marchó a Mileto, los esclavos, quedándose sin quien les diera órdenes y con
4 abundancia de oro, se entregaron al libertinaje. Pero, en una ciudad pequeña y llena de helénica curiosidad, aquel derroche de unos extranjeros atrajo la atención de todos, pues aquellos hombres desconocidos que vivían entregados al lujo, les parecieron tal vez piratas o quizá esclavos fugitivos.

5 En consecuencia, fue al albergue el estratego de la ciudad, y en el registro encontró oro y lujosos adornos. Y pensando que eran el botín de un delito preguntó a los esclavos quiénes eran y de dónde habían sacado esas cosas. Y ellos, por miedo al tormento, confesaron la verdad: que Mitrídates, el gobernador de Caria, enviaba regalos a Dionisio, y le mostraron las cartas.

6 El estratego no las abrió, pues estaban selladas por fuera, pero entregándoselas a los servidores públicos, lo envió todo, junto con los propios esclavos, a Dionisio, creyendo que con ello le hacía un gran servicio.

7 Éste se encontraba dando un banquete a los notables de la ciudad. Era una fiesta espléndida, y ya sonaba incluso la flauta y se oía el son de los cantos, y en ese momento alguien le dio esta carta:

8 *El estratego de Priene, Bias, a su bienhechor Dionisio, salud:*

Los presentes y cartas que te enviaba Mitrídates el gobernador de Caria los estaban dilapidando unos esclavos infieles. Yo los he detenido y te los envío.

Esta carta la leyó Dionisio en medio del banquete, envaneciéndose por aquellos presentes dignos de un rey. Y ordenando romper los sellos se puso a leer las cartas. Y entonces vio: «Quéreas a Calírroe: vivo...».
Y a él se le desataron las rodillas y el corazón[50] y las 9
tinieblas inundaron sus ojos; pero al desmayarse, sujetó, sin embargo, fuertemente la carta, temiendo que algún otro la leyera. Se produjo una gran conmoción, corrieron hacia él y él volvió en sí, y dándose cuenta de lo que pasaba ordenó a sus criados que lo llevasen a otra habitación, porque ahora quería estar solo.

El banquete acabó tristemente (pues se tenía la im- 10
presión de que había tenido un ataque de apoplejía), y Dionisio, una vez que se encontró a solas, leyó muchas veces las cartas, y le invadieron muy variados sentimientos: cólera, desánimo, miedo, incredulidad... Por un lado no creía que Quéreas estuviera vivo (pues naturalmente no quería creerlo en absoluto), y sospechaba en Mitrídates una intención adúltera: que quería seducir a Calírroe con la esperanza de recobrar a Quéreas.

Durante el día sometió a su mujer a estrecha vigi- 6
lancia, para que nadie se le acercara ni le anunciase lo que había ocurido en Caria. E imaginó el siguiente modo de defenderse:

Estaba en la ciudad en aquel momento Fárnaces, el gobernador de Lidia y Jonia, del que se creía era el más preciado de los enviados del Rey en la costa. A éste fue Dionisio, pues era amigo suyo, y solicitó tener con él a solas una conversación privada.

—Te suplico, señor —dijo—, que nos ayudes a mí y a ti mismo. Pues Mitrídates, el más malvado de los hombres, también envidioso de ti, pese a haber sido mi huésped conspira contra mi matrimonio y ha envia-

50 *Il.* XXI, 114.

do cartas adúlteras, acompañadas además de oro, a mi
mujer.
2 Tras esto le leyó las cartas y le explicó la intriga.
Fárnaces oyó su historia con alegría, quizá también
por Mitrídates (pues había entre ellos no pocos motivos de descontento, ya que eran vecinos), pero sobre
todo por su amor, pues también él ardía por Calírroe,
y por ella permanecía la mayor parte del tiempo en
Mileto, invitando a banquetes a Dionisio y a su mujer.
3 Le prometió, pues, ayudarle del modo como le fuera
posible, y escribió en secreto la siguiente carta:

Al Rey de reyes Artajerjes el sátrapa de Lidia y Jonia Fárnaces, a su señor, salud:
4 *Dionisio de Mileto es por su familia tu siervo, fiel y
favorable a tu casa. Éste se ha quejado ante mí de que
Mitrídates, el gobernador de Caria, siendo huésped suyo,
intenta seducir a su mujer. Esto comporta para tus asuntos un gran descrédito, e incluso más aún, disturbios.
Toda falta a las leyes de un sátrapa es censurable, pero
especialmente ésta, pues Dionisio es el más poderoso
de los jonios, y la belleza de su mujer es famosa, de
suerte que no podrá ocultarse el ultraje.*

5 Recibida esta carta, el Rey la leyó a sus amigos y deliberó sobre qué era preciso hacer. Se dieron opiniones
diversas, pues los que envidiaban a Mitrídates o aspiraban a su satrapía opinaban que no se debía pasar
por alto este ataque al matrimonio de un hombre ilustre. En cambio, a los que eran de natural más indulgente o estimaban a Mitrídates (pues tenía muchos amigos
que gozaban de posición preeminente) no les agradaba
dejar despojado de sus prebendas por una calumnia
a un hombre respetado.
6 Como las opiniones estaban igualadas, el Rey no decretó nada ese día, sino que difirió la decisión. Pero al

llegar la noche le invadió el odio a la tal falta, por el
honor de su reino y, por otra parte, por precaución ante
el futuro, pues en efecto esto podía ser para Mitrídates
el principio del desprecio hacia él. Resolvió, en conse- 7
cuencia, llamarle a juicio.

Por otra parte, otro sentimiento le impulsaba a hacer
venir a aquella mujer tan hermosa, pues el sueño y la
oscuridad, que eran sus consejeros cuando estaba solo,
recordaban al Rey esta parte de la carta, y le excitaba
aún más el rumor de que una tal Calírroe era la más
bella de Jonia. Y esto sólo le reprochaba el Rey a Fárnaces, que no había escrito en la carta el nombre de
la mujer. Entonces, en la duda de si había otra más 8
bella que aquella de la que le habían hablado, le pareció
bien llamar también a la mujer, y escribió a Fárnaces:
«Envíame a Dionisio de Mileto, mi siervo», y a Mitrídates: «Ven a defenderte de haber atentado contra el
matrimonio de Dionisio».

Mitrídates se quedó sorprendido y sin saber la causa 7
de tal acusación, hasta que Higinio volvió y le contó lo
ocurrido con los esclavos. Traicionado, pues, por su
carta, pensó en no ir al interior hacia el Rey, por temor
a las calumnias y la cólera de éste, sino tomar Mileto,
matar a Dionisio, el culpable de estas cosas, y apoderándose de Calírroe, hacer defección del Rey.

—¿Por qué corro —se decía— a entregar mi libertad 2
a manos de mi dueño? Quizá podrás salir vencedor si
permaneces aquí, pues el Rey está lejos y tiene generales ineptos, e incluso si te condenase, no podrías sufrir nada peor. Entretanto, no traiciones tú las dos cosas más bellas: el amor y el poder. El poder es una ilustre mortaja, y con Calírroe la muerte es dulce.

Mientras pensaba todas estas cosas y se preparaba 3
para hacer defección, llegó un hombre con la noticia de
que Dionisio había salido de Mileto y se llevaba a Calírroe. Esto lo oyó Mitrídates con más tristeza que la or-

den que lo llamaba a juicio, y lamentando su desgracia dijo:

—¿Qué esperanza me queda ya? Me traiciona por
4 todas partes la suerte. Quizá el Rey tenga compasión de mí, que en nada he delinquido. Pero si me fuera preciso morir, al menos veré de nuevo a Calírroe. Y además en el juicio tendré a Quéreas y Policarmo no sólo como defensores, sino también como testigos.

Ordenando, pues, que le acompañasen todos sus servidores, salió de Caria con buen ánimo, porque daba la apariencia de que en nada había delinquido. De suerte que no le acompañaron con lágrimas, sino con sacrificios y cortejos.

5 Desde Caria enviaba Eros una expedición: ésta. Y desde Jonia otra más notable, pues la belleza es cosa más ilustre y regia. Precedía en efecto a la mujer la Fama, anunciando a todos los hombres que llegaba Calírroe, el nombre célebre, la gran perfección de la naturaleza, *a Artemis semejante, o a la dorada Afrodita*[51]. Y la hacía aún más notable el relato del juicio.

6 Ciudades enteras le salían al encuentro y los que acudían para verla obstruían los caminos. Y a la mayoría le parecía la mujer superior a su fama.

Pero Dionisio, al recibir parabienes por su felicidad, se entristecía, y lo grande de su fortuna le hacía más temeroso, pues como hombre instruido sabía que Eros es amante de lo nuevo: por eso los poetas y escultores le atribuyen el arco y el fuego, es decir, lo de menos
7 peso y lo que no quiere permanecer quieto. Y además se acordó de las antiguas historias, de cuántas vicisitudes les ocurrieron a las mujeres hermosas.

Así pues, todo le daba miedo a Dionisio, y a todos miraba como rivales, y no sólo a su adversario en el juicio, sino incluso al propio juez, de suerte que incluso

51 *Od.* XVII, 37.

pensaba que se había adelantado demasiado al contarle a Fárnaces todo el asunto, *siéndole posible dormir tranquilo y poseer a su amada*[52]. Pues no era lo mismo guardar a Calírroe en Mileto que contra el Asia entera.

Sin embargo, guardó su secreto hasta el fin, y no le 8
confesó a su mujer la verdadera causa del viaje, sino que le dijo que el Rey le había mandado llamar porque quería deliberar sobre los asuntos de Jonia. Calírroe se entristeció al ser llevada tan lejos del mar helénico, pues mientras veía los puertos de Mileto le parecía que se encontraba cerca de Siracusa. Y además allí tenía un gran consuelo en la tumba de Quéreas.

52 Verso yámbico, tomado quizá de alguna comedia de Menandro.

LIBRO QUINTO

1 Cómo Calírroe se casó con Quéreas, la más hermosa
de las mujeres con el más hermoso de los hombres,
siendo Afrodita la que arregló la boda, y cómo la cre-
yeron muerta a consecuencia del golpe que le dio Qué-
reas por celos de amor, y, enterrada con gran lujo,
recobró luego el sentido en la tumba y se la llevaron
de Sicilia una noche unos violadores de tumbas que,
navegando hasta Jonia, la vendieron a Dionisio. Y el
amor de Dionisio, la fidelidad de Calírroe a Quéreas
y la necesidad de contraer de nuevo matrimonio por
estar encinta. La confesión de Terón, el viaje de Qué-
reas en busca de su mujer, su captura y venta en Caria
2 con su amigo Policarmo, y cómo Mitrídates reconoció
a Quéreas cuando iba a morir y cómo se apresuró a de-
volver a los amantes el uno al otro, y cómo Dionisio,
enterado de esto por las cartas, le acusó ante Fárnaces,
y éste al Rey, y el Rey los llamó a ambos a juicio, eso
lo he mostrado ya en mi anterior relato. Lo que pasó
a continuación es lo que voy a contar ahora.
3 Calírroe soportó bien la marcha hasta Siria y Cilicia,
pues oía hablar griego y veía el mar que llevaba a Sira-
cusa. Pero cuando llegó al río Éufrates, tras el cual se
extiende el gran continente, y que es el punto de parti-
da de los extensos territorios del Rey, entonces le inva-
dió la nostalgia de su patria y de su familia, y la deses-
4 peración de no poder regresar de nuevo. Colocándose,

pues, en la orilla y mandando volver atrás a todos, ex-
cepto a la fiel Plangón, comenzó a decir lo siguiente:
—Fortuna envidiosa, que persistes en hacer la guerra
contra una simple mujer. Tú me encerraste viva en una
tumba y de allí me sacaste, no por compasión, sino para
entregarme a unos piratas. De mi destierro se dividen 5
la culpa el mar y Terón. Yo, la hija de Hermócrates,
fui vendida, y, lo que me es más penoso que la falta de
amigos, fui amada, de modo que me casara con otro
estando vivo aún Quéreas. Y aún de esto has sentido
celos, pues ya ni siquiera es a Jonia donde me destie-
rras. Me habías dado una tierra extranjera, pero al
menos griega, y donde tenía un gran consuelo: que es-
taba junto al mar. Pero ahora me arrojas fuera de mi
cielo habitual, y me veo separada de mi patria por el
mundo entero. Me arrebatas ahora otra vez Mileto, 6
como antes Siracusa. Me llevan al otro lado del Éufra-
tes, y yo, nacida en las islas, voy a ser encerrada en lo
más profundo de las tierras bárbaras, donde no hay
mar. ¿Cómo voy a esperar aún que llegue una nave de
Sicilia? Se me arranca también de tu tumba, Quéreas, 7
¿quién te ofrecerá ahora libaciones, alma benévola?
En adelante serán mi casa y mi tumba Bactra y Susa.
Una sola vez, Éufrates, voy a atravesarte. Pues temo
no tanto la duración del viaje como el parecerle tam-
bién allí hermosa a alguien.
Mientras decía esto besaba la tierra, y luego, subien-
do a la lancha, cruzó el río.
Llevaba Dionisio un gran cortejo, pues quiso mostrar 8
a su mujer unos recursos lo más ricos posibles, y la
benevolencia de los habitantes de las tierras por donde
iban pasando les proporcionó un viaje digno de reyes.
Cada pueblo los escoltaba hasta el siguiente, y cada
sátrapa los entregaba a su vecino, pues a todos arrastra
la belleza. Y también otra esperanza animaba a los
bárbaros, la de que aquella mujer quizá llegase a tener

gran poder, y por eso cada uno se apresuraba a darles hospitalidad o a procurarse de todas las maneras posibles algún agradecimiento de ella.

2 Tal era la situación de éstos. Y por su parte Mitrídates hacía el camino más rápidamente atravesando Armenia, sobre todo porque temía que fuese también un motivo de culpa ante el Rey el que siguiese los pasos de la mujer, y además porque quería llegar antes y preparar las cosas para el juicio.

2 Una vez que llegó a Babilonia (pues el Rey residía allí), el primer día descansó en su casa, pues todos los sátrapas tienen designada una residencia, y al día siguiente, yendo ante las puertas del Rey, saludó en primer lugar a los Persas homotimos[53]. Y a Artaxates, el eunuco, que era ante el Rey la persona más importante y poderosa, primero le honró con regalos, y luego le dijo:

—Anúnciale al Rey: Mitrídates, tu siervo, se presenta para defenderse de la falsa acusación del griego, y para prosternarse ante ti.

3 Después de no mucho tiempo, el eunuco salió y le respondió:

—El Rey desea que en nada sea encontrado culpable Mitrídates. Pero juzgará cuando Dionisio llegue.

Por tanto, Mitrídates, tras prosternarse, se alejó, y cuando estuvo solo llamó a Quéreas y le dijo:

—Estoy ardiendo de irritación. Por haber querido devolverte a Calírroe se me llama a juicio; pues tu carta, la que escribiste a tu mujer, dice Dionisio que la he escrito yo, y cree tener en ella una prueba de adulterio, ya que está convencido de que tú has muerto. Y es preciso que siga convencido de ello hasta el juicio, para
4 que te vea de improviso. Esto te pido a cambio de mis

[53] *Homótimos*, «iguales en rango», entre los persas una especie de pares del reino.

favores: que te mantengas oculto, que tengas fuerzas para no ver a Calírroe ni tratar de enterarte de nada de ella.

Contra su voluntad, desde luego, obedeció Quéreas, y trataba de que no se le notase, pero le corrían las lágrimas por las mejillas. Sin embargo, diciendo «Haré, señor, lo que mandas», marchó a la habitación en la que se alojaba con Policarmo, su amigo, y arrojándose al suelo se rasgó los vestidos, y cogiendo con ambas manos *ceniza aún caliente, la derramó por su cabeza y afeó su hermoso rostro*[54], y luego dijo llorando:

—Estamos cerca, Calírroe, y no podemos vernos. Tú 5
de nada eres culpable, pues no sabes que Quéreas está vivo. Soy yo el más impío de los hombres, pues se me ha ordenado que no te mire y, cobarde y por amor a la vida, soporto que hasta tal grado se me tiranice. Pero a ti, si alguien te hubiese mandado eso, no hubieras podido seguir viviendo.

Así a él le consolaba Policarmo, y por su parte Dio- 6
nisio estaba ya cerca de Babilonia, y antes que él invadió la ciudad la Fama, anunciando a todos que llegaba una mujer de belleza no humana, sino divina, cual no ha visto el Sol otra sobre la tierra. Por naturaleza los bárbaros se vuelven locos por las mujeres, de modo que cada casa y cada calle se llenó de esta noticia, y subió el rumor hasta el propio Rey, de suerte que incluso preguntó a Artaxates el eunuco si había llegado ya la milesia.

Ya desde hacía tiempo lamentaba Dionisio la celebri- 7
dad de su mujer (pues con ello no tenía seguridad alguna), pero cuando iban a llegar a Babilonia se consumía más aún, y gimiendo se decía a sí mismo:

—Esto ya no es Mileto, Dionisio, tu ciudad. Incluso allí te tuviste que guardar de los que conspiraban contra

[54] *Il.* XVIII, 23-24.

8 ti. ¡Imprudente, que no has sabido prever el futuro! ¿Traes a Calírroe a Babilonia, donde hay tantos Mitrídates? Menelao, en la virtuosa Esparta, no pudo guardar a Helena, y le superó, a él, que era un rey, un pastor bárbaro. Pues bien, hay muchos Paris en Persia. ¿No ves los peligros que se avecinan ni el preámbulo de
9 ellos? Las ciudades nos han salido al encuentro y nos han honrado los sátrapas, y ella se ha hecho ya más altanera; y aún no la ha visto el Rey. La única esperanza de salvación es ocultarla, pues sólo podrás guardarla si puede pasar desapercibida.

Habiendo pensado esto, montó a caballo, dejó a Calírroe en el carro y corrió las cortinas. Y quizá hubiese conseguido lo que quería si no hubiera ocurrido lo siguiente:

3 Las mujeres de los más notables de los persas fueron a presencia de Estatira, la esposa del Rey, y una de ellas dijo:

—Oh señora, una mujer griega viene a luchar contra nuestras compatriotas, incluso contra aquellas a las que desde hace mucho todos admiraban por su belleza. Ahora corre peligro de perderse con nosotras la fama de las mujeres persas. Ea, pues, miremos cómo podemos hacer prevalecer nuestra fama sobre la extranjera.

2 Se echó a reír la reina no creyendo los rumores y dijo:

—Son unos jactanciosos los griegos, y unos mendigos, y por ello tributan gran admiración a cosas sin importancia. Dicen que Calírroe es hermosa del mismo modo que Dionisio rico. Que una de nosotras se muestre junto a ella cuando efectúe su entrada, para que la eclipse, haciéndola parecer una esclava.

3 Todas se prosternaron ante la reina y se admiraron de su decisión y gritaron a coro con una sola voz:

—¡Ojalá fuese posible que fueses tú vista a su lado, señora!

Después se dividieron las opiniones, y nombraron a las más famosas por su belleza. Lo sometieron a vota- 4
ción, como en el teatro, y salió elegida Rodoguna, hija de Zopiro y esposa de Megabizo, mujer de gran belleza y famosa: lo que era en Jonia Calírroe, eso mismo era en Asia Rodoguna.

Las mujeres, tomándola a su cargo, se pusieron a arreglarla, cada una le llevó algo de su casa para adornarla, y la propia reina le dio un brazalete y un collar.

Una vez que la hubieron preparado bien para el cer- 5
tamen, salió, diciendo que iba al encuentro de Calírroe. Tenía, en efecto, el pretexto de su familia, pues era hermana de Fárnaces, el que había escrito al Rey sobre Dionisio.

Toda Babilonia salió a verla y la multitud atascó las 6
puertas. Y en el lugar más visible esperaba Rodoguna con una escolta regia. Estaba allí brillante de lujo, voluptuosa y como provocando, y todos la miraban y se decían unos a otros:

—Ya hemos vencido. La persa eclipsará a la extranjera. Si puede, que compita con ésta. Que los griegos 7
aprendan que son unos jactanciosos.

En esto llegó Dionisio, y al anunciársele que estaba allí la pariente de Fárnaces, echando pie a tierra se acercó a saludarla, y ella le dijo ruborizándose:

—Quiero abrazar a mi hermana. 8

Y al mismo tiempo se acercó al carro.

Ya no fue entonces posible que ella permaneciese oculta, y Dionisio, contra su voluntad y suspirando, pero obligado por la cortesía, ordenó a Calírroe que saliera. Al mismo tiempo que lo hizo, todos tendieron no sólo los ojos, sino también el alma hacia ella, y poco faltó para que cayesen unos sobre otros por querer cada uno verla antes que el otro, y estar lo más cerca posible.

9 Brillaba el rostro de Calírroe, y su resplandor llenó todas las miradas, como cuando en la profundidad de la noche aparece de pronto una gran luz. Así pues, los bárbaros, sorprendidos, se prosternaron y a nadie le pareció ya que estaba presente Rodoguna. También ella se dio cuenta de su inferioridad, y no pudiendo marcharse ni queriendo ser vista, se metió tras las cortinas con Calírroe, entregándose a quien tan superior le era.
10 Avanzó, pues, la carroza con las cortinas echadas, y los hombres, no pudiendo ya ver a Calírroe, besaban el carro.

El Rey, cuando supo que Dionisio había llegado mandó a Artaxates el eunuco que le dijera:

—Hubieras debido no retrasarte tanto, tú que acusas a un hombre que ha recibido tan gran poder. Pero te
11 perdono porque viajabas con tu mujer. Yo ahora celebro una fiesta y estoy ocupado con los sacrificios. Dentro de treinta días escucharé el juicio.

Dionisio, tras prosternarse, se marchó.

4 A partir de este momento ambos hicieron preparativos para el juicio como para la mayor de las guerras. Se dividió el pueblo de los bárbaros, y cuantos eran de la clase de los sátrapas se pusieron a favor de Mitrídates, pues él lo había sido en un principio de Bactra, y luego había sido trasladado a Caria. Dionisio tenía como partidario al pueblo llano, pues a éstos les parecía que se había faltado a las leyes al tratar de seducir a su mujer, y lo que es más, a tal mujer.
2 Ni siquiera estaba tranquilo el gineceo de los persas, sino que también allí se dividían los cuidados, pues las que se sentían orgullosas de su hermosura envidiaban a Calírroe y deseaban que ella recibiese del juicio algún ultraje, pero el resto, que envidiaban a sus conciudadanas, deseaban que la extranjera resultase honrada.
3 Y de los dos rivales cada uno creía que tenía la victoria en sus manos. Dionisio porque confiaba en las

cartas que Mitrídates había escrito a Calírroe en nombre de Quéreas (pues en modo alguno pensaba que éste podía estar vivo), y Mitrídates, que podía presentar a Quéreas, estaba convencido de que no podía ser cogido en falta. Sin embargo, fingía tener miedo y llamaba en su ayuda a algunos consejeros, para que su defensa resultase más clara por lo inesperado de ella.

En treinta días no hablaron de otra cosa los persas 4
y sus mujeres más que de este juicio, de suerte que, si hay que decir la verdad, Babilonia entera era un tribunal. A todos les parecía largo el término fijado para el juicio, y no sólo a los hombres comunes, sino incluso al propio Rey. ¿Qué certamen olímpico o noches eleusinas merecieron ser esperadas con tanta impaciencia?

Cuando llegó el día fijado, el Rey se dispuso a pre- 5
sidir la sesión. Hay una habitación especial en el palacio del Rey dedicada a tribunal, distinta de las demás por su tamaño y belleza. Allí en medio de ella está el trono del Rey, y a ambos lados los de sus amigos, los que por su nobleza y méritos son señores de señores.

Se colocan en torno al trono los comandantes y ta- 6
xiarcos[55] y los de mayor rango de los libertos del Rey, de modo que de aquella asamblea podría bien decirse aquello de *los dioses sentados junto a Zeus celebraban consejo*[56]. Y fueron introducidos los pleiteantes en silencio y con miedo.

En efecto, ya desde la aurora había llegado el prime- 7
ro Mitrídates, escoltado por amigos y parientes, no demasiado brillante ni magnífico, sino tratando de inspirar piedad, como persona que va a rendir cuentas. Le seguía Dionisio con aspecto muy griego, ciñendo ves-

[55] Los *taxiarcos* eran los jefes de una *taxis*, una formación del ejército. El *lochāgós* (comandante) era el jefe de otra división del ejército, el *lóchos*, típica del de Esparta.

[56] *Il.* IV, 1.

tidos milesios, y sujetando en sus manos las cartas.
8 Una vez introducidos dentro, se prosternaron. Luego, el
Rey ordenó al secretario público que leyese las cartas,
la de Fárnaces y lo que él le había contestado, para que
se enterasen sus asesores de cómo se había entablado
el asunto.

9 Leídas las cartas, prorrumpieron todos en elogios, ad-
mirándose de la prudencia y justicia del Rey. Se hizo
luego el silencio, y tenía que empezar su discurso Dio-
nisio, el acusador, y todos miraron hacia él, pero Mi-
trídates dijo:

—No es que me adelante a defenderme, señor, pues
conozco el orden que debe seguirse. Pero es necesario
que antes de los discursos se presenten en el juicio todos
los que son indispensables para él, y ¿dónde está la
mujer por la que se ha entablado la querella? Tú la
consideraste indispensable en tu carta, y escribiste que
10 se presentara, y vino. Por tanto, que Dionisio no oculte
lo principal y la causa de todo el asunto.

A esto respondió Dionisio:

—También eso es propio de un adúltero, traer ante
la multitud a la mujer ajena contra la voluntad de su
11 marido, sin ser ella acusadora ni acusada. Pues si hu-
biese sido seducida debería presentarse, como quien
debe rendir cuentas, pero en este caso tú intentaste
seducirla sin que ella lo supiera, y yo no necesito a mi
mujer ni como testigo ni como defensor. ¿Por qué va
a ser necesario que comparezca quien ninguna parte
tiene en el proceso?

Esto lo dijo Dionisio como hombre experto en el foro
que era, pero a nadie convenció, pues todos deseaban
12 ver a Calírroe. Y como el Rey sentía pudor de mandar-
lo, sus amigos tomaron como pretexto su carta, pues
en efecto había sido llamada como indispensable para
el juicio.

—¿Y no es extraño —dijo uno— que haya venido de
Jonia y estando ya en Babilonia permanezca retirada?

Así pues, cuando se determinó que también Calírroe 13
compareciera, Dionisio, que nada le había dicho antes,
sino que hasta entonces le había ocultado la verdadera
causa del viaje a Babilonia, temiendo que la llevaran
ante el tribunal de improviso, sin saber nada (pues era
natural que su mujer se indignase considerándose en-
gañada) consiguió que se aplazara el juicio hasta el día
siguiente.

Entonces se levantó así la sesión, y Dionisio al llegar 5
a su casa, como hombre sensato y educado, dirigió a su
mujer las palabras más persuasoras posibles en tales
circunstancias, contándole los hechos uno por uno dul-
cemente y con calma. Pero Calírroe no le escuchó sin
lágrimas, y ante el nombre de Quéreas prorrumpió en
lamentos y sufrió un gran disgusto por lo del juicio.

—Sólo esto —dijo— faltaba a mis desgracias, presen- 2
tarme ante un tribunal. Estuve muerta y enterrada,
fue violada mi tumba y fui vendida y esclavizada, y he
aquí, Fortuna, que se me somete a juicio. No te bastaba
haberme calumniado injustamente ante Quéreas, sino
que me hiciste también sospechosa de adulterio ante
Dionisio. Entonces con tu calumnia me llevaste a la 3
tumba, ahora al tribunal del Rey. He llegado a estar
en boca de todo el mundo en Asia y Europa. ¿Con qué
ojos miraré al juez? ¿Qué palabras voy a tener que oír?
Belleza traidora, para esto sólo me fuiste dada por la
naturaleza, para llenarme de calumnias. La hija de Her- 4
mócrates se ve sometida a juicio y no está su padre para
defenderla. Los demás, cuando se presentan al tribunal,
desean hallar benevolencia y gracia ante él, y yo en cam-
bio lo que temo es agradar al juez.

Lamentándose de este modo pasó todo el día desani- 5
mada, y más aún que ella Dionisio. Pero al llegar la
noche se vio en sueños a sí misma, aún virgen, en Sira-

cusa, yendo al templo de Afrodita y volviendo de allí, y viendo a Quéreas y vio el día de su boda, y a toda la ciudad coronada de fiesta y a sí misma conducida
6 por su padre y su madre a la casa del novio. Y cuando iba a abrazar a Quéreas se despertó de su sueño, y llamando a Plangón (pues Dionisio se había levantado antes que ella para reflexionar sobre el juicio) le contó su sueño y Plangón le respondió:

—Ten ánimo, señora, y alégrate. Has tenido un hermoso sueño. Abandona toda preocupación, pues lo que has visto en sueños es lo mismo que verás despierta.
7 Sal hacia el tribunal del Rey como si fuera el templo de Afrodita, acuérdate de quién eres y recobra la belleza del día de tu boda.

Mientras hablaba así, vistió y adornó a Calírroe, y ella sintió automáticamente su alma alegre, como si adivinase lo que iba a ocurrir.

8 Desde la aurora había un gran tumulto en torno al palacio, y hasta afuera estaban llenos los pasillos. Todos habían acudido, en apariencia a oír el juicio, pero en realidad a contemplar a Calírroe, y ella les pareció tan superior a sí misma cuanto antes lo había sido a las
9 demás mujeres. Entró, en efecto, ante el tribunal cual dice el divino poeta que se presentó Helena ante los ancianos *que rodeaban a Príamo, Pantoo y Zimoetes*[57], y su visión produjo asombro y silencio y *todos hicieron la súplica de poder acostarse en su lecho*[58], y si Mitrídates hubiera tenido que hablar el primero no hubiera tenido voz, pues sobre su antigua herida de amor recibió de nuevo un golpe más fuerte aún que su antiguo deseo.
6 Pero fue Dionisio el que comenzó su discurso así:

[57] *Il.* III, 146.
[58] Alusión a la Odisea, referido a los sentimientos de los pretendientes de Penélope.

—Te doy las gracias por el honor que me has hecho, oh Rey, a mí, a la virtud y al matrimonio de todos, pues no has tolerado que un simple particular estuviera expuesto a las intrigas de un gobernante, sino que le llamaste para vengar su insolencia hacia mí y sus ofensas, e impedir que las repitiera con los demás. Y el hecho 2
merece un castigo mayor a causa de quién fue su autor. Pues Mitrídates, que no era mi enemigo, sino mi huésped y amigo, conspiró contra mí. Y no contra cualquier otro de mis bienes, sino contra lo que es más querido a mi cuerpo y mi alma: contra mi mujer. Él, 3
que hubiera debido, si algún otro hubiera faltado contra mí, correr en nuestra ayuda, si no por ser yo su amigo, al menos sí por ti, el Rey. Pues tú le investiste de la mayor autoridad, a la que deshonró mostrándose indigno de ella. Y sobre todo traicionó al que le había confiado el mando.

Las súplicas de Mitrídates, su fuerza y sus prepara- 4
tivos, cuantos ha empleado cara al juicio, y el hecho de que no llegamos en igualdad de condiciones, ni yo mismo lo desconozco. Pero confío, oh Rey, en tu justicia y en el Matrimonio y las Leyes, que tú administras de un modo igual para todos. Pues si vas a absol- 5
verlo, sería mucho mejor que no lo hubieses llamado, porque entonces todos seguirían teniendo miedo, creyendo que la insolencia recibe siempre castigo si es sometida a juicio. Pero en lo sucesivo se te despreciará, si una vez juzgado no recibe castigo alguno.

Mi argumento es claro y breve. Soy el marido de Calírroe, aquí presente, y ya incluso me ha hecho padre. No la desposé siendo virgen, sino que ya había pertenecido a otro marido, de nombre Quéreas, muerto hace mucho tiempo, cuya tumba está en nuestra patria. Mi- 6
trídates, que estuvo en Mileto y vio a mi mujer en virtud de mi hospitalidad, no actuó luego ni como amigo ni como hombre virtuoso y moderado, como tú quieres

que sean aquellos a quienes encomiendas tus ciudades,
7 sino que se mostró insolente y tiránico. Y conociendo
la virtud y el amor a su marido de mi mujer, consideró
imposible persuadirla con palabras o riquezas, y en-
contró una treta para su complot, según creyó, de mu-
cha mayor credibilidad. Fingió, en efecto, que su ante-
rior marido, Quéreas, estaba vivo, y escribiendo unas
cartas en su nombre se las envió a Calírroe por unos
8 esclavos. Pero tu malignidad, oh Fortuna, se enfrentó
a un Rey digno, y la previsión de los demás dioses dejó
al descubierto las cartas, pues a esos esclavos, con las
propias cartas, me los envió Bias, el general de Priene,
y yo, después de abrirlas, se lo conté al sátrapa de
Lidia y Jonia, y él a ti.

9 Ya he explicado el desarrollo del asunto sobre el que
versa tu juicio. Y las pruebas son irrefutables, pues
es necesario una de dos, o que Quéreas esté vivo o que
Mitrídates haya tramado un adulterio. Y ni siquiera
puede decir que no sabía que Quéreas estaba muerto,
pues fue estando él en Mileto cuando elevamos su tum-
10 ba, y formó parte del duelo con nosotros. Pero cuando
Mitrídates quiere cometer adulterio, hace resucitar a
los muertos.

Acabo con la lectura de la carta que él envió por sus
propios esclavos a Mileto desde Caria. Dice al empezar:
«Yo, Quéreas, estoy vivo». Que demuestre Mitrídates eso
y será absuelto. Piensa, oh Rey, cuán desvergonzado es
el adúltero que llega a usar en falso el nombre de un
muerto.

11 Con estas palabras consiguió Dionisio irritar a los que
le oían y se atrajo el voto favorable. Y el Rey, indig-
nado, dirigió a Mitrídates una mirada dura y sombría.

7 Pero él, en modo alguno abatido, dijo:

—Te suplico, oh Rey, pues eres justo y benévolo, que
no me condenes antes de oír las razones de ambos, y
que no sea un griego, que ha levantado con gran astu-

cia contra mí falsas acusaciones, más digno de confianza
ante ti que la verdad.

Sé que aumenta la sospecha contra mí la belleza de 2
la mujer, pues a nadie le parece increíble que uno qui-
siera seducir a Calírroe. Yo por mi parte he vivido hasta
ahora virtuosamente y ésta es la primera acusación que
he tenido. Pero si hubiera sido licencioso e impúdico,
me hubiera hecho mejor el haberme confiado tú
tantas ciudades. ¿Quién puede ser tan insensato como 3
para elegir el perder tales bienes por un solo placer, y
éste además vergonzoso? Pero, por otra parte, si yo
tuviera conciencia de ser culpable, podría incluso es-
quivar el castigo, pues Dionisio no pleitea por una mu-
jer casada con él según la ley, sino que la compró,
pues fue vendida; y la ley del adulterio no se aplica
a los esclavos. Que te lea primero el acta de manumi- 4
sión y que sólo después hable de matrimonio. ¿Te atre-
ves a llamar esposa a la que te entregó por un talento
Terón el pirata y que él había robado de una tumba?
«Pero —dirá— yo la compré siendo libre». Entonces eres
un traficante en hombres libres, y no un marido. Pese
a todo ello, me defenderé ahora como si fuese un mari-
do. Tú llamas matrimonio a la venta y dote al precio. 5
Que pase por milesia hoy la que es siracusana.

Sabe, oh señor, que no le he faltado a Dionisio ni
como marido ni como amo. Pues en primer lugar me
acusa, no de un adulterio consumado, sino de un in-
tento de adulterio, y no pudiendo hablarte de hechos,
nos lee vanas cartas. Pero las leyes castigan las accio- 6
nes. Presentas una carta, y yo puedo decir: 'No la he
escrito yo. Esa letra no es de mi mano. A Calírroe es
Quéreas quien la busca. Júzgale entonces a él de adul-
terio'.

«Sí, dice él, pero Quéreas está muerto, y tú quieres
seducir a mi mujer usando el nombre de un muerto».
Me haces un desafío, Dionisio, en modo alguno venta- 7

joso para ti. Te pongo como testigo: soy tu amigo y huésped tuyo; retráctate de la acusación, te será más ventajoso. Pide al Rey que suspenda el juicio, y entona tu palinodia [59]: «Mitrídates no ha cometido falta alguna. Equivocadamente le he censurado». Pero si persistes te arrepentirás. Atraerás contra ti el voto desfavorable y, te lo aviso, perderás a Calírroe. Y no será a mí, sino a ti a quien el Rey encontrará adúltero.

8 Dicho esto se calló, y todos miraron a Dionisio deseosos de saber si, enfrentado a esta elección, renunciaba a la acusación o se mantenía firme. Pues ellos no sabían qué era lo que había insinuado Mitrídates, pero creían que Dionisio sí lo sabía. Sin embargo, también él lo ignoraba, y no esperando en modo alguno que Quéreas estuviera vivo, dijo:

9 —Di lo que quieras, pues no me engañarás con sofismas ni amenazas indignas de crédito. Ni se encontrará jamás que Dionisio ha ejercido de sicofante.

10 Entonces Mitrídates alzó la voz y como bajo la inspiración divina dijo:

—Dioses reales, celestes y subterráneos, ayudad a un hombre bueno que muchas veces os ha elevado preces como era justo y os ha ofrecido sacrificios. Dadme la recompensa a mi piedad, a mí, a quien están acusando en falso. Prestadme a Quéreas aunque sólo sea para este juicio. Muéstrate, alma benévola, te llama tu Calírroe. Y, poniéndote entre ambos, Dionisio y yo, dile al Rey cuál de entre nosotros es el adúltero.

[59] La palinodia, es decir, la retractación de lo dicho anteriormente. Dice una leyenda que el poeta Estesícoro compuso un canto narrando la historia de Helena, en el que se la acusaba de haber huido voluntariamente con Paris, y se decía que después de la guerra de Troya había estado en Egipto, y que por ello fue castigado con la ceguera hasta que compuso la *Palinodia*, el canto en que se retractaba de esta historia.

Cuando aún estaba hablando (pues así lo habían organizado) avanzó Quéreas en persona, y al verle Calírroe gritó: 8

—Quéreas, ¿estás vivo?

Y se lanzó a correr hacia él. Pero Dionisio la retuvo y poniéndose en medio no dejó que se abrazasen.

¿Quién sería capaz de describir dignamente el aspec- 2
to de aquel tribunal? ¿Qué autor sacó a escena una historia tan extraordinaria? Podría uno pensar que estaba en un teatro lleno de miles de sentimientos, pues había de todo a la vez: lágrimas, alegría, asombro, compa-
sión, incredulidad, ruegos... Felicitaban a Quéreas, se 3
alegraban con Mitrídates, sufrían con Dionisio, y respecto a Calírroe, estaban indecisos. Y ella estaba extraordinariamente turbada y se mantenía en pie sin pronunciar palabra, sólo mirando a Quéreas con ojos que se le escapaban volando hacia él. Y me parece que el propio Rey hubiera deseado ser Quéreas en aquel momento.

Normal y pronta es la guerra entre todos los rivales 4
en amor, y a aquéllos los impulsaba aún más a luchar uno contra otro la vista del premio, de tal modo que, si no hubiera sido por respeto al Rey, hubieran llegado
a las manos. Pero llegó su lucha a las palabras, y Qué- 5
reas dijo:

—¡Yo soy su primer marido!

Y Dionisio:

—¡Y yo el más seguro!

—¡Yo no he repudiado a mi mujer!

—No, pero la enterraste.

—Muéstrame la disolución de mi matrimonio.

—¡Mira la tumba!

—Su padre me la dio a mí.

—Y a mí se entregó ella misma.

—Eres indigno de la hija de Hermócrates.

—Más lo eres tú, que has sufrido las cadenas de Mitrídates.

—Yo reclamo a Calírroe.

—Y yo la retengo.

—Tú ejerces violencia sobre la mujer ajena.

—Y tú mataste a la tuya.

—¡Adúltero!

—¡Asesino!

6 Así luchaban uno contra otro, y todos los demás los oían no sin placer. Y Calírroe estaba de pie, con la vista baja y llorando, amando a Quéreas, pero llena de respeto hacia Dionisio.

El Rey, por su parte, haciendo salir a todos, deliberó con sus amigos, no ya sobre Mitrídates, pues se había demostrado de un modo patente su inocencia, sino sobre si era necesario dar una decisión judicial sobre la
7 mujer. Y a algunos les parecía que no era ésta decisión algo propio del Rey:

—La acusación de Mitrídates hiciste bien en oírla, pues era un sátrapa, pero todos éstos no son más que simples particulares.

Pero la mayoría opinaban lo contrario, tanto por el padre de la mujer, que no había sido inútil a la casa del Rey, como porque no se invocaba su decisión desde fuera, sino que era casi parte de lo que ya había sido juzgado, pues la causa verdadera no querían confesarla, y era que la belleza de Calírroe era algo a lo
8 que difícilmente renunciaban los que la veían. En consecuencia, llamando de nuevo a su presencia a los que había hecho salir, dijo:

—A Mitrídates le absuelvo, y que se marche inmediatamente a su satrapía con los regalos que le entregaré. Quéreas y Dionisio, que digan cada uno qué derechos tienen sobre esta mujer, pues debo cuidar de la hija de Hermócrates, el que venció a los atenienses, los mayores enemigos míos y de los persas.

Pronunciada la sentencia, Mitrídates se prosternó, y 9
los otros se encontraron sin saber qué hacer. Y el Rey, viéndolos sin recursos, dijo:

—No os doy prisa, sino que os concedo que vengáis preparados al juicio. Os doy un plazo de cinco días, entre tanto, de Calírroe cuidará Estatira, mi mujer, pues no es justo que la que se va a someter a un juicio sobre quién es su marido venga con un marido al juicio.

Salieron, pues, del tribunal todos los demás som- 10
bríos, y sólo Mitrídates alegre. Y tomando sus regalos, pasó aún allí la noche y salió con la aurora hacia Caria, más ilustre que antes.

A Calírroe la llevaron los eunucos ante la reina, sin 9
haberle dicho nada antes, pues cuando el Rey envía a alguien, no lo anuncia. Y al verla de improviso Estatira se levantó de su lecho creyendo que se le había aparecido Afrodita, pues ella honraba especialmente a esta diosa.

Ella, pues, se prosternó, y el eunuco, dándose cuenta 2
de su sorpresa, dijo:

—Esta es Calírroe. La ha enviado el Rey para que sea guardada junto a ti hasta el juicio.

Oyó esto con alegría Estatira, y dejando de lado toda femenina envidia, se volvió más favorable a Calírroe por el honor que se le hacía, pues se sentía orgullosa de que se le confiase tal depósito. Y cogiéndola de la mano dijo:

—Ánimo, mujer, y deja de llorar. El Rey es bueno. 3
Tendrás el marido que quieres, y te casarás tras el juicio con mayor honor. Ea, descansa ahora, pues estás cansada, según veo, y aún tienes el alma conturbada.

Con placer oyó esto Calírroe, pues deseaba la sole- 4
dad. Así que cuando se tendió en el lecho y la dejaron tranquila, tocándose los ojos dijo:

—¿Habéis visto de verdad a Quéreas? ¿Era aquél mi Quéreas, o también en esto estoy engañada? Quizá Mi-

trídates evocó su imagen para el juicio, pues dicen que
5 entre los persas hay magos. Pero él incluso habló, y lo
dijo todo como quien está bien enterado. Y ¿cómo soportó no abrazarme? ¡Sin besarnos siquiera, nos han separado!

Mientras estaba pensado estas cosas se oyó ruido de pasos y voces de mujeres, pues todas acudieron ante la reina, creyendo que iban a poder ver a Calírroe, pero Estatira dijo:

6 —Dejémosla, se encuentra mal. Tenemos cuatro días para verla, oírla y hablarle.

Con pesar se marcharon, y al día siguiente nada más
despuntar la aurora volvieron de nuevo, y eso lo hicieron celosamente todos los días, de suerte que la casa
del Rey estuvo mucho más frecuentada que de ordi-
7 nario. E incluso el Rey entraba a la parte de las mujeres más a menudo, aparentemente por Estatira.

Se enviaron a Calírroe suntuosos presentes, pero de nadie los aceptó, cuidando mantener el aspecto de mujer infortunada, enlutada y permaneciendo sin adornos. Y esto la mostraba incluso más radiante. Y cuando la reina le preguntaba a cuál de los dos hombres prefería, no contestaba nada, sino que se limitaba a llorar.

8 Así estaba Calírroe. Por su parte Dionisio intentaba
soportar lo ocurrido con nobleza, por la entereza de su
naturaleza y lo excelente de su educación, pero lo extra-
ordinario de su desgracia bastaba para poner fuera de
9 sí al hombre más fuerte. Además, ardía en amor más
aún que en Mileto, pues al principio de su deseo por Calírroe, sólo estaba enamorado de su belleza, pero entonces muchas cosas habían hecho aumentar su amor: la costumbre, el haber tenido un hijo, la ingratitud, los celos, y, sobre todo, lo imprevisto de todo el asunto.
10 Así pues, muchas veces, inflamado en cólera, gritaba:

—¿Quién es ese Protesilao[60] que resucita contra mí? ¿A cuál de los dioses subterráneos he ofendido, para que tenga como rival a un muerto del que poseo la tumba? Soberana Afrodita, tú me has tendido una trampa, tú a quien establecí en mis tierras, a quien tan a menudo ofrezco sacrificios. ¿Por qué me mostraste a Calírroe, si no ibas a conservármela? ¿Por qué hiciste padre a quien no era ni marido?

Y en medio de sus lamentos, abrazando a su hijo 2
decía llorando:

—Hijo desdichado, antes me parecía que era una gran
felicidad tu nacimiento, pero ahora creo que fue algo
inoportuno, pues te tengo como herencia de tu madre y
recuerdo de un amor infortunado. Eres un niño, pero 3
no totalmente ignorante de la desgracia que sufre tu
padre. ¡Funesto viaje hemos emprendido! No debía ha-
ber abandonado Mileto: Babilonia nos ha perdido. En
el primer juicio he sido vencido: Mitrídates me ha con-
vertido en acusado. Y temo aún más el segundo. No es
menor el peligro, y me quita las esperanzas el prólogo
del juicio. Sin juzgar aún, me veo privado de la mujer, 4
y lucho por la mía contra otro, y, lo que es más duro
que esto, no sé a quién quiere Calírroe. Pero tú, hijo,
puedes averiguarlo, porque es tu madre. Ve ahora y
suplícale por tu padre. Llora, bésala y dile: «Madre, 5
mi padre te ama». Pero no le reproches nada. ¿Qué
dices, pedagogo?, ¿que no nos dejan entrar al palacio?

[60] Protesilao, héroe tesalio, fue la primera víctima de los troyanos, pues fue el primer griego que desembarcó en tierra troyana. Antes de partir se acababa de casar con Laodamía y no habían podido aún celebrar los sacrificios de ritual. Ésta, loca de amor por él, pidió a los dioses que se lo devolvieran sólo por tres horas, súplica que también él les había hecho, y que los dioses les concedieron. Cuando, cumplido el plazo, tuvo él que regresar al Hades, Laodamía se suicidó en sus brazos.

¡Oh terrible tiranía! Cierran las puertas a un hijo que va como mensajero de su padre ante su madre.

6 Dionisio, pues, pasó todo el tiempo hasta el juicio librando batallas entre el amor y la razón; y a Quéreas por su parte le invadió una pena inconsolable, y fingiendo que estaba enfermo mandó a Policarmo que fuera a buscar a Mitrídates, como bienhechor de ambos que era, y cuando se quedó solo, anudó una cuerda a su cuello, y cuando iba a subir a ella dijo:

—Más felizmente hubiera muerto si hubiera subido a la cruz que me levantó la falsa acusación cuando estaba encadenado en Caria; pues entonces abandonaba la vida con la ilusión de ser amado por Calírroe, y ahora me veo privado no sólo de vivir, sino también del consuelo
7 ante la muerte. Calírroe, al verme, no se ha arrojado hacia mí, no me ha besado. Estando yo presente tuvo vergüenza por otro hombre. Que nada te produzca sonrojo. Me anticiparé al juicio, no esperaré un final deshonroso. Sé que soy muy pequeño rival para Dionisio, yo, extranjero y pobre, y que ya te soy ajeno. Tú vive feliz, oh mujer mía, pues te llamo mía aunque ames a otro. Yo me voy y no seré un estorbo para tu matrimonio. Disfruta de la riqueza y el lujo, y goza de la magni-
8 ficencia de Jonia. Posee al hombre que quieres. Pero, ahora que de verdad habrá muerto Quéreas, te pido, Calírroe, una última gracia. Cuando haya muerto, ven junto a mi cadáver, y, si puedes, llora. Esto será para mí más incluso que la inmortalidad. Y di, inclinándote ante mi estela, aunque te estén viendo tu marido y tu hijo[61]: «Te has ido, Quéreas, ahora de verdad. Ahora sí
9 que estás muerto. Y yo que iba a elegirte a ti ante el Rey». Y yo te oiré, mujer, y quizá incluso te crea. Así me harás más honrado a los ojos de los dioses de abajo.

61 Aceptamos la corrección de D'Orville *kàn anèr kaì bréphos hopôen.*

Incluso si se olvidase completamente a los muertos en el Hades, yo, sin embargo, incluso allí me acordaré de mi amada, de ti[62].

Lamentándose de este modo besó la cuerda diciendo:

—Tú eres mi consuelo y mi defensor. Por ti venceré. Tú me has amado más que Calírroe.

Y cuando ya estaba subiendo a ella y atándosela alre- 10
dedor del cuello apareció Policarmo, su amigo, y le sujetó como a un loco, pues ya no era capaz de consolarle.

Y entre tanto llegaba el día fijado para el juicio.

62 *Il.* XXII, 389-390.

LIBRO SEXTO

1 El día anterior a aquel en que iba a decidir el Rey si Calírroe era esposa de Quéreas o de Dionisio, Babilonia entera estaba excitada, y unos a otros en las casas y al encontrarse en la calle se decían:

—Mañana es la boda de Calírroe, ¿quién será el afortunado?

2 La ciudad estaba dividida, y unos, partidarios de Quéreas, decían:

—El fue su primer marido, la desposó cuando era virgen, amándola y siendo correspondido. Su padre se la dio a él, y en su patria la enterró. El no abandonó a su mujer, ni fue abandonado tampoco. Dionisio no ha convencido: no se ha casado. Unos piratas se la vendieron, pero no es lícito comprar a una mujer libre.

3 Y a su vez, los partidarios de Dionisio alegaban a esto:

—Él la salvó de los piratas cuando iba a ser asesinada; dio un talento como precio de su salvación. Primero la salvó y después se casó con ella. Quéreas, en cambio, después de desposarla la mató. Calírroe debe acordarse de ese matrimonio. Y hay otro argumento que apoya el que la victoria sea de Dionisio: tienen un hijo en común.

4 Esto hacían los hombres; y las mujeres no sólo hablaban, sino que daban consejos a Calírroe como si estuviera presente:

—No dejes al que te desposó cuando eras virgen, elige al que te amó primero, tu conciudadano, para poder ver de nuevo a tu padre. Si no, vivirás en tierra extranjera como una exilada.

Y otras: 4

—Elige a tu bienhechor, al que te salvó, no al que te mató. ¿Qué pasaría si Quéreas se irritase otra vez? ¿De nuevo la tumba? No hagas traición a tu hijo; honra al padre de tu niño.

Tales cosas era posible oír en las conversaciones de de la gente, de suerte que se podría decir que toda Babilonia era un tribunal.

Llegó la última noche antes del juicio, y los reyes se 5
acostaron sumidos en muy diferentes pensamientos. La reina deseaba que llegara rápidamente el día para quitarse de encima, como una carga, el depósito que se le había confiado. Pues le pesaba la belleza de la mujer, tan cercana que provocaba comparaciones, y sospechaba también de las frecuentes visitas del Rey y de sus
bondades fuera de lugar; ya que antes raramente entra- 7
ba al gineceo, pero desde que tenía dentro a Calírroe iba y venía constantemente a él. Y lo había visto, mientras conversaban, mirando largamente a Calírroe, y si sus ojos apartaban la vista de ella un momento, inmediatamente eran llevados allí de nuevo.

Así pues, Estatira recibía el día con agrado, pero el 8
Rey no lo recibía igual, sino que estuvo despierto toda la noche, *unas veces yaciendo de lado, otras boca abajo y otras boca arriba*[63], reflexionando consigo mismo y diciéndose:

—Llega el día del juicio, pues yo precipitadamente he dado un plazo muy corto. ¿Qué vamos a hacer cuando llegue la aurora? Se irá luego Calírroe, a Mileto o a
Siracusa. Ojos desdichados, una sola hora tenéis ya 9

---

[63] *Il.* XXIV, 10.

para gozar de esa visión hermosísima. Después será mi siervo más feliz que yo. Mira qué puede hacerse, oh alma mía, consúltalo contigo misma. No tienes otro consejero: el consejero del enamorado es el propio Amor. Así pues, primero contéstate a ti mismo: ¿Quién
10 eres? ¿El enamorado de Calírroe o el juez? No te engañes a ti mismo. No lo sabes aún, pero la amas, y lo comprobarás del todo cuando no la veas. ¿Por qué quieres producirte dolor a ti mismo? Helios, tu antepasado, ha elegido para ti esta criatura, la más bella de las que él contempla. ¿Y vas tú a alejar de ti este regalo del
11 dios? En verdad me preocupo de Quéreas y Dionisio, despreciables siervos míos, para decidir sobre su matrimonio, y yo, el Gran Rey, estoy haciendo el oficio de una vieja casamentera. Pero me adelanté a aceptar el juicio, y todos lo saben. Y además siento un gran res-
12 peto por Estatira. No hagas público tu amor ni lleves a término el juicio. Te bastaría incluso sólo con ver a Calírroe. Aplaza el juicio, eso puede hacerlo incluso un juez ordinario.

2 Al llegar el día, los servidores prepararon la sala de juicios, la multitud se iba congregando en el palacio, y toda Babilonia se puso en movimiento. Y lo mismo que en los Juegos Olímpicos se puede ver a los atletas dirigirse al estadio con sus cortejos, así iban también ellos: un gran grupo compuesto por los más nobles de los persas acompañaba a Dionisio, y el pueblo a Qué-
2 reas. Y se oían votos y aclamaciones de los que animaban a cada uno, que gritaban:

—¡Tú eres el mejor, tú vencerás!

Pero el premio no era una rama de olivo, ni frutos, ni una rama de pino, sino la belleza más excelsa, por la que incluso los dioses disputarían con razón.

El Rey, llamando al eunuco Artaxates, que era el hombre más importante ante él, le dijo:

—Se me han aparecido en sueños los dioses de la casa real y me han pedido sacrificios. Es preciso, por tanto, que cumpla en primer lugar mis deberes de piedad. Proclama, pues, que toda Asia celebre un mes sagrado 3
de treinta días, aplazando los juicios y todos los demás negocios.

El eunuco proclamó lo que le había ordenado, y todo se llenó al punto de hombres que celebraban sacrificios, coronados. Sonaba la flauta y tocaba la siringe, 4
y se oía la música de los cantores; las puertas exhalaban el olor de perfumes y cada callejuela era una sala de banquete, y *el olor de las carnes del sacrificio llegaba al cielo rodando por las espirales del humo*[64]. El Rey ofreció en los altares sacrificios magníficos. Entonces por primera vez sacrificó también a Eros, e hizo muchas invocaciones a Afrodita, para que abogara por él ante su hijo.

Todos estaban llenos de alegría, y solamente tres 5
sufrían: Calírroe, Dionisio y, más que ellos, Quéreas.

Calírroe no podía demostrar abiertamente su pena en las estancias reales, sino que se mantenía serena, pero en secreto gemía y maldecía la fiesta. Y Dionisio se maldecía a sí mismo por haber abandonado Mileto.

—Aguanta —se decía—, desdichado, la desgracia que voluntariamente te has buscado, pues eres tú el culpable de todo esto. Te era posible poseer a Calírroe aunque 6
Quéreas viviese. Tú eras en Mileto el amo, y ni la carta se le hubiera entregado a Calírroe si tú no lo querías. ¿Quién hubiera podido verla? ¿Quién acercársele? Pero 7
empujándote a ti mismo te arrojaste en medio de los enemigos. Y ojalá hubiera sido a ti solo, ahora incluso has arrojado a la más preciada posesión de tu alma. Por eso se levanta contra ti la guerra por todas partes. ¿Qué crees, insensato? Tienes como adversario a Qué-

[64] *Il.* I, 317.

reas y te has atraído también la rivalidad del Rey. Ahora
resulta que el Rey tiene sueños, y que le piden sacri-
8 ficios los dioses a los que cada día sacrifica. ¡Oh impu-
dicia! Uno que aplaza el juicio teniendo en casa a la
mujer ajena, y dice el tal que es un juez.

Tales eran los lamentos de Dionisio, y Quéreas por su parte no tocaba la comida ni quería en absoluto vivir. Y como Policarmo, su amigo, le impedía dejarse morir, dijo:

—Tú, aparentando ser amigo, eres para mí el más
enemigo de todos. Pues me retienes en el tormento y
9 ves con agrado cómo sufro. Si fueras mi amigo, no
me rehusarías por envidia la libertad, a mí, que pa-
dezco la tiranía de un dios perverso. ¿Cuántas ocasio-
nes de felicidad me has hecho perder? Sería feliz si
en Siracusa hubiese sido enterrado con Calírroe en su
misma tumba. Pero también entonces me impediste tú
morir, a mí que lo estaba deseando, y me privaste de
una hermosa compañía. Pues quizá ella no hubiera sa-
10 lido de la tumba abandonando mi cadáver. Y si así
hubiera sido, yo yacería allí, y hubiera ganado el evitar
lo que pasó después: la venta, los piratas, las cadenas
y el Rey, más terrible aún que la cruz. ¡Oh muerte, her-
mosa, después de haber oído hablar del segundo matri-
monio de Calírroe! Y de nuevo, ¡de qué ocasión de de-
11 jarme morir me privaste, después del juicio! Habiendo
visto a Calírroe, no me acerqué a ella, no la besé. ¡Oh
aventura extraña e increíble! Quéreas se somete a juicio
sobre si es el marido de Calírroe. Pero ni este juicio,
cualquiera que sea, permite que llegue a su término la
divinidad envidiosa. ¡En sueños y en la realidad me
odian los dioses!

Diciendo esto, se arrojó sobre la espada, pero sujetó su mano Policarmo, y poco le faltó para atarle para velar por su seguridad.

El Rey, por su parte, llamando al eunuco, que era de 3
todos en quien más confianza tenía, al principio se aver-
gonzaba también ante él. Y viéndole Artaxates lleno de
rubor y con ganas de hablar, dijo:

—¿Qué le ocultas, oh señor, a tu siervo, que tan adicto te es, y que es capaz de callar? ¿Qué desgracia tan tremenda te ocurre? ¡Cómo temo que alguna conspiración...!

Dijo el Rey:

—Y la mayor. Pero no la traman los hombres sino
un dios. En efecto, quién es Eros ya lo había oído antes 2
en relatos y poemas: que domina a todos los dioses e
incluso al propio Zeus. Sin embargo, ignoraba que al-
guien junto a mí pudiera llegar a ser más poderoso que
yo. Pero está presente el dios, ha venido a fijarse en mi
alma Eros, grande y violento. Terrible es confesarlo,
pero en verdad estoy apresado.

Al mismo tiempo que decía estas cosas se llenaron 3
sus ojos de lágrimas, de suerte que no pudo proseguir
sus palabras. Pero aunque dejó de hablar, al punto se
dio cuenta Artaxates de dónde procedía la herida, pues
no había estado antes libre de sospechas, sino que se
había dado cuenta de que se iba encendiendo el fuego.
Además no era ni dudoso ni desconocido que desde que
estaba allí Calírroe no había deseado a ninguna otra
mujer. Sin embargo, fingió no saber nada y dijo: 4

—¿Qué belleza puede vencer a tu alma, señor, que
tienes como siervos a todo lo bello: oro, plata, vesti-
duras, caballos, ciudades y pueblos? Y miles de her-
mosas mujeres, e incluso a Estatira, la más bella de
las que alumbra el sol, de la que tú solo gozas. La liber-
tad del goce destruye el amor. A no ser que haya bajado
del cielo alguna de las diosas de arriba, o haya salido
del mar otra Tetis. Pues creo firmemente que incluso 5
las diosas desean tu compañía.

Y respondió el Rey:

—Quizá sea cierto lo que dices, que es una de las
diosas esa mujer, pues no es humana su belleza. Sólo
que no lo confiesa, finge que es una griega de Siracusa.
6 Y esto es un indicio del engaño, pues no quiere que
haya posibilidad de comprobarlo, no mencionando nin-
guna ciudad de las dominadas por nosotros, sino que
envía su historia más allá del mar Jónico y del amplio
mar. Con el pretexto de un juicio vino a mí, y todo ese
drama ella lo ha urdido. Me admiro de que te hayas
atrevido a decir que Estatira es la más bella de todas,
7 viendo a Calírroe. Es preciso mirar cómo podría calmar
mi aflicción. Busca de todas las maneras si es posible
encontrar un remedio.

—Ya ha sido hallado —dijo— ese remedio que buscas, oh Rey, entre los griegos y los bárbaros. Pues no hay otro remedio del Amor que el mismo ser amado: ésa fue la respuesta cantada por el oráculo, que «el que ha inflingido la herida, ése mismo es el que la curará».

Sintió vergüenza el Rey de estas palabras y dijo:

—No me digas nada semejante, que seduzca a la mu-
8 jer de otro. Me acuerdo de las leyes que yo mismo esta-
blecí, y de la justicia que con todos practico. No me
acuses de ninguna intemperancia, no estoy hasta tal
punto perdido.

Artaxates, temiendo haber ido demasiado lejos, cambió lo dicho en alabanza.

—Es augusto, señor —dijo—, tu modo de pensar. No
emplees para el amor los mismos cuidados que los
demás hombres, sino el mejor y el propio de un Rey:
el luchar contigo mismo, pues puedes, señor, vencer
tú solo incluso al dios. Entrega tu alma a toda clase
9 de placeres. Sobre todo sientes especial placer en la
caza, sé en efecto que tú por placer pasarías el día sin
comer y sin beber cazando. Es mejor pasar el tiempo

de cacería que pasarlo en palacio y estar cerca del fuego.

Esto le agradó, y anunció una magnífica cacería. Sa- 4
lieron jinetes lujosamente adornados, los mejores de
los persas, y lo más escogido del resto del ejército.
Todos eran dignos de ver, pero el que más descollaba
en magnificencia era el propio Rey.

Montaba un caballo Niseo[65], el más bello y el mayor, 2
con bocado de oro, y de oro eran también los arneses
de la cabeza, la visera y los del pecho. Él vestía púrpura
de Tiro (aunque el tejido era babilonio), y llevaba una
tiara del color del jacinto. Ceñía cimatarra de oro, y
tenía en sus manos dos jabalinas, y a un lado pendían
la aljaba y el arco, obra suntuosísima de los Seres[66].
Cabalgaba arrogante, pues es propio del Amor el gusto 3
por el adorno, y quería ser visto en medio por Calírroe,
y al salir, atravesando toda la ciudad, miraba en torno
suyo, por si ella estaba contemplando el cortejo.

Rápidamente se llenaron los montes de gentes que
gritaban y corrían, de perros que ladraban, caballos que 4
piafaban, fieras perseguidas. Y aquella prisa y tumulto
hubieran desplazado incluso al propio Eros. En efecto,
se experimentaba placer: mezclada con la angustia tam-
bién había alegría, y con el miedo, una sensación agra-
dable de peligro.

Pero el Rey no veía ni caballos, pese a correr a su lado tantos jinetes, ni fieras, pese a ser tantas las perseguidas, ni oía a los perros, siendo tantos los que

65 De Nisa, ciudad del territorio de los Partos, en la que estaban los enterramientos de sus reyes.

66 Los Seres son «los hombres de la seda» (del chino *si* «seda»), los chinos, por tanto. La localización geográfica exacta de este pueblo está poco clara en los autores que los mencionan. Ésta es una de las primeras menciones de los chinos en la literatura occidental. Cf. A. D. PAPANIKOLAOU, *Chariton - Studien*, Gotinga, 1973, p. 162.

ladraban, ni a los hombres, pese a estar todos gritan-
5 do. Sólo veía a Calírroe, precisamente la que no estaba presente, y la oía a ella, la que no hablaba, pues Eros había salido con él de cacería, y, como dios amante de la lucha, viendo que él le oponía batalla y había tomado, según creía, una decisión honrosa, le volvió el medio que había pensado a lo contrario, y mediante el mismo cuidado inflamó más su alma, poniéndose dentro de él y diciéndole:

—Cuán digna de ver sería Calírroe aquí, con sus vestidos levantados hasta la rodilla y los brazos desnudos,
6 con rubor en el rostro y ansiedad en el pecho. En verdad, *cual va Artemis, tiradora de dardos, por el monte, por el altísimo Taigeto o el Erimanto, deleitándose con los jabalíes o los veloces ciervos*[67].

7 Y pintando y modelándose estas escenas, se inflamaba más y más...[68].

Al decir él esto, Artaxates, tomando la palabra, dijo:

—Olvidas, señor, lo ocurrido. Calírroe, en efecto, no tiene marido, aún está pendiente el juicio sobre con quién ha de casarse. Ten presente, pues, que amas a una mujer sin marido, de modo que no debes sentir vergüenza ni por las leyes, pues éstas versan sobre el matrimonio, ni por cometer adulterio, pues para ello se necesita en primer lugar un marido que sufra la ofensa, y luego un adúltero que la infrinja.

8 Agradó este argumento al Rey, pues era favorable a su placer, y tomando de la mano al eunuco le besó y dijo:

—Con razón te estimo yo más que a todos los demás, pues tú me eres el más adicto y un buen guardián. Ve y tráeme a Calírroe, pero dos cosas te encomiendo:

[67] *Od.* VI, 102-104.

[68] Aquí hay una laguna en el texto, donde vendrían las palabras del Rey a las que responde a continuación Artaxates.

que no sea forzada, ni traída de un modo ostensible. Quiero, en efecto, que la persuadas y que nadie se entere.

Inmediatamente dio la señal de suspender la caza, y 9
todos dieron la vuelta. Y el Rey, acogido a estas esperanzas, volvió a palacio alegre, como si hubiera cazado la mejor pieza.

Artaxates también se sentía alegre, pensando cumplir 10
este servicio y guiar en adelante el carro del Rey, contando con el agradecimiento de ambos, y especialmente el de Calírroe. Juzgaba, en efecto, el asunto fácil, como eunuco, esclavo y bárbaro que era. No conocía los nobles sentimientos de los griegos, y sobre todo los de Calírroe virtuosa y fiel a su marido.

Buscando, pues, el momento oportuno, se le acercó, 5
y cogiéndola a solas le dijo:

—Te traigo, mujer, un depósito de grandes bienes. Tú acuérdate de mis buenos oficios, pues creo en efecto que eres agradecida.

Ante este principio Calírroe se puso muy contenta, pues por naturaleza cree el hombre precisamente aquello que desea. Así que ella pensó que iba a ser devuelta 2
a Quéreas, y se apresuró a oírlo, prometiendo al eunuco recompensarle por las buenas nuevas. Entonces él, tomando la palabra de nuevo, comenzó otra vez con preámbulos:

—Tú, mujer, tienes la suerte de poseer una belleza divina, pero aún no has recogido de ella ningún fruto verdaderamente grande ni augusto. Tu nombre, ilustre 3
y célebre en toda la tierra, hasta hoy no encontró ni marido ni amante digno, sino que cayó en estos dos, uno un isleño pobre, y el otro, un siervo del Rey. ¿Qué 4
obtuviste de ellos verdaderamente grande y notable? ¿Qué tierra fértil posees? ¿Qué adornos suntuosos? ¿En qué ciudades mandas? ¿Cuántos esclavos se prosternan ante ti? Las mujeres babilonias tienen sirvientas más

ricas que tú. Pero no estás totalmente descuidada, por
5 el contrario, los dioses se preocupan de ti. Por eso te
han traído aquí, tomando como pretexto el juicio, para
que el Gran Rey te viera. Y tienes ahora la primera
buena noticia, él te ha visto con agrado, y yo hago que
te recuerde y te alabo ante él.

Esto lo añadió por su cuenta, pues todo esclavo, cuando habla de su amo a alguien, acostumbra a asociarse a sí mismo, tratando de sacar de la conversación algún provecho propio.

6 Calírroe sintió que estas palabras le atravesaban el
corazón como si fueran puñales, pero fingió no comprender y dijo:

—Que los dioses le sean siempre favorables al Rey, y él a ti, porque os compadecéis de una mujer infortunada. Yo sólo pido que me libere pronto de mi angustia, pronunciando la sentencia, para no ser ya más una molestia para la reina.

El eunuco, creyendo que no había dicho claramente lo que quería y que la mujer no le había entendido, empezó a hablar ya más claramente:

7 —Esto es lo que has obtenido de tu buena suerte, que
ya no tienes como enamorados a esclavos y pobres, sino al Gran Rey, que te puede regalar la propia Mileto, y toda Jonia y Sicilia, y otros pueblos aún mayores. Ofrece sacrificios a los dioses y felicítate a ti misma, y pon todo tu interés en cómo le puedes agradar más. Y cuando seas rica, acuérdate de mí.

8 Calírroe, en un primer momento, se sintió impulsada,
si le fuera posible, incluso a arrancar los ojos del que intentaba seducirla, pero como mujer de educación esmerada y prudente, pensando rápidamente en qué lugar estaba y quién era ella y quién el que le hablaba, aplacó su cólera, y se puso a hablar con ironía al bárbaro:

—No estoy tan loca —dijo— como para considerarme 9
digna del Gran Rey. Yo soy igual a las criadas de las
mujeres persas. Y tú, te lo suplico, no evoques mi re-
cuerdo ante tu amo, pues si en el momento no se irrita,
después se enfadará contigo, pensando que quieres en-
tregar al señor de toda la tierra a una esclava de Dio-
nisio. Me admiro de que siendo tan inteligente no te 10
des cuenta de la amabilidad del Rey, de que no ama a esta mujer infortunada, sino que la compadece. Dejemos por tanto de hablar, no sea que alguien nos calumnie ante la reina.

Ella se marchó, y el eunuco se quedó mudo de sorpresa, pues, como educado en un régimen tiránico, pensaba que no había nada imposible, no sólo para el Rey, sino ni siquiera para él mismo.

Así pues, abandonado allí sin ser considerado digno 6
ni de una respuesta, se alejó embargado por múltiples
sentimientos: ira contra Calírroe, preocupación por sí
mismo y miedo al Rey. Pues quizá él no creería que,
aunque sin suerte, le había hablado, y le parecería que
había abandonado el servicio encomendado por favore-
cer a la reina. Y temía también que Calírroe le contase 2
a aquélla sus palabras y que Estatira, irritada, tramase contra él algún gran daño, pensando que no sólo había actuado de auxiliar, sino que también había incitado aquel amor.

El eunuco iba pensando cómo podría anunciar con seguridad al Rey lo ocurrido; y, por su parte, Calírroe cuando estuvo sola dijo:

—Ya había yo profetizado esto de antemano. Te tengo 3
como testigo a ti, Éufrates. Dije que no quería atrave-
sarte. Adiós, padre, y tú, madre mía, y Siracusa, mi pa-
tria, pues nunca más os veré. Ahora es cuando de verdad
ha muerto Calírroe. De la tumba, en efecto, ha salido,
pero de aquí ya no me sacará ni Terón, el pirata. ¡Oh 4
belleza traidora, tú eres la causa de todos mis males!

Por ti fui robada, por ti vendida, por ti me casé otra
vez después de con Quéreas, por ti fui traída a Babilo-
nia, por ti comparecí ante un tribunal. ¿A cuántos me
has entregado?: a los piratas, al mar, a la tumba, a la
esclavitud, al juicio. Pero más penoso que todo esto me
es el amor del Rey. Y aún no digo la cólera del Rey.
5 Y más temibles aún considero los celos de la reina, los
celos, que no pudo dominar ni Quéreas, varón y griego,
¿qué hará una mujer, y una soberana bárbara? Vamos,
Calírroe, toma una decisión noble, digna de Hermócra-
tes. Suicídate. Pero todavía no. Hasta ahora sólo hubo
una conversación sobre el amor con el eunuco. Si ocu-
rre alguna violencia más grave, entonces será el mo-
mento de mostrar tu fidelidad a Quéreas en su pre-
sencia.

6 El eunuco, yendo a presencia del Rey, le ocultó la ver-
dad de lo sucedido, y pretextó falta de oportunidad y
la rigurosa vigilancia a que la sometía la reina, de
modo que no había podido acercarse a Calírroe.

—Tú me ordenaste, señor, tener cuidado de que nadie
7 se diera cuenta, y fue una orden bien correcta, pues
has tomado el augusto papel de juez y quieres mantener
tu buen nombre ante los persas. Por eso te celebran
todos. Los griegos son puntillosos y charlatanes, y ha-
blarían del asunto a todos los vientos: Calírroe por
jactancia, porque el Rey la ama, y Dionisio y Quéreas
8 por celos. Y no conviene tampoco entristecer a la reina,
a la que ha hecho aún más hermosa la comparación
entre la fama de ambas.

Mezcló con sus palabras esta retractación, por si po-
día hacer desistir al Rey de su amor y librarse a sí
mismo de tan enojosa embajada.

7 De momento sí que le convenció, pero al llegar la
noche de nuevo se sintió inflamado, y Eros se encargó
de traerle a la memoria qué ojos tenía Calírroe, cuán
bello era su rostro. Le alabó los cabellos, el modo de

andar, la voz, cómo había entrado a la sala del juicio,
cómo se había quedado allí de pie, cómo había hablado,
cómo se calló, cuál fue su vergüenza, cómo había llo-
rado...

Estuvo en vela la mayor parte de la noche, y durmió 2
sólo un poco de tiempo, lo justo para ver en sueños a
Calírroe. Y al llegar la aurora, llamando al eunuco, le
dijo:

—Ve y monta guardia durante todo el día, pues así
seguramente encontrarás un momento oportuno, aun-
que sea muy corto, para tener con ella una conversa-
ción secreta. Pues si hubiese querido cumplir mi deseo
de un modo abierto y por la fuerza, tenía para ello a
mis guardias.

El eunuco, prosternándose, obedeció, pues a nadie le 3
es lícito contradecir las órdenes del Rey. Y sabiendo
que Calírroe no le daría oportunidad, sino que esqui-
varía la conversación permaneciendo intencionadamente
con la reina, quiso evitar esto y atribuyó la causa no
a la vigilada, sino a la que vigilaba, y dijo:

—Si te parece, señor, envía a buscar a Estatira, como 4
si quisieras hablar en privado con ella, pues su ausen-
cia me dará libre paso a Calírroe.

—Hazlo así, dijo el Rey.

Artaxates se fue, y prosternándose ante la reina dijo: 5

—Te llama, oh mi señora, tu esposo.

Estatira, al oírle, se prosternó, y con gran prisa fue
hacia él. El eunuco, en cuanto vio que Calírroe se había
quedado sola, tomándola de la diestra, como si fuese
un hombre amante de lo griego y de la humanidad en
general, la apartó del grupo de los criados.

Ella comprendió, y se quedó pálida y sin voz, pero 6
sin embargo le siguió, y cuando estuvieron solos él le
dijo:

—Ya has visto a la reina, cómo al oír el nombre del
Rey se ha prosternado y se ha ido. Tú en cambio, una

esclava, no aceptas tu buena suerte, ni te sientes satis-
fecha de que te haga una súplica quien puede darte
7 órdenes. Pero yo, puesto que te estimo, no denuncié
ante él tu locura, sino que por el contrario acepté en
tu nombre. Hay, pues, para ti dos caminos, ¿a cuál de
los dos quieres dirigirte? Te explicaré cuáles son esos
dos. Si te dejas persuadir por el Rey, recibirás los más
bellos presentes y el marido que quieras, pues de nin-
gún modo va a casarse contigo, sino que simplemente
le darás un placer de un momento. Pero si no te dejas
persuadir, sufrirás, por no aceptarlo, lo que sufren los
enemigos del Rey: ellos son los únicos que no pueden
ni morir aunque lo deseen.

8 Calírroe se echó a reír ante esta amenaza y dijo:

—No es ahora la primera vez que voy a sufrir algo
terrible, tengo una gran experiencia en el infortunio.
¿Qué me puede hacer el Rey que sea más terrible que
lo que ya he sufrido? Viva, fui enterrada, y la tumba
es más estrecha que cualquier cárcel. Fui entregada a
9 manos de unos piratas. Y ahora mismo sufro el peor
de los males, pues estando aquí Quéreas, no puedo
verlo.

Estas palabras la traicionaron, pues el eunuco, astuto por naturaleza, se dio cuenta de que estaba enamorada.

—¡Oh tú —dijo—, la más insensata de todas las mujeres! ¿Prefieres un esclavo de Mitrídates al Rey?

Se irritó Calírroe al oír injuriar a Quéreas y dijo:

10 —Contén tu lengua, esclavo. Quéreas es un hombre
noble, de una ciudad de primer orden, a la que no pu-
dieron vencer ni los atenienses, que derrotaron en Ma-
ratón a tu Gran Rey.

Y al mismo tiempo que decía esto abrió las fuentes de sus lágrimas.

Entonces el eunuco insistió más y dijo:

—Sé, pues, tú misma la causa de la lentitud del pro-
11 ceso, porque ¿cómo vas a tener al juez en disposición

favorable[69] para recobrar a tu marido? Quizá Quéreas ni llegue a saber lo ocurrido, e incluso, si llega a saberlo, no tendrá celos de un hombre tan poderoso. Por el contrario, te considerará más preciada, puesto que fuiste del agrado del Rey.

Esto no sólo lo añadió por ella, sino porque él mismo 12
pensaba realmente así. En efecto, todos los bárbaros se
sienten intimidados ante el Rey y lo consideran un
dios visible.

Pero Calírroe ni la unión con el propio Zeus podía verla con agrado, e incluso antes que la inmortalidad prefería un solo día pasado con Quéreas. No pudiendo, pues, conseguir nada, dijo el eunuco:

—Te doy, mujer, tiempo para reflexionar. Y piensa 13
no en ti sola, sino en Quéreas, al que pones en peligro
de sufrir la más terrible muerte, pues el Rey no sopor-
tará el quedar relegado a otro en amor.

Así se retiró él, y al final de esta conversación dejó impresionada a Calírroe.

Pero toda reflexión y cualquier conversación amorosa 8
las trastornó pronto la Fortuna, que encontró el pretex-
to de mucho más nuevos acontecimientos.

Llegaron ante el Rey unos mensajeros anunciando que
Egipto se había sublevado con grandes preparativos de 2
guerra, que los egipcios habían matado al sátrapa del
Rey y habían elegido por votación un rey de entre ellos,
y que éste, saliendo de Menfis, había atravesado Pelu-
sio[70], y ya bajaban a toda velocidad por Siria y Fenicia,
de modo que las ciudades no podían resistirle, como si
se precipitase sobre ellas de repente un torrente des-
bordado o un incendio.

[69] Dejamos sin traducir *ē schein kállion*, que parece una interpolación al texto, sin duda procedente de una explicación al margen a *eumenê...héxeis*, a cuyo sentido nada añade.

[70] Pelusio, ciudad situada en el delta del Nilo, era el puerto egipcio fortificado más cercano a Asia.

3 Ante esta noticia quedó trastornado el Rey, y los per-
sas anonadados, y el desaliento se apoderó de toda Ba-
bilonia. Entonces los inventores de noticias y los adivi-
nos se dedicaron a decir que el sueño del Rey había
anunciado lo que iba a ocurrir, pues los dioses al pe-
dirle sacrificios habían anunciado el peligro, pero tam-
bién la victoria.
4 Se dijo, pues, y ocurrió todo lo que suele suceder y
todo cuanto es natural en una situación inesperada de
guerra, y una gran agitación invadió el Asia. El Rey,
convocando a los persas homótimos y a cuantos jefes
de los demás pueblos estaban presentes, con los que
acostumbraba a tratar los asuntos importantes, deli-
beró con ellos sobre la situación, y cada uno aconse-
5 jaba una cosa distinta; pero a todos les parecía bien
darse prisa y, si era posible, no diferir la marcha ni un
solo día, por dos razones: para detener el aumento de
número de los enemigos y para aumentar las esperan-
zas de los amigos, mostrándoles que el socorro estaba
cerca. Y que si se retrasaban ocurriría todo lo contra-
rio: los enemigos los despreciarían, creyéndolos presos
de temor, y los amigos se entregarían, creyéndose aban-
6 donados. Y opinaban también que era una gran suerte
para el Rey el haber sido cogido por estas noticias no
en Bactra, ni en Ecbatana, sino en Babilonia, cerca de
Siria, pues con atravesar el Éufrates tendría en sus
manos a los sublevados.

Así pues, decidieron que salieran las fuerzas que esta-
ban ya con él, y enviar a todas partes mensajeros que
dieran la orden de que se reuniera el ejército junto al
río Éufrates.

Para los persas, es, en efecto, facilísima la prepara-
7 ción de fuerzas. Pues ya está establecido desde Ciro,
el primer rey de los persas, qué pueblos deben pro-
porcionar la caballería para la guerra, y en qué canti-
dad, y cuáles infantería y en qué número, y quiénes

arqueros, y cuántos carros ligeros y armados de espo-
lón debía suministrar cada uno, y de dónde debían ve-
nir los elefantes y en qué número, y de quiénes el di-
nero y qué tipo y en qué suma. Y que todo esto todos
lo preparasen en el tiempo en que cada hombre pu-
diese aprestarse.

Al quinto día de haber recibido la noticia salió de 9
Babilonia el Rey, después de dar la orden general de
que le acompañaran todos cuantos estaban en edad mi-
litar. Y entre ellos salió Dionisio, pues era jonio, y a
ninguno de los súbditos del Rey le era lícito quedarse.

Revestido de armas bellísimas y habiendo formado 2
con su propia gente un batallón no despreciable, se
colocó a sí mismo entre los primeros y más notables,
y era evidente que iba a hacer alguna hazaña ilustre,
como hombre ansioso de gloria que era por naturaleza
y que no consideraba el valor como algo secundario,
sino que lo estimaba entre las cosas más importantes.
Y además entonces tenía también la vana esperanza de 3
que si se mostraba útil en la guerra obtendría del Rey,
incluso sin juicio, a su mujer, como premio a su valor.

A Calírroe, por su parte, no quería llevarla la reina. 4
Por eso no se la recordó al Rey, ni le preguntó qué
quería que se hiciera con la extranjera. Y también Arta-
xates se calló, en apariencia por no atreverse a recor-
dar a su señor en medio del peligro su entretenimiento
amoroso, pero en realidad porque estaba feliz de poder
alejarse de aquel asunto, como si de una fiera salvaje
se tratara. E incluso me parece que bendecía aquella
guerra que había cortado el deseo del Rey, alimentado
sin duda por la ociosidad.

Sin embargo, el Rey no había olvidado a Calírroe, 5
sino que, entre toda aquella indescriptible confusión,
le vino el recuerdo de su belleza. Pero se avergonzaba
de mencionarla, por temor a parecer irremediablemente
pueril, al recordar en tal guerra a una mujer hermosa.

Forzado por el deseo, no le dijo nada a Estatira, ni tampoco al eunuco, pues estaba enterado de su amor, pero discurrió lo siguiente.

6 Es costumbre del propio Rey y de los persas nobles, cuando van a la guerra, llevar consigo también a sus mujeres e hijos, todo su oro, plata, vestidos, eunucos y concubinas, y sus perros y mesas, y todo tipo de
7 suntuosas riquezas y objetos de lujo. Así pues, llamando al servidor encargado de esto, el Rey, después de haberle dado antes muchas instrucciones y de haberle dicho respecto del resto cómo debía ser hecha cada cosa, finalmente mencionó a Calírroe, dando toda la impresión de que no le importaba nada.

—Y esa mujer, la extranjera —dijo—, de cuyo juicio me había encargado, que siga a las demás mujeres.

8 Y así Calírroe salió de Babilonia, no a disgusto, pues esperaba que también se marcharía Quéreas. Y además pensaba que la guerra trae siempre muchos e inciertos acontecimientos, y que todos los cambios son favorables para los infortunados. Y que quizá también su juicio iba a tener final por fin, una vez que se restableciera rápidamente la paz.

LIBRO SÉPTIMO

Todos salieron con el Rey a la guerra contra los egip- 1
cios, pero nadie dio orden alguna a Quéreas, pues no era siervo del Rey, sino que entonces era el único hombre libre de Babilonia. Y él se alegró, con la esperanza de que también Calírroe se quedaría.

En consecuencia, al día siguiente de la partida, fue a palacio buscando a su mujer. Pero al verlo cerrado, 2
y muchos guardias ante las puertas, recorrió toda la ciudad tratando de obtener información, y preguntando como loco a su amigo Policarmo:

—¿Dónde está Calírroe? ¿Qué le ha ocurrido? Pues sin duda ella no ha ido también a la guerra.

Al no encontrar a Calírroe buscó a Dionisio, su rival, 3
y llegó ante su casa. Y salió un hombre como por casualidad y le dijo lo que le habían hecho aprender, pues Dionisio, queriendo quitar a Quéreas la esperanza de casarse con Calírroe y que no esperase más el juicio, maquinó la siguiente estratagema.

Al salir al combate dejó a uno que anunciase a Qué- 4
reas que el Rey de los persas, que tenía necesidad de aliados, había enviado a Dionisio a reunir un ejército contra los egipcios, y que para que le prestara este servicio más fielmente y con plena dedicación, le había devuelto a Calírroe.

Quéreas, al oír esto, se lo creyó sin vacilar, pues el hombre desgraciado es fácil de engañar. Desgarrando, 5

pues, sus vestidos y arrancándose los cabellos, se golpeaba el pecho y decía:

—¡Traidora Babilonia, ciudad inhóspita, y para mí, además, desierta! ¡Oh juez excelente, que se ha hecho alcahuete de la mujer de otro! De la guerra dependen los matrimonios. Y yo ejercitándome para el juicio, y tan convencido de que iba a decir lo que era justo. Se me dio el fallo adverso sin estar presente, y Dionisio
6 me venció sin decir nada. Pero de nada le servirá su victoria, pues Calírroe no vivirá separada de Quéreas, sabiendo que él está aquí vivo, aunque antes la haya engañado haciéndole creer que yo estaba muerto. Pero, ¿por qué tardo y no me degüello ahora mismo ante el palacio, derramando mi sangre ante las puertas del juez? ¡Que sepan los persas y los medos cómo juzga aquí su Rey!

7 Policarmo, viendo que su desgracia no admitía consuelo, y que le era imposible salvar a Quéreas dijo:

—Yo desde hace mucho tiempo trato de consolarte, mi queridísimo amigo, y muchas veces te impedí morir. Pero ahora me parece que la decisión es justa, y tanto disto de impedírtelo cuanto que yo mismo estoy dispuesto a morir contigo. Pero pensemos qué modo de morir puede ser mejor, pues el que tú piensas comporta, sí, un cierto reproche al rey, y para el futuro una cierta vergüenza, pero no un castigo suficiente por
8 lo que hemos sufrido. Yo opino que la muerte que al fin hemos decidido debe servir para vengarnos del tirano. Será una acción gloriosa el hacerle arrepentirse causándole un gran daño de hecho, y dejando a la posteridad la historia de dos griegos que, víctimas de una injusticia, devolvieron el golpe al Gran Rey y murieron como hombres.

9 —Pero —respondió Quéreas— ¿cómo podremos nosotros, sólo dos hombres, pobres y extranjeros, causar daño al amo de tales y tantos pueblos y que posee el

ejército que hemos visto? Para su cuerpo tiene centinelas y guardias de avanzadilla, y aunque matásemos a alguno de los suyos, aunque prendiésemos fuego a alguna de sus propiedades, ni se daría cuenta del daño.

—Sería verdad lo que dices —dijo Policarmo— si no 10
estuviese en guerra. Pero ahora hemos oído que Egipto se ha rebelado, que ha sido tomada Fenicia y que el enemigo baja a toda velocidad por Siria. La guerra le saldrá al encuentro al Rey incluso antes de que atraviese el Éufrates. No somos, pues, dos hombres solos, sino que tenemos tantos aliados cuantos conduce el rey de Egipto, y el mismo número de armas y dinero, y tantos trirremes. Usemos de la fuerza del otro para nuestra propia venganza.

Aún no había acabado de hablar cuando Quéreas gritó:

—De prisa, marchemos. En la guerra me vengaré del juez.

Así pues, saliendo inmediatamente, siguieron al Rey, 2
fingiendo que querían luchar a su lado. Con este pretexto esperaban atravesar libremente el Éufrates. Alcanzaron el ejército junto al río, y mezclándose con la retaguardia los siguieron. Y cuando llegaron a Siria se 2
pasaron al Egipcio.

Los centinelas de éste los cogieron y les preguntaron quiénes eran, pues no tenían aspecto de embajadores y sospechaban más bien que eran espías. También allí hubieran corrido un gran peligro, si no se hubiera encontrado allí por casualidad un griego que comprendía su lengua. Pidieron entonces ser conducidos ante el rey, diciendo que le traían un gran servicio. Y cuando 3
fueron introducidos a su presencia dijo Quéreas:

—Nosotros somos griegos, siracusanos de noble linaje. Éste, mi amigo, ha ido a Babilonia por causa mía, y yo por mi mujer, la hija de Hermócrates, si es que has

oído hablar de un Hermócrates que venció en batalla naval a los atenienses.

4 Asintió el egipcio, pues no había ningún pueblo que no se hubiese enterado del desastre sufrido por los atenienses en la guerra de Sicilia.

—Artajerjes se ha comportado con nosotros como un tirano.

Y le contó todo el asunto.

—En nosotros te entregamos dos amigos fieles, que tienen además los dos motivos más seguros para ser valientes: el deseo de morir y el de venganza. Pues yo ya habría muerto por mis desgracias, y si estoy vivo aún es sólo para causar algún daño a mi enemigo. *En verdad no pereceré sin lucha ni gloria, sino realizando algo grande que llegue a conocimiento de los hombres venideros*[71].

5 Al oír esto se alegró el egipcio, y tomándole de la mano dijo:

—Llegas en buen momento, joven, para ti y para mí.

Inmediatamente mandó que les diesen armas y una tienda, y tras no mucho tiempo concedió a Quéreas el honor de compartir su mesa, y luego lo hizo su consejero, pues él había mostrado prudencia y valor, y además de esto también fidelidad, como era de esperar
6 de su naturaleza noble y su educación. Y lo impulsaban más y lo hacían más distinguido su deseo de luchar contra el Rey y el querer demostrar que no era un hombre despreciable, sino digno de honores. Y pronto pudo demostrarlo con una acción importante.

Al egipcio le habían ido las cosas bien fácilmente, y en un momento se había hecho dueño de la Celesiria[72]
7 y le estaba sometida toda Fenicia excepto Tiro. Los

[71] *Il.* XXII, 304-305.

[72] Celesiria se llama a la región del O. del Éufrates, excepto Fenicia, por oposición a la parte E. de dicho río.

tirios son, en efecto, una raza belicosa por naturaleza, y desean poseer gloria por su valor para no desmerecer de Heracles, el dios principal entre ellos y al que está consagrada la ciudad casi exclusivamente. Además están muy confiados en la inexpugnable posición de su ciudad.

Ésta, en efecto, está construida en el mar, y sólo una 8
estrecha entrada que la une a tierra firme le impide ser una isla. Se parece a una nave fondeada que ha
echado una pasarela a tierra. Por ello les es fácil recha- 9
zar los ataques por todos los frentes: a la infantería por el lado del mar, pues les basta con defender una sola puerta, y al ataque de los trirremes, con las murallas, pues la ciudad está sólidamente fortificada y cerrada en torno a sus puertos como una casa.

Así pues, todas las tierras de alrededor habían sido 3
conquistadas, y sólo los tirios despreciaban a los egipcios, guardando alianza y fidelidad al persa. El egipcio, irritado por ello, reunió el Consejo. Y entonces llamó por primera vez a Quéreas a la deliberación. Y habló así:

—Aliados, pues jamás llamaría siervos a mis amigos, 2
estáis viendo nuestra dificultad, que, como a una nave que durante mucho tiempo ha tenido una travesía favorable, nos han llevado vientos contrarios, y Tiro, la difícil de tomar, detiene nuestro impulso; y ya va tras nuestros pasos el Rey, según sabemos. En consecuencia, ¿qué debemos hacer? Pues no nos es posible ni tomar Tiro ni pasar de largo, pues la ciudad, que está en medio del camino, como una muralla nos cierra las puertas del Asia. A mí me parece que debemos marcharnos de aquí rápidamente, antes de que las fuerzas
persas se unan a los tirios. Pues sería peligroso para 3
nosotros ser cogidos en tierra enemiga. En cambio Pelusio es una región fuerte, y allí no debemos temer ni a tirios ni a medos ni a todos los hombres del mundo que nos atacasen, pues el desierto es infranqueable, la

entrada estrecha, el mar nuestro, y el Nilo es amigo de los egipcios.

Al acabar él de hablar de una forma tan prudente todos se quedaron en silencio y presos de desánimo, y sólo Quéreas se atrevió a decir:

4 —Oh Rey, pues tú eres en verdad rey, y no el persa, el peor de los hombres, me has entristecido pensando en la retirada en plena celebración de la victoria[73]. Pues venceremos, si los dioses lo quieren, y no sólo tomaremos Tiro, sino también Babilonia. En la guerra se presentan muchos obstáculos ante los que es preciso ante todo no retroceder, sino afrontarlos siempre con
5 buenas esperanzas. A esos tirios que ahora se burlan de ti, yo te los arrojaré desnudos a tus pies. Y si no me crees, asesíname antes de irte, pues vivo no tomaré parte en la huida. Y si has decidido esto irrevocablemente, deja conmigo a unos pocos que quieran voluntariamente quedarse, *y nosotros dos, yo y Policarmo, entablaremos batalla..., pues por orden de un dios hemos venido*[74].

6 Todos sintieron vergüenza de no apoyar la opinión de Quéreas, y el rey, admirando su valor, le concedió tomar cuantos soldados de élite de su ejército quisiese.

Él no hizo la elección inmediatamente, sino que, mezclándose con los soldados en el campamento, y ordenando a Policarmo que hiciera lo mismo, en primer lugar investigó si había algunos griegos entre ellos; y
7 efectivamente encontró muchos mercenarios, y eligió a los lacedemonios y corintios y demás peloponesios[75], y

---

[73] Los epinicios era la fiesta con que se celebraba cada victoria en la guerra, ofreciendo sacrificios a los dioses en agradecimiento por ella.

[74] *Il.* XI, 48-49.

[75] Es decir, iba escogiendo a los griegos de linaje dorio como él mismo, habitantes de la península del Peloponeso, en cuyo centro estaba Esparta, llamada Lacedemonia por los griegos.

también encontró alrededor de veinte sicilianos. Y una vez que hubo reunido hombres en número de trescientos les habló así:

—Amigos griegos, a mí me ha dado el rey permiso 8
para escoger a los mejores hombres del ejército, y es a vosotros a quienes he elegido, pues yo soy también griego, de Siracusa, de linaje dorio. Es preciso que nos diferenciemos de los demás no sólo en nobleza de origen, sino también en valor. Que a nadie, pues, le sor- 9
prenda la acción para la que os convoco, pues la encontraremos posible de realizar e incluso fácil, más ardua en apariencia que en la realidad. El mismo número de griegos que sois vosotros resistieron a Jerjes en las Termópilas. Y los tirios no son cinco millones, sino unos pocos, y emplean como armas el desprecio mezclado con la jactancia, no el valor juntamente con la prudencia. ¡Que conozcan, pues, en cuánto difieren los 10
griegos de los fenicios! En cuanto a mí, no deseo ser el jefe, sino que estoy dispuesto a seguir a cualquiera de vosotros que desee mandar. Y en efecto me encontrará obediente, pues no me esfuerzo por mi gloria personal, sino por la de todos.

Entonces gritaron todos:

—¡Sé tú el jefe!

—Acepto el serlo —dijo—, puesto que lo queréis, y 11
vosotros me habéis dado el mando. Por ello, intentaré hacer todo de modo que no os arrepintáis de haber elegido el entregarme vuestra abnegación y fidelidad. Más bien, en el presente, con la ayuda de los dioses, llegaréis a ser célebres y admirados, y los más ricos de los aliados, y a la posteridad dejaréis un nombre inmortal por vuestro valor, y todos, lo mismo que celebran con can-

---

Corinto era la segunda ciudad en importancia, después de ésta, situada al N.O. del Peloponeso.

tos a los trescientos de Milcíades y a los de Leónidas[76], así también aclamarán a los de Quéreas.

Aún estaba hablando él cuando todos gritaron «¡Guíanos!», y se precipitaron al unísono hacia las armas.

4 Quéreas, una vez que los vistió con las más bellas armaduras, los llevó a la tienda del rey, y al verlos, el egipcio se quedó asombrado y creyó que estaba viendo a otros, no a los mismos de siempre, y les prometió magníficos presentes.

2 —Eso —dijo Quéreas— lo creemos. Tú ahora ten al resto del ejército en armas, y no vayas a Tiro antes de que la hayamos dominado y, subiendo a sus murallas, os llamemos desde ellas.

—¡Que así —le respondió— lo cumplan los dioses!

3 Así pues, Quéreas los llevó en apretada formación contra Tiro, de modo que pareciesen mucho menos numerosos, de suerte que en verdad *se apoyaban escudo contra escudo, casco con casco, hombre con hombre*[77].

Al principio no fueron vistos por los enemigos, y cuando ya estaban cerca, los vieron los de las murallas, y los señalaron a los de dentro, pensando cualquier cosa menos que eran enemigos.

4 En efecto, ¿quién hubiera pensado que tan pocos hombres marchaban contra una ciudad tan poderosa, a la que no se había atrevido a ir ni toda la fuerza completa de los egipcios? Cuando llegaron cerca de las murallas les preguntaron quiénes eran y qué querían, y Quéreas respondió:

5 —Somos mercenarios griegos, que no hemos recibido nuestra paga del Egipcio, sino que incluso quiso matarnos, y venimos por ello a vosotros para defendernos de nuestro común enemigo.

Les transmitieron esto a los de dentro, y abriendo las puertas salió el estratego con unos pocos hombres, y Quéreas, matando a éste el primero, atacó luego a los demás, *y lanzó sus golpes volviéndose a todas partes, y de ellos se levantó el vergonzoso gemido*[78]. Uno mataba a otro, como leones que caen en un rebaño de bueyes sin guardián. Lamentos y llanto llenaron toda la ciudad, y aunque pocos veían lo que ocurría, todos estaban llenos de agitación. 6

Por la puerta salió una multitud sin formación alguna, queriendo ver lo sucedido, y esto fue lo que perdió a los tirios, pues los de dentro trataban de salir por la fuerza, y los de fuera, golpeados y aguijoneados por espadas y lanzas, huían de nuevo hacia dentro, y chocando unos con otros en el pasadizo daban muchas facilidades a sus atacantes para matarlos. Y ya ni siquiera era posible cerrar las puertas, por estar amontonados en ellas los cadáveres. 7 8

En medio de esta confusión indescriptible sólo Quéreas conservó fría la cabeza. Rechazando, pues, por la fuerza a los que le salían al encuentro y entrando dentro de las puertas, subió a la muralla con otros nueve hombres, y desde arriba hizo señales para llamar a los egipcios. Ellos se presentaron antes de lo que se tarda en decirlo, y Tiro fue conquistada. 9

Tomada Tiro, todos los demás celebraron la victoria, y sólo Quéreas ni hizo sacrificios ni se coronó de flores. 10

—Pues ¿para qué me sirven los epinicios, si tú, Calírroe, no me ves? Nunca más me volveré a coronar, después de aquella noche de nuestra boda, pues si tú estás muerta, sería impiedad, y si vives, ¿cómo voy a poder

76 Quéreas se compara aquí con los dos más grandes héroes históricos de Grecia, que encarnan la guerra contra los persas. Milcíades fue el estratego ateniense vencedor en la batalla de Maratón, y Leónidas el rey espartano protagonista de la resistencia frente a los persas en el desfiladero de las Termópilas.

77 *Il.* XIII, 131.

78 *Il.* X, 483.

celebrar la fiesta separado de ti, aunque sea en circunstancias como las presentes?

11 El Rey de los persas, una vez que atravesó el Éufrates, se apresuraba a ir al encuentro de los enemigos lo más rápidamente posible, pues, enterado de que Tiro había sido tomada, temía por Sidón y el resto de Siria, viendo que las fuerzas del enemigo estaban ya equilibradas con las suyas.

12 Por ello, decidió no seguir caminando con todo su séquito, sino más ágilmente, para que nada obstaculizase su rapidez. Y tomando lo mejor de su ejército, dejó con la reina a los que no estaban en edad de combatir, así como el dinero, los vestidos y el tesoro real.
13 Y como todo estaba lleno de tumulto y confusión, y la guerra había invadido todas las ciudades hasta el Éufrates, consideró más seguro dejar a los que quedaban tras él en Arados [79].

5 Esta es una isla que dista del continente treinta estadios, y tiene un antiguo santuario de Afrodita. Allí vivían las mujeres con toda seguridad, como en su propia casa.

2 Calírroe, al ver a Afrodita, se colocó frente a ella, y primero permaneció en silencio llorando, colmando de reproches a la diosa con sus lágrimas, y luego con dificultad dijo:

—Heme aquí también, en Arados, pequeña isla a cambio de la gran Sicilia, y ninguno de los míos en ella. Basta ya señora, ¿hasta dónde llevarás la guerra contra
3 mí? Incluso si te he ofendido, ya te has vengado de mí, y si mi desdichada belleza te ha parecido criminal, ya ha sido ella la causa de mi perdición, y ahora ya estoy probando incluso la guerra, la única desgracia que me

[79] Arados era una pequeña isla del N. de Fenicia, poco distante de la costa, que albergaba una conocida ciudad del mismo nombre.

faltaba. En comparación con lo de ahora, incluso Babi- 4
lonia me era agradable. Allí tenía cerca a Quéreas, y ahora quizá haya muerto, pues no podría seguir viviendo después de marcharme yo. Pero no tengo a nadie
por quien informarme de qué ha ocurrido; todos son 5
extraños y todos bárbaros que me envidian y me odian. Y peores aún que los que me odian son los que me aman. Tú, señora, muéstrame si Quéreas vive.

Después de decir esto, se marchó... y cerca estaba Rodoguna, hija de Zopiro y esposa de Megabizo, cuyo padre y marido eran los más valientes de los persas. Ésta era la primera de las mujeres persas que había salido al encuentro de Calírroe cuando había entrado en Babilonia [80].

El Egipcio, cuando oyó que el Rey estaba cerca, bien 6
preparado por tierra y por mar, llamando a Quéreas le dijo:

—No he tenido aún tiempo de recompensarte por el primero de tus éxitos, ya que tú me has entregado a Tiro. Sin embargo, te llamo ahora en mi ayuda para lo por venir, para que no perdamos los bienes que estamos a punto de conseguir, y de los que te haré partí-
cipe. A mí, en efecto, me basta Egipto. Para ti será 7
Siria. Ea, pues, examinemos lo que hay que hacer. En ambos elementos llega la guerra a su punto culminante; a ti te dejo la elección, si quieres mandar la infantería
o la flota. Yo creo, sin embargo, que te será más fami- 8
liar el mar, pues vosotros los siracusanos derrotasteis en él incluso a los atenienses. Y hoy el combate es contra los persas, vencidos a su vez por los atenienses. Tienes además trirremes egipcios, mayores y más nume-

[80] Sin duda alguna aquí hay una laguna en el texto. Algunos autores quieren ver otra tras «se marchó...» o bien tras «los más valientes de los persas...». Desde el punto de vista del sentido al menos la primera es posible.

rosos que los sicilianos. Imita a tu suegro Hermócrates en el mar.

Quéreas respondió:

—Cualquier peligro me es agradable; por ti me encargaré de la guerra contra mi peor enemigo, el Rey.
9 Dame con los trirremes a mis trescientos.

—Tómalos —dijo— a ellos y a cuantos más quieras.

Al punto lo puso en obra, pues la necesidad les urgía. El Egipcio, con la infantería, salió al encuentro de los
10 enemigos, y Quéreas fue nombrado navarco[81]. Esto desanimó un tanto a los soldados, el que no combatiera con ellos Quéreas, pues ya le habían tomado afecto y con él como estratego tenían buenas esperanzas. Les pareció, pues, como si se hubiera arrancado un ojo a un cuerpo poderoso.

11 La flota, en cambio, aumentó sus esperanzas, y se llenaron de ardor, porque tenían como jefe al más valiente y más hermoso. No tuvieron, pues, la más mínima preocupación, sino que todos por igual, trierarcos, pilotos, marineros y soldados, se esforzaron en demostrar a Quéreas quién era el primero en abnegación.

12 El mismo día tuvo lugar la batalla por tierra y por mar. Por tierra, el ejército de los egipcios resistió durante muchísimo tiempo a los medos y persas, y luego, dominados por el número, se entregaron, y el Rey los persiguió con la caballería.

Tenía gran prisa el Egipcio en huir hasta Pelusio, y el Persa en alcanzarlo antes, y quizá hubiera podido escapar si Dionisio no hubiera realizado una hazaña admira-
13 ble. Ya en el primer choque había luchado brillantemente, siempre combatiendo cerca del Rey para que lo viera, y había sido el primero en poner en fuga a los enemigos de su alrededor. Y entonces, como la huida estaba resultando larga y se desarrollaba día y noche sin inte-

[81] El navarco era el comandante de una flota.

rrupción, viendo que el Rey estaba molesto por ello, le dijo:

—No estés disgustado, señor. Yo impediré al Egipcio huir, si me das un grupo escogido de jinetes.

Le felicitó el Rey, y se los dio, y él, tomando cinco mil 14
hombres, recorrió dos etapas en un solo día, y cayendo de noche de improviso sobre los egipcios, hizo prisioneros a muchos y a la mayoría los mató. El Egipcio, capturado vivo, se suicidó, y Dionisio llevó su cabeza al Rey; y él al verla dijo: 15

—Inscribiré tu nombre como *Bienhechor de Mi Casa*, y ahora te doy ya la más dulce recompensa, lo que deseas más que cualquier otra cosa, a Calírroe por mujer. La guerra ha sentenciado el juicio. Tienes así el más hermoso premio al valor.

Dionisio se prosternó ante él, y se consideró igual a un dios, convencido de que ya era, sin disputa, el marido de Calírroe.

Por tierra ocurrió así, pero en el mar venció Quéreas, 6
de tal modo que ni llegó a hacerle frente la escuadra enemiga, pues ni recibieron el choque de los trirremes egipcios, ni les resistieron con la proa vuelta hacia ellos, sino que unos se dieron la vuelta y a los otros, encallados en la orilla, los capturó con toda su tripulación, y todo el mar quedó lleno de restos de navíos medos.
Pero ni el Rey sabía la derrota de los suyos por mar, ni 2
Quéreas la de los egipcios en tierra, y cara uno creía que había vencido en los dos frentes.

El mismo día de la batalla naval, Quéreas navegó hacia Arados y dio la orden de, rodeando la isla, montar la guardia sobre ella[82] ... ...
... ... para dar cuenta a su amo. Y ellos reunieron a los 3

[82] Laguna en el texto donde se narraría el descubrimiento de que en Arados estaban las mujeres y riquezas del Rey y los nobles persas, sobre los que se tomarán las disposiciones que a continuación se dicen.

eunucos y servidores y todos los esclavos de menos valor en el ágora, pues era muy amplia. Y era tal la multitud que pasaron la noche no sólo en los pórticos, sino incluso al aire libre.

4 A los que tenían algún valor, los llevaron a un edificio del ágora, en el que de ordinario resolvían los asuntos los arcontes. Y las mujeres se sentaron en el suelo en torno a la reina, y ni encendieron fuego ni probaron alimento, pues estaban convencidas de que el Rey había sido hecho prisionero, que se había perdido el poderío persa, y que el Egipcio había vencido en todas partes.

5 Llegó sobre Arados la noche, que era al mismo tiempo la más dulce y la más desdichada. Pues por un lado los egipcios se alegraban, liberados de la guerra y de la esclavitud persa, mientras que los persas prisioneros sólo esperaban cadenas, látigos, ofensas y muerte, o bien, lo que sería más humano, la esclavitud.

Estatira lloraba con la cabeza apoyada en las rodillas de Calírroe, pues ella, como griega, educada y no inexperta en los males, era la que mejor podía consolar a
6 la reina. Y entonces ocurrió lo siguiente.

Un soldado egipcio, al que se le había confiado la custodia de los encerrados en la sala, sabiendo que estaba dentro la reina, por el innato respeto de todos los bárbaros a todo lo real no se atrevió a acercársele, pero
7 colocándose junto a la puerta cerrada dijo:

—Ánimo, señora, pues todavía no sabe el navarco que tú estás aquí encerrada con los demás prisioneros, pero en cuanto lo sepa proveerá por ti con amabilidad, pues no sólo es valeroso, sino también[83] ... ...
... ...

... ...
y te hará su mujer, pues por naturaleza es hombre al que le gustan las mujeres.

Al oír esto Calírroe lanzó un gran grito, y arrancándose los cabellos dijo:

—Ahora sí que soy de verdad una prisionera. Mátame antes de anunciarme eso. No aceptaré un matrimonio, lo 8
que pido es la muerte. Que me desgarren y me quemen, no me levantaré de aquí. Este lugar será mi tumba. Y si como dices es un hombre benévolo tu estratego, que me conceda esta gracia, que me mate aquí mismo.

Él empezó de nuevo a rogarle, pero ella no se levantó, 9
sino que se quedó tendida en tierra cubierta por el velo, y el egipcio se preguntó qué debía hacer, pues no se atrevía a usar la fuerza y no podía persuadirla. Por ello, volviendo sobre sus pasos se presentó ante Quéreas con semblante sombrío, y él al verlo dijo:

—Algo va mal. ¿Es que alguien roba lo mejor del 10
botín? Pues no se alegrarán los que lo hagan.

A lo que respondió el egipcio:

—No es ese el mal, señor, sino que la mujer a la que encontré resistiendo en su puesto, como en Platea, no quiere venir, sino que se ha arrojado al suelo reclamando una espada y deseando morir.

Quéreas, echándose a reír, le dijo:

—¡Oh tú, el más inhábil de los hombres!, ¿no sabes que a la mujer se la seduce con súplicas, elogios y promesas, sobre todo si parece enamorada? Y tú quizás has empleado la fuerza y la violencia.

---

[83] De nuevo una laguna en el texto, tan larga como para que en ella se contara la orden dada por Quéreas de embarcar todas las riquezas y personas de Arados, y la negativa de Calírroe, cansada ya de vaivenes, a moverse más, y la primera parte de las súplicas del egipcio que trata de convencerla con promesas de que siga a los demás. La laguna debía abarcar, por tanto, una página completa.

La abundancia de lagunas en este capítulo lo hace extraordinariamente corto en comparación con los demás.

11 —No —contestó—, señor, todo lo que dices lo he hecho, e incluso el doble, pues hasta le dije que la ibas a tomar por esposa. Pero ella ante esto se irritó más aún.

Entonces dijo Quéreas:

—¡Pues sí que soy muy seductor y digno de amor si ya antes de verme me rechaza y me odia! Me parece que esa mujer tiene un valor no desprovisto de nobleza. Que nadie la violente, sino dejadla pasar el tiempo como quiera, pues conviene que yo honre la virtud. Además, quizá llora a su marido.

LIBRO OCTAVO

Cómo Quéreas, sospechando que Calírroe le había 1
sido entregada a Dionisio, se pasó al Egipcio para vengarse del Rey y, nombrado navarco, venció en el mar, y, después de la victoria, tomó Arados, donde el Rey había dejado a su propia esposa y todo su séquito, y también a Calírroe, ha quedado dicho en el libro anterior. Después iba la Fortuna a producir un suceso, no 2
ya extraño, sino luctuoso, de modo que Quéreas, teniendo en su poder a Calírroe, no se enterara de ello, y embarcando a las mujeres de los otros en los trirremes, se marchase y dejase allí sólo a la suya propia, no dormida, como Ariadna, para ser esposa de Dioniso, sino como botín para sus propios enemigos.

Pero esto le pareció demasiado terrible a Afrodita, 3
pues ya se había reconciliado con él, con quien se había encolerizado mucho por sus inoportunos celos, y porque, habiendo recibido de ella el más hermoso don, como no lo obtuvo ni Alejandro Paris, correspondió a sus favores con la violencia.

Pero, puesto que Quéreas ya había rendido cumplida cuenta de ello a Eros, vagando de poniente a oriente entre millares de sufrimientos, se compadeció de él Afrodita, y tras haber perseguido por tierra y mar a aquellos dos seres, los más hermosos, a los que al principio había enlazado al yugo, decidió devolverlos de nuevo el uno al otro.

4 Creo que esta parte final de la historia va a ser la
más agradable para los lectores, pues va a purificarla
de las tristezas de los primeros libros. Ya no habrá en
él ni piraterías ni esclavitudes, juicios, batallas, inten-
tos de suicidio, guerras ni cautiverios, sino amores lega-
5 les y matrimonios legítimos. Cómo, pues, arrojó luz la
diosa sobre la verdad, y mostró uno al otro a quienes
no se sabían cercanos, lo voy a decir a continuación.

Caía ya la tarde y aún quedaban en tierra muchos
prisioneros. Cansado, Quéreas se disponía a organizar
6 todo para hacerse a la mar. Y, cuando se presentó en el
ágora, le dijo el egipcio:

—Ahí está la mujer, señor, que no quiere partir y se deja morir. Quizá tú puedas convencerla de que se levante, pues, ¿por qué tienes que dejar lo más hermoso del botín?

Se mostró de acuerdo Policarmo, queriendo empujarle, si podía, a un amor nuevo que le consolara del de Calírroe.

—Entremos, Quéreas —le dijo.

7 Al franquear el umbral y ver la figura tendida en el
suelo, cubierta por el velo, se le cortó la respiración y
su semblante demudado traicionó la turbación de su
alma, y se sintió profundamente conmovido. Por su-
puesto, la hubiera reconocido del todo si no hubiera
estado totalmente convencido de que Calírroe le había
8 sido devuelta a Dionisio. Acercándose, pues, le dijo dul-
cemente:

—Ten ánimo, mujer, quienquiera que seas, pues no te haremos violencia alguna. Tendrás el marido que quieras.

Aún estaba hablando cuando Calírroe, reconociendo la voz, se descubrió, y ambos gritaron a la vez:

—¡Quéreas!

—¡Calírroe!

Y abrazándose uno a otro cayeron desvanecidos. E 9
incluso Policarmo se quedó en un primer momento sin
voz por lo extraordinario del suceso, y después de cier-
to tiempo dijo:

—Levantaos, al fin os habéis recobrado el uno al otro, los dioses han cumplido vuestras plegarias. Pero recordad que no estáis en vuestra patria, sino en tierra enemiga, y que es necesario organizarlo todo bien antes, para que nadie vuelva jamás a separaros.

Gritándoles tales cosas, ellos, como quienes hundi- 10
dos en un profundo pozo oyen con dificultad la voz
desde el fondo, fueron volviendo poco a poco en sí, y
luego, al verse de nuevo uno a otro y abrazarse, otra
vez se desmayaron, y esto lo hicieron dos y tres veces,
diciendo solamente: ¡Al fin te tengo! ¡Sí, en verdad eres
Calírroe! ¡Sí, en verdad eres Quéreas!

Corrió la voz de que el navarco había encontrado a 11
su mujer, y no quedó ni un soldado en su tienda, ni
marinero en trirreme, ni portero en su casa. De todas
partes llegaban corriendo y decían:

—¡Oh feliz mujer, que has encontrado al más hermoso de los hombres!

Pero cuando apareció Calírroe, ya nadie alabó a Qué-
reas, sino que todos se la quedaron mirando como si
estuviera sola. Caminaba ella orgullosa entre Quéreas 12
y Policarmo que le daban escolta. Les arrojaban flores
y coronas, y fluían vino y perfumes ante sus pasos, y
se celebraron al mismo tiempo las dos fiestas más dul-
ces de la guerra y la paz: epinicios y boda.

Quéreas acostumbraba a dormir en el trirreme, pues 13
tenía mucho que hacer de noche y de día. Pero entonces
encargó de todo a Policarmo y sin esperar la noche
entró en la cámara real, pues cada ciudad tiene desig-
nada una casa reservada para el Gran Rey. Allí había un 14
gran lecho de oro con cubiertas de púrpura de Tiro, de
tejido babilonio.

¿Quién podría describir aquella noche, llena de cuántas explicaciones, y de cuántas lágrimas entremezcladas con besos? Empezó primero Calírroe, contando cómo había vuelto en sí en la tumba, cómo había sido raptada por Terón, cómo había navegado, cómo había sido vendida.

15 Hasta este momento Quéreas la oyó llorando, pero cuando llegó en su relato a Mileto, Calírroe quedó en silencio, llena de vergüenza, y Quéreas volvió a recordar sus innatos celos. Pero le apaciguó el relato de lo de su hijo. Y antes de acabar de oír todo le dijo:

—Dime cómo viniste a Arados, dónde has dejado a Dionisio y qué te pasó con el Rey.

16 Y ella al punto le juró que no había vuelto a ver a Dionisio desde el juicio; que el Rey, en efecto, la amaba, pero que no había tenido contacto alguno con él. Ni siquiera un beso.

—He sido injusto —dijo Quéreas— y violento en mi cólera, haciendo tanto daño al Rey, que ninguno te
17 había hecho a ti. Pues, alejado de ti, me vi en la necesidad de desertar de su campo. Pero a ti no te he deshonrado: he llenado la tierra y el mar de trofeos.

Y le contó todo minuciosamente, envaneciéndose de sus éxitos. Y cuando ya había habido bastantes lágrimas y relatos, abrazándose uno a otro *llegaron felices al rito de su antiguo lecho*[84].

2 Era aún de noche cuando llegó por mar un egipcio, no de los poco importantes, y desembarcando de su navío con prisa, preguntó dónde estaba Quéreas.

Llevado ante Policarmo, dijo que a ningún otro podía decir su mensaje secreto, y que era urgente el asunto por el que venía. Durante mucho tiempo difirió Policarmo el entrar a presencia de Quéreas, pues no quería molestarle en momentos tan poco oportunos. Pero como

[84] *Od.* XXIII, 295.

el hombre le daba prisa, abriendo la puerta de la cámara anunció que había algo urgente, y Quéreas, como buen estratego, dijo:

—Llámalo. La guerra no permite retrasos.

Fue introducido, pues, el egipcio, cuando aún estaba 3
oscuro, y colocándose junto al lecho dijo:

—Sabe que el Rey de los persas ha matado al egipcio, y que ha enviado parte de su ejército a Egipto, a arreglar la situación allí, y a todo el resto lo trae hacia aquí, y está a punto de llegar, pues ha sabido que Arados ha sido tomada y teme por todas las riquezas que dejó aquí, y sobre todo está angustiado por Estatira, su mujer.

Al oír esto Quéreas se levantó de un salto, pero Calí- 4
rroe, sujetándole, dijo:

—¿A dónde vas, antes de haber reflexionado sobre la situación? Si haces público esto, levantarás gran hostilidad contra ti cuando se enteren todos de ello, y te despreciarán. Y si volvemos a caer de nuevo en manos del Rey, sufriremos males aún más penosos que los de antes.

Pronto se dejó convencer por este consejo, y salió de 5
la cámara ya con un plan. Sujetando, pues, con fuerza al egipcio por la mano, convocó a la multitud y dijo:

—Hemos vencido, soldados, también a la infantería del Rey. Este hombre, en efecto, nos ha traído esa buena nueva y una carta del Egipcio. Es preciso que nos hagamos inmediatamente a la mar para ir a donde él nos manda. Así pues, poneos todos a hacer los preparativos necesarios y embarcad.

Nada más decir esto, el trompeta dio la señal de re- 6
tirarse a las naves. El botín y los prisioneros ya estaban dentro desde el día anterior, y nada quedaba en la isla a no ser alguna cosa excesivamente pesada o inútil.
Luego soltaron amarras, levaron anclas, y todo el puer- 7

to se llenó de gritos y movimiento y todo el mundo hacía alguna cosa.

Quéreas, por su parte, recorrió todos los trirremes dando en secreto a los trierarcos la orden de dirigirse hacia Chipre, diciendo que era necesario tomarla de antemano, mientras aún estaban sin guarnición.

Gracias al viento favorable llegaron al día siguiente
8 a Pafos[85] donde está el templo de Afrodita. Una vez que
fondearon, Quéreas envió delante, antes de que nadie desembarcara de los trirremes, unos mensajeros a pedir la paz y una tregua a los habitantes. Y cuando ellos lo aceptaron, hizo bajar a tierra a todo su ejército y honró a Afrodita con ofrendas, y reuniendo una gran cantidad de víctimas, dio un banquete a todo el ejército.

9 Al preguntar por el futuro, los sacerdotes (que son también adivinos), le dijeron que los augurios habían sido buenos, y entonces él, cobrando ánimos con ello, llamó a los trierarcos y a cuantos egipcios veía que le eran adictos y les habló así:

10 —Compañeros de lucha y amigos, partícipes de mis
grandes éxitos, para mí es más bella la paz y más segu-
ra la guerra con vosotros. Por experiencia sabemos que,
unidos en concordia vencimos por mar. Pero una cir-
cunstancia penosa nos obliga a deliberar sobre nuestra
seguridad futura, pues sabed que el Egipcio ha muerto
en la lucha, el Rey domina toda la tierra y nosotros
11 estamos bloqueados en medio de enemigos. ¿Alguno
de vosotros considera, quizá, que debemos ir ante el
Rey y entregarnos, poniéndonos en sus manos?

[85] Pafos es el nombre de dos ciudades de la costa Sur de Chipre, distinguidas desde época romana como «antigua» y «nueva». La antigua Pafos, de la que aquí se trata, tenía un famosísimo templo de Afrodita, pues es a la isla de Chipre a donde, según la tradición, fue llevada esta diosa nada más nacer de la espuma del mar, producida al caer del cielo los genitales de Urano, cortados por su hijo Crono al destronarle.

Inmediatamente gritaron todos que había que hacer cualquier cosa antes que eso.

—Pues entonces, ¿a dónde iremos? Pues toda la tierra nos es hostil, y ya no podemos confiar ni en el mar, ya que la tierra está en poder de los enemigos. Y por supuesto no somos capaces de volar.

Cayó el silencio sobre todos, y un Lacedemonio, pa- 12
riente de Brásidas[86], expulsado de Esparta por un problema grave, se atrevió a decir el primero:

—¿Por qué buscamos a dónde huir del Rey? Tenemos mar y trirremes. Ambos nos pueden llevar a Sicilia y Siracusa, donde no tenemos nada que temer, no ya de los persas, sino ni siquiera de los atenienses.

Todos aprobaron sus palabras, y sólo Quéreas fingió 13
no estar de acuerdo, pretextando lo largo del viaje, pero en realidad para probar si ellos estaban plenamente decididos. Y como ellos insistían mucho y querían hacerse a la mar inmediatamente, dijo:

—Vosotros, como griegos, me dais un buen consejo,
y os agradezco vuestra abnegación y fidelidad. No per-
mitiré que tengáis que arrepentiros de ello, si los dioses
os protegen. Pero respecto a los egipcios —pues son 14
muchos y no conviene forzar su voluntad, y además la
mayoría tiene esposas e hijos de los que no desearían
verse separados—, dispersándoos entre ellos, apresuraos
a interrogar a cada uno, para que tomemos sólo a los
que quieran venir.

Se hizo tal como había mandado, pero Calírroe, por 3
su parte, cogiendo a Quéreas de la mano y llevándolo a solas le dijo:

—¿Qué piensas, Quéreas? ¿Vas a llevar a Siracusa también a Estatira y a la hermosa Rodoguna?

Enrojeció Quéreas y respondió: 2

[86] Brásidas fue un famoso estratego espartano de la guerra del Peloponeso.

—No es por mí por quien las llevo, sino para que sean tus sirvientas.

Entonces gritó Calírroe:

—¡No permitan los dioses que me sobrevenga tal locura como para tener por esclava a la reina de Asia, sobre todo después de haber sido su huésped! Si quieres agradarme, envíasela al Rey, pues también ella me guardó como si hubiera recibido a la mujer de un hermano.

3 —Nada hay —dijo Quéreas— que desees que deje de hacer. Tú eres la dueña de Estatira y de todo el botín, y ante todo de mi alma.

Le agradó esto a Calírroe, y le dio un beso. Y al punto ordenó a los servidores que la llevaran ante Estatira.

4 Estaba ella con las mujeres persas más ilustres en la cala de una nave, sin saber absolutamente nada de lo ocurrido, ni siquiera que Calírroe había recobrado a Quéreas, pues tenían mucha guardia y a nadie le estaba permitido acercarse, ni verlas, ni contarles nada de lo
5 que ocurría. Con la llegada de Calírroe a la nave, escoltada por el trierarco, se produjo una gran estupefacción, y un tumulto de gente que corría de un lado a otro, y se decían en secreto unos a otros:

—La mujer del navarco está aquí.

Un gemido largo y profundo salió del pecho de Estatira, y llorando dijo:

—¡Para este día, Fortuna, me has guardado, para que yo, la reina, vea un ama! Pues sin duda viene a ver cómo es la esclava que ha conseguido.

6 Provocó muchos lamentos con estas palabras, y ese día aprendieron qué es la cautividad para los nobles. Pero el dios produjo un cambio rápido, pues Calírroe entró corriendo y abrazó a Estatira diciendo:

—Salve, oh reina, pues reina eres y sigues siéndolo
7 siempre. No has caído en manos de enemigos, sino en las de la que más te ama, a quien hiciste el bien. Mi

Quéreas es el navarco, pues navarco de los egipcios le hizo la cólera contra el Rey por su tardanza en devolverme a él. Pero ya se ha calmado y ha cambiado de disposición, y ya no es enemigo vuestro. Levanta, pues, 8
queridísima, y vete feliz. Recobra tú también a tu marido, pues el Rey está vivo, y a él te envía Quéreas. Levántate tú también, Rodoguna, mi primera amiga entre las persas, y vete al encuentro de tu marido, y también todas las demás que la reina quiera. Y recordad siempre a Calírroe.

Quedó en suspenso por el asombro Estatira al oír 9
estas palabras, y no podía ni creerlas ni dejar de hacerlo, pues el carácter de Calírroe era tal que no parecía que pudiese hablar con ironía en tan gran desgracia. Pero la ocasión obligaba a actuar rápidamente.

Estaba con los egipcios un tal Demetrio, filósofo, co- 10
nocido del Rey, ya de edad avanzada, que superaba mucho a los demás egipcios en educación y virtud. A éste, llamándole, le dijo Quéreas:

—Yo quería llevarte conmigo, pero te voy a encargar de un asunto más importante: voy a enviar la Reina al Rey por mediación tuya. Esto te hará a ti más preciado 11
ante él, y disculpará a los demás.

Tras decir esto, nombró a Demetrio estratego de los trirremes que volvían atrás.

Todos querían acompañar a Quéreas, y lo estimaban más que a su propia patria e hijos; pero él escogió sólo 12
veinte trirremes, los mejores y más grandes, ya que iba a atravesar el mar Jonio, y en ellos embarcó a todos los griegos que allí había, y a cuantos egipcios y fenicios sabía sin impedimento alguno, y también embarcaron muchos chipriotas voluntarios. A todos los demás los envió a su casa, después de dividir entre ellos una parte del botín, para que volviesen a los suyos contentos y convertidos en personajes más importantes. Y nadie se vio privado de nada que hubiese solicitado de Quéreas.

Calírroe le llevó a Estatira todos sus adornos reales, pero ella no quiso tomarlos, sino que dijo:

13 —Adórnate tú con ellos, pues a tan bello cuerpo van bien adornos de reina. Y conviene que tengas algo para regalar a tu madre y hacer ofrendas a los dioses de tu
14 patria. Yo he dejado muchos más en Babilonia. Que los dioses te concedan una buena travesía, la salvación, y el no verte nunca más separada de Quéreas. En todo has actuado conmigo con justicia. Has dado muestras de un carácter excelente y digno de tu belleza. En verdad fue un buen depósito el que me confió el Rey.

4 ¿Quién podría describir el día aquel, qué cosas se hicieron y cuán diferentes unas de otras? Se hacían votos, se daban instrucciones, unos se alegraban, otros estaban tristes, se daban encargos unos a otros y escribían a los suyos. Y escribió también Quéreas al Rey la siguiente carta:

2 *Tú ibas a sentenciar el juicio, pero yo he vencido ante el más justo juez, pues la guerra es el mejor juez entre el superior y el inferior, y ella me ha devuelto a Calí-*
3 *rroe, y no sólo a mi mujer, sino también a la tuya. Pero no he imitado tu lentitud, sino que inmediatamente y sin que me lo pidas te devuelvo a Estatira, intocada y habiendo mantenido su realeza en el cautiverio. Sabe también que no soy yo quien te envía este regalo, sino Calírroe. A cambio te pedimos que te reconcilies con los egipcios, pues más que a nadie conviene a un rey tener resignación. Tendrás en ellos unos buenos soldados que te aman, pues han preferido permanecer contigo, como amigos tuyos que son, antes que acompañarme a mí.*

4 Esto escribió Quéreas, y por su parte a Calírroe le pareció un acto de justicia y de agradecimiento escribir a Dionisio. Sólo que esto lo hizo sin que lo supiera Quéreas, pues conociendo sus innatos celos, se preocupó de

ocultárselo. Tomando, pues, una pequeña tablilla, grabó lo siguiente:

Calírroe a Dionisio, su bienhechor, salud: Mi bienhe- 5
chor, pues tú eres quien me libró de los piratas y la esclavitud, te lo suplico, no te enfades, pues estoy en espíritu contigo por nuestro hijo, el que te confío para que lo críes y eduques de un modo digno de nosotros. Que no conozca madrastra. Tienes no sólo un hijo, sino también una hija, ya te bastan dos hijos. Únelo en ma- 6
trimonio cuando sea un hombre, y envíalo a Siracusa para que también vea a su abuelo.

A ti, Plangón, te abrazo.

Esto te lo he escrito con mi propia mano. Ten ánimo, excelente Dionisio, y acuérdate de tu Calírroe.

Selló la carta y la ocultó entre los pliegues de su ves- 7
tido y cuando ya faltaba poco para hacerse a la mar y para que todos embarcasen en los trirremes, ella misma, dando la mano a Estatira, la condujo a su barco.

Demetrio había hecho construir en la nave una tienda real, rodeada de púrpura y tejidos de Babilonia bordados en oro; y haciéndola reclinarse en el lecho con 8
mucha adulación le dijo Calírroe:

—Adiós, oh Estatira, acuérdate de mí y escríbeme a menudo a Siracusa. Pues todo es fácil para un rey. Yo, por mi parte, testimoniaré mi agradecimiento a ti ante mis padres y los dioses de los griegos. Te encomiendo a mi hijo, al que también tú miraste con agrado. Piensa 9
que lo tienes a él en depósito en vez de a mí.

Al decir esto se llenaron de lágrimas sus ojos, y las mujeres empezaron a lanzar gemidos. Y luego Calírroe, al salir de la nave, inclinándose ligeramente hacia Estatira y enrojeciendo, le dio la carta y dijo:

—Esto dáselo al desdichado Dionisio, que os confío a ti y al Rey. Consoladle, pues temo que al verse separado de mí atente contra su vida.

10 Y aún estarían hablando las dos mujeres, llorando y abrazándose la una a la otra, si los pilotos no hubieran anunciado la partida. Y cuando ya iba a subir a su trirreme, Calírroe se prosternó ante Afrodita y dijo:

—Gracias a ti, señora, por lo que ahora sucede. Ya te has reconciliado conmigo. Concédeme también llegar a ver Siracusa, pues hay todavía por medio una gran extensión de mar, y me espera una terrible travesía. Pero no tengo miedo si tú navegas conmigo.

11 Ninguno de los egipcios subió a las naves de Demetrio si antes no se había despedido de Quéreas y le había besado las manos y la cabeza, tanto amor había despertado en todos. Y él dejó que el común de la flota partieran los primeros, de suerte que siguieron oyendo desde muy lejos en el mar, alabanzas mezcladas con votos.

5 Así éstos estaban navegando, y entre tanto el Gran
Rey, después de vencer a los enemigos, envió a Egipto
a una persona que organizase la situación de allí con
seguridad, y él mismo se apresuró a ir a Arados en
2 busca de su mujer. Y cuando estaban aún entre Quíos
y Tiro y ofrecía a Heracles los sacrificios conmemorativos de la victoria, se presentó ante él un mensajero anunciando:

—Arados ha sido tomada y está vacía. Todo lo que había en ella se lo han llevado las naves de los egipcios.

Esta noticia le causó un gran dolor al Rey, pensando que la reina estaba muerta, y todos los nobles persas empezaron a lamentarse, *en apariencia por Estatira, pero en realidad cada uno por sus parientes*[87], uno por la esposa, el otro por la hermana, otro por la hija: todos por alguien y cada uno por algún miembro de su familia. Y los enemigos habían partido, y no se sabía por qué mar.

[87] Véase *Il.* XIX, 302.

Al segundo día de esto vieron venir la naves egipcias. 3
No estaba claro qué era en realidad aquello, y se quedaron estupefactos al verlos, y aún más aumentó su perplejidad la enseña real izada en la nave de Demetrio, que solamente se enarbolaba cuando el propio Rey estaba a bordo.

Esto causó un gran tumulto, pues pensaron que eran 4
enemigos, y al punto echaron a correr y advirtieron a Artajerjes.

—Quizás han encontrado un nuevo Rey de los egipcios.

Él saltó de su trono y corrió al mar, y dio la señal
de alerta. Trirremes, desde luego, no tenía, pero todo
su ejército se situó en el puerto, preparado para la ba-
talla. Y ya tendía uno el arco, e iba otro a arrojar la 5
lanza, cuando Demetrio se dio cuenta y se lo advirtió
a la reina.

Entonces Estatira salió de la tienda y se mostró a la vista, y todos, arrojando las armas, cayeron de rodillas. El Rey no pudo contenerse, sino que antes de que la nave hubiese echado amarras, se lanzó el primero a ella, y abrazando a su mujer y derramando lágrimas de alegría dijo:

—¿Cuál de los dioses te devuelve a mí, esposa amadí-
sima? Pues ambas cosas son increíbles, perder a una
reina y, una vez perdida, encontrarla de nuevo. ¿Cómo 6
es que, habiéndote dejado en tierra te recibo viniendo
del mar?

Y Estatira respondió:

—Me tienes como un obsequio de Calírroe.

Al oír este nombre, el Rey sintió como si sobre una vieja herida recibiese un nuevo golpe, y, mirando a Artaxates, el eunuco, dijo:

—Llévame ante Calírroe, para que le testimonie mi agradecimiento.

Estatira contestó: 7

—Todo lo ocurrido lo sabrás por mí.

Inmediatamente marcharon del puerto al palacio real, y ella les mandó a todos que se fuesen y se quedara sólo el eunuco, y le contó lo ocurrido en Arados, lo de Chipre, y finalmente le dio la carta de Quéreas.

8 Al leerla, el Rey se sintió embargado por múltiples sentimientos. Se encolerizó por la captura de sus bienes más queridos, se arrepentía de haberle obligado a pasarse al enemigo, le estaba agradecido, a su vez, porque ya no podía ver más a Calírroe. Y sobre todo, estos sentimientos se imponían a la envidia y se decía:

—¡Feliz Quéreas, más afortunado que yo!

9 Y cuando ya habían hablado bastante, dijo Estatira:

—Consuela, oh Rey, a Dionisio. Pues esto es lo que Calírroe nos pide.

En consecuencia, Artajerjes, volviéndose al eunuco, dijo:

—¡Que venga Dionisio!

10 Éste fue inmediatamente, ansioso por la esperanza,
pues nada sabía de lo de Quéreas, y creía que Calírroe
estaba con las demás mujeres y que el Rey le llamaba
para entregarle a su mujer como recompensa a su valor.
Pero cuando llegó, el Rey le contó desde el principio
todo lo ocurrido. Y en aquella circunstancia dio mues-
tra Dionisio de su cordura y de su excelente educación;
11 pues, como quien al caer un rayo ante sus pies no se
inmuta, así él, al oír las palabras más penosas para él
que el rayo, que Quéreas se llevaba a Calírroe a Sira-
cusa, pese a ello se mantuvo firme. Además, no le pa-
reció seguro el mostrar excesivo dolor, ya que se había
12 salvado la reina. Y Artajerjes le dijo:

—Si hubiera podido, te hubiera devuelto a Calírroe, Dionisio, pues de tan gran abnegación y fidelidad hacia mí me has dado pruebas. Pero como esto me es imposible, te entrego el gobierno de toda la Jonia, y el ser inscrito como *Primer Bienhechor de la Casa del Rey.*

Se prosternó Dionisio, y, tras darle las gracias, se apresuró a marcharse para tener libertad para sus lágrimas. Y cuando ya salía, Estatira le dio secretamente la carta.

De vuelta en su casa, y una vez que se hubo encerra- 13
do, al reconocer la letra de Calírroe, en primer lugar
cubrió de besos la carta, y luego, abriéndola, la estre-
chó contra su pecho como si fuera ella la que estaba
presente, y así la mantuvo mucho tiempo, pues no po-
día leerla por las lágrimas.

Cuando dejó de llorar, se puso a leerla con gran dificultad, y primero besó el nombre de Calírroe. Y cuando llegó a lo de *a Dionisio, mi bienhechor,* dijo:

—¡Ay, pero no tu marido!

—Pues tú eres mi bienhechor...

—Pero, ¿qué te he hecho digno de ese nombre? 14

Le hizo feliz la justificación que le daba la carta, y leyó muchas veces aquellas palabras, pues le parecía que insinuaba que ella le dejaba contra su voluntad. ¡Tan vano es Eros, y tan fácilmente convence al enamorado de que es correspondido! Y luego, mirando a su hijo y levantándole en brazos dijo:

—También tú te me irás un día, con tu madre, pues así lo manda ella. Y yo viviré solo, yo, que he sido el único causante de todo. ¡Me han perdido mis vanos celos, y tú, Babilonia!

Diciendo esto, hizo los preparativos para irse cuanto antes a Jonia, pensando que iba a servirle de consuelo el largo camino, el gobierno de tantas ciudades, y las imágenes de Calírroe en Mileto.

En tal situación quedaron las cosas en Asia. Por su 6
parte Quéreas llevó felizmente a término la travesía
hasta Sicilia (pues les sopló siempre viento de popa), y
como tenía naves grandes, navegaba por alta mar, pues
tenía miedo de ser cogido de nuevo por el ataque de
alguna divinidad hostil. Y cuando Siracusa estuvo a la

vista, ordenó a los trierarcos adornar las trirremes, y al mismo tiempo, que navegasen juntos.

Estaba, en efecto, la mar en calma, y cuando los de la ciudad los vieron, dijo uno:

—¿De dónde vienen esos trirremes? ¿No serán del Ática? Vamos, debemos advertírselo a Hermócrates.

3 Y rápidamente le advirtió:

—Estratego, piensa qué se debe hacer, ¿cerramos las puertas, o salimos a su encuentro en el mar? Pues no sabemos si le sigue una flota mayor, y los que vemos son simplemente la vanguardia.

Hermócrates corrió del ágora al mar, y envió un bar-
4 co de remos al encuentro de aquéllos. El enviado les preguntó, cuando estuvo cerca, quiénes eran, y Quéreas ordenó que uno de los egipcios contestara:

—Somos mercaderes que venimos de Egipto, y traemos una carga que hará la alegría de los siracusanos.

—Pues no entréis todos juntos —respondió— hasta que no sepamos seguro que decís la verdad. Pues no veo barcos de carga, sino trirremes grandes como los de guerra. De modo que la mayoría se queden al ancla fuera del puerto, y que entre uno solo.

—Así lo haremos.

5 Entró, pues, el primero el trirreme de Quéreas. Éste tenía en su parte superior una tienda cubierta con paños de Babilonia.

Una vez que atracó, todo el puerto se llenó de gente, pues por naturaleza es la multitud una especie curiosa, y además entonces tenían una buena causa para acudir.
6 Al ver la tienda, pensaron que no había dentro personas, sino un cargamento valioso, y cada uno suponía una cosa diferente, pero todos se imaginaban cualquier cosa menos la verdad. Y es que era increíble que, convencidos todos como estaban de que Quéreas había muerto, fuesen a pensar que llegaba en aquel barco,
7 vivo y con tal lujo. Y en efecto, los padres de Quéreas

ni salieron de su casa, y por su parte Hermócrates se ocupaba de los asuntos públicos, sí, pero siempre de duelo, y entonces se hallaba allí, pero procurando pasar desapercibido.

Y cuando todos estaban en suspenso, con los ojos fijos en la nave, descorrieron de repente las cortinas y quedó a la vista Calírroe tendida en un lecho de oro, vestida de púrpura de Tiro, y Quéreas, reclinado junto a ella, con las enseñas de estratego.

Nunca trueno alguno aturdió de tal modo los oídos, 8
ni relámpago los ojos de los que lo veían, ni jamás quien encontró un tesoro dio tan gran grito como entonces la multitud, al ver de improviso un espectáculo más asombroso que toda descripción.

Hermócrates subió de un salto hasta la tienda, y abrazando a su hija, dijo:

—¿Estas viva, hija mía, o es que desvarío?

—Estoy viva, padre, y ahora de verdad, porque te veo a ti vivo.

Y todos prorrumpieron en llanto de alegría.

Entre tanto, Policarmo entró al puerto con los demás 9
trirremes. Pues, en efecto, él se había hecho cargo de la flota desde Chipre, porque Quéreas ya no era capaz de dedicarse a ninguna otra cosa más que a Calírroe sola.

Rápidamente se llenó el puerto, y todo tomó el mismo 10
aspecto que tras la victoria sobre el Ática, pues aquellos trirremes también volvían de la guerra, adornados de guirnaldas y a las órdenes de un estratego siracusano. Se entremezclaron los gritos de los del mar saludando a los de tierra, y luego los de éstos a los del mar, y también buenos augurios, elogios y abundantes votos recíprocos lanzados de unos a otros. Y en medio de todo ello compareció también el padre de Quéreas, transportado en brazos, pues se había desmayado por tan inesperada alegría.

11 Se empujaban unos a otros los camaradas de efebía y del gimnasio, deseando saludar a Quéreas, y a Calírroe las mujeres. A éstas incluso les pareció que Calírroe se había hecho aún más bella, de suerte que en verdad podría decirse que estaban viendo a la propia Afrodita saliendo del mar.

Entonces Quéreas, avanzando hacia Hermócrates, dijo:

—¡Aceptad las riquezas del Gran Rey!

12 E inmediatamente mandó descargar plata y oro en cantidad incontable, y luego mostró a los siracusanos marfil y ámbar y vestidos y todo tipo de objetos preciosos por su material o por su trabajo, y el lecho y la mesa del Gran Rey, de suerte que toda la ciudad quedó llena, pero no, como antes, de la pobreza ática, procedente de la guerra de Sicilia, sino, lo que era más asombroso de todo, de despojos de los medos en tiempo de paz.

7 La multitud al unísono gritó:

—¡Vayamos a la asamblea!

Pues todos deseaban verlos y oírlos.

Más rápido de lo que se tarda en decirlo se llenó el teatro de hombres y mujeres, y al entrar solo Quéreas gritaron:

—¡Llama a Calírroe!

2 Y Hermócrates se atrajo de nuevo el favor del pueblo al traer él mismo a su hija.

Entonces, en primer lugar, todo el pueblo, levantando los ojos al cielo bendijo a los dioses, y su agradecimiento a ellos fue mayor por ese día que por el de los epinicios. Luego se dividieron las opiniones: los hombres alababan a Quéreas, las mujeres a Calírroe y luego a su vez a ambos en común. Y esto era lo que más les agradaba a ellos.

3 A Calírroe, a quien suponían fatigada por el viaje y por sus desgracias, la sacaron del teatro una vez que

hubo saludado a su patria. Pero a Quéreas le retuvo la multitud, que quería oír todo el relato de lo ocurrido en su ausencia. Y él empezó por el final, pues no quería entristecer al pueblo con los primeros acontecimientos sombríos. Pero el pueblo, exhortándole, le dijo:

—Te rogamos que empieces desde atrás. Dínoslo todo, no omitas nada.

Dudaba Quéreas, avergonzándose al recordar muchas 4
de las cosas que habían ocurrido en contra de lo que pensaba. Pero Hermócrates dijo:

—No tengas pudor, hijo, aunque tengas que decirnos algo más penoso o cruel para nosotros, pues este final luminoso deja en la oscuridad todo lo anterior, pero lo que no se dice deja paso a sospechas aún más graves
a causa del silencio. Hablas a tu patria y a tus padres, 5
cuyo afecto es igual para vosotros dos. Además, la primera parte de tu historia ya la sabe el pueblo, pues en efecto, él mismo fue el que concertó vuestra boda:
la conspiración de los pretendientes rivales para infun- 6
dirte unos injustificados celos y cómo golpeaste desafortunadamente a tu mujer, todos lo sabemos, y que ella, pareciendo muerta, fue enterrada con todo lujo, y tú, sometido a juicio, te condenaste a ti mismo a muerte,
pues querías morir con tu esposa. Pero el pueblo te 7
absolvió, sabiendo que lo ocurrido había sido involuntario.

Lo que siguió a esto también nos lo contaron: que Terón, el ladrón de tumbas, abrió de noche el sepulcro y, encontrando a Calírroe viva, la embarcó en un barco pirata con las ofrendas funerarias, y la vendió en Jonia, y que tú, habiendo salido en busca de tu mujer, no la
encontraste, pero te tropezaste por casualidad en el 8
mar con la barca pirata y te apoderaste de los demás ladrones, muertos por la sed, y a Terón, el único que aún vivía, lo trajiste a la Asamblea, y él, después de ser torturado, fue crucificado.

Después, la ciudad envió un trirreme y embajadores en busca de Calírroe, y por su voluntad embarcó contigo Policarmo, tu amigo. Esto es lo que sabemos. Ahora cuéntanos tú qué ocurrió después de tu salida de aquí.

9 Quéreas empezó su narración partiendo desde este punto:

—Después de atravesar sin problemas el mar Jonio, abordamos un lugar propiedad de un varón milesio, de nombre Dionisio, superior en riqueza, linaje y fama a todos los demás jonios. Éste era el que le había com-
10 prado a Calírroe a Terón por un talento. No temáis, no sufrió esclavitud. Pues inmediatamente, la mujer a la que había comprado por dinero se le mostró como una señora, y, enamorado de ella, no se atrevió a forzar a una mujer noble, pero no soportaba la idea de enviar
11 de nuevo a Siracusa a la que amaba. Y cuando Calírroe se dio cuenta de que estaba encinta de mí, queriendo salvaros un ciudadano, se vio en la necesidad de casarse con Dionisio, alterando la verdad sobre la paternidad del niño, para que se creyera que había nacido de Dionisio y lo educase de una manera digna.

12 Os están educando, pues, siracusanos, un ciudadano en Mileto, rico y en casa de un hombre famoso y que procede de un famoso linaje griego. No le envidiemos por la magnitud de su herencia.

8 Todo esto lo supe más tarde. Entonces, después de abordar en su finca, sólo con ver una imagen de Calírroe en un santuario tuve yo buenas esperanzas. Pero de noche, unos piratas frigios que descendían a lo largo de la costa prendieron fuego al trirreme, y a la mayoría los degollaron, pero a mí y a Policarmo, encadenándonos, nos vendieron en Caria.

2 Prorrumpió en gemidos ante estas palabras el pueblo, y Quéreas dijo:

—Permitidme que calle lo que sigue, pues es más penoso aún que lo anterior.

Pero la multitud gritó:

—¡Cuéntalo todo!

Y él dijo:

—El que nos compró, un esclavo de Mitrídates, el estratego de Caria, nos hizo trabajar la tierra encadenados, y como algunos de los encadenados con nosotros mataron al vigilante, Mitrídates ordenó que nos crucificasen a todos, y a mí me llevaron también. Y 3
Policarmo, cuando iba a ser sometido al tormento, pronunció mi nombre y Mitrídates lo reconoció, pues, siendo huésped de Dionisio en Mileto, había asistido a los funerales de Quéreas, ya que Calírroe, enterada de lo que había pasado con el trirreme y los piratas, y creyendo que yo también había muerto, me había elevado una tumba magnífica.

Inmediatamente dio Mitrídates la orden de que me 4
bajaran de la cruz en la que ya estaba casi colocado, y me tuvo entre sus amigos más queridos. Se apresuró también por devolverme a Calírroe y me hizo escribirle. Pero, por descuido del encargado de llevarla, 5
interceptó mi carta el propio Dionisio, y no creyó que yo estuviera vivo, sino que pensó que Mitrídates conspiraba contra su mujer, y al punto apeló al Rey, acusándole de adulterio.

El Rey aceptó el juicio y los llamó a todos a su presencia, y así penetramos en el interior del continente hasta Babilonia. Y a Calírroe la hizo Dionisio, al llevarla 6
consigo, famosa y admirada por el Asia entera, y Mitrídates me llevó a mí.

Cuando ya estuvimos allí, celebramos un gran juicio frente al Rey, y como consecuencia de él, absolvió al punto a Mitrídates, y a mí y a Dionisio nos anunció una futura decisión sobre la mujer, encomendando entretanto a Calírroe a Estatira, la reina.

¿Cuántas veces, siracusanos, creéis que proyecté ma- 7
tarme, separado de mi mujer, si no me hubiera salvado

Policarmo, el único amigo fiel entre todos? Pues el Rey
se mostraba negligente en convocar el juicio, inflamado
8 de amor por Calírroe. Pero ni la convenció, ni le hizo
violencia.

Felizmente el Egipcio, haciendo defección del Rey,
promovió una importante guerra, causa para mí de gran-
des bienes. Pues a Calírroe se la había llevado la reina,
pero yo, como oí la falsa noticia, que me dijo un hombre,
de que le había sido entregada a Dionisio, queriendo
vengarme del Rey, me pasé al Egipcio y realicé gran-
9 des hazañas. A Tiro en efecto, que es difícil de tomar,
la conquisté yo en persona, y, nombrado navarco, de-
rroté por mar al Gran Rey y me hice dueño de Arados,
donde el Rey había dejado a la reina y a todas las ri-
10 quezas que habéis visto. Y hubiera podido, en efecto,
hacer al Egipcio dueño de toda Asia, si no hubiera re-
sultado muerto luchando separado de mí.

Después os volví a hacer amigos del Gran Rey, rega-
lándole a su mujer y enviando a los más nobles de los
11 persas sus madres, hermanas, mujeres e hijas. Y me
traje aquí a los más valientes de los griegos y a los
egipcios que quisieron. Y algún día vendrá por el mar
desde Jonia otra flota también vuestra. Y la conducirá
el nieto de Hermócrates.

12 Tras esto prorrumpieron todos en aclamaciones, y cuando se calmó el griterío dijo Quéreas:

—Yo y Calírroe estamos muy agradecidos en vuestro nombre a Policarmo, el amigo, pues ha mostrado la más verdadera adhesión y fidelidad a vosotros. Si os parece bien, démosle como esposa a mi hermana. Y libremente tendrá además su parte del botín.

13 Aplaudió el pueblo, asintiendo a su propuesta:

—A ti, Policarmo, hombre excelente, amigo fiel, el pueblo te está agradecido. Has sido un benefactor para tu patria, de un modo digno de Hermócrates y de Quéreas.

Después de esto, tomó de nuevo la palabra Quéreas:

—Y a estos trescientos, varones griegos, mi valeroso ejército, os pido que los hagáis ciudadanos.

Y de nuevo gritó el pueblo:

—Son dignos de ser ciudadanos con nosotros. Que se vote así.

Se escribió el decreto, y al punto ellos se sentaron 14
y pasaron a formar parte de la Asamblea. Y Quéreas les
regaló a cada uno un talento, y a los egipcios les asignó
tierras Hermócrates, para que las cultivasen como
dueños.

Mientras la multitud estaba en el teatro, Calírroe, 15
antes de entrar a casa, se fue al templo de Afrodita, y
cogiéndose a sus pies, colocando sobre ellos su rostro
y desatando sus cabellos, la besó y dijo:

—Gracias a ti, Afrodita, pues de nuevo me has mos-
trado a Quéreas en Siracusa, donde lo vi cuando era
virgen por tu voluntad. No tengo para ti reproches, se-
ñora, por lo que he sufrido. Eso fue mi destino. Te su- 16
plico que no me separes nunca más de Quéreas, sino
concédenos una vida feliz y una muerte juntos.

Tal es la historia de Calírroe que he escrito.

MAPAS

Hemos señalado la localización de las ciudades y regiones en que se desarrolla la acción de la novela, y hemos tratado de dar una idea de cuáles serían las rutas que siguen sus personajes.

Las del mar son, naturalmente, imaginarias, pero las que van de Mileto y Caria a Babilonia siguen unos itinerarios conocidos. Dionisio y Calírroe llevan el camino que posteriormente seguirá Alejandro Magno en su expedición, recorriendo la costa para atravesar el Éufrates por Tápsaco, ciudad de Siria situada al borde de este río, que poseía el mejor puerto fluvial y era el más importante vado de él. Sabemos que por ella lo atravesó, además de Alejandro y antes que él, Ciro el Joven (cf. JENOFONTE, *Anábasis*, 1, 4, 11-17 ss.).

Mitrídates, desde Caria, utiliza la ruta del interior, por la antigua calzada de los reyes persas que unía Éfeso con Susa y atraviesa toda Asia Menor y Armenia.

roma
(MAR ADRIATICO)
istro
(MAR NEGRO)
sibaris
regio
acragante
siracusa
(MAR JONIO)
atenas
esparta
LIDIA
efeso
priene
CARIA
mileto
LICIA
(MAR MEDITERRANEO)
CRETA
cirene
pafos
CHIPRE
pelusio
menfis
nilo

500 km

.... ruta de la costa
– – – calzada Real Persa
⟶ viaje de los piratas
–·–·– retorno de Quereas

(MAR NEGRO)
(MAR CASPIO)
CAPADOCIA
ARMENIA
CILICIA
CHIPRE
pafos
arados
tápsaco
SIRIA
sidon
tiro
CELESIRIA
eufrates
tigris
ecbatana
babilonia
susa
pelusio

500 km

..... ruta de la costa
– – – calzada Real Persa
⟶ ejército persa
–·–·– flota egipcia
batalla naval
* id. terrestre

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

Conocemos muy pocos datos sobre el autor de las *Efesíacas*. Su propio nombre no es quizá más que un seudónimo frecuente en novelistas, que lo toman en recuerdo del ateniense Jenofonte que en su *Ciropedia* nos ofrece en el siglo V a. C. un precedente de este género literario.

Son tres los autores de novelas griegas de nombre Jenofonte de los que nos da noticias el léxico Suda: Jenofonte de Antioquía, autor de las *Babiloníacas;* Jenofonte de Chipre, que escribió las *Cípricas*, y éste cuya novela *Efesíacas* hemos traducido, llamado «de Éfeso», quizá por la patria de sus protagonistas.

Además de su nombre, el *Suda* menciona su obra, *Efesíacas*, en diez libros, y una obra sobre la ciudad de Éfeso. Y éstos son todos los datos que la Antigüedad nos ha transmitido.

2. *Jenofonte y Éfeso*

Aparte de ello, pocas cosas más podemos conjeturar a partir de la obra que ha llegado hasta nosotros. Se ha dicho que su patria fue indudablemente Éfeso[1] por

[1] Pero recientemente J. G. GRIFFITHS, *Erotica Antiqua*, p. 75, propone que, aunque efesio de nacimiento, el autor de las *Efesíacas* habría vivido principalmente en Alejandría.

la cantidad de conocimientos sobre esta ciudad y sus fiestas de que hace gala en su obra, especialmente en el libro I, en que narra con todo lujo de detalles las fiestas de Éfeso en honor de Ártemis y la procesión ritual, que la protagonista de su novela, Antía, dirige como sacerdotisa principal.

En el libro de Ch. Picard[2] sobre los cultos de Éfeso y del templo y oráculo de Apolo en la cercana localidad de Claros se hace una amplísima utilización de los datos suministrados por Jenofonte, y su examen muestra que las noticias de este autor coinciden, y a veces complementan, con lo que sobre los cultos y fiestas de Éfeso conocemos a partir de las inscripciones del santuario y de los datos suministrados por otros hallazgos arqueológicos.

El examen de los conocimientos geográficos de que hace gala el autor de las *Efesíacas* abona también la creencia de que la situación de su patria debe localizarse en el Asia Menor. En efecto, mientras la acción se desarrolla en esa parte del mundo, los viajes de sus protagonistas son, si no siempre bien motivados dentro de la trama dramática (¿por qué se va Habrócomes a Capadocia, en el final del libro II?), al menos geográficamente lógicos. Pero en cuanto pasan a otra zona, especialmente Egipto, da la impresión de que los conocimientos geográficos del autor se difuminan y ya no es capaz (¿o simplemente no le interesa?) de elaborar un itinerario más o menos real. Sus personajes van y vienen a la deriva por la zona del Delta del Nilo[3], sin que su paso de una ciudad a otra pueda justificarse más que por un intento del autor de dar «color local» a la

[2] Ch. Picard, *Éphèse et Claros*, París, 1922.

[3] Ver, por ejemplo, el itinerario de Hipótoo y sus hombres en el capítulo 1 del libro IV.

narración, acumulando sin orden los nombres de una serie de ciudades egipcias cuya localización exacta no conocía evidentemente demasiado bien.

Este rasgo de Jenofonte es bien diferente del cuidado que pone Caritón en el realismo del entorno geográfico de sus personajes que nos permite incluso trasladar sus viajes a un mapa.

3. *Efesíacas*

Hay ya un consenso general entre los estudiosos de la novela griega en considerar como fecha de composición de las *Efesíacas* una no muy posterior al año 100 d. C., es decir, los primeros años del siglo II d. C. Se basan fundamentalmente para proponer esta fecha en la mención de algunas instituciones políticas, como la de un gobernador de Egipto (III 12, 6), cargo instituido por Augusto después de la conquista de este país en el año 30 a. C., o la del irenarca de Cilicia (II 13, 3), del que no tenemos noticias antes de la época del emperador Adriano.

El *terminus ante quem* de la composición de la novela podría ser el año 263 d. C., en que el templo de Ártemis de Éfeso, que en la novela se nos presenta aún en todo su esplendor, fue incendiado y destruido completamente por los godos.

Se sitúa, pues, esta novela en el siglo II d. C., posterior cronológicamente a la de Caritón de la que es claramente deudora en su temática: dos amantes, bellísimos ambos y de la aristocracia de su ciudad, se ven separados por alguna calamidad después de su boda y sólo tras múltiples aventuras y vicisitudes lograrán reunirse al final de la novela, volviendo a su patria más ricos aún que antes.

Y no sólo se trata de este planteamiento general del tema, que en el fondo responde a unos presupuestos

generales del género, sino que también en episodios concretos se observa la influencia de la novela de Caritón: Antía, como Calírroe, se lamenta de su «funesta belleza», origen de todos sus males; como ella, es dada por muerta y enterrada viva en una tumba donde despierta para ser capturada por unos violadores de tumbas que la venden en lejanas tierras. Llega incluso Jenofonte a forzar la acción llevando a Habrócomes a Sicilia, sin ningún otro motivo, al parecer, que hacerlo ir a los mismos lugares que Quéreas... Son muchas más las similitudes entre las dos novelas, y hemos ido señalándolas en notas en sus respectivos lugares de la traducción.

4. *¿Epítome u obra original?*

El *Suda* dice que la obra de Jenofonte de Éfeso constaba de diez libros, pero la obra, tal como ha llegado hasta nosotros, está dividida solamente en cinco.

Hay que advertir que la tal noticia del *Suda* por sí sola no nos merecería ninguna credibilidad, ya que no siempre coinciden sus datos sobre el número de libros de una obra, o sobre el número de obras de un autor, con los que conocemos como verdaderos por otras fuentes. Pero se unen a las evidentes lagunas del texto la falta de justificación de muchos de sus episodios (¿por qué el viaje de Habrócomes a Capadocia y luego a Egipto?, ¿por qué va a Sicilia?, ¿por qué incluso el primer viaje de los esposos, tras haberles anunciado un oráculo peligros precisamente en el mar?), y el hecho de que el autor enuncie simplemente determinados episodios, sin sacar todo el efecto dramático que con un tratamiento más amplio conseguiría.

Esta sequedad de estilo, esta aparente inhabilidad narrativa, que convierte algunas partes de la novela en una mera enumeración de calamidades y aventuras, ha

hecho pensar ya desde Rohde, pero principalmente a partir del estudio de K. Bürger[4], que lo que nosotros conocemos no es la obra original, sino el resultado de la actuación de un abreviador posterior, es un epítome del original. Hay que decir además que estas epitomizaciones no son raras en la Antigüedad, y que precisamente el siglo II d. C., el de nuestra obra, era un siglo de resúmenes. Y que en el caso de otras novelas ha habido intervenciones de sentido contrario, ampliaciones de carácter retórico, como en la obra de Aquiles Tacio o en el *Asno de Oro* de Apuleyo[5].

La teoría de que el texto transmitido por la tradición es un resumen del original, especialmente en lo que se refiere a los últimos libros, más trepidantes en acontecimientos que el primero, único en que encontramos descripciones externas a la acción (la procesión, el vestido de Antía en ella, la cámara nupcial), o el segundo, con el amplio tratamiento del episodio de Manto, ha sido admitida por la generalidad de los eruditos en el campo de la novela griega hasta que un estudio de T. Hägg[6] la ha descartado completamente. Este autor atribuye las aparentes lagunas e irregularidades de la obra al propio estilo del autor, y justifica las aparentes faltas de equilibrio en el tratamiento de algunos temas a un rasgo característico de la obra, y no al hecho de ser un resumen.

Un ejemplo puede aclarar quizá mejor la cuestión. En la novela hay dos episodios con el tema de la mujer de Putifar: el de Manto en el libro II (3-5) y el de Cino en el III (12, 4), el primero extensamente tratado y el segundo despachado en unas pocas líneas.

---

[4] K. Bürger, «Zu Xenophon von Ephesos», *Hermes* 37 (1892), 36-67.

[5] Cf. C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, pp. 232-236.

[6] T. Hägg, *Classica et Mediaevalia* 37 (1966), 118-161.

La interpretación a partir de Bürger *(o. c.)* es que en el segundo ha intervenido la mano del abreviador, que ha reducido la escena a su esqueleto, dejando incluso determinadas reacciones (la aceptación de Habrócomes, por ejemplo) sin justificar.

Para Hägg por el contrario esta aparente desproporción es uno de los rasgos de estilo del autor: cuando dos episodios tratan de temas similares, el autor trata extensamente el primero y deja sin elaborar el segundo. Y muestra que este rasgo, al que considera incluso el tipo básico de la narración de esta obra, está incluso en la primera parte de la novela: comparemos la distinta extensión dada al diálogo Euxino-Habrócomes (I 16, 3-6) y Corimbo-Antía (I 16, 7), o a la crucifixión (IV 2, 2-7) y condena a la hoguera (IV 2, 8-9) de Habrócomes. Se trata, pues, de un rasgo de economía, o quizá de una falta de habilidad de variación en el doble tratamiento de un mismo tema, pero en cualquier caso es obra, según Hägg, del mismo autor y no resto de la intervención de una mano extraña a la original.

5. *Estructura y estilo*

La estructura de la obra de Jenofonte, tras la Introducción inicial en que presenta sus personajes y justifica sus aventuras, se desarrolla en toda su amplia parte central mediante una narración que alterna constantemente entre las dos líneas principales de la historia, centradas en los protagonistas Habrócomes y Antía, con sólo ocasionales desviaciones en que se narran historias laterales de otros personajes secundarios, como la del bandido Hipótoo (III 2), la de Leucón y Rode (V 6, 3-4) o la del pescador Egialeo (V 1, 4-13).

En esta narración el énfasis del autor se centra en los hechos concretos y las peripecias múltiples, que acumula a un ritmo trepidante, y en su relación causal

o simplemente temporal. Es este gusto por la acumulación de peripecias, de hechos dramáticos, lo que le hace descuidar por un lado el estudio profundo de los caracteres, que da a la obra de Caritón su aspecto de obra tan elaborada, y por otro, incluso el establecimiento de una conexión orgánica entre las dos líneas de acción. Ambas alternan en la narración con un *tempo* rapidísimo, y las transiciones entre una y otra línea se hacen la mayoría de las veces sin consideración alguna a la conexión entre ellas.

A veces es un personaje secundario el que sirve de «puente» entre los dos protagonistas, que se mantienen totalmente separados y sin conexión alguna entre ellos desde su primera separación. Este parece ser el papel de Hipótoo, que entra en contacto alternativamente con uno y otro de los dos amantes. Pero en otras ocasiones el autor desaprovecha todas las posibilidades que le da la identidad geográfica para establecer un «puente» de unión o simplemente un «clímax» dramático.

Esta estructura, magistralmente estudiada por T. Hägg [7], es la que determina sus aparentes fallos de estilo y su evidente «fisonomía de cuento popular» como quiere Dalmeyda [8]. Acumula, en efecto, episodios a veces sin justificación suficiente, y por supuesto sin sacar de ellos todo el partido que dramáticamente podían dar, con un marcado regusto por lo macabro y lo maravilloso, con un estilo de narración simple y directo, que resulta en ocasiones francamente telegráfico, y con un ánimo profundamente diferente del de Caritón: subyace en toda la novela de Jenofonte todo un espíritu religioso que está ausente de la de aquél y que es otro de

---

7 T. Hägg, *Narrative technique in ancient greek romances*, Estocolmo, 1971.

8 En el prólogo a su edición de Jenofonte de Éfeso editada en la colección Budé, París, 2.ª ed., 1962, pp. XXVII-XXXI.

los determinantes principales de las diferencias entre ellos.

6. *La religión de las «Efesíacas»*

No se puede decir que la religión esté ausente de la obra de Caritón y en cambio sea un elemento fundamental en la de Jenofonte de Éfeso. Los dioses están presentes en ambos, y en ambos juegan sus templos un papel de favorecedores de los encuentros. En este sentido el papel del santuario de Afrodita situado en la finca de Dionisio, donde Quéreas ve la estatua de Calírroe, y el del templo de Helios en Rodas al final de las *Efesíacas*, que reúne a los dos protagonistas mediante el reconocimiento de las ofrendas de unos por los otros, es ciertamente similar.

La diferencia está en que en Caritón es éste un elemento marginal, en tanto que en Jenofonte se ha señalado como central a su novela, hasta el punto de que se habla de la Efesíacas como de una «novela isíaca» [9], de una novela básicamente de propaganda religiosa. Y ello no sólo porque los dioses toman efectivamente un papel activo en la trama, con oráculos a veces y también con milagros en favor de uno de los personajes, como en el caso de la salvación de Habrócomes por una intervención directa de Helios.

Subyace a toda la novela de Jenofonte de Éfeso una intención religiosa, y se desarrolla la acción en todo un ambiente donde la religión, principalmente la religión isíaca, es uno de los elementos fundamentales. Jenofonte nos proporciona en su obra no sólo noticias sobre cultos concretos, que forman el decorado de determinadas escenas, como los de Ártemis en el libro I o los de Apis en Menfis en V 4, 8-11, sino también toda una in-

[9] Cf. R. E. WITT, *Isis in the graeco-roman world*, Nueva York, 1971, capítulo XVIII.

formación sobre el espíritu religioso de su época, caracterizado por la gran difusión de los cultos egipcios, principalmente de Isis, y su sincretización con algunas divinidades griegas que llegan a identificarse con ella. A este espíritu isíaco corresponde la valorización de la fidelidad matrimonial y la valoración de la muerte que hacen frecuentemente los protagonistas como paso a un nuevo estado, a una nueva vida en la que van a poder reunirse de nuevo, como Isis con su esposo muerto Osiris.

En las *Efesíacas* son tratadas ya las dos diosas lunares, griega (Ártemis) y egipcia (Isis), como dos aspectos de una divinidad simple [10]. Antía, probablemente la sacerdotisa principal de Ártemis en Éfeso, es arrastrada en sus peripecias a ciudades que son precisamente centros famosos del culto de Isis: Rodas, Tarso, Alejandría, Menfis; y para salvaguardar su fidelidad a su esposo invoca, aunque sólo desde su llegada a Egipto, a Isis, en cuyas manos había puesto su salvación el oráculo de Apolo del principio de la obra. A su regreso a Éfeso es a Ártemis a quien los esposos ofrecen sacrificios. Para favorecer esta identificación de las dos diosas, nuestro autor elimina totalmente las alusiones a los aspectos fálicos del isiacismo, que no encajan con el carácter virginal de la Ártemis clásica, y resalta en Isis su aspecto de protectora de la fidelidad conyugal y, por tanto, de la castidad, que podía hacerla conectar más fácilmente con la diosa griega.

Junto a los elementos del culto isíaco, que han sido estudiados por Merkelbach [11] y Kerényi [12] además del ya citado Witt, es también la obra de Jenofonte un ex-

[10] En contra cf. J. G. GRIFFITHS, *o. c.*

[11] R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium in der Antike*, Munich & Berlín, 1962.

[12] K. KERÉNYI, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung*, Darmstadt, 1962.

ponente de la heliolatría, el culto al Sol, característico de su época, una época en la que el propio emperador (Heliogábalo) podía ser también un adorador del Sol. Isis-Ártemis es la protectora de Antía, en tanto que Habrócomes está bajo la tutela de Helios, el Sol, que llega a intervenir en su favor con dos auténticos milagros: procedimiento de resolución de los problemas de los protagonistas que es bien poco frecuente en las novelas que conocemos, y que en ésta se encuadra dentro de la intención y el espíritu religioso en que toda ella está sumergida.

7. *La sociedad*

Jenofonte de Éfeso, a diferencia de Caritón, no saca sus personajes del archivo histórico, no utiliza como protagonistas a personas relacionadas con hombres famosos en la historia griega, sino a individuos sacados de la vida privada, desconocidos por otros conceptos y totalmente imaginarios.

Ello es causa de que el nivel social de su novela sea más bajo que el de la de Caritón. No hay en ella un ambiente de reyes, sátrapas y potentados, sino que sus personajes proceden de la clase alta de una ciudad helenística, una clase rica y ociosa, pero ya fundamentalmente «burguesa», compuesta de ricos comerciantes o funcionarios imperiales, cuyo cargo llevaba aparejada la riqueza además del poder.

Junto a los protagonistas, extraídos de una familia cualquiera de la clase alta, se desarrolla un mundo de hombres libres empobrecidos, desempeñando profesiones liberales (el médico Eudoxo), oficios independientes (el pescador Egialeo) o trabajos a sueldo (el propio Habrócomes se emplea en un cierto momento como picapedrero). Las posibilidades que esta clase tiene de salir de la extremada pobreza con que la novela nos la

pinta son exclusivamente dos: la herencia (Leucón y Rode por un lado, Hipótoo por otro) y el bandidaje (los piratas fenicios e Hipótoo).

Este segundo procedimiento de adquirir riqueza es especialmente importante en la novela, que nos plantea como una situación frecuente la existencia de bandas organizadas de salteadores, y dentro de la trama, porque Hipótoo actúa frecuentemente de «puente» entre los dos esposos. Esta figura del bandido generoso ha sido posteriormente repetida en Heliodoro, ya sin la ambigüedad que Jenofonte da al carácter de este personaje, al que atribuye, junto a su desinteresada y profunda amistad hacia Habrócomes, rasgos de inusitada e innecesaria crueldad (V 2, 7) y una embarazosa atracción por los muchachos que el propio autor critica duramente en otros pasajes de la obra (II 1, 2-4).

En comparación con Caritón aparecen en esta novela un mayor número de personajes humildes, libres e incluso esclavos, y éstos son tratados con una cierta consideración y tienen una importancia en la trama como nunca alcanzan en la novela de Quéreas y Calírroe. La figura magnánima del cabrero Lampón, por ejemplo (II 9-11), contrasta favorablemente con el servilismo que Caritón atribuye sistemáticamente a sus personajes de esclavos.

Analizada la estructura social de la novela, surge la cuestión de hasta qué punto es ésta un trasunto de la realidad social de la época del autor [13]. Evidentemente la novela griega no tiene en absoluto una intención realista. La propia descripción de los protagonistas no puede ser más falsa: ricos, nobles o de alta clase, de belleza sobrehumana, adornados de todas las cualidades imaginables. Pero es también lógico que el autor haya trasladado, al menos en parte, al escenario de su acción elementos del ambiente real de su época que la

[13] A. M. Scarcella, *Erotica Antiqua*, pp. 76-78.

hagan más cercana al lector de las aventuras, y ello en mayor medida en obras cuyo ambiente no es histórico como la que nos ocupa.

El ambiente religioso de las *Efesíacas* corresponde, como hemos visto, al de la época de su composición, y el mundo en que se desarrolla esta novela tiene bastantes visos de ser una esquematización del mundo real del siglo II d. C.: una clase alta sumamente enriquecida por efecto de la inflación que dominaba la economía de la época, con la adquisición de importancia, por esta misma circunstancia, de los cargos oficiales, y el empobrecimiento del resto de la población, cuyo papel económico de trabajadores se ve además entorpecido por la competencia de los esclavos. Estos últimos son los únicos que aparecen dedicados a faenas agrícolas. El campo, por otra parte, ha perdido importancia y la población se acumula en las ciudades, con lo que se produce la despoblación de amplias zonas, circunstancia que también se destaca en la novela.

Poco más, sin embargo, se podría sacar de las *Efesíacas* en este campo. No es intención de Jenofonte de Éfeso darnos un cuadro de la realidad de su época ni se centra su interés en la descripción del mundo circundante a sus protagonistas, sino en la creación de un mundo de ficción donde las aventuras extraordinarias se suceden unas a otras con gran rapidez, y donde la intervención de fuerzas sobrenaturales quiere ser puesta tan de manifiesto que ni siquiera se descarta su aparición como *deus ex machina* en algunos momentos de su obra.

8. *El texto*

El texto de las *Efesíacas* que conocemos nos ha sido transmitido por un solo manuscrito, el mismo en que está la novela de Caritón, el *Laurentianus Conventi Soppresi* 627, con letra del siglo XIII. Además conservamos una copia de este mismo códice hecha por Salvini en 1700 (copió las *Efesíacas* y la novela de Caritón), la cual pertenece a los fondos Riccardi y está actualmente en la Biblioteca Laurenciana.

La primera edición de las *Efesíacas* fue hecha en 1726 por Antonio Cocchi, florentino, en los talleres de C. Bowyer en Londres. Esta edición se apoya en la copia de Salvini, y fue contrastada posteriormente con el manuscrito *Laurentianus*, anotando el propio editor al margen las correcciones pertinentes. Uno de estos ejemplares anotados se encuentra actualmente en la biblioteca Bodleiana.

Tras esta *editio princeps* merecen citarse las de Locella (Viena, 1796), Mitscherlich (Estrasburgo, 1792-4), Peerlkamp (Harlem, 1818), Passow (1824-33), así como las de Hirschig para la colección Didot (1856) y la de Hercher para la Teubner (1858).

Más recientemente nuestro autor ha sido cuidadosamente estudiado por Dalmeyda (colec. Budé, París, 1926, 2.ª ed. 1962), cuyo texto nos ha servido de base principal para esta traducción. Asimismo, hemos tenido a la vista los textos de Miralles (Fund. Bernat Metge, Barcelona, 1967) y la edición de Papanikolaou para la colección Teubner (Leipzig, 1973), la más reciente y cuyo texto difiere muy escasamente del de Dalmeyda.

En cuanto a traducciones, aparte de la de Dalmeyda en su edición ya citada, excelente por cierto, y sobre la que se basa la única traducción al castellano que conocemos, la de Bergua (Madrid, 1965), debemos destacar la hecha al catalán por C. Miralles en su edición ya citada y las de M. Hadas (New York, 1953) al inglés y B. Kytzler (Frankfurt am Main & Berlín, 1968) al alemán.

JULIA MENDOZA

BIBLIOGRAFÍA

Queremos reunir en este apartado un conjunto de obras importantes para estudiar y comprender a Jenofonte de Éfeso, bien porque se ocupan directamente de este autor, bien porque abordan temas que, como el religioso, tienen gran importancia para el estudio de las *Efesíacas*. Del mismo modo que no pretendemos ser exhaustivos, nos sentimos eximidos ya de referenciar obras que, como las de Rohde, Perry o Merkelbach, han sido ya citadas en la *introducción* a la novela de Caritón.

K. Bürger, «Zu Xenophon von Ephesos», *Hermes* 37 (1892), 36-67.

J. G. Griffiths, «Xenophon von Ephesos and Isis», en *Erotica Antiqua*. Acta of the international conference of the ancient novel, Bangor, 1977, pág. 75.

T. Hägg, «Die Ephesiaka des Xenophon Ephesios, Original oder Epitome?», *Classica et Mediaevalia* 37 (1966), 118-161.

—— «The naming of the characters in the romance of Xenophon Ephesios», *Eranos* 68 (1971).

—— *Narrative technique in ancient greek romances: Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius*, Estocolmo, 1971.

K. Kerényi, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung. Ein Versuch. Mit Nachbetrachtungen*. 2. ergäntzte Aufl., Darmstadt, 1962 (1.ª ed., Tübingen, 1927).

Ch. Picard, *Éphèse et Claros. Recherches sur les sanctuaires et les cultes de l'Ionie du Nord*, París, 1922.

B. P. REARDON, *Les courants littéraires grecques des II et III siècles après J. C.*, París, 1971.
A. M. SCARCELLA, «Strutture socio-economiche del romanzo di Senofonte Efesio», en *Erotica Antiqua*, Bangor, 1977, págs. 76-78.
R. E. WITT, *Isis in the graeco-roman world*, New York, 1971.

LIBRO PRIMERO

Había en Éfeso[1] un hombre, de los más poderosos de 1
allí, llamado Licomedes. Este Licomedes tenía, de una mujer de su misma tierra, Temisto, un hijo, Habrócomes, gran obra de arte de belleza[2] por la sobresaliente hermosura de su cuerpo, como no ha habido antes en Jonia ni en país alguno.

Este Habrócomes crecía de día en día en belleza y 2
florecían en él, junto con la hermosura de su cuerpo, todas las cualidades del alma, pues se ejercitaba en todos los ejercicios de la educación y practicaba las más variadas artes: la caza, la equitación, la lucha con armas pesadas eran para él ejercicios familiares[3]. Era 3
el joven más solicitado por todos los efesios, y también por todos los habitantes del resto de Asia, y tenían puestas en él grandes esperanzas de que llegaría a ser

---

1 Una de las ciudades más famosas de la Antigüedad, estaba situada en la zona de la desembocadura del río Caístro, en la costa Jonia del Asia Menor. Los orígenes del asentamiento, así como del templo que conocemos como Artemision, son pregriegos, pero desconocemos su nombre antiguo.

2 Es curioso notar que en el mismo lugar de su novela Caritón nos ofrece una descripción de Calírroe hecha en términos muy similares. Tales similitudes entre los dos autores se repiten con una cierta frecuencia a lo largo de la novela.

3 A semejanza de Quéreas, también Habrócomes destaca por su belleza y por su educación, y se nos presenta como experto en todas las artes del gimnasio.

un ciudadano distinguido. Veneraban al muchacho como a un dios y había incluso quienes se prosternaban en su presencia y le dirigían plegarias.

4 Se enorgullecía el muchacho por ello y se vanagloriaba, también por las virtudes de su alma, pero sobre todo por la belleza de su cuerpo. A todos los demás de cuantos se decía que eran bellos, los despreciaba como inferiores, y nada le parecía digno de la mirada ni la
5 atención de Habrócomes. Y si oía decir que algún muchacho era bello, o una joven hermosa, se reía de los que lo afirmaban, considerando que no sabían que él era el único bello. Al propio Eros ni siquiera lo consideraba un dios, sino que lo rechazaba totalmente, no dándole ningún valor, y diciendo que nunca se enamoraría ni se sometería a este dios a no ser por su propia
6 voluntad. Y si veía un santuario o una estatuta de Eros, se reía y hacía ver que él mismo era mejor que cualquier Eros [en belleza de cuerpo y en poder]. Y así era, pues donde se presentaba Habrócomes no había estatua que pareciera bella ni imagen que suscitara admiración.

2 Estaba resentido por esto Eros, pues es un dios amante de la lucha e inexorable con los orgullosos [4], y buscó un ardid contra el muchacho, pues incluso al dios le parecía éste difícil de dominar. Armándose, pues, de pies a cabeza y guarnecido de todo el poder de sus filtros de amor, salió a campaña contra Habrócomes.

2 Se celebraba la fiesta nacional de Ártemis con una procesión desde la ciudad al santuario [5] (era una distan-

---

[4] También Caritón (I 1, 4) atribuye a Eros el adjetivo de *philóneikos* «amante de la lucha», aunque en su novela Eros no está irritado por una ofensa, sino que simplemente le gusta lanzarse a empresas difíciles, enamorando a dos jóvenes de familias rivales.

[5] La procesión fue en todas las épocas, según CH. PICARD, pp. 326 ss., la parte más importante de la gran fiesta de Éfeso en que se celebraba el nacimiento de Ártemis. Se trata desde

cia de siete estadios). Tenían que ir en procesión todas las muchachas de la ciudad suntuosamente adornadas, y los efebos [6], cuantos tenían la misma edad que Habrócomes. Tenía él alrededor de dieciséis años y contaba entre los efebos, y en la procesión marchaba en primer lugar. Una gran multitud fue a ver este espectáculo, mu- 3
chos del país y muchos extranjeros, pues era costumbre que en aquella fiesta se encontraran novios para las muchachas y esposas para los efebos. Pasaba en fila el 4
cortejo: en primer lugar los objetos sagrados, las antorchas, los cestos de ofrendas y el incienso. Después de ellos caballos, perros y útiles de caza, de los que unos eran atributos de guerra, pero la mayoría de paz... Y cada uno de ellos estaba adornado como para presentar a un amante.

Iba al frente de la fila de las muchachas Antía, hija 5
de Megamedes y Evipe, ambos ciudadanos de Éfeso. Era la belleza de Antía digna de admiración y sobrepasaba en mucho a las demás muchachas. Tenía catorce años y su cuerpo estaba en la flor de la belleza, y el adorno de su figura contribuía aún más a su gracia. Cabellos rubios, en su mayor parte sueltos, sólo en par- 6

---

sus orígenes, según la costumbre oriental, de una salida de la diosa a visitar sus dominios y su ciudad.

La procesión era dirigida en época de Alejandro Magno aún por el Megabizo (cf. nota 7) y posteriormente, según la inscripción de C. Vibius Salutaris, por la Sacerdotisa, y ya en esta época se trataba de transportar las estatuas de la diosa del templo al teatro donde debía contemplar los juegos realizados en su honor.

[6] Efebo, en general, es el nombre dado al muchacho que ha alcanzado la pubertad, es decir, el de quince años. La época de efebo parece haber durado tres años, y a los dieciocho el joven alcanzaba la plenitud de los derechos ciudadanos. En Atenas existe una organización educativa, la Efebía, instituida por Epícrates en el 335 a. C., que agrupa a los jóvenes ciudadanos desde los dieciocho años y en la que ingresaban con un juramento.

te trenzados, movidos al impulso de la brisa. Ojos ardientes, luminosos como de muchacha, pero también intimidadores, como de mujer virtuosa. Su vestido era una túnica purpúrea, ceñida a su cuerpo hasta las rodillas y que caía sobre los brazos, una piel de ciervo que la envolvía y un carcaj que colgaba de su hombro.
7 Llevaba arco y flechas y la seguían unos perros[7]. Muchas veces los efesios al verla en el recinto sagrado se arrodillaban cual si fuera Ártemis, y también entonces, cuando apareció, la multitud prorrumpió en gritos y eran muy diversas las voces de los espectadores: unos decían, por la sorpresa, que era la propia diosa, y otros que era otra construida a su imagen por la propia diosa. Todos le dirigían plegarias y se prosternaban[8], y celebraban la felicidad de sus padres. Y era proclamada por todos los espectadores «Antía la bella».

8 Mientras pasaba el grupo de vírgenes, nadie decía otra cosa más que el nombre de Antía, pero cuando se presentó Habrócomes con los efebos, a partir de ese momento, pese a ser bello el espectáculo de las vírgenes, todos se olvidaron de ellas al ver a Habrócomes y volvieron sus ojos a él gritando, impresionados por su visión:

—¡Es hermoso Habrócomes, nadie hay semejante a él! ¡Es la imagen de un dios en belleza!

---

7 Se trata del vestido de la propia Ártemis cazadora tal como nos la muestran las estatuas helenísticas. En la época arcaica el vestido de la sacerdotisa de Éfeso constaba de un largo manto de gran simplicidad. El cambio de vestido va en correlación según Picard con el aumento de la dignidad y funciones de las sacerdotisas a lo largo del tiempo, llegando a suplantar a los antiguos sacerdotes eunucos, los Megabizos (cf. CH. PICARD, pp. 185-190). El cabello en cambio lo lleva Antía a la manera de Isis Lysicomos, con lo que empieza a señalarse la identificación de estas dos diosas.

8 La belleza de Antía hace que sea considerada una diosa, como Calírroe, cf. CARITÓN, I 1, 16.

Y también algunos añadían ya esto: 9

—¡Qué pareja harían Habrócomes y Antía!

Y éstos eran los primeros ardides del arte de Eros.

Pronto llegó a cada uno de ellos la fama del otro, y Antía deseaba ver a Habrócomes, y el hasta entonces insensible al amor, Habrócomes, quería ver a Antía.

Cuando acabó la procesión, toda la multitud se fue 3
al templo a celebrar sacrificios. El orden del cortejo quedó roto e iban reunidos hombres y mujeres, efebos y vírgenes. Entonces se ven uno al otro, y Antía se siente conquistada por Habrócomes y Habrócomes es vencido por Eros y contemplaba continuamente a la muchacha y, por más que quería, no podía apartar los ojos de ella: le posee el dios que se ha instalado dentro de él.

También Antía por su parte lo pasaba mal, recibien- 2
do por sus ojos abiertos de par en par la belleza de Habrócomes que se cuela en su interior, y despreciando ya incluso lo que es decente en las vírgenes. En efecto, hablaba para que Habrócomes la oyera, y desnudaba algunas partes de su cuerpo, las que le era posible, para que Habrócomes las viera. Y él se entregaba a su contemplación y era cautivo del dios.

Después de los sacrificios se alejaron entristecidos y 3
lamentándose por la rapidez de la separación. Y como querían verse el uno al otro, volvían atrás y se detenían, encontrando muchos pretextos para retrasarse.
Cuando llegó cada uno a su casa, entonces se dieron 4
cuenta de cuáles eran sus males. Les venía al pensamiento el recuerdo de la vista del otro y el amor ardía en ellos. Y durante el resto del día creció su deseo, y cuando llegaron al momento del sueño estaban en terrible confusión y el amor, en ambos, era incontenible.

Habrócomes, tirando de sus cabellos y desgarrando sus vestidos decía:

4 —¡Ay de mis males! ¿Qué sufro, desdichado? Yo, el
hasta ahora viril Habrócomes, el que despreciaba a
Eros, el que insultaba al dios, me veo dominado y ven-
cido, y obligado a ser esclavo de una muchacha. Y ya
me parece que existe alguien más bello que yo y llamo
2 dios a Eros. ¡Oh cobarde de mí y vil! ¿No voy a ser
capaz de resistir? ¿No me mantendré fuerte? ¿No voy
a ser más bello que Eros? Es preciso que yo venza
3 ahora a ese dios que no es nada. Es hermosa esa virgen,
sí, pero ¿y qué? Para tus ojos, Habrócomes, es bella
Antía, pero no para ti si tú quieres[9]. Que quede deci-
dido esto: nunca podrá vencerme Eros.

4 Tales cosas decía y el dios con más fuerza le presio-
naba y lo arrastraba pese a su resistencia, y le ator-
mentaba contra su voluntad. Y no pudiendo ya resistir
más, arrojándose al suelo dijo:

—Has vencido, Eros, ya has erigido un gran trofeo
por tu victoria sobre el virtuoso Habrócomes, ya tienes
5 en mí un suplicante. Ahora salva al que en ti busca
refugio, Señor de todas las cosas. No me mires con
desdén ni lleves demasiado lejos tu venganza contra un
arrogante. Por no haber experimentado aún, Eros, tu
fuerza, me mostraba orgulloso. Pero ahora, entrégame
a Antía. No seas sólo un dios severo con quien se te
opone, sino compasivo con el vencido.

Así le habló, pero Eros aún estaba irritado y meditaba hacer pagar a Habrócomes una gran venganza por sus desprecios.

6 También Antía lo estaba pasando mal, y cuando ya no podía resistir más, se reanimaba a sí misma, tratando de que no se lo notaran los que la rodeaban.

[9] Jenofonte pone en boca de Habrócomes una serie de máximas de los estoicos, cuyas equivalencias podemos encontrar por ejemplo en el *Manual* de EPICTETO, cap. IX.

—¿Qué sufro —decía—, desdichada de mí? Yo, una
virgen, amo por encima de mi edad y sufro un mal
nuevo y que no conviene a una muchacha. Estoy loca
por Habrócomes, que es bello pero orgulloso. ¿Cuál 7
será el límite de mi deseo y cuál el término de este
mal? Mi amado es arrogante y yo una virgen bien cus-
todiada[10]. ¿A quién tomaré como ayuda? ¿A quién con-
taré todo? ¿Dónde podré ver a Habrócomes?

Así se lamentaba cada uno de ellos durante toda la 5
noche y tenía ante los ojos el rostro del otro, pues cada
uno tenía su imagen grabada en el alma.

Cuando llegó el día, Habrócomes se fue a los ejerci-
cios que acostumbraba, y la muchacha a celebrar el
culto de la diosa como de costumbre. Tenían el cuerpo 2
agotado por la noche pasada, la mirada abatida y mu-
dado el color. Y eso ocurrió durante mucho tiempo y
no había nada más para ellos. Pasaban el día en el 3
templo de la diosa contemplándose el uno al otro, sin
atreverse a declararse la verdad por miedo. Esto era
lo único que hacían: Habrócomes suspiraba y lloraba,
y suplicaba que la muchacha le escuchara con compa-
sión. Y Antía sufría lo mismo, pero soportaba una des- 4
dicha mayor, pues si veía que otras muchachas o mu-
jeres lo miraban (y todas miraban a Habrócomes) era
evidente su sufrimiento, temiendo parecerle inferior a
ellas. Y elevaban ambos a la diosa plegarias comunes,
que, sin que ellos lo supieran, eran las mismas.

[10] El título atestiguado desde época helenística para las sacerdotisas de Ártemis en Éfeso es el de *párthenos*, «virgen», el cual no parece haber desaparecido al menos en el uso corriente, pese a que la inscripción de C. Vibius Salutaris *(FE* 2, 27) que conmemora una donación de este personaje al templo de Ártemis habla simplemente de una *hiéreia* «sacerdotisa». Para Picard p. 175, en la expresión de Antía «yo, una virgen bien guardada», se encontraría un recuerdo de la situación anterior en que las sacerdotisas femeninas estaban bajo la custodia y las órdenes del colegio de los Megabizos.

5 Con el paso del tiempo el muchacho se encontraba al límite de sus fuerzas. Su cuerpo estaba ya extenuado y su alma abatida, hasta tal punto que Licomedes y Temisto tenían gran preocupación, pues no sabían qué podía ocurrirle a Habrócomes, pero tenían miedo por los signos que veían en él.

6 En temor similar estaban Megamedes y Evipe por Antía, viendo que su belleza se consumía y que no había evidencia clara de la causa de la desdicha. Finalmente llevaron junto a Antía adivinos y sacerdotes para que
7 encontraran solución a su mal. Y ellos fueron y sacrificaron víctimas e hicieron libaciones de todo tipo, y pronunciaron palabras incomprensibles[11], para hacer propicias con ellas a algunas divinidades, y pretendieron que el mal procedía de los dioses subterráneos.

8 También los allegados a Licomedes hicieron muchos sacrificios y plegarias por Habrócomes, pero no hubo solución alguna a su mal, sino que aún más le infla-
9 maba el amor. Cayeron, pues, ambos enfermos y llegaron a estar muy graves, esperándose su muerte de un momento a otro y sin que pudiesen decir cuál era su desdicha. Y finalmente sus padres enviaron a preguntar al oráculo del dios la causa de la enfermedad y su remedio.

6 Poco dista de Éfeso el templo de Apolo en Colofón[12]: sólo hay un trayecto por mar de ochenta estadios. Allí los mensajeros de cada una de las familias pidieron al

[11] Son hechizos, sucesión de sílabas sin sentido de valor mágico, como las que se nos conservan en las llamadas *Tabellae Defixionum*, pequeñas tablillas de plomo encontradas por todas las regiones del mundo greco-romano, de valor mágico. Hay una buena edición de ellas, la de AUDOLLENT, *Defixionum Tabellae quotquot innotuerunt*, París, 1904.

[12] Se refiere al templo de Claros, cuyas ruinas se conservan, donde había un famoso oráculo de Apolo. Situado cerca de Éfeso, en la costa Jonia del Asia Menor, pertenecía al enclave de la cercana ciudad de Colofón.

dios que profetizara la verdad: ambos habían ido para lo mismo, y el dios les dio a ambos una respuesta oracu- 2
lar común, en verso. Y he aquí sus palabras:

¿Por qué deseáis saber el fin de ese mal y su principio?
Una sola enfermedad los posee a los dos. La solución de
[aquí se deduce.
Para ellos veo terribles penas y trabajos sin fin.
Ambos huirán por el mar perseguidos por piratas,
sufrirán cadenas a manos de los hombres del mar
y de ambos el tálamo será la tumba y el fuego destructor.
Junto a las corrientes del río Nilo a la venerable Isis[13]
Salvadora ofreced, después, dones felices.
Después de las penas, tendrán aún mejor destino.

Cuando llevaron este oráculo a Éfeso, en un primer 7
momento los padres de ambos se quedaron perplejos y no comprendían en absoluto cuál era la enfermedad. No podían comprender las predicciones del dios, pues no entendían de qué enfermedad hablaba, ni de qué huida, ni de qué cadenas, ni de qué tumba, que río o qué ayuda de la diosa.

Después de mucho deliberar, les pareció bien tratar 2
de conjurar el oráculo en la medida de lo posible y unir en matrimonio a sus hijos, pensando que ésta era la voluntad del dios a juzgar por lo que había profetizado. Decidieron, pues, esto y pensaron hacerlos viajar después de la boda un cierto tiempo fuera del país.

La ciudad estaba llena de festines, todo estaba cubier- 3
to de coronas y se proclamaba la boda que iba a cele-

[13] Isis es una diosa de la mitología egipcia, esposa de Osiris. Por su mito (busca a Osiris muerto y logra hacerlo volver a la vida) simboliza la fidelidad matrimonial y como tal es invocada posteriormente por Antía para que la proteja frente a quienes quieren atentar contra su castidad.

brarse. Y todos los felicitaban, a él por casarse con tal
mujer y a ella por ir a acostarse con tal joven [14].

4 Habrócomes, cuando se enteró del oráculo y la boda,
se sintió lleno de alegría por ir a poseer a Antía y en
nada le dio miedo la profecía, sino que le pareció que
el presente era más dulce que cualquier peligro. Y del
mismo modo Antía se complacía en ir a poseer a Habró-
comes y se despreocupaba de cuál era esa huida o cuá-
les las desgracias, teniendo a Habrócomes como con-
suelo de todos los males futuros.

8 Cuando llegó el día de la boda, se hicieron las fiestas
nocturnas y sacrificaron muchas víctimas a la diosa.
Y después que se hubo cumplido todo esto, al llegar
la noche (y a Antía y Habrócomes les parecía que todo
iba muy lento) llevaron a la muchacha al tálamo, con
antorchas, cantando el himeneo y diciéndole palabras
de buen augurio, y, haciéndola entrar, la tendieron en
el lecho.

2 Así estaba construido el tálamo: el lecho de oro esta-
ba cubierto por colchas de púrpura y sobre el lecho
colgaba un baldaquino de Babilonia [15] con escenas bor-
dadas: Amores jugando, unos al servicio de Afrodita [16]
(y estaba también la imagen de Afrodita), otros a caballo
montados en pajarillos, otros trenzando coronas, otros
3 llevando flores. Esto en una parte del baldaquino. En

14 Toda la ciudad participa en las fiestas de la boda, como en CARITÓN, I 1, 13. Del mismo modo el sentimiento de los amantes les hace olvidarse de todo.

El rito de la boda está descrito con más detalle en Caritón, pero es, como se ve, en esencia el mismo.

15 Los tejidos preciosos procedían de Oriente y eran muy apreciados en la Antigüedad. También la tienda en que llega Calírroe de vuelta a Sicilia está hecha con paños preciosos de Babilonia.

16 Afrodita es la diosa de la belleza y del amor, madre de Eros, al que se representa ya como un niño armado con arco y flechas.

la otra estaba Ares [17], no armado, sino adornado como
para recibir a su enamorada Afrodita, coronado y con
un fino manto de lana. Eros le guiaba con una lámpara
encendida.

Bajo este baldaquino reclinaron a Antía, llevándola
para entregarla a Habrócomes, y cerraron las puertas.

Ambos experimentaron el mismo sentimiento y no 9
pudieron ni dirigirse la palabra el uno al otro ni mi-
rarse a la cara, y yacían desfallecidos por el placer,
llenos de pudor y miedo, respirando entrecortadamente.
Su cuerpo se estremecía de temblor y sus almas esta-
ban agitadas. Después de bastante tiempo Habrócomes, 2
recobrándose, abrazó a Antía y ella se echó a llorar;
su alma envía las lágrimas como símbolo de su deseo.
Y Habrócomes dijo:

—¡Oh noche, la más deseada para mí, la que apenas
he conseguido, después de haber sufrido tantas noches
antes! ¡Oh muchacha más dulce para mí que la luz y 3
más feliz que ninguna de las que se ha hablado nunca!
Tienes por marido a un hombre enamorado. ¡Que pue-
das vivir y morir con él como mujer virtuosa!

Diciendo esto la besaba y enjugaba sus lágrimas, y
le parecía que esas lágrimas eran una bebida más deli-
ciosa que cualquier néctar, con más poder contra el
dolor que cualquier fármaco. Y ella, dirigiéndose a él 4
con débil voz, le dijo:

—¿De verdad, Habrócomes, te parezco hermosa, y
junto a tu propia belleza te agrado? ¡Cobarde y sin co-
raje! ¿Cuánto tiempo tardaste en tu amor, cuánto has
perdido? Por mis propios males sé lo que has sufrido.
Pero, ea, recoge mis lágrimas y que tus hermosos cabe- 5

17 Ares, dios de la guerra, se enamoró de Afrodita y ambos fueron cazados en una red por el esposo de ésta, Hades, y puestos en ridículo. La escena representa esta historia del amor entre los dos dioses.

llos beban este filtro de amor, y uniéndonos mezclémo-
nos el uno con el otro, rociemos las coronas con las
lágrimas de ambos, para que también ellas se amen con
nosotros.

6 Tras decir esto, le acarició todo el rostro y colocó
sus cabellos sobre los ojos, y quitó las coronas de sus
cabezas y puso sus labios sobre los de él en un beso,
y todos sus pensamientos pasaron del alma de uno a la
7 del otro a través de sus labios. Y ella, besándole en los
ojos, dijo:

—¡Oh vosotros, que tanto me hicisteis sufrir! ¡Oh, los
que primero clavasteis el aguijón en mi alma, entonces
arrogantes y ahora amorosos! ¡Bien me servisteis, bien
8 llevasteis mi amor al alma de Habrócomes! Por eso os
cubro de besos y uno a vosotros mis propios ojos, servi-
dores de Habrócomes. Ojalá veáis siempre lo mismo y
ni le mostréis a Habrócomes a ninguna otra mujer her-
mosa, ni a mí me parezca bello ningún otro. Poseéis las
almas que vosotros mismos inflamasteis, guardadlas de
la misma manera.

9 Así habló, y se recostaron enlazados y por primera
vez gozaron los dones de Afrodita. Y durante toda la
noche compitieron uno con otro, rivalizando en quién
se mostraba más enamorado.

10 Cuando llegó el día se levantaron mucho más felices,
mucho más animosos, habiéndose dado uno al otro la
2 felicidad que tanto tiempo habían deseado. Su vida en-
tera era una fiesta, y llena de banquetes, y ya incluso
se habían olvidado del oráculo. Pero lo fijado por el
Destino no había quedado olvidado, ni lo había descui-
dado el dios que lo había decretado.

3 Pasado algún tiempo decidieron los padres enviarlos
fuera de la ciudad como ya habían acordado. De esta
manera iban a ver otras tierras y otras ciudades y a
conjurar el oráculo del dios en la medida de lo posible,
ausentándose cierto tiempo de Éfeso.

Prepararon, pues, todo para la marcha: una gran nave 4
y marineros dispuestos a conducirlos. Y embarcaron en
la nave todo lo necesario, ropa abundante y variada y
mucha plata y oro, y una cantidad superabundante de
víveres. Y hubo sacrificios a Ártemis por el viaje y ple- 5
garias de todo el pueblo y lágrimas de todos, como si
los que iban a marcharse fuesen los hijos de todos ellos.
Les habían preparado un viaje por mar a Egipto.

Cuando llegó el día de la marcha [embarcaron] mu- 6
chos servidores y criadas, y al ir la nave a hacerse a la
mar todo el pueblo de los efesios acudió a darles escol-
ta, y muchas [de las sacerdotisas] con antorchas y obje-
tos sagrados. En ese momento Licomedes y Temisto, al 7
venírseles a la mente todo al mismo tiempo: el oráculo,
el hijo, la marcha del país, cayeron al suelo sin sentido.
Megamedes y Evipe sintieron lo mismo, pero eran más
animosos, viendo el cumplimiento de la profecía.

Por fin se oyeron los gritos de los marineros, solta- 8
ron las amarras, el piloto ocupó su puesto y la nave se
fue alejando. Y se levantó un griterío mezclado de los 9
de tierra y de los de la nave, diciendo los unos:

—¡Oh hijos queridísimos!, ¿os volveremos a ver de nuevo los que os engendramos?

Y los otros:

—¡Oh padres!, ¿volveremos quizá a recobraros?

Había lágrimas y lamentos, y cada uno llamaba por su nombre a sus allegados, dejándose unos a otros el nombre para recuerdo.

Megamedes, tomando una copa y haciendo una liba- 10
ción, pronunció una plegaria para que fuese oída desde
lejos por los de la nave, con estas palabras:

—¡Oh hijos! Ante todo, ojalá seáis felices y escapéis a las penalidades de la profecía, y ojalá os reciban los efesios al volver a salvo de vuestro viaje y recobréis vuestra amada patria. Pero si os ocurre alguna otra

cosa, sabed esto, que nosotros tampoco estaremos salvos. Os enviamos a un viaje infortunado pero necesario.
11 Y las lágrimas le impidieron seguir hablando.

Ellos volvieron a la ciudad, mientras el pueblo les exhortaba a tener valor, y por su parte Habrócomes y Antía yacían enlazados pensando muchas cosas a la vez, llenos de compasión por sus padres y añoranza de su patria, temiendo al oráculo y desconfiando del viaje. Pero les daba valor para todo el hecho de hacer la tra-
2 vesía juntos. Y como durante aquel día disfrutaron de viento favorable arribaron al acabar la travesía a Samos [18], la isla sagrada de Hera. Y allí, después de hacer sacrificios y cenar, y elevar muchas plegarias, se hicie-
3 ron a la mar al llegar la noche y también tuvieron viento favorable.

Muchas veces se preguntaron uno al otro:

—¿Nos será dado pasar la vida juntos?

Y Habrócomes, exhalando fuertes gemidos al venírsele al recuerdo sus circunstancias, dijo:

—Antía, más deseada para mí que la vida, ojalá nos sea posible ser felices y salvarnos uno junto al otro.
4 Pero si está decretado por el destino que suframos alguna desgracia, si quizá tenemos que separarnos, jurémonos, queridísima, tú que permanecerás pura para mí y no soportarás a ningún otro hombre, y yo que no conviviría con ninguna otra mujer.

5 Al oírle, Antía lanzó un gran lamento y dijo:

—¿Es que crees, Habrócomes, que si me veo separada de ti aún me voy a ocupar de hombres y bodas, yo que no podré en absoluto vivir sin ti? Yo te juro por la diosa de nuestros antepasados, la gran Ártemis de los efesios, y por este mar que estamos recorriendo y por el dios que nos infundió esta bella locura del uno por el

[18] Isla del Egeo, junto a la costa de Asia Menor, frente a Jonia.

otro, que yo, arrancada de tu lado aunque sea por poco tiempo, no viviré ni veré la luz del sol.

Esto dijo Antía y juró también Habrócomes, y la 6
ocasión convertía sus juramentos en más temibles.

En este momento la nave pasaba a lo largo de Cos [19] y Cnido [20] y se veía la isla de Rodas [21], grande y bella. Y entonces les fue totalmente necesario desembarcar, pues los marineros decían que era preciso aprovisionarse de agua y descansar, ya que iban a meterse en una travesía más larga.

Atracó, pues, la nave en Rodas y desembarcaron los 12
marineros, y salió también Habrócomes dando la mano a Antía; y se reunieron todos los rodios, asombrados de la belleza de los muchachos, y no hubo nadie de los que los veían que pasara a su lado en silencio, sino que unos decían que se trataba de la llegada de un dios y otros se prosternaban y caían ante sus rodillas.

Muy pronto se corrió por toda la ciudad el nombre de
Habrócomes y Antía. Celebraron preces públicas en su 2
favor y ofrecieron muchos sacrificios, e hicieron una fiesta por su llegada. Y ellos visitaron toda la ciudad y dedicaron al templo de Helios [22] una armadura de oro, e inscribieron este epigrama, para que se recordase a los dedicantes:

[19] Isla situada al Sur-Este del Egeo, es una de las espóradas y está frente a la península del Quersoneso Cnidio.

[20] Ciudad de la península antes citada, en la costa sud-occidental de Asia Menor.

[21] Gran isla del Sur-Este del Egeo que por su posición era punto de enlace entre el Egeo y el Oriente.

Antía y Habrócomes han ido costeando Asia Menor desde Éfeso hasta esta isla, desde donde se disponen a dar el salto a Egipto. Rodas era en la Antigüedad uno de los grandes centros del culto a Isis.

[22] Helios, el Sol, está relacionado con el mito de Isis, divinidad lunar, y encaja en la tendencia de la época de Jenofonte de Éfeso al culto al Sol por el que la novela está influida.

Unos extranjeros te dedicaron estas armas cinceladas [en oro,
Antía y Habrócomes, ciudadanos de la sagrada Éfeso.

3 Después de hacer esta ofrenda y permanecer algunos días en la isla, como los marineros les daban prisa, se hicieron a la mar bien aprovisionados de víveres. Y todo el pueblo de los rodios fue a darles escolta.

Al principio les impulsó un viento favorable y la navegación les causaba placer. Y durante aquel día y la noche siguiente fueron arrastrados por el viento, midiendo paso a paso el mar llamado «Egipcio»[23]. Pero el segundo día cesó el viento y hubo calma chicha, con lo que la navegación se hizo lenta. Se produjo una cierta relajación de los marineros y con ella vino la bebida y la embriaguez, y el inicio de lo profetizado.

4 A Habrócomes se le apareció una mujer de terrible aspecto, de altura superior a la humana, vestida de púrpura. Y le pareció que tras aparecer quemaba la nave y todos los demás perecían, pero él y Antía se salvaban a nado. En cuanto vio estas cosas se sintió perturbado y se puso a esperar algo malo de este sueño. Y lo malo ocurrió.

13 Casualmente habían estado anclados junto a ellos en Rodas unos piratas, fenicios de linaje, en un gran trirreme. Echaron el ancla como si llevaran mercancías, y eran muchos y valientes. Éstos se informaron de que en la nave había oro y plata y muchos esclavos de alto
2 precio. En consecuencia, decidieron atacarla y matar a los que les opusieran resistencia y a los demás llevarlos a Fenicia para venderlos junto con las riquezas. Los

23 El Mar Egipcio se llamaba a la parte del Mediterráneo que toca las costas de la península del Sinaí. Comienza aquí ya el autor de la novela a utilizar nombres «exóticos», sin ocuparse de la verosimilitud geográfica, ya que dicho mar está bastante al Sur de Rodas, lejos ya incluso de las costas de Fenicia.

despreciaban, considerándolos incapaces de luchar contra ellos.

El jefe de los piratas se llamaba Corimbo, hombre 3
joven, de gran altura y mirada terrible. Llevaba los cabellos largos y sucios.

Después que los piratas hubieron decidido esto, pri- 4
mero navegaron tranquilamente junto al navío de Habrócomes, y finalmente (era alrededor del mediodía, y todos los de la nave estaban acostados, por obra del vino o la pereza, dormidos los unos, otros sin fuerza) fueron contra ellos los hombres de Corimbo maniobrando con la nave (pues era un trirreme) con gran rapidez.
Y cuando estaban cerca, saltaron a la nave armados, 5
con las espadas desnudas. Y entonces unos se arrojaron a sí mismos por la sorpresa al mar y perecieron, y otros, que quisieron defenderse, fueron degollados.

Habrócomes y Antía corrieron a Corimbo el pirata y 6
cogiéndose a sus rodillas le dijeron:

—Toma, oh señor, nuestras riquezas y haznos tus servidores. No sacrifiques nuestra vida y no mates a quienes se te han sometido voluntariamente. ¡No, por este mar, no, por tu mano derecha! Y llevándonos a donde quieras, véndenos, somos tus esclavos. Ten sólo piedad de nosotros haciéndonos servir a un mismo dueño.

Corimbo, al oírlos, dio la orden de no matarlos y, 14
después de pasar a su nave lo más valioso del cargamento y a Habrócomes y Antía y a algunos otros de sus servidores, muy pocos, prendió fuego al barco y todos los demás ardieron en él, pues ni podía ni le pareció seguro llevarlos a todos.

Era un espectáculo digno de lástima, unos llevados 2
en el trirreme, otros quemándose en la nave, tendiendo
las manos y gritando desesperadamente. Y decían los 3
unos:

—¿A dónde os llevan, señores? ¿Qué tierra os recibirá y qué ciudad habitaréis?

Y los otros:

—¡Oh felices de vosotros, que vais a morir por suerte antes de tomar experiencia de las cadenas, antes de conocer la esclavitud teniendo por amos a unos piratas!

Y diciendo estas cosas se alejaban unos, y otros pe-
4 recían entre las llamas. Y en ese momento el ayo de Habrócomes, ya viejo, de aspecto venerable y digno de lástima por su vejez, no soportando que se llevaran a Habrócomes, se arrojó a sí mismo al mar y se esforzaba en alcanzar el trirreme diciendo:

—¿A dónde vas, hijo, abandonándome a mí, el ancia-
5 no, tu preceptor? ¿A dónde te vas? Mátame con tus propias manos, desdichado de mí, y entiérrame tú, pues ¿cómo voy a poder vivir sin ti?

Tales cosas decía y finalmente, perdiendo la esperanza de ver más a Habrócomes, se entregó a las olas y
6 pereció. Y esto fue para Habrócomes lo más doloroso de todo. En efecto, tendía las manos al anciano y suplicaba a los piratas que lo recogieran. Pero ellos no le hicieron ningún caso y, después de navegar tres días, llegaron a Tiro[24], la ciudad de Fenicia donde tenían los piratas su casa.

7 No los llevaron a la ciudad misma, sino a una finca cercana de un jefe de piratas llamado Apsirto, de quien el propio Corimbo era servidor por un sueldo y una parte del botín.

En el intervalo de la travesía y por verlo tanto día tras día, se enamoró Corimbo de Habrócomes con tremenda pasión, y el trato con el muchacho le inflamó mucho más.

[24] Tiro es una de las principales ciudades de Fenicia, en la costa oriental del Mediterráneo. Los fenicios, cuya economía estaba basada en el comercio por mar, se nos presentan aquí como piratas organizados, lo cual nos da idea de una situación de inseguridad en los transportes por mar, con piratería organizada y apoyada en tierra por grandes personajes.

Durante la travesía pensó que no le era posible con- 15
vencerle, pues veía que estaba sufriendo por la desesperación, y veía también que amaba a Antía. Y también le pareció que era difícil forzarlo, pues temía que se hiciera a sí mismo algún mal.

Cuando llegaron a Tiro ya no pudo resistir más y 2
primero se puso a prodigar cuidados a Habrócomes, le exhortaba a tener valor y tenía con él todo tipo de solicitudes. Él creía que Corimbo le tributaba esta solicitud 3
por compasión, pero después Corimbo hizo partícipe de su amor a un compañero suyo, de nombre Euxino, y le pidió que le ayudase y pensase con él de qué manera podía convencer al muchacho.

Euxino escuchó encantado lo de Corimbo, pues él 4
estaba sufriendo por Antía y amaba a la muchacha con tremenda pasión. Le dijo, pues, a Corimbo también lo suyo y le aconsejó no afligirse más, sino ponerse en acción.

—Pues —dijo— muy vil sería que, después de correr 5
peligros y exponer nuestra vida, no gozáramos con tranquilidad lo que obtuvimos con trabajos. Podremos —añadió— obtenerlos por separado de Apsirto como nuestra parte del botín.

Con estas palabras persuadió fácilmente al enamo- 6
rado y acordaron, según esto, hablar cada uno en favor del otro y convencer él a Habrócomes y Corimbo a Antía.

En ese momento ellos yacían sin ánimo, esperando 16
muchas desdichas, hablando uno con otro y jurando constantemente que iban a cumplir lo convenido. Fue- 2
ron entonces hacia ellos Corimbo y Euxino y diciéndoles que querían hablarles en privado se los llevaron consigo, uno a Antía y el otro a Habrócomes. Y sus almas se estremecieron de miedo, pues no sospechaban nada bueno.

3 Habló, pues, Euxino a Habrócomes en favor de Corimbo:

—Muchacho, es natural que soportes con dificultad la desgracia, al pasar de libre a esclavo, a pobre en lugar de rico. Pero es preciso que lo pongas todo a la cuenta de la Fortuna, contentarte con el destino que te posee y amar a los que se han convertido en tus due-
4 ños[25]. Sabe, en efecto, que incluso te es posible recobrar la felicidad y la libertad, si quieres dejarte persuadir por tu amo Corimbo, pues él te ama con tremenda pasión y está dispuesto a hacerte dueño de todo lo suyo. No vas a sufrir nada penoso y en cambio harás a tu
5 amo más favorable para ti. Piensa bien en qué situación te encuentras: no tienes ningún defensor, ésta es tierra extranjera y tus amos piratas, y no hay escapatoria ninguna a la venganza si desprecias a Corimbo. ¿Qué necesidad tienes de mujer y problemas? ¿Qué de una amante, siendo de tal edad? Deja todo eso, te conviene mirar sólo a tu amo, obedecer a lo que te mande.

6 Oyéndole Habrócomes se quedó al principio estupefacto y no encontraba ni siquiera qué contestarle, sino que se puso a llorar y gemía por sí mismo viendo a qué situación había llegado. Y dijo a Euxino:

—Déjame, señor, reflexionar un poco y después te contestaré a todo lo que me has dicho.

7 Y Euxino se retiró. Corimbo, por su parte, había explicado a Antía el amor de Euxino y la situación de necesidad en que ella se encontraba, y que era preciso ante todo que obedeciera a sus dueños. Y le prometió muchas cosas si se sometía: matrimonio legal y dinero y vida en la abundancia. Y ella le contestó lo mismo, pidiéndole un poco de tiempo para pensárselo. Y Euxino y Corimbo se quedaron esperando juntos su respuesta y confiaban convencerlos fácilmente.

[25] De nuevo aparece en las máximas del pirata el reflejo de la moral de la *Estoa*.

LIBRO SEGUNDO

Habrócomes y Antía se fueron a la habitación donde 1
residían habitualmente, y después de contarse uno a otro lo que habían oído, arrojándose al suelo lloraban y gemían.

—¡Oh padre! —decían—. ¡Oh madre! ¡Oh patria ama- 2
dísima y amigos y parientes!

Y finalmente Habrócomes, recobrándose un poco, dijo:

—¡Oh desdichados de nosotros! ¿Qué males vamos a sufrir, en tierra bárbara y entregados a la brutalidad de unos piratas? Comienzan a cumplirse las profecías. Ya me exige el dios venganza por mi insolencia. Me ama Corimbo a mí, y a ti Euxino. ¡Oh belleza inoportuna 3
para ambos![26]. ¿Para esto me guardé hasta ahora puro, para someterme al vergonzoso deseo de un pirata enamorado? ¿Y qué vida me aguarda, convertido en una prostituta en lugar de un hombre, y privado de mi Antía? Pero no, por la virtud que fue mi compañera 4

[26] Tal exclamación es puesta también en boca de Calírroe (CARITÓN, V 6, 4), y la encontramos también más adelante (V 5, 5) en un contexto similar al de Caritón: exclamación seguida de la enumeración de males causados por esa denostada belleza. Esto ha hecho pensar (cf. GARIN y DALMEYDA) en una influencia directa de Caritón en Jenofonte de Éfeso, y no en una coincidencia por azar.

desde niño hasta hace poco, no me someteré a Corimbo. Antes moriré y muerto daré pruebas de mi virtud.

5 Esto dijo y se echó a llorar, y por su parte Antía dijo:

—¡Ay de nuestros males! Pronto se nos obliga a acordarnos de nuestros juramentos, pronto hemos probado la esclavitud. Un hombre me ama y espera convencerme y acceder a mi lecho después de Habrócomes, y
6 yacer conmigo y satisfacer su deseo. Pero, no sea yo tan apegada a la vida y no soporte, ultrajada, ver el sol. Lo he decidido: muramos, Habrócomes. Nos tendremos el uno al otro después de la muerte sin que nadie nos moleste.

2 Ellos resolvieron esto y entre tanto Apsirto, el jefe de la banda de piratas, enterado de que habían llegado los hombres de Corimbo y que habían traído muchas y admirables riquezas, fue a la finca del campo y vio al grupo de Habrócomes y se sorprendió de su belleza, y al punto, pensando que iba a sacar gran ganancia de
2 ellos, los reclamó. El resto del dinero y objetos preciosos y cuantas muchachas habían sido cogidas con ellos los repartió entre los piratas de Corimbo. Euxino y Corimbo cedieron mal de su grado a Antía y Habrócomes a Apsirto, pero no tuvieron más remedio que cedérselos.
3 Y ellos se fueron y Apsirto, cogiendo a Habrócomes y Antía y dos esclavos, Leucón y Rode, los llevó a Tiro.
4 Formaban un cortejo que atraía la atención y todos se admiraban de su belleza, y los bárbaros que nunca habían visto tanta hermosura creían que eran dioses los que veían y felicitaban a Apsirto por poseer tales escla-
5 vos. Él los condujo a su casa y los entregó a un criado fiel ordenándole que les dispensase grandes cuidados, pensando que iba a ganar mucho si conseguía venderlos por su justo precio.

3 El grupo de Habrócomes estaba en esta situación. Y pasados unos pocos días Apsirto se marchó a Siria para otro negocio y su hija, llamada Manto, se enamoró

de Habrócomes. Era bella y ya en edad de casarse, pero muy inferior en belleza a Antía[27].

Esta Manto fue conquistada por el trato constante 2
con Habrócomes y no podía ya contenerse y no sabía qué hacer. No se atrevía a hablar a Habrócomes, pues sabía que tenía esposa y no tenía esperanza de convencerlo, ni tampoco a ningún otro de los suyos, por temor
a su padre. Por ello se consumía aún más y sufría, y no 3
pudiendo soportarlo más resolvió confesar su amor a Rode, la compañera de Antía, que era de su edad y una muchacha, pues pensaba que sólo ella la ayudaría a cum-
plir su deseo. Cogiendo un momento libre, llevó a la mu- 4
chacha ante el altar doméstico que había en la casa y le pidió que no la denunciara, le tomó juramento, le habló de su amor por Habrócomes, le suplicó que la ayudara
y le prometió muchas cosas si lo hacía. Y le dijo: 5

—Date cuenta de que eres mi esclava, que vas a probar la cólera de una mujer bárbara e injuriada.

Tras decir esto, dejó ir a Rode y ésta se encontró en un mal sin solución, pues rehusaba hablar a Habrócomes, ya que amaba a Antía, pero temía mucho la cólera
de la bárbara. Le pareció, pues, bien comunicar primero 6
a Leucón lo que le había dicho Manto. Tenía Rode una familiaridad con Leucón, nacida del amor, y se habían
unido uno al otro ya en Éfeso. Entonces cogiéndole a 7
solas le dijo:

—Oh Leucón, estamos totalmente perdidos. Ahora no tendremos más a nuestros compañeros. La hija de nues-

27 Introduce aquí Jenofonte un elemento de relatos tradicionales, el episodio bíblico de la mujer de Putifar, que encontramos también en distintas historias de la mitología griega: la historia de Peleo y Acastos, de Belerofonte y Preto, y en fin, la de la Fedra de Eurípides. En esta historia Manto es sólo una muchacha y por ello el autor se detiene en poner de manifiesto su carácter de «bárbara», que explicaría su falta de contención. Es curioso que este personaje sea también una fenicia, como la Persis de LOLIANO(cf. fragmento núm. 7).

tro amo Apsirto ama a Habrócomes con tremenda pasión y amenaza, si no lo obtiene, con hacernos cosas
8 terribles. Mira, pues, qué debemos hacer, pues contradecir a la bárbara es peligroso y separar a Habrócomes de Antía imposible.

Al oírla Leucón prorrumpió en llanto, esperando de esto grandes desgracias, pero recobrándose al punto dijo:

—Calla, Rode, pues yo me encargaré de todo.

4 Después de decir esto, fue a ver a Habrócomes.

Para él no había más ocupación que besar a Antía y recibir sus besos, y hablarla y escuchar su charla. Y Leucón, entrando ante ellos, dijo:

—¿Qué haremos, compañeros? ¿Qué deliberaremos,
2 esclavos como somos? A uno de los amos, Habrócomes, le pareces bello. La hija de Apsirto sufre por ti y es difícil oponerse a una muchacha bárbara enamorada. Tú, pues, piensa qué te parece bien y sálvanos a todos, y no veas con indiferencia que caigamos bajo la cólera de nuestros amos.

3 Al oírle Habrócomes se llenó al punto de cólera, y mirando fijamente a Leucón le dijo:

—¡Oh malvado y más bárbaro que los fenicios de aquí! ¿Te atreves a decir a Habrócomes tales palabras y en presencia de Antía me hablas de otra muchacha?
4 Soy esclavo, sí, pero sé guardar mis juramentos. Tienen todo el poder sobre mi cuerpo, pero mi alma la tengo libre. Que amenace ahora Manto, si quiere, con la espada, la horca, el fuego y todo cuanto puede forzar el cuerpo de un esclavo, pues nunca me dejaré persuadir de injuriar voluntariamente a Antía.

5 Él dijo esto y Antía, por la desdicha, se quedó estupefacta, sin poder pronunciar palabra. Por fin, volviendo en sí con dificultad dijo:

—Tengo, Habrócomes, tu cariño y estoy convencida de que soy extremadamente amada por ti. Pero te su-

plico, dueño de mi alma, que no te traiciones a ti mismo ni te arrojes a la cólera de una bárbara. Accede al deseo del ama, yo os dejaré libres dándome la muerte. Sólo 6
una cosa te pido: entiérrame tú mismo y dame un beso cuando caiga sin vida. Y acuérdate de Antía.

Todas estas cosas llevaban a Habrócomes a mayor desgracia y no sabía qué iba a pasar.

Ellos estaban en esto, y por su parte Manto, como 5
Rode tardaba, ya no resistió más y escribió una carta a Habrócomes. Y lo escrito fue lo que sigue:

Al bello Habrócomes tu ama, salud.

Manto te ama y ya no puede soportarlo más. Quizá es algo inconveniente para una muchacha, pero necesario para una enamorada. Te lo suplico, no me desdeñes, ni injuries a la que ha tomado tu partido. Si te 2
dejas persuadir, yo convenceré a mi padre Apsirto de que me entregue a ti en matrimonio y nos desembarazaremos de la que es ahora tu mujer, y serás rico y feliz. Pero si te opones, piensa qué males sufrirás al tomar venganza de sí misma la propia injuriada, y cuáles tus compañeros, consejeros de tu insolencia.

Tomando esta carta y sellándola la dio a una criada 3
bárbara diciéndole que se la llevara a Habrócomes. Y él la recibió y la leyó, y sintió un gran dolor por todo lo escrito, pero sobre todo sufrió por lo que se refería a Antía. Y aquella tablilla la guardó y escribió otra y se 4
la dio a la criada. Y era lo escrito lo que sigue:

Señora, lo que quieras, hazlo y trata mi cuerpo como el de un esclavo. Incluso si quieres matarme, estoy presto, o si quieres torturarme, tortúrame como quieras. Pero a tu lecho no podría entrar, ni podría obedecerte en tal cosa si me lo mandaras.

Cuando recibió esta carta Manto cayó en una cólera 5
incontenible, y mezclando todo, vergüenza, celos, dolor

y miedo, pensó en cómo se vengaría del que la había despreciado.

6 Entre tanto volvió de Siria Apsirto, trayendo a su hija un novio de allí, llamado Meris. Y nada más llegar urdió Manto su maniobra contra Habrócomes, y arrancándose los cabellos y rasgando sus vestiduras salió al encuentro de su padre y cayendo agarrada a sus rodillas dijo:

7 —Compadécete, padre, de tu hija injuriada por un esclavo. Pues el casto Habrócomes intentó quitarme la virginidad y conspiró incluso contra ti diciendo que me amaba. Toma tú digna venganza de él por tal atrevimiento, o, si vas a entregar a tu hija a los esclavos, me mataré a mí misma para evitarlo de antemano.

6 Al oírla Apsirto, creyendo que le decía la verdad, no investigó más el hecho y enviando a buscar a Habrócomes dijo:

—¡Oh atrevido e infame individuo! ¿Has osado injuriar a tus amos y has querido violar a una virgen, siendo un esclavo? No te alegrarás por ello, pues yo me tomaré venganza de ti y haré de tu suplicio un ejemplo para los demás esclavos.

2 Tras decir esto y sin soportar siquiera oír una palabra, ordenó a los esclavos que le desgarraran los vestidos y que llevaran fuego y látigos y golpearan al muchacho.

3 Era un espectáculo lamentable: los látigos hacían irreconocible su cuerpo entero, no acostumbrado a torturas de esclavo, y corría su sangre y se consumía su
4 belleza. Le aplicaron terribles cadenas y fuego, y sobre todo emplearon el látigo, para mostrar al novio de su
5 hija que se iba a llevar una virgen prudente. Y entretanto, Antía se echó a las rodillas de Apsirto y le suplicaba por Habrócomes, pero él le dijo:

—No, sino que aún más será castigado por ti, porque te injurió al enamorarse de otra teniendo mujer.

Y entonces ordenó que lo encerraran cubierto de cadenas en un calabozo oscuro.

Él estaba encadenado y en prisión, y un terrible des- 7
ánimo le invadió, sobre todo porque no podía ver a Antía. Buscó la muerte de muchas maneras, pero no encontró ninguna, porque eran muchos sus guardianes.

Apsirto hizo las bodas de su hija y celebraron fiestas muchos días. Antía por su parte no era más que sufri- 2
miento y, cuando podía convencer a los guardianes de la prisión, entraba junto a Habrócomes sin ser vista y lloraba con él su desgracia.

Ya se preparaban para marchar a Siria y Apsirto 3
envió a su hija con muchos regalos. Le dio vestidos babilonios y oro puro y plata, y le regaló a su hija Manto a Antía y a Rode y Leucón. Y cuando Antía se enteró 4
de esto y de que iba a ser llevada a Siria con Manto consiguió entrar en la prisión y abrazando a Habrócomes dijo:

—Mi señor, me llevan a Siria entregada como regalo a Manto, y me veo en manos de la que está celosa de mí. Tú permanecerás en la prisión y morirás lamenta- 5
blemente, sin tener a nadie que arregle tu cuerpo. Pero te juro por el dios de ambos [28] que yo permaneceré tuya, tanto viva como si me amenaza la muerte.

Diciendo esto le besaba y abrazaba, y acariciaba las cadenas y se arrojaba a sus pies.

Finalmente ella salió del calabozo y él, cuando estuvo 8
solo, arrojándose a tierra prorrumpió en lamentos y llantos diciendo:

—¡Oh padre amadísimo, oh Temisto, madre mía! ¿Dónde está esa felicidad que una vez nos pareció tener en Éfeso? ¿Dónde están los brillantes y admirados Antía

---

28 Antía se refiere con esta expresión al hecho de que ambos tienen, según el oráculo del libro I, un destino común y, por tanto, una misma divinidad que los rige.

y Habrócomes, los bellos? Ella se marcha lejos, a alguna parte de la tierra, cautiva, y yo he perdido mi único consuelo y moriré desdichado, solo en esta prisión.

2 Diciendo esto se apoderó de él el sueño y se le presentó una visión. Le pareció ver a su padre Licomedes con vestidos de luto navegando por toda la tierra y el mar, y que presentándose en su prisión le soltaba y le sacaba del calabozo y que él mismo, convertido en un caballo, era llevado por toda la tierra persiguiendo a una yegua y que finalmente encontraba a la yegua y volvía a ser hombre. Después de soñar esto, se levantó y tuvo un pequeño resquicio de esperanza [29].

9 Él quedaba, pues, encerrado en el calabozo y Antía, por su parte, era llevada a Siria y asimismo Leucón y Rode. Y cuando llegaron los del séquito de Manto a Antioquía [30] (pues de allí era Meris), ella guardaba aún
2 rencor a Rode y odiaba a Antía. Y al punto ordenó que Rode, juntamente con Leucón, fueran embarcados en una nave y fueran vendidos lo más lejos posible de Siria, y en cuanto a Antía, pensaba unirla a un esclavo, y eso de los más viles, a algún campesino, pastor de cabras [31], pensando vengarse de ella con esto.

---

[29] El sueño de Habrócomes no cumple aquí más que en su segunda parte (la reunión final con Antía), una misión de anticipación de los acontecimientos. Tal intervención del padre está totalmente ausente del desarrollo de la novela. Las exactas intenciones del autor al formular este sueño han sido muy discutidas (cf. KERÉNYI, p. 169), pero en cualquier caso su efecto es confortar a Habrócomes e indicar las líneas generales de la acción futura.

[30] Ciudad de Siria situada no lejos del mar, junto al río Orontes. Fue fundada por Seleuco Nicator en el año 301 a. C., y llegó a ser una de las ciudades más pobladas, ricas y cultivadas de todo el Oriente greco-romano.

[31] Es la única alusión de la novela a las labores del campo. Las presenta realizadas por un esclavo de un gran latifundio y se refiere exclusivamente al pastoreo. Es curioso que no haya indicación alguna de labores agrícolas.

Envió a buscar al cabrero, de nombre Lampón, y le 3
entregó a Antía [32] y le ordenó hacerla su mujer y, si se resistía, le ordenó que la forzara. Y ella fue llevada al 4
campo para unirse al cabrero. Y cuando se encontró en el campo donde Lampón apacentaba las cabras, se arrojó a sus rodillas y le suplicó que tuviera compasión de ella y la guardara pura. Le explicó quién era, su anterior nobleza, su marido, su cautividad. Al oírla Lampón se compadeció de la muchacha y le juró guardarla intocada y la exhortó a cobrar ánimos.

Ella vivía con el cabrero en el campo, llorando todo 10
el tiempo a Habrócomes. Por su parte Apsirto, rebuscando en la habitación donde vivía Habrócomes antes de la tortura, encontró la carta de Manto a Habrócomes y reconoció la letra y descubrió que había castigado a Habrócomes injustamente. Por ello mandó desatarle al punto y llevarlo ante él.

Él, que ya había sufrido un tormento cruel y lamen- 2
table, se arrojó a las rodillas de Apsirto, pero éste lo levantó y le dijo:

—Ten ánimo, oh muchacho. Te he acusado injustamente, convencido por las palabras de mi hija, pero ahora te haré libre en lugar de esclavo y te concedo administrar mi casa [33], y te entregaré como esposa a la hija de alguno de los ciudadanos. Tú no me guardes rencor por lo ocurrido, pues no he sido injusto contigo voluntariamente.

Esto dijo Apsirto y Habrócomes respondió: 3

---

[32] La situación de Antía con el cabrero recuerda la de la Electra de Eurípides, la cual, entregada a un campesino, es respetada por éste, comprendiendo que no podía ser marido de una mujer de tan alta cuna.

[33] El hecho de la existencia de un administrador hace pensar en una situación de acumulación de riquezas en pocas manos, con una clase alta de enormes posesiones.

—Gracias a ti, señor, porque has descubierto la verdad y me recompensas por mi silencio.

Todos los de la casa se alegraron por Habrócomes y dieron gracias por él a su amo. Pero él se encontraba sumido en la mayor desgracia a causa de Antía y muchas veces pensaba consigo mismo:

—¿Qué me importa la libertad? ¿Qué las riquezas y el cuidado de la hacienda de Apsirto? No debo ser yo lo que soy ahora. ¡Ojalá la encuentre a ella viva o muerta!

4 Él estaba en esta situación, gobernando la casa de Apsirto, pero pensando en cuándo y dónde encontraría a Antía. Por su parte Leucón y Rode fueron llevados a Licia, a la ciudad de Janto [34] (ciudad del interior, más alejada del mar) y allí fueron vendidos a un anciano que los trataba con todo tipo de cuidados, considerándolos como sus hijos, pues él no los tenía. Vivían en la abundancia, pero sufrían por no ver a Antía y Habrócomes.

11 Antía llevaba ya un cierto tiempo viviendo con el
cabrero cuando Meris, el marido de Manto, que iba a
menudo por el campo se enamoró de Antía con tremenda
pasión. Y al principio intentó ocultarlo, pero finalmente
le contó al cabrero su amor y le prometió mu-
2 chas cosas si le ayudaba. Él dio su asentimiento a Meris,
pero como temía a Manto fue a su presencia y le contó
el amor de Meris. Y ella encolerizándose dijo:

—Soy yo la más desdichada de todas las mujeres. Llevo conmigo a mi rival, por la que primero en Fenicia perdí a mi amante y ahora me veo en peligro de perder el marido. Pero no te alegres, Antía, de parecerle bella también a Meris, pues yo te haré pagar esto y lo de Tiro.

[34] Janto es la capital de la región del Sur de Asia Menor llamada Licia, situada junto al curso inferior del río del mismo nombre.

Por entonces mantuvo la calma y cuando Meris se 3
marchó fuera de su tierra envió a buscar al cabrero y
le ordenó coger a Antía y, llevándola a lo más espeso
del bosque, matarla y le prometió pagarle por ello. Él 4
tenía piedad de la muchacha, pero por miedo a Manto
fue ante Antía y le dijo lo que se había decidido contra
ella, y ella se puso a lamentarse y gemir diciendo:

—¡Ay, esta belleza que en todas partes conspira contra
ambos! Por esta hermosura inoportuna ha muerto
Habrócomes en Tiro y yo aquí. Pero te lo suplico, ca- 5
brero Lampón, ya que hasta ahora me has respetado,
si me matas entiérrame como puedas en la tierra de
aquí al lado y ciérrame los ojos con tus manos, y al
enterrarme nombra muchas veces a Habrócomes. ¡Dulce
será para mí la tumba con Habrócomes!

Así habló y el cabrero se movió a compasión pensan- 6
do cuán impía obra iba a realizar al matar a una mu-
chacha tan bella y que ningún mal había hecho. Cogien- 7
do a la muchacha no fue capaz, sin embargo, de ma-
tarla y le dijo lo siguiente:

—Antía, sabes que el ama Manto me ordenó cogerte y matarte, pero yo, que temo también a los dioses y me he compadecido de tu belleza, prefiero venderte lejos de este país, no sea que Manto se entere de que no has muerto y me haga algún mal a mí.

Ella, cogiéndose a sus rodillas entre lágrimas, dijo: 8

—¡Oh dioses y Artemis diosa de nuestros padres, recompensad al cabrero por estos bienes!

Y le exhortó a venderla. Así pues, el cabrero cogiendo 9
a Antía se encaminó al puerto y habiendo encontrado
allí unos comerciantes cilicios les vendió a la muchacha
y tomando lo que le pagaron por ella se volvió a su
campo.

Los comerciantes tomando a Antía la llevaron al bar- 10
co y, al llegar la noche, emprendieron el camino hacia

Cilicia[35]. Pero, detenidos por un viento contrario y destrozada la nave, con grandes dificultades lograron llegar algunos a la playa, puestos a salvo en una plancha
11 del navío. Y entre ellos estaba también Antía. Había en aquel lugar un espeso bosque y, después de vagar por él durante aquella noche, fueron capturados por la banda de Hipótoo el bandido.

12 Mientras ocurría esto, llegó de Siria un esclavo trayendo la siguiente carta de Manto a Apsirto:

Me entregaste a un marido en tierra extranjera. A Antía, que me regalaste junto con los demás esclavos, por haberme hecho muchas maldades le ordené que habitase en el campo. Viéndola a menudo allí se enamoró de ella el bello Meris y, no pudiendo yo soportarlo, envié a buscar al cabrero y le ordené vender de nuevo la muchacha en alguna ciudad de Siria.

2 Al anterarse de esto Habrócomes, no pudo quedarse más allí y ocultándose de Apsirto y de todos los de la casa partió en busca de Antía.

Cuando llegó al campo donde había vivido Antía con el cabrero, se acercó al cabrero[36] al que Manto había dado por esposa a Antía y le pidió a Lampón que le
3 dijera si sabía algo de la muchacha de Tiro. Y el cabrero le dijo su nombre, que se llamaba Antía, y su matrimonio y su respeto a ella, y el amor de Meris, y la orden que recibió sobre ella, y la partida hacia Cilicia. Y le dijo que la muchacha se acordaba sin cesar de un tal Habrócomes.

Él no le dijo quién era y, levantándose con la aurora, dirigió su caballo hacia Cilicia con la esperanza de encontrar a Antía allí.

35 Cilicia, región situada al Sur-Este de Asia Menor, cuya costa da al Mediterráneo.

36 Sigo aquí la corrección de Dalmeyda *hypágei parà tòn aipólon.*

Los de la banda del bandido Hipótoo permanecieron 13
aquella noche celebrando un banquete, y al día siguiente iban a celebrar un sacrificio. Todo estaba ya preparado, las imágenes de Ares, leña y coronas. Debía hacer- 2
se un sacrificio de la manera acostumbrada[37]. A la víctima que iba a ser inmolada, fuera hombre o animal, la suspendían de un árbol y alejándose de ella la acribillaban con dardos. Y creían que cuantos le daban, de ellos aceptaba el dios el sacrificio, y cuantos fallaban hacían al punto expiaciones. Y era Antía la que iba a ser sacrificada.

Cuando ya estaba todo preparado y querían colgar a 3
la joven, se oyó un ruido en el bosque y un resonar de hombres. Era el irenarca[38] de Cilicia, Perilao de nombre, hombre de los más poderosos de Cilicia. Este Pe- 4
rilao cayó sobre los bandidos con gran cantidad de hombres y los mató a todos y sólo a unos pocos los cogió vivos. Y solamente pudo escapar Hipótoo llevándose sus armas.

Perilao cogió a Antía y, enterado de la desgracia que 5
iba a sufrir, se compadeció de ella y su compasión por Antía fue el principio de una gran desgracia. La llevó, pues, a ella y a los bandidos capturados a Tarso[39] de
Cilicia, y el ver frecuentemente a la joven le llevó al 6
amor, y al poco Perilao se sintió cautivado por Antía.

37 Ver en Loliano (fragmento núm. 7) sacrificios humanos similares y también atribuidos a bandas de bandidos y conjurados.

38 El Irenarca era una especie de oficial de policía con autoridad sobre grandes distritos. La primera mención de este cargo data del año 116 ó 117 d. C., en una inscripción de Caria publicada en el *Bulletin de Correspondance Hellénique* 9, p. 347.

39 Importante ciudad de Cilicia, gran centro de comercio y cultura, literatura y filosofía en época helenística y romana. Situada en una llanura muy fértil no lejos del mar.

Y cuando llegaron a Tarso, a los bandidos los entregó a la prisión y a Antía la rodeó de cuidados. No tenía mujer Perilao, ni hijos, y tenía no pequeña cantidad de
7 riquezas. Así pues, le decía a Antía que ella lo sería todo para Perilao, esposa, amante e hijos.

8 Ella al principio se resistió, pero no sabiendo qué podía hacer contra él, si usaba la violencia, y como la presionaba mucho, tuvo miedo de que se atreviera a algo más violento y dio su consentimiento al matrimonio, pero le suplicó que esperase un poco de tiempo, unos treinta días y que entretanto la guardase pura. Alegó algún pretexto y Perilao lo creyó y le juró guardarla pura hasta tanto que pasara este plazo.

14 Ella estaba en Tarso con Perilao esperando el momento de la boda y por su parte Habrócomes recorría el camino hacia Cilicia. Y no muy lejos de la cueva de los bandidos (pues también él se había perdido apartándose del camino recto) se encontró con Hipótoo
2 totalmente armado. Y éste al verlo corrió hacia él y lo acogió amistosamente y le pidió que fuese su compañero en el camino.

—Pues te veo, oh muchacho, quienquiera que seas, de bella apariencia y por lo demás valeroso, y tu vagar hace pensar que quizá has sufrido un mal encuentro.
3 Marchemos, pues, abandonando Cilicia, hacia Capadocia y el Ponto[40], pues dicen que allí habitan hombres felices.

4 Habrócomes no le contó su búsqueda de Antía y dio su asentimiento a Hipótoo que le insistía, e hicieron juramentos de ayudarse y asistirse. Tenía también Habrócomes la esperanza de encontrar a Antía en tan largo vagar.

[40] Capadocia es la región del interior de Asia Menor que está situada tocando al límite Norte de Cilicia. Al Norte de ésta, en la costa del Mar Negro, está el Ponto.

Aquel día volvieron a la cueva por si había aún algo 5
sobrante para ellos, y se recuperaron ellos mismos y sus caballos, pues Hipótoo tenía también un caballo escondido en el bosque.

LIBRO TERCERO

1 Al día siguiente atravesaron la Cilicia e hicieron el
camino hacia Mazaco[41], ciudad de Capadocia, grande y
2 bella, pues allí pensaba Hipótoo reunir jóvenes en la
plenitud de sus fuerzas y reconstruir de nuevo su banda.
A su paso por los grandes poblados encontraron abundancia de todo lo necesario, pues Hipótoo conocía la lengua de los capadocios y todos se conducían con él como con un compatriota.
3 Realizaron el camino en diez días y llegaron a Mazaco,
y allí se instalaron cerca de las puertas de la muralla y
4 decidieron recuperarse algunos días del esfuerzo. Y un
día cuando estaban banqueteándose, Hipótoo prorrumpió en gemidos y llanto y Habrócomes le preguntó cuál era la causa de sus lágrimas, y él le dijo:

—Larga es mi historia y contiene una gran tragedia.
5 Habrócomes le pidió que se la contara, prometiéndole
narrarle también él la suya. Y él, comenzando desde el principio (pues estaban solos) le contó la historia de su vida.
2 —Yo —dijo— soy de una familia de Perinto[42] (ciudad
cercana a Tracia) de las más poderosas de allí. Sin duda

41 Mazaco es el nombre antiguo de la ciudad llamada Cesarea después de Tiberio. Es la llamada *tà Mázaca* de Etrabón XII 2, 7 y 9, situada al pie del monte Argeo.

42 Perinto, posteriormente llamada Heraclea, está sobre la costa Tracia de la Propóntide, cf. ESTRABÓN, VII Fr. 56 y 57.

has oído hablar de Perinto como famosa y de sus habitantes como felices.

Allí, cuando era joven, me enamoré de un muchacho 2
bello. El muchacho era también de mi país y su nombre era Hiperantes. Me enamoré de él primeramente en el gimnasio, viéndole luchar vigorosamente, y no pude
resistirle. Un día en que se celebraba la fiesta de la 3
ciudad y la velada religiosa, me acerqué a Hiperantes y le supliqué que tuviera compasión de mí. Al oírme el muchacho me prometió todo, compadeciéndose de mí.

Y recorrimos las primeras etapas del amor: besos, 4
caricias y muchas lágrimas por mi parte y finalmente pudimos, escogiendo la ocasión oportuna, estar a solas uno con el otro, lo que no era sospechoso dada nuestra igual edad. Y tuvimos relaciones mucho tiempo, amándonos ambos extremadamente, hasta que un dios tuvo celos de nosotros[43].

Llegó un hombre de Bizancio[44] (Bizancio está cerca 5
de Perinto), de los más poderosos de allí, muy orgulloso
por su riqueza y opulencia. Se llamaba Aristómaco. Éste 6
nada más poner el pie en Perinto, como si hubiese sido enviado contra mí por algún dios, vio a Hiperantes conmigo y al punto se sintió cautivado, lleno de admiración por la belleza del muchacho, que era capaz de atraerse a cualquiera.

Enamorado, no contuvo con moderación su amor, 7
sino que primero se dedicó a enviar mensajes al muchacho, y como esto no le dio resultado (pues Hiperantes por amor a mí no dejaba que nadie se le acercase) convenció a su padre, hombre vil y esclavo del
dinero. Y él le entregó a Hiperantes, pretextando que 8

43 Es clásico el tema de los celos de un dios como causa de las desgracias de los mortales.

44 Bizancio es también el nombre antiguo de la ciudad cuya situación es bien conocida y que fue llamada con Constantino Nueva Roma y posteriormente Constantinopla.

era para que lo educase, pues decía que era maestro de oratoria. Y en cuanto lo tuvo en sus manos, primero lo tuvo encerrado y después de esto se marchó a Bizancio.

9 Yo los seguí, dando de lado todos mis asuntos y cuantas veces podía me unía al muchacho. Pero podía pocas y apenas obtuve algún raro beso y alguna conversación llena de dificultades; estaba vigilado por mucha gente.
10 Finalmente, no pudiendo soportarlo más, excitándome a mí mismo volví a Perinto y, tras vender todas mis posesiones y reunir dinero, me fui a Bizancio y tomando un puñal (de acuerdo también en esto con Hiperantes) entré de noche en casa de Aristómaco y lo encontré acostado con el niño y, lleno de cólera, herí a Aristómaco mortalmente.
11 Como había tranquilidad y todos reposaban salí sin ser visto, llevándome también a Hiperantes, y después de caminar durante toda la noche hacia Perinto nos embarcamos nada más llegar y navegamos hacia Asia.
12 Y hasta un cierto tiempo se desarrolló la travesía felizmente, pero al final, cuando estábamos junto a Lesbos, cayó sobre nosotros un fuerte vendaval y la nave volcó. Yo nadé con Hiperantes, sosteniéndole, y le hacía más ligero el esfuerzo de nadar. Pero al llegar la noche ya no pudo más el muchacho y abatido por la natación se murió.
13 Y yo no pude hacer más por él que poner a salvo su cuerpo en tierra y darle sepultura. Y después de derramar muchas lágrimas y lamentarme mucho y de coger algunas reliquias de él, pude conseguir una piedra adecuada y elevé una estela en la tumba, y escribí en recuerdo del desdichado muchacho un epigrama que compuse en aquel mismo momento:

Hipótoo te construyó este sepulcro, glorioso Hiperantes,
tumba de muerte, no digna de tan buen ciudadano.

Al abismo desde la tierra bajaste, ilustre flor, al que una [vez un dios
arrebató en el piélago, impetuosa soplando la tormenta.

De allí, no pensando volver a Perinto, me dirigí a través del Asia hacia la gran Frigia y Panfilia[45] y allí, por la falta de medios de vida y el desánimo de mi desgracia, me entregué al bandidaje. Al principio fui sólo uno más de una banda, pero posteriormente en Cilicia reuní mi propia banda y alcancé gran renombre, hasta que fueron capturados mis hombres no mucho antes de verte a ti. 14

Esta es mi historia. Ahora tú, queridísimo, cuéntame la tuya. Pues es evidente que es alguna necesidad grande la que te ha llevado a andar errante. 15

Habrócomes le contó que era efesio, que se había enamorado de una muchacha y se había casado con ella, y lo de la profecía y el viaje fuera de la patria, y los piratas y lo de Apsirto y Manto, y las cadenas y la huida, el cabrero y el camino hacia Cilicia. Y mientras estaba él aún hablando Hipótoo unió a los suyos sus lamentos diciendo: 3
2

—¡Oh padres míos, oh patria, que nunca más veré, oh Hiperantes, lo más amado para mí de todo! Tú al menos, Habrócomes, verás a tu amada y la recobrarás quizá algún día, con el tiempo. Pero yo nunca más veré a Hiperantes.

Diciendo esto le mostró el cabello de Hiperantes y lloró sobre él. Y cuando ambos se hubieron lamentado 3

45 Frigia es una región del Oeste de Asia Menor, situada en el interior. Panfilia está en la costa Sur, entre Licia y Cilicia. Indudablemente se trata de indicar que Hipótoo no siguió una ruta predeterminada, sino que se limitó a pasar de la isla de Lesbos al continente y por allí anduvo errante hasta enrolarse con unos bandidos en Cilicia.

suficientemente, Hipótoo fijando sus ojos en Habróco-
mes le dijo:
4 —Hay otra historia que he omitido contarte. Poco
antes de la captura de mi banda se presentó en nuestra
cueva una bella muchacha que andaba errante y que
tenía la misma edad que tú. Dijo que su patria era la
tuya y nada más supe de ella. Decidimos sacrificarla a
Ares y ya estaba todo preparado, cuando se presenta-
ron nuestros perseguidores. Yo escapé y no sé qué fue
5 de ella. Era muy bella, Habrócomes, y vestida con sen-
cillez. De rubios cabellos y dulces ojos.

Aún estaba él hablando cuando Habrócomes gritó:

—¡Has visto a mi Antía, Hipótoo! ¿A dónde habrá
huido? ¿Qué tierra la tiene ahora? Volvamos a Cilicia y
6 y busquémosla, no estará lejos de vuestro refugio. Sí,
por el alma de tu Hiperantes, no seas cruel conmigo
voluntariamente, sino que vayamos a donde podamos
encontrar a Antía.

Hipótoo le prometió hacerlo y le dijo que necesita-
ban reunir algunos hombres para tener seguridad en el
camino.

7 Ellos estaban en esto, pensando cómo volverían a Ci-
licia. Y por su parte a Antía le habían pasado ya los
treinta días y se preparaba la boda de Perilao. Traían
víctimas del campo y había gran abundancia de todo lo
demás. Se presentaron también los amigos y parientes
y también muchos de los ciudadanos celebraban con él
la boda de Antía.

4 Por la época en que Antía era capturada en el refugio
de los bandidos llegó a Tarso un anciano efesio, médico
de oficio, llamado Eudoxo. Llegó arrojado allí por un
naufragio cuando navegaba hacia Egipto.

2 Este Eudoxo iba a visitar a cada uno de los hombres
más honrados de Tarso y les pedía a unos vestidos, a
otros dinero, contándole a cada uno su desgracia. Fue
también a ver a Perilao y le dijo que era de Éfeso y

médico, y él cogiéndole lo llevó ante Antía, pensando 3
que le agradaría ver a un efesio. Ella acogió amistosa-
mente a Eudoxo y le preguntó si podía darle noticias de
los suyos, pero él nada sabía, pues ya hacía mucho tiem-
po que estaba ausente de Éfeso. Aún así, no se alegraba
menos con él Antía recordando su patria. Y él se hizo 4
familiar a los de la casa y entraba a cada momento a
ver a Antía, consiguiendo de ella todo lo necesario y
suplicándole constantemente que le hiciese volver a Éfe-
so, pues tenía allí mujer e hijos.

Cuando todo lo de la boda de Perilao estuvo prepa- 5
rado, llegó el día fijado, se les dispuso un banquete
suntuoso y Antía fue adornada con los vestidos de novia.
Pero no cesaba de llorar ni de noche ni de día, sino que
siempre tenía ante sus ojos a Habrócomes. Tenía en la 2
mente a la vez muchas cosas, su amor, los juramentos,
la patria, los padres, su indefensión, el matrimonio...
Y escogiendo un momento en que pudo estar a solas,
arrancándose los cabellos dijo:

—¡Ay de mí, pérfida y criminal, que no respondo a
Habrócomes con acciones iguales a las suyas! Pues él, 3
para seguir siendo mi esposo, soportó cadenas y tortu-
ras, y quizá incluso haya muerto. Y yo me olvido de ello
y voy a casarme, desdichada, y se me cantará el himeneo
y seré llevada al lecho de Perilao. Pero, oh alma de Ha- 4
brócomes, la más querida para mí de todas, no sufras
nada por mí, pues jamás te ofendería por mi voluntad.
Me marcharé (de esta vida) y hasta la muerte seguiré
siendo tu esposa.

Esto dijo y, habiendo llegado a su presencia Eudoxo, 5
el médico efesio, llevándole a una habitación apartada
cayó a sus pies y le suplicó que no revelara nada de lo
que iba a decirle y le juró por la diosa de su patria,
Ártemis, hacer todo cuanto él le pidiera. Eudoxo la hizo 6
levantarse, a ella que se lamentaba mucho, y la exhortó
a tener ánimo y le hizo un juramento, prometiéndole

prestarse a todo. Y entonces ella le contó el amor de
Habrócomes, los juramentos que le había hecho y sus
7 pactos respecto a la virtud de ambos. Y añadió:

—Si me fuese posible recobrar en vida a Habrócomes
vivo o escapar de aquí sin ser vista, deliberaría sobre
el modo de hacerlo. Pero, ya que él ha muerto y me es
imposible huir y también me lo es el soportar la impo-
sible boda que se avecina (pues no romperé mi pacto
con Habrócomes ni violaré mis juramentos), sé tú por
ello mi auxilio, encontrándome una pócima que me libe-
8 re, desdichada, de mis males. A cambio de ello recibi-
rás muchos bienes por parte de los dioses, a los que
antes de mi muerte rogaré repetidamente por ti, y por
otra parte yo misma te daré dinero y te prepararé el
viaje. Podrás, antes de que nada se sepa, embarcar en
una nave y navegar hacia Éfeso. Y cuando llegues allí
busca a mis padres Megamedes y Evipe y anúnciales mi
fin y todo lo ocurrido en mi ausencia. Y diles que Ha-
brócomes ha muerto.

9 Tras decir esto se arrojó a sus pies y le suplicó que
no le dijera que no y le diera la pócima. Y sacando
veinte minas de plata y sus collares (de todo tenía en
abundancia, pues tenía licencia para disponer de todo
lo de Perilao) se los dio a Eudoxo. Y él, tras reflexionar
largamente, compadeciéndose de la desgracia de la jo-
ven, ansioso de marchar a Éfeso y vencido por la plata
y los regalos, prometió darle la pócima y se marchó a
buscarla.

10 Ella entre tanto se quedó lamentándose, deplorando
su juventud y llorando por ir a morir antes de su hora;
y muchas veces llamó a Habrócomes como si estuviera
11 presente. En esto, al cabo de un poco de tiempo, volvió
Eudoxo trayendo una pócima, pero no mortal, sino un
soporífero, de suerte que la joven no sufriera daño algu-
no y él se pusiera a salvo bien provisto de recursos [46].
Antía la cogió y dándole muchas gracias lo dejó ir.

Él, embarcándose al punto en una nave, se hizo a la
mar y ella por su parte buscaba el momento más opor-
tuno para beber la pócima.

Se hizo la noche, estaba ya preparado el tálamo y 6
llegaron a llevar a Antía los designados para ello. Y ella
salió contra su voluntad y llorando y ocultando en su
mano la pócima. Y cuando llegó cerca del tálamo, los
amigos entonaron el himeneo y ella prorrumpió en la- 2
mentos y se echó a llorar diciendo:

—Así fui llevada antes a mi esposo Habrócomes. Nos
escoltaba el fuego del Amor y se cantaba el himeneo
por unas bodas felices. Pero ahora ¿qué vas a hacer, 3
Antía? ¿Ofenderás a Habrócomes, tu marido, tu amado,
el que ha muerto por ti? ¡No seré yo tan débil ni tan
cobarde en los males! Lo he decidido, bebamos la póci-
ma. Es preciso que sólo Habrócomes sea mi esposo:
es a él a quien quiero, aún muerto.

Esto dijo y fue conducida al tálamo. 4

Y se encontró sola, pues Perilao aún estaba en el ban-
quete con los amigos. Pretextando estar invadida por la
sed a causa de la agitación ordenó a uno de los criados
que le trajera agua para beber, y una vez que le llevaron
la copa, tomándola, cuando ya nadie estaba con ella le
echó dentro la pócima y llorando dijo: 5

—¡Oh alma de mi amadísimo Habrócomes! He aquí
que cumplo mi promesa y emprendo el camino que me
lleva a ti, camino desdichado, pero al que me veo obli-
gada. Recíbeme contento y dame una vida feliz allí
contigo.

Tras decir esto, bebió la pócima y al punto se apoderó
de ella el sueño y cayó a tierra y la pócima actuó con
todo su poder.

[46] El tema del falso veneno es típico de la literatura amorosa
y se hace ya clásico en el episodio de la Julieta de Shakespeare.

7 Cuando entró Perilao y vio a Antía yacente se quedó estupefacto y dio un fuerte grito, y se produjo un enorme tumulto entre los de la casa y muchos sentimientos entremezclados: lamentos, miedo y estupor. Unos lamentaban a la que parecía muerta, otros se unían al dolor de Perilao; y todos juntos lloraban lo ocurrido.
2 Por su parte, Perilao, rasgando sus vestiduras y arrojándose sobre su cuerpo, dijo:

—¡Oh mi amadísima niña! ¡Oh tú que has abandonado a tu amante antes de la boda, que tan pocos días fuiste novia de Perilao! ¿Es la tumba el tálamo al que
3 vamos a llevarte? Feliz fue ese Habrócomes quienquiera que sea, feliz en verdad él, que obtuvo de su amada tal regalo.

Así se lamentaba y la abrazaba entera y le besaba las manos y los pies.

—Novia —decía— desdichada, la más infortunada de las mujeres.

4 La adornó vistiéndole ricas túnicas y cubriéndola con mucho oro, y no pudiendo soportar más el verla, al llegar el día puso a Antía en un lecho (ella yacía aún sin sentido) y la llevó a las tumbas que había cerca de la ciudad. Allí la depositó en una habitación, después de degollar sobre ella muchas víctimas y quemar encima muchos vestidos y otras clases de adornos.

8 Él, tras cumplir lo que ordenaba la ley, fue llevado de nuevo a la ciudad por sus parientes. Y Antía por su parte, abandonada en la tumba, volvió en sí[47] y, dándose cuenta de que la pócima no era mortal, lamentándose y llorando dijo:

—¡Oh pócima, tú me has engañado, tú me has impedido seguir la feliz senda que me llevaba a Habrócomes! He fracasado, desdichada, incluso en mi deseo de morir. Pero me es posible cumplir por el hambre la obra 2
del fármaco, con sólo permanecer en la tumba, pues nadie me sacará de aquí, ni yo volveré a ver el sol ni saldré a la luz.

[47] Todo este episodio de la falsa muerte de Antía y su liberación de la tumba por unos ladrones recuerda punto por punto la historia de Calírroe en el libro I de Caritón.

Diciendo esto se animó, esperando valerosamente la muerte.

Entretanto se hizo de noche y unos ladrones, entera- 3
dos de que había sido enterrada con toda suntuosidad una muchacha y que con ella yacían muchos adornos femeninos y mucha plata y oro, fueron a la tumba y rompiendo las puertas entraron y se llevaron las riquezas y vieron a Antía viva, y pensando que ella era un gran botín la hicieron levantar y quisieron llevársela. Pero ella, arrojándose a sus pies, les suplicaba diciendo: 4

—Tomad todos los adornos que hay y todo lo enterrado conmigo y lleváoslo, pero dejad mi cuerpo. Estoy 5
consagrada a dos dioses, a Eros y a la Muerte, dejad que me dedique a ellos. Sí, por los dioses de vuestros padres, no me mostréis al día a mí, que he sufrido cosas dignas de la noche y las tinieblas.

Así dijo, pero no convenció a los ladrones, sino que sacándola fuera de la tumba la llevaron al mar y metiéndola en una lancha pusieron proa a Alejandría. Y en el barco la cuidaban y la exhortaban a cobrar ánimo.

Ella, dándose cuenta de en qué males había caído de 6
nuevo, se lamentaba y lloraba.

—Otra vez —decía— los piratas y el mar, otra vez cautiva, pero ahora con más desdichas aún, pues no estoy con Habrócomes. ¿Qué tierra me recibirá? ¿A qué 7
hombres veré?

Con esto lloraba continuamente y no quería probar la comida ni la bebida, pero los piratas la obligaban.

Ellos, tras llevar a buen fin la travesía, en no pocos 9
días arribaron a Alejandría y allí hicieron desembarcar

a Antía y decidieron entregarla sin tardanza a unos mercaderes.

Perilao, enterado de la violación de la tumba y la desaparición del cuerpo, estaba poseído por un dolor enor-
2 me e incontenible. Y por su parte Habrócomes investigaba y se informaba discretamente si alguien sabía de una muchacha extranjera, llevada cautiva con los bandidos y, como no encontró nada, volvió desanimado a donde se alojaban. Los hombres de Hipótoo les habían preparado la comida.

3 Y todos los demás comían, pero Habrócomes estaba totalmente descorazonado y lloraba tirado sobre el lecho
4 y allí yacía, sin probar bocado. Pero a medida que iban bebiendo los hombres de Hipótoo, una vieja que estaba presente, cuyo nombre era Crisio, empezó a contar una historia.

—Oíd —dijo—, oh extranjeros, un triste suceso que
5 ocurrió no hace mucho en la ciudad. Un cierto Perilao, hombre de los más poderosos, fue elegido para ejercer el cargo de irenarca de Cilicia, y saliendo a la busca de bandidos cogió algunos prisioneros y se los trajo, y con ellos una hermosa muchacha, a la que persuadió de ca-
6 sarse con él. Y estaban ya cumplidos todos los ritos de la boda cuando ella, después de entrar en la cámara nupcial, sea por locura o por estar enamorada de algún otro, bebió una pócima que no se sabe de dónde había obtenido y murió. Así se nos ha contado en efecto que fue su muerte.

Al oírla dijo Hipótoo:

—¡Esa es la muchacha que Habrócomes busca!

7 Habrócomes había oído la historia, pero estaba sin fuerzas por el desaliento, y al fin, saltando ante la voz de Hipótoo, dijo:

—¡Ahora ya es verdad que ha muerto Antía y su tumba está aquí y guarda su cuerpo!

Así dijo y suplicó a la vieja Crisio que lo llevara a la 8
tumba y le mostrara su cuerpo, pero ella se puso a gemir y dijo:

—Eso es en verdad lo más triste de la infortunada muchacha. Pues Perilao la enterró con todo lujo y así la adornó también, y unos ladrones, enterados de los objetos que habían enterrado con ella, violaron la tumba y se llevaron los adornos e hicieron desaparecer el cuerpo. Perilao ha emprendido con todo empeño la investigación de estos hechos.

Al oírla, Habrócomes rasgó su túnica y se puso a la- 10
mentar con grandes voces el que Antía hubiese muerto, aunque con honor y virtud, y el que hubiera desaparecido, desdichada, después de la muerte.

—¿Qué ladrón es ese tan enamorado que incluso 2
muerta te deseaba y se llevó tu cuerpo?[48]. Me veo privado, infeliz, incluso de tu cadáver, mi único consuelo.
He resuelto decididamente morir, pero primero tendré 3
fuerzas hasta encontrar tu cuerpo y poder enterrarme con él abrazándolo.

Esto decía entre lamentos y los hombres de Hipótoo le exhortaban a tener ánimo.

Ellos reposaron durante toda la noche, pero Habró- 4
comes daba vueltas en su pensamiento a todo: Antía, la muerte, la desaparición. Y no pudiendo soportarlo más, a escondidas de todos (pues los hombres de Hipótoo dormían bajo los efectos de la embriaguez) salió como si necesitara algo y abandonándolos a todos se fue hacia el mar y encontró una nave que zarpaba hacia Alejandría y, embarcando en ella, se hizo a la mar con la esperanza de coger en Egipto a los ladrones que se habían llevado todo. Le guiaba a ello una vana esperanza.

---

[48] Cf. los lamentos de Quéreas al descubrir la violación de la tumba de Calírroe (CARITÓN, III 3, 4-7).

5 Él, pues, navegaba hacia Alejandría[49] y al llegar el día los hombres de Hipótoo se afligieron por la separación de Habrócomes, pero a los pocos días se recobraron y decidieron marchar a Siria y Fenicia dedicándose al pillaje.

11 Los ladrones entregaron a Antía, en Alejandría, a unos mercaderes obteniendo por ella mucha plata, y éstos la trataron con toda solicitud y cuidaron su cuerpo, mientras buscaban sin parar alguien que pudiera comprarla pagando su justo precio.

2 Y llegó a Alejandría un hombre de la India, de los
reyes de allí, para ver la ciudad y para negocios, de nom-
3 bre Psamis. Este Psamis vio a Antía en casa de los mer-
caderes y, al verla, se sintió cautivado y dio mucho
4 dinero a los mercaderes y la hizo su esclava. Tras la
compra, este hombre bárbaro intentó inmediatamente forzarla y usarla para su placer. Ella no quería y al principio opuso resistencia, pero finalmente pretextó ante Psamis (los bárbaros son de natural supersticioso) que su padre la había consagrado a Isis al nacer hasta que fuera apta para el matrimonio, y le dijo que para ello faltaba aún un año.

5 —Así pues —dijo—, si usas de violencia con la consagrada a la diosa ella se irritará y terrible será su venganza.

[49] No hay razón aparente para que Habrócomes se vaya a Egipto, como no la hubo antes para que se marchase con Hipótoo abandonando Cilicia, donde según sus noticias debía estar Antía. Jenofonte de Éfeso no se preocupa de fundamentar lógicamente las andanzas de Habrócomes como sí lo hace Caritón con las de Quéreas. Más tarde Habrócomes se irá también a Sicilia sin motivo alguno aparente, confiado simplemente en encontrar a Antía cumpliendo cuanto antes las predicciones del oráculo sobre su vagar por el mundo antes de reunirse con ella. El autor se complace también en hacer entrecruzarse el itinerario de los esposos sin que ellos sepan que están cerca, de ahí que fuerce en cierto sentido las motivaciones de los viajes en aras del mayor dramatismo que esta circunstancia le proporciona.

Se dejó convencer Psamis, reverenció a la diosa y se abstuvo de tocar a Antía.

Ella estaba aún guardada en casa de Psamis, consi- 12
derada como consagrada a Isis. Y la nave que llevaba a
Habrócomes equivocó el camino de Alejandría y fue a
dar a la desembocadura del Nilo, la región llamada Para-
lia, y a la parte de la costa de Fenicia. Nada más desem- 2
barcar, algunos de los pastores del país[50] se arrojaron contra ellos, robaron el cargamento y encadenaron a los hombres y los llevaron por un largo camino del desierto a Pelusio[51], ciudad de Egipto, y allí los vendieron a cada uno a un amo.

Compró a Habrócomes un anciano soldado (estaba ya
retirado) llamado Araxo. Este Araxo tenía una mujer 3
repugnante de ver y aún peor de oír, cuya desvergüenza sobrepasaba todo lo imaginable, Cino de nombre. Esta Cino se enamoró de Habrócomes en cuanto fue llevado a la casa y no se contuvo: era terrible tanto en enamorarse como en querer colmar su deseo.

Araxo le cogió cariño a Habrócomes e hizo de él un 4
hijo, y Cino le hizo la proposición de cohabitar y le pidió que cediera, y le prometió tomarlo por marido y matar a Araxo. Terrible le parecía esto a Habrócomes y miraba muchas cosas a la vez: Antía, los juramentos, la virtud que ya tantas veces le había traído desgracias; pero finalmente, ante la insistencia de Cino, se lo prometió.

Al llegar la noche, Cino, pensando en que iba a tener 5
por marido a Habrócomes, mató a Araxo y le dijo a

[50] Los pastores del Delta del Nilo, que protagonizaron una rebelión en el año 172 d. C., aparecen también en otras novelas formando bandas de bandidos y conjurados. Ver la *Introducción* a LOLIANO, fr. núm. 7.

[51] Pelusio es una ciudad del Delta del Nilo, situada en el brazo más oriental del Nilo, punto estratégico por estar justamente en el paso obligado de los invasores procedentes de Asia.

Habrócomes lo que había hecho. Pero él, no pudiendo soportar la impudicia de la mujer, se fue de la casa, abandonándola, diciendo que no podía acostarse con
6 una mujer manchada por el crimen. Ella, vuelta en sí, al despuntar el día fue a donde estaba el pueblo de los pelusiotas, lloró a su marido y dijo que lo había matado el esclavo que habían comprado hacía poco, y se quejó de muchas más cosas y la gente creyó que decía la verdad. Ellos cogieron al punto a Habrócomes y encadenándolo lo enviaron al que entonces era gobernador de Egipto [52], y él fue llevado a Alejandría para sufrir su castigo, pues se creía que había matado a su amo Araxo.

52 Esta mención de un «gobernador» de Egipto es utilizada como punto de apoyo para datar la novela, ya que es después de la conquista de este país por Augusto, en el año 30 a. C., cuando el emperador-faraón es sustituido por un gobernador romano.

LIBRO CUARTO

Los hombres de Hipótoo, que le seguían desde Tarso, 1
marcharon hacia Siria apoderándose de todo lo que encontraban en su camino: incendiaron muchos pueblos y degollaron a muchos hombres. Así llegaron a Laodicea de Siria [53] y allí se establecieron, no como bandoleros,
sino como quienes van a visitar la ciudad. Allí Hipótoo 2
hizo investigaciones por si podía encontrar a Habrócomes, y como nada averiguó, una vez que se hubieron repuesto se dirigieron hacia Fenicia y de allí a Egipto, pues habían decidido hacer sus expediciones en Egipto.
Tras reunir una gran banda fueron a Pelusio y, nave- 3
gando por el río Nilo, a Hermópolis de Egipto y a Esquedia [54], y entrando en el canal del río construido bajo Menelao, pasaron de largo por Alejandría y fueron a

53 Laodicea de Siria era una ciudad muy floreciente en la época imperial, situada en la costa mediterránea de Siria, en una península. Los bandidos siguen un itinerario prefijado, bajando por las costas de Siria y posteriormente las de Fenicia para pasar a Egipto por el istmo.

54 De Hermópolis no sabemos si es la ciudad situada en el Delta, en la costa Sur del lago Buto, o bien si es la llamada «Hermópolis parva», también situada en el Delta del Nilo, pero más al Oeste, cerca de Alejandría y de Esquedia, la cual a su vez se encuentra sobre el canal que une Alejandría con el llamado *Ostium Nili Canobicum*, el más importante de los brazos occidentales del Delta del Nilo.

Menfis, la ciudad sagrada de Isis y de allí a Mendes[55].
4 Tomaron allí a algunos de los nativos como miembros de la banda y guías para el camino. Atravesando Tava[56] fueron a la ciudad de Leontó y pasando de largo por otras numerosas aldeas, la mayoría desconocidas, se llegaron a Copto[57], cerca de Etiopía.

5 Decidieron dedicarse al pillaje allí, pues era grande la multitud de mercaderes que atravesaba la región, yendo unos hacia Etiopía y otros hacia la India. La banda era de quinientos hombres. Tras tomar las alturas de Etiopía y disponer unas cuevas como refugios, decidieron atacar a los transeúntes.

2 Por su parte Habrócomes había llegado ante el gobernador de Egipto (los pelusiotas le habían escrito lo ocurrido: la muerte de Araxo y que siendo un esclavo se había atrevido a tanto). Así pues, él, enterado de cada una de estas cosas, y sin preguntar más por lo ocurrido, ordenó que se llevasen a Habrócomes y lo colgasen de una cruz[58].

---

55 Todo el itinerario es una pura fantasía. Menfis, la antigua capital de Egipto, está al Sur, ya fuera del Delta, en tanto que Mendes se encuentra junto a uno de los brazos orientales del Delta. Da la impresión de que el autor se limita a enumerar una serie de nombres de lugar egipcios a fin de dar color local a su relato, pero sin una excesiva preocupación por la exactitud geográfica.

56 De nuevo una ciudad de la parte occidental del Delta, a orillas del citado *Ostium Nili Canobicum*. Del mismo modo Leontó puede ser Leontópolis, que se levanta más al Sur, junto al mismo brazo del Delta.

57 Copto se encuentra efectivamente más hacia el Sur, a la orilla del Nilo y cercana a Tebas, y era el principal puente del comercio de Egipto con Libia, Arabia y la India en época ptolemaica y romana.

58 También Quéreas (CARITÓN, IV 2, 6) es condenado a morir en la cruz por un delito que no ha cometido y sin que se quiera oír tampoco su defensa. La resolución de ambas situaciones marca muy claramente el diferente talante de los dos autores: mientras

Él estaba anonadado por estas desgracias, pero le 2
daba ánimos el ir a morir, porque creía que también Antía estaba muerta. Le llevaron los que habían recibido esta orden junto a las orillas del Nilo; había un precipicio cortado a pico en dirección a la corriente del
río. Levantaron la cruz y le suspendieron de ella ama- 3
rrándole las manos y los pies con cuerdas, pues éste es el modo de crucifixión que allí utilizan, y abandonándole se marcharon pensando que dejaban al ajusticiado
en lugar seguro. Y él, mirando al sol y viendo la corrien- 4
te del río dijo:

—Oh tú, el dios más benevolente con los hombres, que posees Egipto, por quien la tierra y el mar son visibles para todos los hombres, si en algo te ofendió Habrócomes, que muera lamentablemente y que soporte
un castigo aún mayor que éste, si es que lo hay. Pero 5
si he sido traicionado por una mujer malvada, que no se manche la corriente del Nilo con el cuerpo de quien muere injustamente, ni veas tú tal espectáculo, morir un hombre inocente aquí, sobre tu tierra.

Hizo esta súplica y el dios se apiadó de él, y se levan- 6
tó de pronto una ráfaga de viento que se lanzó sobre la cruz e hizo caer la tierra que había sobre el precipicio en la que estaba enclavada la cruz. Habrócomes cayó en la corriente y fue arrastrado por ella sin que el agua le hiciera daño alguno ni las cuerdas le obstaculizaran ni las fieras le lesionaran, sino que le llevaba la corriente.
Así arrastrado llegó a las desembocaduras del Nilo en 7
el mar y allí lo cogieron los centinelas y como a un fugitivo del castigo lo llevaron ante el gobernador de Egipto.

Éste, aún más encolerizado y considerándolo un per- 8
fecto criminal mandó hacer una pira y, colocándolo encima, quemar en ella a Habrócomes. Y estaba ya todo

---

que Quéreas se salva por una casualidad puramente humana, Habrócomes recibe la ayuda de auténticos milagros de los dioses.

preparado, la pira junto a la desembocadura del Nilo, y pusieron encima a Habrócomes y encendieron debajo el fuego. Y cuando ya casi la llama iba a tocar su cuerpo, de nuevo suplicó con las pocas fuerzas que le que-
9 daban, que le salvara de sus presentes males. Y entonces el Nilo hizo alzarse una ola y sus aguas cayeron sobre la pira y apagaron las llamas.

El asombro se apoderó de todos los presentes y cogiendo a Habrócomes lo llevaron ante el gobernador de Egipto y le dijeron lo que había pasado y le contaron
10 la ayuda que le había prestado el Nilo. Se admiró él al oír lo ocurrido y ordenó guardarlo en prisión, pero tener con él todo tipo de cuidados.

—Hasta que —dijo— sepamos quién es este hombre y por qué se preocupan así de él los dioses.

3 Él, pues, estaba en prisión. Por su parte Psamis, el que había comprado a Antía, decidió volver a su patria e hizo todos los preparativos necesarios para el viaje. Tenía que ir recorriendo el camino del Alto Egipto hasta
2 Etiopía, donde estaba la banda de Hipótoo. Todo estaba ya presto, muchos camellos y asnos y caballos de carga; y había gran cantidad de oro y plata y también gran
3 cantidad de vestidos. Y se llevaba también a Antía. Y ella, cuando tras sobrepasar Alejandría llegó a Menfis, suplicó a Isis colocándose ante su templo[59]:

—Oh la más grande de las diosas, hasta ahora me mantengo pura porque se me cree tuya, y guardo sin mancha mi matrimonio con Habrócomes. Pero ahora me voy a la India, lejos de la tierra de los efesios, lejos
4 de los restos de Habrócomes. Por ello, o sálvame a mí, desdichada, y devuélveme a Habrócomes si está vivo, o, si es nuestro destino morir separados, haz al menos esto, que yo permanezca fiel al muerto.

[59] El templo de Isis en Menfis fue construido por Amasis, según HERÓDOTO, *Historia* II 176, y era para éste una de las más bellas obras del país.

Tal fue su súplica, y siguieron el viaje; y ya habían 5
pasado Copto y entraban en la frontera de Etiopía cuando cayó sobre ellos Hipótoo y mató a Psamis y a la mayoría de los suyos y se apoderó de sus riquezas e hizo prisionera a Antía.

Reuniendo el tesoro capturado lo llevó a la cueva de- 6
signada para depósito del botín, y allí fue también Antía. Pero no reconoció a Hipótoo ni él a Antía y, cuando le preguntaron quién era y de dónde, no dijo la verdad sino que afirmó que era egipcia y se llamaba Menfitis.

Ella estaba con Hipótoo en la cueva de los bandidos. 4
Entre tanto el gobernador de Egipto envió a buscar a Habrócomes y le preguntó su historia, se enteró de sus vicisitudes y se compadeció de su suerte, le dio dinero y le prometió hacerlo volver a Éfeso.

Él le dio las gracias por salvarlo, pero le suplicó que 2
le permitiera buscar a Antía. Y tomando muchos presentes se embarcó en una nave y puso proa a Italia[60], esperando averiguar allí algo de Antía. El gobernador de Egipto, enterado de lo que había ocurrido con Araxo, envió a buscar a Cino y la hizo crucificar.

Estando Antía en la cueva, se enamoró de ella uno de 5
los bandidos que la custodiaba, Anquíalo de nombre. Este Anquíalo era de los que se habían unido a Hipótoo en Siria, laodiceo de origen, y gozaba de gran consideración ante Hipótoo como hombre valeroso y de gran poder en la banda.

[60] No hay tampoco motivo ninguno para este viaje de Habrócomes a Italia. Parece simplemente que el autor se complace en aumentar el clímax de la novela al hacer alejarse a Habrócomes de nuevo, después de haber estado, sin saberlo, tan cerca de Antía, precisamente cuando ésta se va a encontrar en mayor peligro.

Por otra parte con este viaje el ámbito geográfico de la novela se ensancha a todo el Mediterráneo centro-oriental, precisamente donde se desarrollan las aventuras del relato de Caritón.

2 Enamorado de ella, al principio recurrió a las pala-
bras para persuadirla, y decía que la iba a conseguir
con sus palabras y que la iba a pedir a Hipótoo como
3 regalo. Ella se negaba a todo y nada la turbaba, ni la
cueva, ni las cadenas, ni las amenazas del bandido. Se
guardaba a sí misma aún para Habrócomes, pese a
creerlo muerto, y muchas veces gritaba, cuando podía
hacerlo sin ser oída:

—Quiero permanecer siendo esposa sólo de Habrócomes, aunque tenga que morir y aunque tenga que sufrir cosas peores que las que ya he sufrido.

4 Esto llevaba a Anquíalo a mayor tormento, y el ver
a Antía a diario le inflamaba aún más en su amor, y no
5 pudiendo resistir más, intentó forzarla. Y un día, de
noche, cuando no estaba allí Hipótoo, sino que estaba
con los demás en una expedición, se arrojó sobre ella e
intentó mancillarla. Pero ella, colocada en una situa-
ción límite, echando mano de una espada que había
allí al lado hirió a Anquíalo y el golpe fue mortal. Él,
en efecto, estaba inclinado hacia ella con todo su cuer-
po, tratando de abrazarla y besarla, y ella, llevando la
espada por debajo, le hirió en pleno pecho.

6 Anquíalo pagó el justo castigo por su criminal deseo, pero Antía tuvo miedo de lo que había hecho y deliberó mucho si matarse a sí misma (pero aún tenía esperanzas de ver a Habrócomes) o escapar de la cueva (pero esto le era imposible, pues ni el camino le era fácil ni tenía quien le mostrara la ruta). Decidió, por tanto, permanecer en la cueva y soportar lo que la divinidad quisiera.

6 Aquella noche se quedó allí sin poder dormir y llena
de inquietudes. Y cuando llegó el día volvieron los hom-
bres de Hipótoo y vieron a Anquíalo asesinado y a Antía
junto al cuerpo, comprendieron lo ocurrido e interro-
2 gándola a ella se enteraron de todo. Encolerizados por
este suceso decidieron vengar al amigo muerto y deli-

beraron contra Antía diversos castigos: el uno quería
matarla y enterrarla con el cuerpo de Anquíalo, el otro
crucificarla. Por su parte Hipótoo estaba afligido por 3
Anquíalo y maquinó contra Antía un castigo mayor:
ordenó abrir una fosa grande y profunda y meter den-
tro a Antía y con ella a dos perros, para que allí sufrie-
se un gran castigo, digno de su atrevimiento[61].

Ellos hicieron lo ordenado y llevaron a la fosa a Antía 4
y los perros. Eran éstos perros egipcios, por lo demás
grandes y de terrible aspecto. Y, una vez que fueron me-
tidos dentro, cubrieron la fosa (que distaba poco del
Nilo) colocando encima grandes troncos y pusieron
como guardián a uno de los bandidos, Anfínomo.

Este Anfínomo se había sentido ya antes cautivado 5
por Antía, y entonces se sintió más compadecido y se
conmovió de su desgracia. Pensó, pues, en cómo con-
seguir que ella viviera más y que no le hicieran daño los
perros, y cada día, apartando los troncos colocados so-
bre la fosa, echaba dentro alimentos y le proporcionaba
agua y exhortaba a Antía a conservar el valor. Los pe- 6
rros, bien alimentados, nada malo le hacían, sino que
incluso se volvieron mansos y domésticos. Y Antía, mi-
rándose a sí misma y reflexionando sobre su suerte
presente, decía:

—¡Ay de mis males! ¿Qué castigo sufro? ¡La fosa y
la prisión, y los perros conmigo encerrados, mucho más
mansos que los bandidos! Lo mismo que tú, Habróco-
mes, sufro. Pues también tú estuviste una vez en igual 7
situación. A ti te dejé en Tiro en prisión, pero si aún
estás vivo, nada hay que me sea terrible, pues quizá
algún día nos tendremos el uno al otro. Mas si por el
contrario ya has muerto, en vano deseo yo vivir, y en

61 El encierro de Antía con perros es una escena similar a la prescripción del antiguo derecho romano que hacía encerrar al parricida en un saco junto con otros animales y un perro.

vano éste, quienquiera que sea, se compadece de mí, desdichada.

Así decía y se lamentaba sin cesar. Y ella estaba encerrada en la fosa con los perros, y por su parte Anfínomo cada día le daba a ella ánimos y a los perros los hacía mansos alimentándolos.

LIBRO QUINTO

Por su parte Habrócomes, al acabar su travesía desde 1
Egipto, no llegó a la propia Italia, pues el viento desvió la nave del camino recto y le hizo perder el rumbo, pero le llevó a Sicilia y desembarcaron en la ciudad de Siracusa [62], grande y bella.

Habrócomes, una vez que se encontró allí, decidió 2
recorrer la isla e investigar a ver si conseguía alguna noticia de Antía. Fijó su residencia cerca del mar en casa de un anciano, Egialeo, pescador de profesión. Este Egialeo era pobre y extranjero y se mantenía apenas con su oficio. Recibió a Habrócomes cordialmente, le consideraba como a su propio hijo y le amaba sobremanera. Y un día, cuando ya había mucha familiaridad 3
entre ellos, Habrócomes le contó su historia y le habló de Antía y de su amor y de su vagar errante, y Egialeo por su parte comenzó el relato de su vida:

—Yo, Habrócomes, hijo mío —dijo—, no soy siciliota 4
ni de esta tierra, sino de Esparta [63], lacedemonio, de los

62 Siracusa, situada en la costa Oriental de Sicilia y fundada por los corintios fue siempre la principal ciudad de la isla, muy grande y poblada y provista de dos puertos. En época romana, tras la conquista de la isla no perdió la primacía, siendo la residencia del pretor y de uno de los dos cuestores en época de la República.

63 Esparta, la ciudad rival de Atenas en el siglo v a. C., se encontraba en la península del Peloponeso, en la región llamada

5 más poderosos de allí y de gran riqueza. Cuando era joven me enamoré de una muchacha de la ciudad, Telxínoe se llamaba, y también correspondía a mi amor Telxínoe. Y cuando en la ciudad se celebraba la fiesta nocturna fuimos a encontrarnos uno con otro, guiándonos a ambos un dios, y gozamos de aquello por lo que
6 nos habíamos reunido[64]. Tuvimos relaciones un cierto tiempo sin que nadie se enterara y muchas veces nos juramos uno a otro tenernos hasta la muerte. Pero alguno de los dioses nos tuvo envidia.

Yo estaba todavía entre los efebos cuando a Telxínoe la entregaron sus padres en matrimonio a un joven de nuestra misma tierra llamado Androcles. Ya la amaba
7 también Androcles. Al principio la muchacha puso muchos pretextos para retrasar la boda, pero finalmente, cuando pudo encontrarse conmigo, convino en salir conmigo de Lacedemonia de noche. Nos vestimos los dos
8 de hombre y yo corté los cabellos de Telxínoe. Así pues, en la misma noche de la boda salimos de la ciudad y fuimos a Argos y Corinto[65], y de allí, embarcándonos, navegamos hasta Sicilia. Los lacedemonios, enterados de nuestra fuga, nos condenaron a muerte. Nosotros vivimos aquí con escasez de lo necesario, pero felices y pensando que gozábamos de todo porque estábamos juntos.
9 Y aquí, no hace mucho, murió Telxínoe, y yo no enterré su cuerpo, sino que lo tengo conmigo y constantemente lo beso y vivo con él.

Laconia, junto al río Eurotas. Las características de la vida espartana, con su organización casi militar, son bien conocidas.

[64] Las citas de amor en tales fiestas nocturnas son citadas a menudo. La Comedia Nueva gusta de este motivo.

[65] Es decir, se dirigieron por tierra, atravesando el Peloponeso, hacia el Nor-Este, a la Argólide y de allí a Corinto, ciudad situada en el extremo Nor-Este del Peloponeso, en el istmo del mismo nombre que une esta península con la Grecia central. Esta ciudad, con sus dos puertos, era uno de los principales centros comerciales de la Grecia antigua.

Al mismo tiempo que hablaba condujo a Habrócomes 10
a la habitación más recóndita de la casa y le mostró a Telxínoe, mujer ya anciana pero que a Egialeo aún le parecía bella y joven. Su cuerpo estaba embalsamado a la manera egipcia, pues el anciano la conocía.

—A ésta —dijo—, oh Habrócomes hijo mío, siempre 11
le hablo como si estuviera viva, y me acuesto con ella y con ella como. Y si alguna vez vengo cansado de la pesca, su vista me reconforta. Pues no me parece a mí como ahora la ves tú, sino que la imagino, hijo, como era en Lacedemonia, como cuando nuestra fuga. Veo las fiestas nocturnas y veo nuestro pacto.

Aún hablaba Egialeo cuando se puso a gemir Habró- 12
comes diciendo:

—¿A ti, oh la más desdichada de todas las muchachas, te encontraré algún día, aunque sea muerta? Pues para Egialeo es el gran consuelo de su existencia el cuerpo de Telxínoe, y ahora en verdad he aprendido que el verdadero amor no tiene límite de edad. Pero yo ando 13
errante por tierra y mar y no he podido ni siquiera oír nada sobre ti. ¡Oh oráculos de desdichas, oh Apolo, que nos has hecho los más crueles males! Compadécete ya y cumple el final de las profecías.

Así, llorando sus males Habrócomes y consolándole 2
Egialeo, vivía en Siracusa, tomando parte ya en el oficio de Egialeo. Por su parte, la banda de Hipótoo estableció que su botín ya era grande y decidieron marcharse de Etiopía y emprender acciones más importantes. No le 2
parecía a Hipótoo bastante asaltar a los viajeros, sino que atacaba también aldeas y ciudades. Él, pues, reuniendo a los suyos y cargando con todo su botín (pues tenía muchos animales de carga y no pocos camellos) abandonó Etiopía y se dirigió a Egipto y Alejandría, y pensaba también ir de nuevo a Fenicia y Siria. De Antía, creía que ya estaba muerta.

3 Por su parte Anfínomo, el que la cuidaba en la fosa, que estaba enamorado, no soportando la idea de separarse de la muchacha por su amor hacia ella y por la desgracia en que estaba, no siguió a Hipótoo. Pasó desapercibido entre todos los demás y se escondió en una
4 cueva con los víveres que había reunido. Al llegar la noche los hombres de Hipótoo llegaron a una aldea de Egipto, llamada Aría, con la intención de desvastarla, y Anfínomo abrió la fosa y sacó a Antía y la exhortó a
5 tener ánimo. Y como ella aún tenía miedo y sospechaba de él, le juró por el sol y por los dioses de Egipto que la guardaría intocada hasta que ella voluntariamente quisiera dar su asentimiento. Se dejó persuadir Antía por los juramentos de Anfínomo y le siguió. Y no les abandonaron los perros, sino que les tomaron cariño, llegando a serles familiares.

6 Fueron, pues, a Copto y decidieron pasar allí unos días hasta que la gente de Hipótoo se les adelantara bastante en el camino. Y se cuidaban de los perros, de que tuviesen suficiente comida.

7 Los hombres de Hipótoo atacaron la aldea de Aría y mataron a muchos de sus habitantes, incendiaron las casas y no siguieron el mismo camino, sino que fueron por el Nilo, pues habían reunido todas las embarcaciones de las aldeas que habían atravesado, y embarcando navegaron hacia Esquedia y...[66] y, desembarcando allí, recorrieron el resto de Egipto siguiendo las riberas del Nilo.

3 Entretanto el gobernador de Egipto se enteró de lo de Aría y de la banda de Hipótoo y de que venían de Etiopía, y preparando muchos soldados y poniéndoles como jefe a uno de sus parientes, Políido, joven de hermosa apariencia y bueno en la acción, los envió contra los bandidos.

[66] Aquí hay una laguna en el texto de no más de siete letras.

Este Políido tras recibir el ejército encontró a la banda de Hipótoo junto a Pelusio, y al punto se entabló la batalla junto a las orillas y cayeron muchos de cada bando y al llegar la noche se pusieron en fuga los bandidos y todos murieron a manos de los soldados, y también algunos fueron cogidos vivos. Sólo Hipótoo, 3
arrojando sus armas, escapó en la noche y llegó a Alejandría, y de allí, como pudo mantenerse oculto, se embarcó en una nave que iba a partir y se hizo a la mar. Toda su ansia era ir a Sicilia, pues pensaba que allí iba a pasar más desapercibido y a mantenerse mejor: había oído decir que era una isla grande y rica. 2

Políido pensó que no era suficiente haber vencido a 4
la banda de bandidos, sino que decidió que era necesario hacer investigaciones y limpiar Egipto, por si podía encontrar a Hipótoo o a algún otro de los suyos. To- 2
mando, pues, parte de la tropa y los bandidos que habían sido hechos prisioneros para que, si aparecía alguno, lo denunciaran ante ellos, remontó el Nilo y exploró las ciudades y pensó ir hasta Etiopía.

Y llegaron a Copto, donde estaba Antía con Anfíno- 3
mo. Ella se encontraba en casa y a Anfínomo lo reconocieron los bandidos prisioneros y se lo dijeron a Políido. Y cogieron a Anfínomo y en el interrogatorio contó lo de Antía. Él, tras oírlo, ordenó llevarla también a ella 4
y cuando llegó le preguntó quién era y de dónde, pero ella no dijo nada de la verdad, sino que dijo que era egipcia y había sido capturada por los bandidos.

Entonces se enamoró Políido de Antía con tremenda 5
pasión (él tenía esposa en Alejandría). Enamorado, al principio intentó convencerla haciéndole grandes promesas y finalmente, cuando descendiendo hacia Alejandría llegaron a Menfis, Políido intentó forzar a Antía. Ella pudo escapar y se fue al templo de Isis y en acti- 6
tud de suplicante dijo:

—Oh reina de Egipto, sálvame otra vez como ya tantas veces me has ayudado. Líbrame también de Políido, a mí que por ti me guardo pura para Habrócomes.

7 Políido al mismo tiempo temía a la diosa y amaba a Antía y se compadecía de su suerte. Fue, pues, al templo sólo y juró a Antía que nunca la forzaría ni le haría violencia alguna, sino que la guardaría pura hasta que ella quisiera. Pues le parecía que le bastaba a su amor sólo con verla y hablarla.

8 Se dejó persuadir Antía por sus juramentos y salió del templo, y como habían decidido descansar tres días en Menfis fue Antía al templo de Apis[67]. Era éste el más famoso de Egipto y allí hacía profecías el dios a los que
9 lo deseaban. En efecto, cuando uno, presentándose allí, hacía una súplica y rogaba al dios, él después salía y unos niños egipcios ante el templo predecían las cosas
10 futuras, unas en prosa, otras en verso. Fue, pues, también Antía y cayó a los pies de Apis.

—Oh tú, de entre los dioses —dijo— el más benévolo con los hombres, que te compadeces de todos los extranjeros, ten piedad también de mí, la infortunada, y dime
11 un oráculo verdadero sobre Habrócomes. Pues si voy de nuevo a verle y a recobrar a mi esposo, resistiré y seguiré viviendo. Pero si él ha muerto, es mejor que también yo deje esta vida miserable.

Diciendo esto y llorando salió del templo, y en ese momento los niños que jugaban ante el recinto sagrado gritaron a la vez:

—Antía recobrará pronto a Habrócomes, su esposo.

Al oírlo recobró el ánimo y elevó sus plegarias a los dioses. E inmediatamente partieron para Alejandría.

[67] Apis es el nombre del toro sagrado de los egipcios, reconocible por una mancha blanca en la cabeza, venerado como un dios y guardado en Menfis. Las noticias sobre los niños que recitaban los oráculos de Apis se encuentran también en otros autores de la Antigüedad.

Se enteró la mujer de Políido de que éste traía una 5
mujer de la que estaba enamorado, y temiendo que la extranjera la hiciera quedar relegada nada dijo a Políido, sino que por sí sola deliberó cómo podría castigar a la que creía que conspiraba contra su matrimonio.
Políido fue a contar al gobernador de Egipto lo ocurri- 2
do y luego a ocuparse del resto de sus deberes de mando en el ejército, y cuando él estaba ausente, Renea (pues así se llamaba la mujer de Políido) mandó a buscar a Antía (que estaba en la casa) y le rasgó los vestidos y maltrató su cuerpo diciendo: 3

—Oh miserable conspiradora contra el matrimonio, en vano le has parecido bella a Políido, pues no te va a servir de nada esa belleza. Quizá hayas podido, en efecto, seducir a los bandidos y acostarte con muchos jovencitos borrachos, pero el lecho de Renea no lo mancillarás sin que te pese.

Diciendo esto, le cortó los cabellos y la rodeó de ca- 4
denas, y entregándosela a un esclavo de confianza llamado Clito, le ordenó que embarcándose en una nave, la llevase a Italia y vendiera a Antía a un proxeneta.

—Así —dijo— podrás tú, la bella, saciar tu intemperancia.

Fue llevada, pues, Antía por Clito, llorando y lamen- 5
tándose:

—¡Oh belleza traidora —decía—, oh infortunada hermosura! ¿Por qué continuáis haciéndome daño? ¿Por qué os habéis convertido para mí en causa de tantas desgracias? ¿No os bastaron tumbas, muertes, cadenas, bandidos, sino que ahora me meterán en un burdel y un proxeneta me obligará a destruir la pureza que hasta ahora guardaba para Habrócomes?

—Pero, oh señor —dijo cayendo a los pies de Clito—, 6
no me lleves a ese castigo, sino mátame tú mismo. No soportaré un amo proxeneta. Estoy acostumbrada, créelo, a vivir sin mancha.

Así le suplicaba y Clito sentía compasión de ella.
7 Ella era llevada a Italia y Renea, cuando volvió Polii-
do, le dijo que Antía se había escapado y él la creyó,
por lo que ya había hecho antes.
Antía fue conducida a Tarento[68], ciudad de Italia, y
allí Clito, siguiendo por miedo las prescripciones de Re-
8 nea, la vendió a un proxeneta. Éste, viendo una belleza
cual nunca antes había contemplado, pensó que iba a
sacar una gran ganancia de la muchacha y durante algu-
nos días la hizo recuperarse del cansancio de la trave-
sía y de los golpes de Renea. Y Clito volvió a Alejandría
y Refirió a Renea lo que había hecho.
6 Hipótoo por su parte llevó a término su travesía y
arribó a Sicilia, pero no a Siracusa, sino a Taurome-
nio[69], y buscaba la ocasión de procurarse lo necesario.
A Habrócomes le pasó mucho tiempo en Siracusa y
cayó en el desánimo y en una terrible desesperación,
porque ni encontraba a Antía ni podía reintegrarse a su
2 patria. Decidió en consecuencia salir de Sicilia y pasar
a Italia, y de allí, si no encontraba nada de lo que bus-
caba, emprender la triste travesía a Éfeso. Ya sus pa-
dres y todos los efesios estaban llenos de tristeza, no
habiendo llegado ni mensajero ni cartas de parte de
ellos. Enviaron a todas partes gentes que investigaran.
3 Y no pudiendo resistir más por la desesperación y la
vejez, los padres de ambos se quitaron a sí mismos la
vida.
Habrócomes realizaba el viaje hacia Italia, y por su
parte Leucón y Rode, los compañeros de Habrócomes y
Antía, tras morir su amo en Janto y dejarles su heren-
cia (que era mucha) decidieron navegar hacia Éfeso,

[68] Tarento, importante y rica ciudad del Sur de Italia, en el Golfo Tarentino, uno de los principales puertos comerciales de la Italia romana.

[69] Tauromenio, ciudad de la costa occidental de Sicilia, al pie del monte Etna.

pensando que ya estarían a salvo sus señores y que ellos
habían experimentado ya bastante la desgracia del exi-
lio. Metiendo todas sus riquezas en una nave, se hicie- 4
ron a la mar en dirección a Éfeso, y llevando a buen
término la travesía en no muchos días arribaron a
Rodas, y allí, enterados de que aún no se habían salvado
Habrócomes y Antía, y de que sus padres habían muer-
to, decidieron no ir a Éfeso y quedarse allí algún tiempo
hasta que supieran algo de sus señores.
El proxeneta que había comprado a Antía la obligó, 7
al cabo de cierto tiempo, a exponerse públicamente ante
el burdel, y adornándola con un hermoso vestido y mu-
cho oro la llevó para que se expusiera a la puerta. Ella
dando grandes voces dijo: 2
—¡Ay de mis males! ¿No fueron bastantes mis des-
gracias, las cadenas, los bandidos, sino que todavía voy
a ser obligada a prostituirme? ¡Oh belleza, con justicia
ultrajada! ¿Por qué permaneces conmigo tan inoportu-
namente? Pero, ¿por qué me lamento de esto y no busco
medio de guardar la pureza que hasta ahora he con-
servado?
Diciendo esto, fue llevada al burdel del proxeneta, el 3
cual por una parte la exhortaba a tener ánimo, y por
otra la amenazaba. Y cuando llegó y se expuso pública-
mente afluyó una gran multitud de hombres admirados
de su belleza, y la mayoría estaban dispuestos a pagar
dinero por su deseo. Y ella, colocada en una desgracia 4
a la que no veía solución, encontró un medio de esca-
par de ella. Cayó, en efecto, a tierra y relajó su cuerpo
e imitó a los que padecen la llamada *enfermedad sagra-
da*[70]. Los presentes sintieron a la vez pena y miedo y
desistieron del deseo de unirse a ella y cuidaron a Antía.
El proxeneta al enterarse de la desgracia que había 5
ocurrido, y creyendo que de verdad estaba enferma la

[70] Es decir, la epilepsía.

muchacha la llevó a casa y la hizo acostarse y la cuidó,
y cuando le pareció que volvía en sí le preguntó por la
6 causa de su enfermedad. Y Antía dijo:

—Ya antes, amo, quise decirte mi desgracia y contarte
lo que me ocurría, pero lo oculté por vergüenza. Pero
ahora ya no me es difícil decirte nada, pues todo lo
sabes ya sobre mí.

7 Cuando aún era niña, en una fiesta nocturna, me alejé
de los míos y llegué a la tumba de un hombre recién
muerto, y entonces se me apareció alguien que salía
corriendo de la tumba e intentaba cogerme. Yo huí y
8 grité. El hombre era de terrible aspecto y tenía una voz
más tremenda todavía. Finalmente se hizo de día y al
dejarme me golpeó en el pecho[71] y dijo que me había
9 metido dentro esta enfermedad. Desde entonces me coge
este mal, unas veces de una manera y otras de otra.
Pero te suplico, amo, que no te enfades conmigo, pues
no soy yo la culpable de ello. Además, todavía puedes
venderme y no perderás nada del precio que pagaste.

Al oírla se afligió el proxeneta, pero convino con ella
en que no sufría ese mal por su voluntad.

8 Ella era cuidada en casa del proxeneta como si estu-
viera enferma, y por su parte Habrócomes salió de Sici-
lia y arribó a Nucerio[72] de Italia, y estando indeciso
sobre lo que iba a hacer, por su falta de recursos, al
2 principio recorrió la zona buscando a Antía, pues ella
era el objetivo de toda su vida y de su largo vagar.
Y como nada encontró (pues la muchacha estaba en
Tarento, en casa del proxeneta) se puso a sueldo con

---

[71] El golpe de un espectro como causante de la epilepsía apa-
rece también en PETRONIO, 9 y 10, y es citado por GRIMM *(Dicc. Mitol.* 429) el mismo efecto del golpe de los Elfos. Es curiosa la
enumeración de causas supersticiosas de esta enfermedad que
hace Hipócrates.

[72] Quizá sea Nuceria Alfaterna, ciudad de la Campania junto
al río Sarno. El problema es que esta ciudad está tierra adentro.

los picapedreros. El trabajo le era penoso, pues no esta- 3
ba acostumbrado su cuerpo a someterse a tareas vio-
lentas y duras. Se sentía desgraciado y muchas veces
lamentando su destino decía:

—Ay Antía, tu Habrócomes se ha hecho obrero de
un oficio miserable y ha sometido su cuerpo a la escla-
vitud. Y si tuviera alguna esperanza de encontrarte y 4
de vivir contigo en lo sucesivo, eso me daría más ánimo
que nada. Pero ahora quizá me esfuerzo yo, desdichado,
en vano e inútilmente, y tú quizá has muerto de pena
por Habrócomes. Estoy seguro, mi amadísima, que nun-
ca, ni en la muerte, te has olvidado de mí.

Así se lamentaba, y soportaba con dolor sus traba- 5
jos, y entre tanto a Antía en Tarento se le presentó una
visión en sueños. Le pareció que ella estaba con Habró-
comes, hermosa con él hermoso, y que era la primera
época de su amor. Y que aparecía otra mujer bella y 6
arrancaba de su lado a Habrócomes, y finalmente, dan-
do él gritos y llamándola por su nombre, se levantó y
se acabó el sueño[73]. Cuando soñó esto se levantó de un 7
salto y se puso a llorar, y consideró verdad lo que había
visto.

—¡Ay de mis males! —dijo—, yo me someto a todo
tipo de trabajos y experimento, desdichada, bien varia-
das desgracias, y encuentro artimañas por encima de
las fuerzas de una mujer para salvaguardar mi fidelidad
a Habrócomes, y a ti quizá te parece bella otra mujer;
eso en efecto me ha indicado el sueño. ¿Por qué, pues, 8
vivo todavía? ¿Por qué me aflijo? Es mejor morir y
abandonar esta mísera vida, abandonar esta esclavitud
ignominiosa y llena de peligros. Y si es verdad que Ha- 9
brócomes ha roto sus juramentos, que los dioses no le

---

[73] En este caso el sueño de Antía sólo parece ser un recurso
para aumentar y justificar las emociones de Antía y sus refle-
xiones sobre el suicidio.

castiguen por ello; quizá lo ha hecho obligado por la necesidad. A mí en cambio me está bien morir en la pureza.

Esto decía entre lamentos y buscaba un medio de matarse.

9 En Tauromenio, Hipótoo el perintio lo pasó muy mal al principio por la falta de recursos, pero al cabo del tiempo se enamoró de él una vieja y él se casó con ella, obligado por la indigencia, y tras vivir con ella un poco de tiempo ella se murió y él heredó mucha riqueza y opulencia: un gran cortejo de esclavos, una gran fortuna en vestidos y magnificencia de enseres.

2 Decidió entonces navegar a Italia, comprar bellos esclavos y esclavas y toda la guarnición de otros enseres, cuanta corresponde a un hombre opulento. Y se acordaba continuamente de Habrócomes y deseaba encontrarlo, pues tenía en gran estima el poder compartir con él toda su vida y sus riquezas.

3 Él, haciéndose a la mar, arribó a Italia y le seguía un muchacho de una buena familia de Sicilia, Clístenes de nombre, que participaba de todas las posesiones de Hipótoo, pues era bello.

4 El proxeneta, pareciéndole que Antía estaba ya curada, pensaba en cómo venderla y la llevó al ágora y la
5 exhibió ante los compradores. En ese momento daba
una vuelta Hipótoo por la ciudad de Tarento, buscando algo bello que comprar, y vio a Antía y la reconoció y se quedó estupefacto por lo ocurrido y se puso a reflexionar mucho sobre ello:

—¿No es ésta la muchacha que en otro tiempo, en Egipto, hice enterrar en una fosa para vengar la muerte de Anquíalo, y encerré perros con ella? ¿Qué cambio es éste? ¿Cómo se salvó? ¿Qué fuga de la fosa es ésta? ¿Qué esta salvación prodigiosa?

6 Diciendo esto se acercó como si quisiera comprarla y colocándose a su lado dijo:

—Oh joven, ¿no conoces Egipto, ni caíste en manos de unos bandidos en Egipto, ni sufriste ningún otro peligro en aquella tierra? Dímelo con valor, pues te he reconocido.

Al oír hablar de Egipto y recordar a Anquíalo y la 7
banda de bandidos y la fosa se puso a lamentarse y gemir, y mirando a Hipótoo (en modo alguno le reconoció), dijo:

—He sufrido en Egipto muchos males, oh extranjero, quienquiera que seas, y terribles, y he caído en manos de bandidos. Pero tú —añadió— ¿cómo es que conoces
mi historia? ¿De dónde dices conocer a esta desdicha- 8
da? He sufrido en efecto cosas célebres y famosas, pero a ti no te conozco en absoluto.

Hipótoo, al oírla y reconocerla aún más por lo que 9
decía, permaneció en ese momento en calma, y comprándosela al proxeneta la llevó a su casa y la exhortó a tener ánimo, le dijo quién era, le recordó lo ocurrido
en Egipto y le narró su enriquecimiento y su huida. Ella 10
le suplicó que la perdonara, y le explicó que había matado a Anquíalo por no guardarle respeto, y le habló de la fosa, de Anfínomo, de la mansedumbre de los perros y
la salvación. Se apiadó de ella Hipótoo y ya no le pre- 11
guntó más quién era.

Por la vida diaria en común con la muchacha también Hipótoo se inflamó de deseo por Antía y quiso poseerla
y le hizo muchas promesas. Ella al principio se negó, 12
diciendo que era indigna del lecho de un amo, pero finalmente, como Hipótoo la presionaba, no sabiendo qué hacer y pensando que era mejor decirle todo lo que había ocultado que transgredir sus pactos con Habrócomes, le habló de Habrócomes, de Éfeso, de su amor, los juramentos, las desgracias, los piratas, y sin cesar gemía por Habrócomes.

Hipótoo, al oír que ella era Antía, que era la esposa 13
del amigo al que más amaba entre todos, la abrazó y

la exhortó a tener ánimo y le contó su amistad con Habrócomes. Y la guardó [pura] en casa, tributándole todo tipo de cuidados por respeto a Habrócomes, y él mismo emprendió investigaciones para tratar de encontrar a Habrócomes.

10 Habrócomes en un primer momento trabajó penosamente en Nucerio, pero al final, no resistiendo ya el trabajo, decidió embarcarse en una nave y poner proa a
2 Éfeso. Así, bajando de noche al mar, llegó a un barco presto a levar anclas y embarcándose navegó de nuevo a Sicilia para, desde allí, seguir a Creta, Chipre [74] y Rodas y de allí llegar a Éfeso. Esperaba tener noticias de Antía en tan largo viaje.

3 Él se hizo a la mar con pocos recursos, y llevando a buen término la travesía llegó primero a Sicilia y se encontró con que su antiguo huésped, Egialeo, había muerto. Tras hacer libaciones en su tumba y llorarle mucho se hizo de nuevo a la mar y llegó a Creta, estuvo en Chipre y, tras pasar allí unos días y hacer súplicas a la diosa de Chipre [75], se hizo a la mar y llegó a Rodas. Allí se estableció cerca del puerto.

4 Ya se encontraba junto a Éfeso y le invadió el recuerdo de todos sus males: la patria, los padres, Antía, los esclavos, y gimiendo dijo:

—¡Ay de mis males! A Éfeso iré solo, y seré visto por mis padres sin Antía y haré, desdichado, una travesía vana y contaré una historia quizá increíble, sin tener conmigo a nadie que haya participado en mis desgra-
5 cias. Pero ten ánimo, Habrócomes, y cuando estés en Éfeso sobrevive sólo el tiempo suficiente para elevar

74 El trayecto de Sicilia a Rodas por Chipre no está justificado ni siquiera por el deseo de mantenerse cerca de las costas. ¿Quizá es que se trata de una nave de líneas regulares?

75 La diosa de Chipre es Afrodita, diosa del amor, que nació según el mito en esta isla.

una tumba a Antía [76] y llorarla y hacer libaciones por ella, y luego llévate a ti mismo junto a ella.

Esto decía y recorría la ciudad fuera de sí, sin noticias de Antía y sin recursos.

Entretanto Leucón y Rode, que se habían quedado 6
en Rodas, habían dedicado ofrendas en el templo de Helios junto a la armadura de oro que habían dedicado antes Antía y Habrócomes. Ofrecieron una estela inscrita con letras de oro en honor de Habrócomes y Antía, y estaban escritos en ella también los nombres de los oferentes, Leucón y Rode. Con esta estela se encontró 7
Habrócomes cuando fue a orar ante el dios. La leyó, pues, y reconoció a los oferentes y la fidelidad de sus servidores, y al ver cerca la armadura lanzó grandes lamentos sentado junto a ella.

—¡Ay de mí —decía— totalmente desdichado! Llego 8
al término de la vida y al recuerdo de mis desgracias. He aquí esta armadura que yo ofrecí con Antía, y habiendo partido con ella por mar de Rodas llego ahora sin traerla a ella. Si esta estela es una ofrenda de nuestros compañeros en honor de ambos, ¿quién seré, pues, yo sólo? ¿Dónde encontraré a esos seres amadísimos?

Se lamentaba diciendo estas cosas y en ese momento 9
se presentaron Leucón y Rode a adorar al dios como de costumbre y vieron a Habrócomes sentado junto a la estela y mirando la armadura y no le reconocieron, y se asombraron de quién podría permanecer así junto a ofrendas ajenas. Y Leucón le dijo:

—¡Oh muchacho! ¿Por qué, sentado junto a ofrendas que no te conciernen, gimes y te lamentas? ¿Qué interés tienes en ellas? ¿Qué relación tienes con los aquí inscritos?

Y les respondió Habrócomes:

76 También Calírroe eleva una tumba a Quéreas sin tener su cuerpo (CARITÓN, IV 1, 3).

—Mías —dijo—, mías son las ofrendas de Leucón y
Rode, a los que suplico ver con Antía, yo el infortunado
Habrócomes.
11 Al oírle ambos se quedaron estupefactos, y después,
recobrándose poco a poco le reconocieron por su aspec-
to, por la voz, por lo que decía, por el haber recordado
a Antía, y cayeron a sus pies y le contaron su historia,
su viaje a Siria desde Tiro, la cólera de Manto, el paso
a otras manos, la venta en Licia, la muerte de su amo,
12 la riqueza, la llegada a Rodas. Y cogiéndole lo llevaron
a la casa donde ellos se alojaban y le entregaron sus
riquezas y se ocuparon de él, le rodeaban de cuidados
y le exhortaban a tener valor. Pero para él nada había
más valioso que Antía y la lloraba a cada momento.

11 Él vivía en Rodas con sus compañeros, deliberando
qué iba a hacer. Por su parte Hipótoo decidió llevar a
Antía de Italia a Éfeso para devolverla a sus padres y
enterarse allí si había alguna noticia sobre Habróco-
mes; y embarcando todos sus bienes en una gran nave
efesia se hizo a la mar con Antía, y, realizando una agra-
2 dable travesía, en no muchos días arribó a Rodas aún
de noche y allí se alojó en casa de una anciana, Altea
de nombre, cerca del mar, y llevó a Antía con la patrona.

Y él aquella noche la dedicó al descanso, y a la si-
guiente pensaron ya en la marcha, pero había una mag-
nífica fiesta pública en la que los rodios celebraban a
Helios[77], y había procesión, sacrificios y muchedumbres
3 de ciudadanos que celebraban la fiesta. Asistían Leucón
y Rode, no tanto para participar en la fiesta como para
investigar si se enteraban de algo sobre Antía. Y llegó
Hipótoo al templo llevando a Antía, y ella, al ver las
ofrendas y recordar los tiempos pasados, dijo:

77 Conocemos, a través de las inscripciones, unas fiestas de Rodas en honor de Helios, las Grandes Helieas, que se celebraban cada cuatro años, con juegos gimnásticos y musicales y la gran procesión de que aquí habla Jenofonte de Éfeso.

—Oh Helios que ves a todos los hombres, que sólo 4
has pasado de largo junto a mí, la desdichada, que sin
embargo antes estuve en Rodas y llena de felicidad me
prosterné ante ti y te ofrecí sacrificios con Habróco-
mes, y entonces me consideraba feliz. Y ahora, esclava
en lugar de libre, y cautiva, desdichada, en lugar de fe-
liz, voy a Éfeso sola y me mostraré ante mis parientes
sin Habrócomes.

Así habló y derramó abundantes lágrimas y suplicó a 5
Hipótoo que le permitiera cortar sus cabellos y ofre-
cérselos a Helios[78] y hacer súplicas por Habrócomes.
Consintió en ello Hipótoo y cortando sus bucles cuanto 6
pudo y escogiendo una ocasión favorable, cuando todos
se habían ido, hizo la ofrenda con la inscripción:

Por su esposo Habrócomes, Antía sus cabellos
al dios dedicó

Tras hacer esto y elevar sus plegarias al dios se mar-
chó con Hipótoo.

Leucón y Rode, que hasta entonces habían estado en **12**
la procesión, se presentaron en el templo y vieron las
ofrendas y reconocieron el nombre de su señora. Y pri-
mero besaron los cabellos y lloraron mucho como si
estuviesen viendo a Antía, y finalmente recorrieron la
ciudad por si podían encontrarla por alguna parte (la
muchedumbre de los rodios conocía ya sus nombres por
su estancia anterior en la ciudad). Y no encontrando 2
nada aquel día se fueron y contaron a Habrócomes lo
que había en el templo. Él sintió su alma conturbada
por lo inesperado del hecho, pero concibió grandes espe-
ranzas de encontrar a Antía.

Al día siguiente fue Antía de nuevo al templo con Hi- 3
pótoo, pues no había buen tiempo para navegar, y sen-

78 La ofrenda de los cabellos era frecuente en los ritos griegos, especialmente como ofrenda funeraria.

tándose ante las ofrendas lloraba y se lamentaba. En
ese momento entraron Leucón y Rode, que habían de-
jado en casa a Habrócomes caído de nuevo en el desáni-
mo, y al llegar vieron a Antía, y les fue todavía des-
conocida, pero unieron todo: el amor, las lágrimas, las
4 ofrendas, los nombres, la figura... Y así poco a poco la
reconocieron y cayendo a sus rodillas se quedaron sin
habla. Ella se asombraba, sin saber quiénes eran ni qué
5 querían, pues no esperaba ver a Leucón y Rode, y ellos,
volviendo en sí, dijeron:

—Oh señora nuestra, Antía, nosotros somos tus servidores, Leucón y Rode, los que contigo compartieron el exilio y los piratas. Pero ¿qué Fortuna te ha traído aquí? Ten ánimo, señora, Habrócomes está a salvo y está aquí, siempre llorándote.

6 Al oírles Antía se quedó muda de estupor, y recobrándose con dificultad y reconociéndolos los abrazó y los besó y supo claramente todo lo de Habrócomes.

13 Afluyó todo el pueblo de los rodios enterados de que
habían sido encontrados Antía y Habrócomes. Se pre-
sentó entre tanto también Hipótoo y así lo conocieron
la gente de Leucón y él se enteró de quiénes eran. Y
todo lo demás iba perfectamente y sólo faltaba el que
Habrócomes aún no sabía nada. Corrieron cuanto pu-
2 dieron a casa, y él, cuando oyó de boca de los rodios
el encuentro de Antía, echó a correr por en medio de la
ciudad gritando «¡Antía!» como un loco, y se encontró
con los que acompañaban a Antía junto al templo de
Isis [79], y una gran multitud de rodios los seguía.

3 Cuando se vieron el uno al otro se reconocieron al punto, pues eso era lo que deseaban sus almas, y abrazándose cayeron a tierra. Les dominaron al mismo tiem-

[79] El encuentro junto al templo de Isis es fundamental para hacer que se cumplan las predicciones del oráculo que atribuye el reencuentro de los dos esposos a la protección de esta diosa.

po muchos sentimientos juntos: alegría, tristeza, miedo, el recuerdo de lo pasado, el temor al futuro...

El pueblo de los rodios prorrumpió en aclamaciones y gritos de alegría, saludando a Isis con el nombre de «Gran Diosa».

—¡De nuevo —decían— vemos a Habrócomes y Antía, los bellos!

Ellos volvieron en sí y levantándose entraron en el 4
templo de Isis:

—A ti —dijeron—, Gran Diosa, te damos las gracias por nuestra salvación. Por ti, oh la más preciada de todas para nosotros, nos hemos recobrado el uno al otro.

Se echaron al suelo al pie del recinto sagrado y se prosternaron ante el altar.

Entonces los de Leucón los llevaron a casa e Hipótoo 5
trasladó sus cosas a la casa de Leucón y estaban dispuestos a emprender el viaje a Éfeso. Después de ofrecer sacrificios aquel mismo día y celebrar un banquete, vinieron las muchas y variadas historias de todos, cuantas cosas habían sufrido y había hecho cada uno, y alargaron mucho el banquete, porque habían vuelto a encontrarse tras tan largo tiempo.

Y cuando llegó la noche, se fueron a dormir todos los 6
demás como les correspondía; Leucón y Rode, Hipótoo y el muchacho de Sicilia que le había seguido a Italia, Clístenes el bello. Y Antía se acostó con Habrócomes.

Cuando todos los demás se habían dormido y había 14
una profunda calma, Antía, abrazándose a Habrócomes, prorrumpió en lágrimas diciendo:

—Esposo y dueño mío, te he recobrado después de
andar errante por tierra y mar, después de escapar de
amenazas de bandidos, asechanzas de piratas y ultrajes
de proxenetas, y cadenas, fosas, troncos, venenos y tum-
bas. Pero llego a ti, Habrócomes, dueño de mi alma, 2

tal como al principio te dejé en Tiro al partir hacia Siria. Nadie pudo persuadirme de ofenderte, ni Meris en Siria, ni Perilao en Cilicia, ni en Egipto Psamis, ni Políido, ni Anquíalo en Etiopía, ni en Tarento mi amo, sino que permanezco pura para ti, habiendo inventado todo
3 tipo de argucias para guardarme. Y tú, Habrócomes, ¿has permanecido también puro o me ha relegado a tus ojos otra hermosa? ¿O no te ha obligado nadie a olvidarte de tus juramentos y de mí?

4 Así decía y no dejaba de besarle, y Habrócomes dijo:

—Te juro por el día añorado que con tantas dificultades hemos encontrado que ni virgen alguna me pareció bella ni la vista de ninguna otra mujer me agradó, sino que has encontrado a Habrócomes tal como lo dejaste en Tiro, en la prisión.

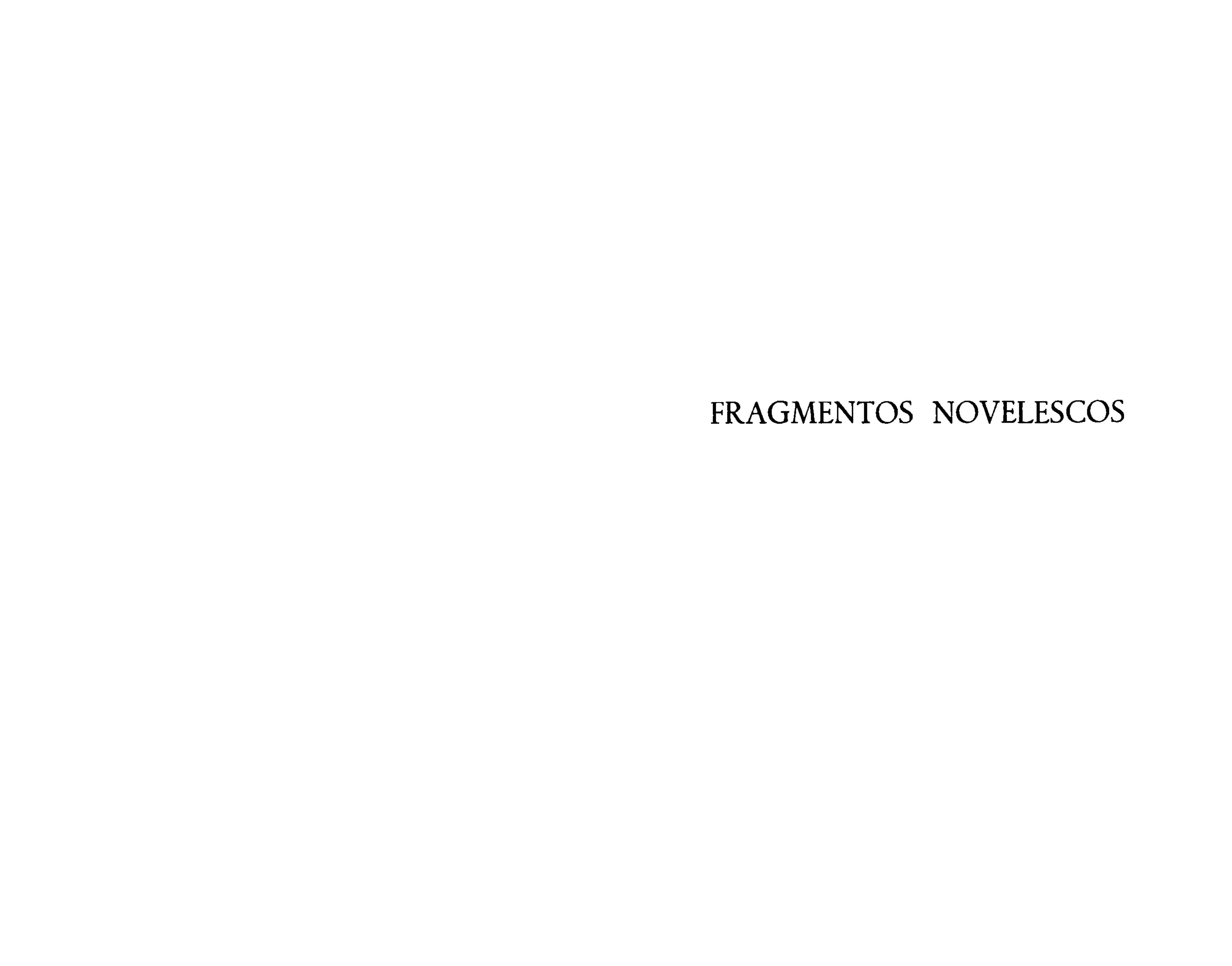
15 Así hacían su defensa uno ante el otro durante toda la noche, y fácilmente se convencieron, ya que eso era lo que deseaban. Y cuando llegó el día se embarcaron en una nave, y poniendo dentro todos sus bienes se hicieron a la mar, yendo a darles escolta todo el pueblo de los rodios. Partió con ellos también Hipótoo, llevándose todo lo suyo y a Clístenes, y en pocos días dieron término a la travesía y arribaron a Éfeso.

2 Sabía de antemano la noticia de su salvación la ciudad entera, y cuando desembarcaron, tan pronto como pudieron, fueron al templo de Ártemis y dedicaron a la diosa una inscripción con todo cuanto habían sufrido
3 y hecho. Y después de hacer esto volvieron a la ciudad y construyeron grandes tumbas para sus padres (pues habían muerto antes por la vejez y la desesperación), y ellos en lo sucesivo pasaron su vida juntos entre fiestas. Y Leucón y Rode participaron de todo esto con sus compañeros, y decidió también Hipótoo pasar el resto de su vida en Éfeso, y yendo a Lesbos elevó a Hiperan-

tes una gran tumba, y, adoptando a Clístenes vivió Hipótoo en Lesbos con Habrócomes y Antía.

Fin de las historias efesíacas de Antía y Habrócomes de Jenofonte

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS



FRAGMENTOS NOVELESCOS

INTRODUCCIÓN

1. *Los papiros y la novela griega*

El hallazgo de papiros griegos en Egipto tuvo gran importancia para el estudio de la novela, ya que obligaron a modificar sustancialmente la cronología de las novelas ya conocidas, y por tanto a replantear toda la historia de la evolución del género. Además de esto, los papiros nos han proporcionado conocimiento, si bien sólo fragmentario, de otras muchas novelas desconocidas por otras fuentes o, como es el caso de Antonio Diógenes, de las que sólo teníamos noticias indirectas.

La abundancia de fragmentos de novelas distintas nos ha dado idea, además, de la popularidad y difusión que alcanzó el género en época romana. Los estudiosos de la época romana, y después de ellos los de la bizantina, solamente sintieron interés y aprecio por algunas novelas, las más influidas por la retórica de estilo más literario, y son éstas solas las que nos han transmitido. Las demás, la inmensa mayoría de un género sumamente popular, fueron dejadas de lado y solamente hemos podido llegar a conocer algunas parcialmente por el descubrimiento de papiros egipcios a que nos hemos referido.

Del hecho de que esta producción novelesca griega no sólo fue amplia, sino además extraordinariamente difundida y popular tenemos constancia por el hallazgo

de mosaicos en algunas *villae*, como la de Antioquía (cf. Fr. 5 *Introducción)*, con motivos y personajes de algunas de estas novelas perdidas.

2. *Publicaciones*

De los fragmentos de novela se han hecho dos recopilaciones que resultan ambas ya incompletas. La primera de ellas fue la de Lavagnini [1] (Leipzig, 1922). Más completa es la de F. Zimmermann [2] (Heidelberg, 1936), cuyos textos utilizamos básicamente en nuestra traducción, siempre que no digamos nada en contra, y que citaremos a partir de ahora simplemente por el nombre del autor más el número del fragmento.

Después de la recopilación de Zimmermann ha surgido un cierto número de nuevos fragmentos (frs. 5, 7, 8 y 9), y se han clasificado como novelas otros anteriormente considerados de otro género literario (frs. 10 y 13). Incluso hemos dejado fuera algún fragmento que por lo escasísimo del texto conservado, apenas dos o tres líneas, no parecía que mereciera la pena incluirlo en una traducción.

Las características de la publicación de los papiros por colecciones según el lugar en que se conservan *(POxy.*, *PSI*, etc.), o bien en revistas especializadas, hace que la bibliografía sobre los fragmentos de novela griega sea muy dispersa y que cada uno de ellos tenga en este aspecto su propia historia. Es indispensable citar la bibliografía sobre papiros literarios de Pack y las noticias que da sistemáticamente el *Archiv für Papyrusforschung* donde se agrupan los papiros por temas, y los papiros literarios por géneros.

[1] B. Lavagnini, *Eroticorum graecorum fragmenta papyracea*, Leipzig (Col. Teubner), 1922.

[2] F. Zimmermann, *Griechische Roman-Papyri und verwandte Texte*, Heidelberg, 1936.

Rattenbury dedica el capítulo V del tomo III de *New Chapters* [3] al estudio y comentario de los fragmentos de novela conocidos entonces, y parte de ellos son estudiados también en las obras generales sobre la novela griega de Perry, C. García Gual, así como en la revisión de Garin [4] de algunos de los fragmentos más importantes.

3. *Orden de los fragmentos*

En vista de que todas las recopilaciones de papiros resultan ya incompletas, nos hemos permitido deshacer la ordenación de Zimmermann y hemos colocado los fragmentos tratando de seguir en lo posible un orden cronológico. Tal orden puede establecerse en lo que respecta a grandes períodos de tiempo (fragmentos del siglo I a. C., I d. C., etc.), pero el establecimiento de la cronología relativa dentro de los de un mismo siglo es imposible. Dentro de los del siglo II d. C. sabemos solamente que el n.º 4, *Herpilis*, es anterior a los demás, pues se fecha generalmente en los primeros años de este siglo. Pero respecto de los otros ya no podemos decir nada más.

El fragmento más antiguo, siglo I a. C., que es al mismo tiempo la novela más antigua de todas las atestiguadas, es el de la novela de *Nino y Semíramis*, basada en personajes histórico-legendarios. Posterior a ella, del I d. C., y más o menos contemporáneo de Caritón es

[3] *New Chapters in the history of the Greek Literature*, ed. J. U. Powell, E. A. Barber y otros, tomos I-III, Oxford, 1921-23.

[4] B. E. Perry, *The ancient romances*, Oxford, 1967. C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972. F. Garin, «I papiri di Egitto e i romanzi greci», *Stud. Ital. di Filol. Clas.* NS 1 (1920), 163 ss.

Antonio Diógenes y el de *Quíone* (n.º 2 y 3 respectivamente). El siglo II d. C. es el del apogeo del género, y fechables dentro de él tenemos gran cantidad de fragmentos de papiros de muy diversos temas y estilos. Asimismo, de las épocas II-III y III d. C. hay comparativamente bastante cantidad de fragmentos, y su número disminuye a partir del IV.

4. *Los temas*

Para la consideración de los orígenes de la novela griega ha sido muy importante la reciente identificación de los personajes de Metíoco y Parténope (fr. n.º 5) como personajes históricos que el autor ha tomado de Heródoto, del mismo modo que Caritón toma a sus protagonistas de Tucídides. El hecho de que la primera novela conocida, la de Nino, sea también de ambiente histórico, que la cronología de la de Caritón se haya adelantado tanto, y ahora que también esta novela sea histórica hace pensar que en sus orígenes la novela griega fue de ambiente histórico, procediendo el género de obras como la *Ciropedia* y la historiografía en general.

El propio Antonio Diógenes, pese a que su novela se inscribe dentro del género de lo fantástico, de la aretalogía, trata de situarla en un ambiente histórico, la centra en torno a un personaje conocido, en este caso el filósofo Pitágoras. No utiliza los personajes históricos para convertirlos en protagonistas, pero sí sitúa la acción en una época determinada del pasado griego, haciendo incluso referencia a personajes concretos que, como el tirano Enesidemo, dotan a la acción de una datación precisa.

Hay otro fragmento datable en este mismo siglo I d. C., el n.º 3, *Quíone*. Del tema de esta novela es difícil decir nada seguro, dado lo fragmentario del testimonio, pero llama la atención el hecho de que en él se hable de una corte real y una sucesión a un trono, ambiente que puede hacer también pensar en un contexto histórico o histórico-legendario.

Ya en época tardía, siglos III-IV d. C., encontramos el fragmento de *Sesoncosis* que demuestra que el género histórico no desapareció nunca del todo en la novela griega.

Posteriormente la ficción dio un paso más y se extendió ya a todo el tema: anécdota y personajes salen exclusivamente de la imaginación del autor. Este paso coincide además con el aumento del gusto por los ambientes exóticos y orientales, por los detalles patéticos y tremendistas, e incluso macabros, gusto ya patente en cierta medida en las *Efesíacas* y que alcanza un alto nivel en Loliano y en el propio Aquiles Tacio, que sustituye la crudeza del anterior con un tratamiento retórico y una cierta estilización que quita hierro a muchas de sus escenas.

Coincide también con un cambio del sentido moral en materia erótica, que pasa de la exaltación de la castidad a ultranza aún presente en Jenofonte de Éfeso y bien patente en Caritón y en *Nino y Semíramis* (fr. 1) y en Antonio Diógenes (fr. 2) a un cierto regusto por los detalles eróticos que es claro en los fragmentos de Loliano, cuya novela debía entrar en el grupo de las novelas licenciosas como dice el *Suda* que son las *Rodíacas* de Filipo y como son ciertos episodios del *Asno de Oro* de Apuleyo.

Aumenta asimismo el gusto por lo fantástico, por la magia (fr. 13), y la intervención de sueños y visiones (Loliano, fr. 9), y entra ya en juego la sátira y la parodia de ciertos ritos, como en *Yolao* (fr. 8), que preludia ya el *Satiricón*.

Aparte de estos rasgos generales, los temas de los fragmentos que conservamos son muy variados. Algunos

nos transmiten escenas típicas de novela, como la descripción de una tempestad (fr. 4), desesperación de la heroína (fr. 6), escenas del encuentro final de la novela (fr. 11 y 12), etc., que serán comentadas en la pequeña Introducción que precede a cada fragmento.

JULIA MENDOZA

TABLA CRONOLÓGICA

Pretendemos construir una tabla que al mismo tiempo que sirva de Índice a nuestra recopilación de fragmentos dé una idea de a qué novela de las que conocemos completas corresponde en el tiempo cada fragmento. Para ello, en la primera columna pondremos el número de nuestra colección seguido del título del fragmento, en la segunda el siglo a que corresponde y en la tercera los autores de novela griega fechados en esa misma época.

Fr.	*fecha*	
1. Nino y Semíramis	I a. C.	
2. Ant. Diógenes	I d. C.	Caritón
3. Quíone		
4. Herpilis	Inic. II d. C.	Jenofonte de Éfeso
5. Metíoco y Parténope		
6. Calígone		Jámblico
7. Loliano	II d. C.	
8. Yolao		
9. Sueño		Aquiles Tacio
10. La crecida del Nilo		
11. ¡Encontrado!		Longo
12. Antía	II-III d. C.	
13. Poderes mágicos		

Fr.	fecha	
14. Dionisio	III d. C.	Heliodoro
15. Sesóncosis	III-IV d. C.	
16. Olenio		
17. Final en armonía	IV d. C.	
18. Un bandido astuto	VI d. C.?	

Fr. 1

NINO Y SEMÍRAMIS

Fuentes

Conocemos esta interesante novela exclusivamente por los fragmentos de papiros, sin que de ella tengamos ninguna noticia adicional en ningún otro autor o léxico de la Antigüedad. Asimismo, desconocemos cualquier posible atribución a un autor, conocido o no.

Se conservan en ella tres fragmentos de los cuales los dos más largos, A y B, pertenecen al mismo papiro, *P. Berol.* 6926, editado por primera vez por Wilcken [1] en 1893. El fragmento A contiene el resto de cinco columnas de treinta y ocho líneas cada una, bastante bien conservadas. De B se conservan sólo tres columnas de la misma extensión, pero mucho más dañadas.

El fragmento C, *PSI* 1305, procede sin duda de otro códice diferente y fue publicado en esta colección por Medea Norsa [2] y reproducido posteriormente por Perry [3] y Ješništova [4]. Zimmermann no llega a incluirlo en su recopilación de fragmentos de novela.

---

1 WILCKEN, «Ein neuer griechischen Roman», *Hermes* 28 (1893), 161-193.

2 M. NORSA, *PSI* 13 (1949), n.º 1305.

3 PERRY, *The ancient Romances*, Oxford, 1967, p. 162.

4 R. JEŠNIŠTOVA, «Nejstarší Román Světové Literatury», *Listy Filologické* 76 (1953), pp. 38-39.

Contiene una sola columna de cincuenta líneas de las que las diecisiete primeras son muy fragmentarias, en tanto que de la dieciocho al final la conservación es realmente buena y las escasas lagunas pueden cubrirse con conjeturas bastante fácil y verosímilmente.

Datación

El fragmento A del *P. Berol.* 6926 contiene en su reverso facturas fechadas en el año 100 y 101 d. C., que resulta ser, por tanto, el *terminus ante quem* de la composición de la novela, y aún más, suponen que el *Recto* del papiro fue escrito bastante tiempo antes.

Los tres fragmentos de la novela, según M. Norsa, están copiados en un tipo de letra (uncial caligráfica) que no puede ser posterior a la mitad del siglo I d. C., y algunos incluso admiten para esta escritura una antigüedad de un siglo o dos anterior a éste.

Por otro lado los fragmentos nos transmiten un tipo de novela aún muy cercana a la *Ciropedia* de Jenofonte, ya que narra la juventud y educación de un príncipe, dedicando especial atención a la formación militar y hazañas guerreras que están ya ausentes de las novelas posteriores, incluso en buena medida de la de Caritón.

Por todo ello Rattenbury[5] data la composición de la novela *Nino* en torno al año 100 a. C., lo que la convierte en la más antigua de las novelas griegas que conservamos.

Perry al admitir como posible esta fecha la encaja en la situación general de la literatura griega de esa época. Es en este momento cuando el drama empieza a declinar y comienzan a tomar el principal papel en la literatura la historiografía y, tal como ahora sabemos, la novela.

[5] RATTENBURY, *New Chapters...*, pp. 211-223.

Orden de los fragmentos

El orden de sucesión de A y B no está indicado por ninguna evidencia externa, ya que no conocemos las condiciones en que fue encontrado el papiro. Wilcken los escribió en el orden AB, pero sin ninguna seguridad de que éste fuera el correcto, y éste es el orden que repite Zimmermann.

Otros autores en cambio proponen el orden inverso, basándose exclusivamente en razones internas, del contenido de ambos fragmentos: así Gaselee[6] y Garin[7].

El descubrimiento del fragmento C proporciona un argumento adicional en favor de esta tesis. Este fragmento pertenece a una parte de la novela posterior al fragmento A, pues en él aparecen las operaciones navales anunciadas en A. Y asimismo debe ser posterior al B, ya que en éste se narran campañas bélicas en el continente asiático que deben preceder a las navales.

Por estas razones, y con una serie de argumentos más, como la relación entre el juramento que hace Nino en B y la expresión de A «tras mantener mis juramentos», defiende Perry[8] el orden BAC propuesto ya por Ješništova *(o. c.)*, y en este mismo orden los hemos traducido, pese a que hemos seguido fundamentalmente el texto de Zimmermann para A y B.

Tema y personajes

La novela, como la de Caritón, extrae sus personajes de la historia. Nino es un personaje legendario con

[6] GASELEE en un apéndice a la edición de Longo *Dafnis y Cloe* de Edmonds, Loeb. Class. Lib., Londres, 1916, pp. 382-399.

[7] F. GARIN, *Stud. Ital. di Filol. Clas.* NS 1 (1920), 165-7.

[8] *O. c.*, pp. 160 ss.

una cierta base histórica, es el rey asirio, epónimo de la ciudad de Nínive, a quien se atribuyen múltiples hazañas y conquistas. Su enamorada, cuyo nombre no nos dan los fragmentos, ha de ser Semíramis, a la que conocemos por otra historia de Plutarco[9] y otros autores griegos como favorita del harén del rey Nino, al que consiguió destronar mediante astucias, reinando luego largo tiempo en su lugar. La propia Semíramis tiene también su base histórico-legendaria, ya que ha sido identificada con la reina asiria *Sammu-ramat* (nombre que significa «la diosa Samm es glorificada»), reina oficial en el harén de *Shamsi-Abad* (823-810 a. C.) y luego regente durante los cinco primeros años de su hijo, la cual se convirtió en leyenda.

La historia que nos conserva el fragmento es más bien diferente de la leyenda de Plutarco, con su ambiente de harén oriental y de intrigas y ambición. Nos encontramos, pues, con el uso de dos personajes semi-históricos semi-legendarios, bien conocidos en el mundo griego, para componer en torno a ellos una trama novelesca con todos los elementos típicos del mundo helénico y no del Oriente: amor apasionado de dos muchachos extremadamente jóvenes, mezclado con un fuerte sentido de la castidad en ambos, y separación posterior de los dos enamorados, generalmente tras haberse celebrado el matrimonio, por diversas guerras y aventuras.

Ediciones y bibliografía

A y B:

Editio princeps de WILCKEN en *Hermes* 28 (1893), 161-193.

Reeditado por ZIMMERMANN n.º 1. Este es el texto que seguimos.

Traducción: S. GASELEE, en la edic. de Longo, *Dafnis y Cloe* de J. M. EDMONDS (Loeb Clas. Lib., Londres, 1916), pp. 382-399.

[9] *Erótico*, 753 D-E.

C:

Editio princeps: MEDEA NORSA *PSI* 13 (1949) n.º 1305.

R. JEŠNIŠTOVA, «Nejestarší Román Světové Literatury», *Listy Filologické* 76 (1953), 38-39, con traducción al checo. En la misma obra se editan también los fragmentos A y B.

B. E. PERRY, *The ancient Romances*, Oxford, 1967, p. 162, también con traducción.

Hemos seguido las ediciones de ambos, con mayor apoyo, en los casos discrepantes, en la de Perry.

Comentarios:

Aparte de las introducciones y comentarios de los autores citados en sus ediciones, debemos citar:

F. GARIN, «I papiri di Egitto e i romanzi greci. I. Romanzo de Nino», *Stud. Ital. di Filol. Clas.* NS 1 (1920), pp. 163-8.

R. M. RATTENBURY, *Romance: Traces of lost greek novels*, en *New Chapters in the history of Greek Literature*, Oxford, 1921-3, Tomo 3, cap. V, pp. 211-223.

NINO Y SEMÍRAMIS

B I

Pues no estaba privada ella de su madre en tan gran desgracia. Él la había seguido sin tregua, desgarrando sus vestidos y en modo alguno de una manera conveniente a su dignidad. Lloraba derramando lágrimas y golpeándose el pecho, completamente apartado de su aspecto habitual, como enloquecido.

Ella se arrojó del lecho y quería reprocharle estas cosas, y Nino, apretándola dulcemente entre sus brazos dijo:

—¿Acaso vino alguien a decirte que yo soy un corruptor de vírgenes? Sea.

Y luego, al sonreírse dulcemente la madre, la muchacha, avergonzada, dijo:

—Así, raptada, me tienes, y quizá también yo pueda demostrártelo con claridad. No quiero en verdad poner todo lo nuestro en más peligro que antes.

—No es eso sólo lo que he temido, que tuvieras sospechas. Pero ea, ten confianza ahora y que en el futuro sea creído lo que he jurado entonces más allá del propio juramento.

Reconciliados estuvieron juntos todo el día, todo el tiempo que no les quitaron los deberes militares; y no los inflamaba Eros insuficientemente, debilitando el presente con la saciedad de la convivencia, sino que los

perturbaba impulsándolos a reflexionar sobre la separación que ya estaba próxima.

En efecto, cuando aún no estaba en su punto culminante la primavera... el general de los Armenios... [10].

B II

... del sin armas, hacer una leva entre los nativos. Y pareciéndole bien también a su padre, Nino tomó todo el contingente de tropas de helenos y carios [11], los millares de soldados de élite de los asirios [12]: setenta mil de infantería y treinta mil jinetes, y los ciento cincuenta elefantes, avanzó.

Tenían miedo al frío y a la nieve de los pasos de las montañas, pero sobrevino muy inesperadamente el Noto [13], dulce y mucho más veraniego que la estación en que estaban, y pudo deshacer las nieves y brindar a los caminantes una atmósfera agradable más allá de toda esperanza. Se fatigaron, en efecto, más al vadear los ríos que con el camino por las cimas de los montes. Hubo algunas pocas pérdidas de animales de tiro y sirvientes, pero el ejército estaba intacto, y por lo mismo a lo que se había arriesgado se mantenía más animoso frente a los enemigos, pues después de vencer la intransitabilidad de los caminos y la enorme magnitud de los ríos, pensaban que poco trabajo iba a ser capturar a los armenios llenos de locura.

10 Armenia era la región del Asia Occidental situada entre el Ponto Euxino y el Mar Caspio y que toca al Oeste con Asiria, país al que en determinadas épocas estuvo sometida.

11 Nino parece tener en su ejército contingentes de griegos y de hombres procedentes de otras zonas de Asia Menor.

12 Los asirios eran los súbditos naturales de Nino, epónimo de Nínive, la capital de este país.

13 El Noto es un viento del Este, cálido y veraniego.

tipo de placeres. Y quizá si lo hubiera hecho tendría menor añoranza de mi prima. Pero ahora que he vuelto casto me veo vencido por el dios y por mi edad. Tengo diecisiete años, como sabes, y ya hace uno que se me cuenta entre los hombres. Pero hasta ahora no soy más que un niño inocente. Y si aún no hubiera conocido a Afrodita sería feliz por mi firmeza. Pero ahora, cautivo de vuestra hija, no de un modo vergonzoso, sino de acuerdo con vuestros deseos, ¿hasta cuándo seré rechazado? Es evidente que los hombres de mi edad están en condiciones de casarse, pues ¿cuántos se han guardado castos hasta los quince años? Me perjudica una ley no escrita, sancionada por otra parte por una necia costumbre, porque entre nosotros las vírgenes en su mayoría se casan a los quince años. Pero el que la naturaleza es la mejor ley para tales uniones, ¿quién que sea sensato puede negarlo? A los catorce años pueden quedar encinta las mujeres, y algunas, por Zeus, incluso pueden dar a luz. ¿Es que tu hija no va a casarse? Que esperemos dos años, dirás. Aceptaremos, oh madre, si también se detiene la Fortuna.

Pero yo soy un hombre mortal que se ha prometido a una virgen mortal. Y no dependo yo sólo de las cosas comunes, las enfermedades digo (y la Fortuna muchas veces arrastra incluso a quienes están tranquilos en su hogar familiar), sino que a mí me esperan expediciones por mar [16] y guerra tras guerra, y no estoy yo falto de valor ni pretexto cobardía como salvaguardia de mi seguridad, sino que soy tal como tú ya sabes, para no hacerme insoportable con mis palabras.

Que apresure la boda, pues, el reino, que la apresure nuestro deseo, que la apresure lo inestable e incierto de los tiempos que a mí me aguardan. Que la anticipe

[16] Probablemente anticipa acciones posteriores, como puede deducirse de la situación que supone el fragmento C.

y la acelere el hecho de ser ambos hijos únicos, para que si de alguna manera planea la Fortuna alguna desgracia para nosotros, os dejemos algo en prenda.

Que soy un impúdico, dirás quizá, por hablar sobre esto. Pero sería más impúdico seduciéndola a escondidas y arrebatando un placer robado de noche y con embriaguez, y haciendo partícipes de mi pasión a esclavas y nodrizas. No soy impúdico por hablar con la madre sobre la ansiada boda de su hija, ni por reclamar lo que ya me has dado y pedir que no dilates los comunes deseos de la familia y el reino para una ocasión que no estará ya en nuestro poder.

Esto dijo a Dercía, que era favorable a sus deseos, y quizá si él hubiera retrasado el hablarle la habría forzado a ser ella la que planteara en primer lugar esta conversación. Así pues, tras hacerse de rogar un poco le prometió que hablaría en su favor.

La muchacha en igual situación no tenía igual libertad de palabra ante Tambe. Pues ella, una virgen que vivía dentro del gineceo, no encontraba palabras convenientes. Tras pedirle un momento de audiencia, se echaba a llorar y quería decir algo, pero desistía antes de empezar. Apenas daba muestras de que iba a empezar a hablar, abría los labios y levantaba la vista como quien va a decir algo, pero finalmente no pronunciaba palabra. Fluían sus lágrimas y enrojecían sus mejillas por vergüenza de lo que iba a decir, e inmediatamente, comenzando de nuevo a hacer intento de hablar, empalidecía a causa del miedo y estaba entre la esperanza y el deseo, el miedo y el pudor. Su pasión le daba valor, pero le faltaba la decisión racional, y estaba al mismo tiempo agitada y con gran turbación.

Tambe, enjugándole las lágrimas con sus manos, la exhortaba a tener valor y a decirle lo que quisiera. Y como nada decía, sino que la muchacha estaba dominada por los mismos males le dijo:

—Mejor que cualquier discurso me ha hablado tu silencio. No hagas reproches a mi hijo, pues ni ha cometido ninguna osadía ni, al volver a nosotros con sus éxitos y trofeos de victoria, se ha propasado contigo como un soldado valentón (quizá no te hubieras callado, de ser eso lo que había ocurrido). Pero es lenta la ley sobre los límites de las bodas. Y tiene prisa, en efecto, mi hijo. Si es por eso por lo que lloras, no debes hacerlo, pues no te va a violentar.

Y al mismo tiempo con una dulce risa la abrazó y la besó, pero ni siquiera entonces se atrevió a hablar la muchacha por la vergüenza, apoyando contra el pecho de ella su corazón que latía con fuerza, y al besarla más dulcemente le pareció que sólo con sus lágrimas de antes y su alegría de ahora había delatado bien lo que deseaba.

Se reunieron, pues, las hermanas, y habló la primera Dercía:

—Sobre asuntos serios...

C

...En la orilla del Hipo[17]... mi esposa... como ha mostrado... uno de los compañeros... mi salvador... marinero y sabio... piloto... seguro... el cual antes del paso del Norte a la costa de la Cólquide[18]...

...Y sobre ella un bosque sombrío, en medio del cual una fuente que bastaba para formar un riachuelo fluía hasta la orilla donde rompen las olas. El barco —pues la costa no era profunda— había chocado contra unos bancos de arena cubiertos por el mar y era zarandeado fuertemente por los choques... destrozado. Ellos cruzaron cubiertos por las olas hasta más arriba del pecho,

17 El Hipo es un río de la Cólquide citado por Estrabón.

18 La Cólquide es la región de Asia situada sobre la costa oriental del Ponto euxino.

y salvando todo lo que había en la nave se instalaron en la orilla. En esta situación imprevista todo lo sufrían con tal de alcanzar la salvación, pero una vez a salvo deseaban la muerte. Y los demás soportaban el revés con más conformidad, pero Nino lo asumía con dolor. Él, jefe tres días antes de tan gran ejército, preparado para ir en campaña contra el Asia entera y ahora totalmente... náufrago, mientras su esposa era llevada cautiva...

Fr. 2

Antonio Diógenes

MARAVILLAS INCREÍBLES DE ALLENDE TULE

Fuentes y datación

Conocíamos la novela de Antonio Diógenes a través del resumen de Focio *Biblioteca* codd. 166, cuya traducción hemos creído interesante incluir aquí siguiendo el texto de la edición de R. Henry [1], y nuestro conocimiento se ha visto aumentado por la atribución a este autor del fragmento *PSI* 1177 [2].

Se trata de una hoja, rota en la parte superior, con restos de una columna escrita en letra del siglo II o III d. C. La novela, en cambio, se considera del siglo I d. C. [3],

[1] Focio, *Biblioteca*, ed. R. Henry, colec. Budé, París, 1960, tomo II, pp. 140-149.

[2] Publicado en esta colección y posteriormente por Zimmermann en su recopilación de fragmentos de novela con el número 10. Este último es el texto que seguimos. Hay, asimismo, una traducción de este autor en *Hermes* 71 (1936), pp. 312-319.

[3] Cf. P. Reardon, *Les Courants Littéraires Grecs des II et III siècles après J. C.*, París, 1971, p. 370, nota. Esta datación es discutida exhaustivamente por K. Reyhl, *Antonios Diogenes. Untersuchungen zu den Roman-Fragmenten der «Wunder jenseits von Thule» und den «Wahren Geschichten» des Lukian.* Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades der Philosophischen Fakultät der Eberhard-Karls-Universität zu Tübingen, 1969.

contemporánea más o menos de la de Caritón y posterior a la novela *Nino* [4].

K. Reyhl ha querido atribuir a este autor el fragmento de papiro que nosotros incluimos con el n.º 13. Sus argumentos, que se apoyan únicamente en el tema mágico de éste, no nos han parecido lo suficientemente convincentes.

Tema

La escena del papiro no está narrada en Focio, pero se encuadra perfectamente en la primera parte de la obra en que se narran las desgracias que el mago egipcio Paapis causó a la casa de sus bienhechores de Tiro.

Del resto de la obra nos da muy cumplida idea el resumen de Focio. Se trata de una novela en que el elemento de los viajes y aventuras ha desplazado al elemento erótico (que son los dos elementos característicos de la novela griega) al menos como elemento motor de la acción. Existe en efecto una historia de amor, la de Dercilis y Dinias, los dos protagonistas, pero ésta es un elemento accesorio, un pretexto para contar una serie de viajes por el Mediterráneo y el mundo semi-desconocido del Norte y Nor-Este de este mar, y, sólo al final de la obra, por el mundo legendario de más allá de Tule, el Polo y hasta la Luna.

El autor acumula en el recuento de estos viajes una gran cantidad de *paradoxa*, hechos extraordinarios referidos a hombres, países, sucesos mágicos (muertes aparentes, traslados milagrosos), pero el tono de estas maravillas es religioso, más específicamente neopitagórico, e incluso está ambientada la acción en la época inmediatamente posterior a la muerte de Pitágoras, que concuerda con el fuerte movimiento filosófico del neo-

[4] *O. c.*, pp. 14-20.

pitagoreísmo en boga en la época en que se supone vivió Antonio Diógenes, siglo I d. C.

L. di Gregorio[5] propone, en virtud de esto, negarle su carácter de novela, considerándola la obra de un neopitagórico que pone al servicio de una idea religiosa y moral la aretalogía, la paradoxografía, la técnica del viaje imaginario y el verdadero *dramatikón* erótico. A ello se opone en un reciente artículo A. Borgogno[6].

El mismo Focio, que elogia, como veremos, la técnica de composición de la obra y su estilo, considera a Antonio Diógenes como el inspirador de la *Historia Verdadera* de Luciano, de la que es sin duda el antecedente, llamémosle «serio», y también la fuente de otras muchas novelas posteriores, ya propiamente de tema amoroso, lo que supone que Focio ha hecho la identificación de los temas de aventuras y los de amor, mezclados en otras novelas, y aquí simplemente desarrollado el uno a expensas del otro.

Como estudio curioso sobre esta novela puede citarse el de D. Weissert[7], que compara la visión de los países nórdicos, es decir, Tule, en el Persiles de Cervantes y en los autores antiguos, Heliodoro y Antonio Diógenes[8].

5 L. DI GREGORIO, «Sugli *Apista hypér Thoúlen* di Antonio Diogene», *Aevum* 42 (1968), 199-211.

6 A. BORGOGNO, «Sulla Struttura degli Apista di Antonio Diogene», *Prometheus* 1 (1975), 49-64.

7 D. WEISSERT, «Cervantes und Antonius Diogenes», *Arcadia* 2 (1967), 1-10.

8 K. REYHL, *o. c.*, p. 20 ss., estudia en detalle las relaciones de esta obra con la de Luciano y con la *Vida de Pitágoras* de Porfirio.

MARAVILLAS INCREÍBLES DE ALLENDE TULE

A) *PSI* 1177

La muda Mirto

La fiel sirvienta Mirto, que más tarde será guía de su ama Dercilis en el Mundo Inferior, le avisa de la maldad del mago egipcio Paapis, y de cómo éste la ha privado del habla.

...Y pensé para mis adentros:

—Realmente tu cólera, Fortuna, se ha excedido en la desgracia presente.

Se calló, pues, sin causa alguna, e inmediatamente, lo que en este momento se me ocurrió al verme en tal dificultad, di a Mirto una tablilla en forma de díptico, igual a las que llevamos a la escuela, y le dije:

—Tú, la sin habla, si es verdad que no puedes hablar escribe en ésta cuanto quieras decir, y yo me enteraré al leerlo.

Se regocijó la sirvienta (se le notaba, en efecto, por la expresión), pensando que inmediatamente iba a conseguir venganza por lo que había sufrido y la curación. Tomando, pues, la tablilla y acercándose a la lámpara, escribió a toda prisa con el punzón[9] cuanto quería, y con letras muy pequeñas para escribir más, y me lo dio,

9 Escribían sobre tablillas enceradas grabando las letras con un punzón.

indicando con la mano que se marchaba. Y yo, tomándolo, no me fui inmediatamente, sino que antes lo leí, y el escrito decía lo siguiente:

—Ve, oh señora, al punto ante tu nodriza, y sigue leyendo el resto cuando ella te oiga, para que también ella conozca sus propios males y no se deleite en el futuro sin saberlos, y para que también os enteréis las dos de los míos. Vete ya, antes de que me penetre Paapis, mi amante, no sea que tú también experimentes los «beneficios» de esta dura divinidad.

Cuando leí esto quise prepararme...

B) Focio, *Biblioteca* codd. 166

Leído en Antonio Diógenes *Maravillas Increíbles de allende Tule*[10], en veinticuatro libros. La obra es una novela, su estilo es claro y tan puro que necesita de poquísimas explicaciones, incluso en las digresiones de los relatos. Por su contenido proporciona mucho placer, puesto que, pese a estar cerca de los mitos y de las maravillas increíbles, da a su relato una construcción y una disposición perfectamente creíbles[11].

Saca a escena a un hombre llamado Dinias que anda errante lejos de su tierra junto con su hijo Demócares en viaje de investigación. Éstos llegaron a través del Ponto y desde el mar Caspio e Hircaniano[12] a los montes llamados Ripeos[13] y a la desembocadura del río Tanais[14], y luego, a causa de lo inmenso del frío, se dieron la vuelta hacia el Océano Escítico[15] y hacia el Oriente y llegaron a la región donde nace el sol, y de allí dieron la vuelta en círculo en torno al Mar Exterior[16] empleando gran cantidad de tiempo y diversas desviaciones de su camino. A ellos se unen en el curso de sus viajes Carmanes, Menisco y Azulis.

Llegan también a la isla de Tule, a la que consideran entonces una etapa de sus vagabundeos. En Tule se une Dinias por vínculos de amor a una mujer llamada Dercilis, la cual es tiria de linaje y de una familia noble de su ciudad. Vivía con un hermano llamado Mantinias. Por la convivencia con ella se enteró Dinias de los viajes de los dos hermanos y de lo que ocurrió con un tal Paapis, sacerdote egipcio, el cual, por haber sido arrasada su patria, se había instalado en Tiro y recibía hospitalidad de los padres de los dos hermanos Dercilis y Mantinias. Y al principio pareció que era favorable a sus bienhechores y a toda la casa, pero después les

10 Tule era la tierra conocida situada más al Norte. Es dudoso si con este nombre designaban los antiguos a Islandia o a Noruega. Sólo indican que más allá de Tule estaba el mar helado, y de hecho el mar se hiela ahora en torno al Nor-Este de Islandia. Es considerada como la zona de más al Norte de la tierra habitada.

11 Focio da aquí claramente una opinión literaria sobre el autor, opinión bastante favorable.

12 El de Mar Hircaniano es otro de los nombres con que se conoce al Mar Caspio en la Antigüedad, nombre que procede de la tierra de Hircania que con él limita. El uso seguido de ambos nombres, como aquí, es sumamente frecuente.

13 Los montes Ripeos designan una cordillera situada al Norte de la Tierra, a lo largo de la cual discurre el camino de regreso de Oeste a Este que realiza el Sol cada noche. La primera mención literaria de estos montes la encontramos en Alcman, fr. 90 Page.

14 El río Tanais es el Don, que era considerado por los antiguos como el límite entre Europa y Asia. Los geógrafos griegos conocían muy poco sobre este río. Se creía que nacía en un gran lago situado en el Cáucaso o en los citados montes Ripeos.

15 El llamado Océano Escítico corresponde al actual Mar Negro.

16 El Mar Exterior era, para los geógrafos antiguos, los océanos Atlántico e Índico, que quedaban en los límites extremos de la tierra firme. El carácter fantástico de todo el itinerario es evidente.

causó muchos males a la casa y a ellos mismos y a sus padres.

Después de la desgracia de su casa fue llevada a Rodas con su hermano, y de allí llegó errante hasta Creta y luego a Tirreno [17] y de allí al país de los llamados Cimerios [18], y entre ellos vio el Hades y aprendió muchas cosas de las de allí, usando como maestra a su esclava Mirto, que había abandonado la vida hacía mucho tiempo y volvió de entre los muertos a enseñar a su ama.

Estas cosas comenzó a contárselas Dinias a un tal Cimbas, de Arcadia [19], al que habría enviado a Tiro la Asamblea de los Arcadios a pedir a Dinias que volviera a ellos y a su patria. Pero como a él se lo impedía el peso de la edad, lo presenta narrando todo lo que él mismo ha visto en sus vagabundeos y lo que oyó que otros habían visto, y lo que aprendió de Dercilis, que se lo contó en Tule, es decir, el antedicho viaje de ella y cómo, después de subir del Hades, con Cerilo y Astreo, ya separada de su hermano, llegaron a la tumba de la Sirena [20]. Y cuando ella a su vez había oído de labios de Astreo sobre Pitágoras y Mnesarco, cosas que el propio Astreo había oído a Filotis [21], y el espectáculo fabuloso

17 Tirreno es el nombre dado por los griegos a Etruria, región de la Italia central. El nombre griego se conserva aplicado al mar que baña sus costas.

18 Según se desprende del contexto, éstos serían los vecinos del lago Arverno, que tenían a su cuidado un oráculo de la Muerte.

19 Región montañosa situada en la Grecia peninsular, en el interior del Peloponeso.

20 La tumba de la Sirena, que se llamaba Parténope, como una de las heroínas de los fragmentos que conservamos, se hallaba en Nápoles.

21 Los comentarios de Astreo en esta obra los recoge PORFIRIO en su *Vida de Pitágoras*, 10-13, lo que supone que atribuye gran valor al testimonio de esta novela. Asimismo recoge los de Filotis, en la misma obra citada, 32-36.

que se presentó ante sus ojos y cuantas cosas a su vez le había contado Dercilis volviendo a sus propios vagabundeos, que cayó en una ciudad de Iberia de hombres que veían de noche y se volvían ciegos cada día, y cuantas cosas hizo allí Astreo a los enemigos de estos hombres tocando la flauta. Y que tras ser despedidos de allí amistosamente se toparon con los celtas, raza cruel y estúpida, y huyeron de ellos a caballo, y cuanto les ocurrió por el cambio del color de la piel de los caballos [22]. Que llegaron al país de los Aquitanos [23], y de qué honores disfrutaron allí Dercilis y Cerilo, y aún más Astreo, que con las contracciones de sus propios ojos anunciaba las fases de la luna [24], y que resolvió la querella sobre el poder de los reyes de allí, que eran dos y se sucedían uno a otro según las tales fases de la luna. Por causa de esto se alegraba el pueblo de allí de la presencia de Astreo y los suyos.

A continuación se narran las demás cosas que Dercilis vio y soportó, y que fue llevada a la tierra de los Ártabros [25], cuyas mujeres hacen la guerra en tanto que los hombres guardan la casa y se ocupan de las labores femeninas. Y después de esto lo que les ocurrió a ella y Cerilo entre los Astures, y aún cuanto le aconteció a Astreo en particular, y que mientras contra toda espe-

22 ESTRABÓN, III, 163, da la noticia, procedente de Posidonio, de que los caballos de los celtíberos cambiaban de color cuando se los hacía salir de su país.

23 El país de los Aquitanos designa un área de la Galia que corresponde más o menos a la actual Gascogne francesa. Sus habitantes son descritos por los antiguos como distintos de los demás galos en lengua y costumbres.

24 Un personaje de estas características se encuentra en ARATO, *Fenómenos*, 98, y en el esposo de la Aurora de HESÍODO, *Teogonía*.

25 Con el nombre de Ártabros designaban los geógrafos griegos a los celtíberos que habitaban primitivamente todo el noroeste de Galicia y Lusitania. Ninguna otra noticia hay, sin embargo, sobre el tipo de costumbres que aquí se les atribuye.

ranza Cerilo, junto con Dercilis, lograba escapar de numerosos peligros entre los Astures, él, sin embargo, no pudo huir del castigo que se le debía por una antigua falta, sino que, pese a haberse salvado contra toda opinión de los peligros, aún así acabó siendo despedazado.

Después de estas aventuras se cuenta lo que vio por Italia y Sicilia, y que llegada a Erix[26], ciudad de Sicilia, fue arrestada y conducida ante Enesidemo (éste era entonces el tirano de los de Leontino)[27].

Allí se encontró de nuevo con Paapis, tres veces maldito, que vivía con el tirano, y como inesperado consuelo de esta imprevista desgracia encontró a su hermano Mantinias, el cual había andado errante por muchos lugares y le contó muchos espectáculos increíbles que había visto, espectáculos de hombres y otros animales, y del sol y la luna y plantas, y principalmente islas, y le suministró una materia inagotable de relatos que ella contó después a Dinias. Él los reunió y sale a escena contándoselos al arcadio Cimbas.

Luego cuenta que Mantinias y Dercilis, al salir de la ciudad de los Leontinos cogieron la bolsa de Paapis con los libros que había en ella, y el cofre de las hierbas, se embarcaron hacia Regio[28] y de allí a Metaponto[29]

26 Erix es una ciudad y monte del Oeste de Sicilia, sobre Drepana.

27 Leontino es una ciudad de Sicilia situada al Norte de Piana de Catania. Su época de florecimiento es el siglo VI a. C., y posteriormente cayó bajo el dominio de Siracusa, conociendo esporádicos momentos de independencia. La mención de Enesidemo, un personaje histórico de alrededor del año 400 a. C. ayuda a fijar la época de la acción de la novela, ambientada unos años después de la muerte de Pitágoras.

28 Regio, ciudad del Sur-Oeste de Italia, situada en la costa más cercana a Sicilia.

29 Metaponto, antigua colonia aquea, grande y próspera en época romana, fue decayendo hasta su destrucción en la segunda guerra púnica. Situada al Oeste de Tarento, es el lugar donde se encontraba la tumba de Pitágoras.

donde los encontró Astreo y les anunció que Paapis les perseguía de cerca, y que se embarcaran con él hacia el país de los tracios y los Masagetas[30], pues él iba a encontrar a su amigo Zalmoxis, y cuanto vieron en este viaje y cómo se encontró Astreo entre los Getas con Zalmoxis, ya considerado como un dios, y cuanto pidieron a Astreo Dercilis y Mantinias que le dijera y suplicara en su nombre. Y que un oráculo les anunció allí que les estaba decretado por el destino el ir a Tule y que más tarde volverían a ver su patria, pero antes perseverarían en otros males, y que para pagar un castigo por su impiedad hacia sus padres (aunque les habían faltado involuntariamente) su vida se partiría en dos, en vida y muerte, y vivirían de noche y de día estarían como muertos. Luego, después de recibir tales predicciones, se hicieron a la mar desde allí, dejando a Astreo con Zalmoxis, ya honrado por los Getas. Y cuantas maravillas les aconteció ver y oír en el Norte.

Todo esto se lo oyó contar Dinias en Tule a Dercilis, y aparece él ahora narrándoselo al arcadio Cimbas.

A continuación cuenta que Paapis, que iba siguiendo las huellas del grupo de Dercilis, se les presentó en la isla y con sus artes mágicas les impuso aquella pena de morir durante el día y volver a la vida al caer la noche. Y esta pena se la produjo escupiéndoles a ambos públicamente en la cara. Y que un hombre de Tule, Truscano, ardiente enamorado de Dercilis, viendo a su amada caer vajo la pena infligida por Paapis, sintió un inmenso dolor y le atacó repentinamente, golpeó con la espada

30 Los tracios, pueblo indo-europeo que habitaba en el continente al Norte de Grecia, eran considerados por los griegos un pueblo primitivo y feroz, compuesto por una serie de tribus guerreras. Una de estas tribus era la de los Getas, nombrados más adelante y a la que aquí se llama erróneamente Masagetas, error evidente pero que se mantiene en la edición porque todos los manuscritos de Focio lo presentan.

de improviso a Paapis y le mató, pues sólo encontró este medio de poner fin a estos innumerables males. Y que Truscano, como Dercilis yacía en apariencia muerta, se quitó la vida a sí mismo sobre su cuerpo.

Todas estas cosas y muchas otras similares a éstas, el entierro de los muertos y su salida de la tumba, y los amores de Mantinias y cuantas cosas ocurrieron por ello, y otras peripecias iguales en la isla de Tule, aparece entretejiéndolas para el arcadio Cimbas Dinias, que las conoció por los relatos de Dercilis. Y acaba así Antonio Diógenes el libro 23 de las *Maravillas increíbles de allende Tule*, sin que la obra muestre sobre Tule nada más que las pocas noticias del principio.

En el libro 24 saca a escena a Azulis como narrador, y después a Dinias, uniendo lo de Azulis a lo que antes había contado él mismo a Cimbas. Cómo descubrió el tipo de encantamiento con el que Paapis había embrujado a Dercilis y Mantinias, de modo que estuvieran vivos de noche y muertos de día, y cómo los liberó de esta prueba, descubriendo la forma de producir esta pena, y a la vez de curarla, en la misma bolsa de Paapis que Mantinias y Dercilis llevaban consigo. Y no sólo esto, sino que descubrió cómo podrían librar Dercilis y Mantinias a sus padres de la gran desgracia en la que yacían, ya que Paapis, con sus consejos de que esto les haría bien, les había infligido un gran daño, haciéndolos yacer largo tiempo tendidos como muertos.

Luego, que Dercilis y Mantinias se apresuraron a irse de allí hacia su patria para resucitar y salvar a sus padres. Y Dinias, juntamente con Carmanes y Menisco, pues Azulis se separó de ellos, extendieron sus viajes hacia las tierras de más allá de Tule. Y ahora sale a escena contando a Cimbas las maravillas increíbles de más allá de Tule que vio durante su viaje, diciendo que vio incluso las cosas que suponen los estudiosos de la astronomía, como el que es posible para algunos hombres vivir bajo el punto más alto de la Osa Mayor [31], y que allí hay noches de un mes, y noches de menos y de más de medio mes y, lo que es más extraordinario, noches de un año [32]. Y no sólo se prolonga tanto la noche, sino que también al día le ocurre lo mismo.

Y le contó que había visto otras cosas similares. Y le contó una serie de maravillas sobre hombres y otro tipo de prodigios que nadie puede decir que haya visto ni oído, ni que se las haya representado siquiera con la imaginación. Y lo más increíble de todo, que caminando hacia el Norte llegaron a las proximidades de la luna, a una tierra brillante de claridad [33], y que una vez allí vieron lo que es natural que vea quien ha imaginado antes tal exageración de invenciones.

Luego, que la Sibila reemprendió su arte adivinatorio con Carmanes [34]. Y después de esto, que cada uno elevó sus propias preces y a los demás les ocurrió a cada uno lo que había pedido, y él mismo cuando despertó fue encontrado en Tiro en el templo de Heracles, y levantándose encontró a Dercilis y Mantinias que habían salido con bien de sus aventuras y a sus padres liberados del largo sueño, o mejor, de la muerte, y por lo demás ya felices.

Estas son las historias que Dinias le contó a Cimbas, y trayendo unas tablillas de ciprés le ordenó al ateniense Erasínides, que acompañaba a Cimbas, que las escribiera en ellas (pues conocía el arte de las letras). Y les enseñó también a Dercilis, pues era ella misma quien

31 Es decir, el Polo Norte.

32 Otros autores hablan de noches de un mes y de seis, pero éste es el único que se atreve a estirar las cosas hasta hablar de noches de un año.

33 La de «tierra brillante de claridad» es la traducción de Henry, basado en ROHDE, *Der Griechische Roman*, p. 268, nota 2.

34 Es decir, Carmanes le dio a la Sibila de la Luna la ocasión para ejercer su arte adivinatorio, largamente abandonado por falta de quienes llegasen hasta ella para consultarla.

había llevado las tablillas de ciprés. Y le ordenó a Cimbas que escribiera por duplicado lo que él le había contado, y que se quedase con una de las tablillas, y la otra, cuando llegase la hora de su muerte, la depositaría Dercilis junto a su sarcófago metida en un cofrecillo.

De hecho Diógenes, también llamado Antonio, el que ha sacado a escena a Dinias contando todas estas maravillas a Cimbas, escribe sin embargo a Faustino que está componiendo una obra sobre las maravillas increíbles de allende Tule, y que va a dedicar la novela a su hermana Isidora, que ama el estudio. Dice de sí mismo que es autor de una comedia antigua[35], y que aunque inventa cosas increíbles y falsas, tiene sin embargo, para la mayoría de lo que él narra, testimonios de los más antiguos autores, de quienes las ha reunido con gran trabajo. Pone incluso ante cada libro los hombres que han dicho antes tales cosas, para que no parezca que esas maravillas carecen de testimonios.

Al principio de su obra escribe una carta a su hermana Isidora, en la cual muestra que le dedica la obra a ella, pero también saca a escena a Balagro escribiendo a su propia mujer, de nombre Fila[36] (ésta era hija de Antípatro) que después de que Tiro fue tomada por Alejandro, el rey de Macedonia, y destruida en gran parte por el fuego, un soldado fue ante Alejandro a anunciarle algo inusual y extraño, y que tal espectáculo estaba fuera de la ciudad. Y el rey, llevando consigo a Hefestión y Parmenión, siguió al soldado, y encontraron unos sarcófagos de piedra en una cámara subterránea, en los que había las siguientes inscripciones:

Lisila vivió treinta y cinco años

y otro:

Mnason, hijo de Mantinias, vivió sesenta y seis años, después setenta y uno

y otro:

Aristión hijo de Filocles vivió cuarenta y siete años, después cincuenta y dos

otro:

Mantinias hijo de Mnason vivió cuarenta y dos años y setecientas seis noches

y otro:

Dercilis hija de Mnason vivió treinta y nueve años y setecientas sesenta noches

y el séptimo sarcófago:

Dinias, arcadio, vivió ciento veinticinco años

Perplejos ante ellos, excepto ante el primer sarcófago (pues su inscripción estaba clara) encontraron junto al muro un pequeño cofrecillo hecho de ciprés en el que estaba escrito:

Oh extranjero, quienquiera que seas, ábreme para que conozcas cosas que te llenarán de admiración.

[35] No se trata, evidentemente, en una época tan tardía de una Comedia Antigua propiamente dicha. En la época del autor se da este nombre a sátiras o cuentos fantásticos que no tenían denominación propia.

[36] Fila, hija de Antípatro, es una princesa bien conocida que se envenenó en el 287 a. C. Estuvo casada con Crátero y luego con Demetrio Poliorcetes. No es imposible que lo hubiera estado también con el tal Balagro, el cual puede ser el mismo que el que conocemos como *Bálakros*, compañero de Alejandro, asesinado antes del 322 a. C.

Así pues, abrieron el cofre los que iban con Alejandro y encontraron las tablillas de ciprés que (según parece) había puesto Dercilis siguiendo las instrucciones de Dinias.

Sale a escena Balagro escribiendo esto a su mujer, y que él había copiado las tablillas de ciprés y se las enviaba. Y de aquí pasa el relato a la lectura y transcripción de las tablillas de ciprés, y se presenta a Dinias contando a Cimbas lo que ya he dicho. De esta manera, pues, y sobre estas cosas ha compuesto Antonio Diógenes su novela.

Es, según parece, éste anterior en el tiempo a los que se han dedicado a componer tales ficciones, como Luciano, Lucio, Yámblico, Aquiles Tacio, Heliodoro y Damascio. Y en efecto parece ser su obra la fuente de la *Historia Verdadera* de Luciano y las *Metamorfosis* de Lucio. Y no sólo de ellos, sino también de las historias de *Sinosis y Rodanes, Leucipe y Clitofonte*, y *Cariclea y Teágenes*, y también de las invenciones de estos personajes, de sus vagabundeos y amores, de sus raptos y peligros, parecen haber sido el modelo Dercilis y Cerilo y Truscano y Dinias.

En cuanto a la época en que floreció el padre de tales invenciones, Antonio Diógenes, no podemos decir nada seguro, excepto que es posible conjeturar que no fue demasiado lejos de la época del rey Alejandro[37]. Cita éste un autor más antiguo que él, un tal Antífanes, del que dice que se ha dedicado a escribir relatos de maravillas del mismo tipo.

Hay en ellos particularmente, como en invenciones y ficciones del mismo género, dos cosas de las más útiles de observar: primero, que el que delinque, aunque parezca que logra escapar miles de veces, llega de todas formas a sufrir su castigo, y en segundo lugar, que muestran a muchos inocentes abocados a un gran peligro, pero que se salvan, muchas veces contra toda esperanza.

37 Focio conjetura esta fecha solamente a base de la ficción del hallazgo de las tablillas por Alejandro Magno.

Fr. 3

QUÍONE

Se conserva la novela de Quíone en dos hojas de un palimpsesto *(Cod. Thebanus Deperditus)* en cuyas cuatro restantes aparecen trozos del libro octavo de Caritón, que Zimmermann *(o. c.* n.º 3) fecha por la forma de las letras hacia el siglo VII d. C.

La composición de esta novela, en cambio, data[1] del siglo I d. C., más o menos de la misma época que la de Caritón, con el cual concuerda este fragmento en vocabulario y en planteamiento escénico. El ambiente, en que se habla de una sucesión a un trono, nos puede hacer pensar en una novela histórica, pero esto no es en absoluto seguro, ya que la identificación de los personajes con alguna personalidad histórica conocida no es posible hacerla.

Se trata en estos fragmentos de unas escenas típicas de la novela: trágicas dudas de la protagonista y alusiones a una boda. El papel del Megamedes citado al principio de III es difícil de determinar.

[1] Cf. C. García Gual, *Los orígenes de la novela,* Madrid, 1972, p. 314.

I

...La realeza pasará a ella y al que conviva con ella, por lo cual es necesario que nosotros tramemos ahora las cosas de modo que ella no pueda en el futuro cambiar de opinión. Tenemos para reflexionar un tiempo de treinta días, durante los que para esto por parte de ellos... más...

II

...Ellos, pues, estaban dedicados a deliberar sobre sí mismos. Pero pronto recorrió toda la ciudad el rumor que anunciaba sus maquinaciones y nadie hablaba de otra cosa que de la boda. Todos estaban preocupados pensando en lo grosero de su amenaza, y principalmente cuántos ciudadanos, que tenían también ellos la capacidad de regir la ciudad, iban a pretender a Quíone. Pero en efecto, ninguno de ellos se atrevía a solicitar la mano de la muchacha después de ellos.

Quíone, al enterarse de esto por su madre, ya no...

III

—...y Megamedes es esperado, y nosotros hasta ahora, pese a haber movido todos los resortes, no hemos pen-

sado, como quien dice, nada para nuestra salvación. Ningún motivo te ha dado Megamedes para que lo abandones. De modo que reflexiona qué es preciso que hagamos nosotros, pues yo por mi parte no veo salida alguna.

Y Quíone dijo:

—Tampoco yo encuentro nada para salvarnos. Sólo esto te digo: si no podemos vivir juntos, dando él la orden de que se me aleje de las lágrimas que el dolor me hace fluir, nos queda por último el morir juntos. Y ya no tenemos que hacer otra cosa que mirar cómo puede hacerse de un modo decoroso. Pues olvidándonos nosotros de lo...

Fr. 4

HERPILIS

Fragmento de papiro, *PDubl.* C 3, recogido en Zimmermann n.º 8, en que se conserva una columna entera de 60 líneas y restos de las otras dos de izquierda a derecha. Por su letra puede datarse cómodamente en el siglo II d. C., incluso a principios de este siglo. De la columna III solamente se conservan las primeras letras.

Se trata de la descripción de una terrible tormenta que produce la separación de la pareja de protagonistas, escrita con un tono muy dramático y lleno de sentimiento.

HERPILIS

I

...el cual... del cuidado... lanzándose... de la mayoría... nubes... ellos presentándose... juró... la voz... fuera... desembarcando...

II

...En las ensenadas, junto al mar, amistosamente nos exhortaban a quedarnos allí al día siguiente, por ser el tiempo desfavorable (y en efecto, pasaba desapercibida entre las señales del tiempo una pequeña nubecilla que se había levantado), y a entregarnos al placer (el más claro presagio para detener la partida es la invitación de un amigo).

Y yo quería quedarme, pero los pilotos estaban divididos. El nuestro nos impulsaba a hacernos a la mar, pero el de la nave grande conjeturaba por diversos indicios una gran tormenta, quizá imposible de superar. En resumen, decidimos emprender la travesía.

Así pues, abrazándonos uno a otro y elevando un lamento como el del alción[1], tras embarcarnos cada uno

[1] El alción es un ave mítica o simbólica, identificada con el Martín Pescador, cuyo canto tenía a los oídos griegos una nota melancólica y triste, cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los Tauros*, 1089.

en su nave gemíamos viéndonos uno al otro y lanzándonos besos con las manos.

La nave grande se aparejaba con más lentitud y nosotros nos hicimos a la mar más rápidamente. Mientras estábamos saliendo brillaba el sol, pero súbitamente el cielo se cubrió de negras nubes y de repente estalló un trueno grave y resonante, y nosotros ya no pudimos cambiar de opinión y volver atrás, pues a este trueno le siguió un viento de apretadas ráfagas que nos cogió por detrás.

La nave de Herpilis no se hizo ya a la mar, sino que se quedó en el puerto, llamándonos desde la muralla. Y nosotros nos vimos durante un corto momento y luego fuimos separados, pues sobrevino una violenta ráfaga del Este, desde el mismo promontorio, y ya no fue posible dar vuelta a la vela, pues el barco no pudo resistir los embates de las olas por babor.

Con las velas hinchadas a impulsos del viento y el foque izado nos apartamos de la ruta establecida y, pasando junto al Laceter[2], promontorio peligrosísimo, fuimos arrastrados al mar Crético[3], y no pudiendo divisar ya Nisiros[4] por la profunda oscuridad, isla a la que queríamos dirigirnos, pero nos lo impedía el no verla. Entregándonos al piélago destructor, no veíamos nada en ese momento que nos llevara a la salvación, y no sólo estábamos todos a la espera de la muerte, sino que incluso la deseábamos.

Entonces el mar, que se arrastraba desde una enorme distancia, dejó ya de encresparse con el fuerte viento, y dejando un hueco hacia el abismo en su reflujo, se levantaba hasta la misma altura de los montes, y estaba

[2] Promontorio de la isla de Cos, ahora Cabo Piperiá.

[3] Se trata de la parte del mar Egeo que, según TUCÍDIDES, IV, 53, está cercana a Creta, dividido del de Sicilia por la isla de Citera.

[4] Isla situada al Sur-Oeste de la costa asiática.

negro, oscurecido por la negrura circundante. Ráfagas de aire en inesperados torbellinos procedentes de todas las direcciones arrojaban al viento a una agitación ya no peligrosa, pero sí de terrible aspecto, trayendo unas simples torbellinos de viento, otras lluvia. El mundo entero a nuestro alrededor tronaba, y los relámpagos en apretada formación estallaban unos frente a otros en el cielo, y muchas veces vimos pasar cerca el fuego del rayo lanzado desde el cielo. No se sabía si era noche o día, pues era igual la oscuridad.

Fuimos inundados por el embate de las olas y por el diluvio que caía de la oscuridad, y no era posible ver ni la tierra ni el cielo (todo estaba envuelto en la noche cerrada). Unas veces aparecía por detrás la luz del día, y otras hacían irrupción las olas. Y muchas veces estallaron cortas llamaradas a ambos lados de la arboladura, sean estrellas, como dicen los marineros, dándoles el nombre de los Dioscuros, sean chispitas parecidas a las estrellas, aventadas por los vientos, que es imposible decir algo seguro sobre ello [5]. Todos se arrodillaban y elevaban preces...

[5] Se trata del fenómeno atmosférico conocido como «Fuego de San Telmo».

Fr. 5

METÍOCO Y PARTÉNOPE

Fuentes y datación

Hasta hace muy poco conocíamos de esta novela dos fragmentos, procedentes ambos de un mismo ejemplar y conservados en el Museo de Berlín. El mayor de ellos, *PBerol*, 7927, fue publicado por F. Krebs, G. Kaibel y C. Robert [1], y está recogido en la recopilación de Zimmermann con el número 6A.

El segundo de estos fragmentos, *PBerol.* 9588, correspondiente al número 6B de Zimmermann fue publicado por primera vez por este mismo autor [2].

El reciente descubrimiento por parte de H. Maehler [3] de un nuevo trozo del mismo papiro, que encaja además con estos dos y completa parte del fragmento que Zimmermann llama 6A ha hecho invertir el orden propuesto por este autor y variar gran cantidad de sus conjeturas, al reducir considerablemente la extensión de las líneas.

[1] F. Krebs, G. Kaibel y C. Robert, «Metiochos und Parthenope», *Hermes* 30 (1895), 144-150.

[2] F. Zimmermann, «Ein unveröffentliches Bruchstück des Metiochos-Parthenope Romans», *Aegyptus* 13 (1933), 53-61.

[3] H. Maehler, «Der Metiochos-Parthenope Roman», *ZPE* 23 (1976), 1-20.

Por ello seguimos para la traducción el texto dado por este autor [4].

La fecha del papiro, según su tipo de letra, puede establecerse en pleno siglo II d. C.

Maehler, por otra parte, niega la pertenencia a esta novela del fragmento *POxy.* 435 (que corresponde al número 6C de Zimmermann), por considerar que los argumentos a favor no son lo bastante concluyentes, ya que en último término sólo puede apoyarse la atribución del fragmento a esta novela en la aparición del nombre de Parténope. De acuerdo con estas dudas, incluimos nosotros este fragmento en nuestra traducción como dudoso, y seguimos para él el texto dado por Zimmermann [5].

Los personajes

La novela de Metíoco y Parténope es, como la escrita por Caritón, una novela histórica, que toma sus personajes del archivo histórico griego. Metíoco y Parténope son, como Quéreas y Calírroe, los hijos de hombres famosos de la historia griega.

El «rey» del que se habla en el diálogo que conservamos es el tirano Polícrates de Samos, cuyo nombre aparece ahora citado en el nuevo fragmento. Parténope, a la que los escolios a Dionisio Periegeta 358 [6] hacen originaria de Samos, sería, pues, la hija de este tirano, de quien hablan sin dar su nombre Heródoto [7] y Luciano [8].

[4] *L. c.*, pp. 5-7.

[5] Publicado y traducido también por ZIMMERMANN en *Philologus* 90 (1935), 194 ss.

[6] Cf. C. MÜLLER, *Geographi graeci Minores*, París, 1855-61, tomo II, p. 445.

[7] *Historia* III 124.

[8] *De Saltatione* 54.

También Metíoco y su padre son personajes históricos, como se ha podido aclarar ahora por la mención del hombre de Hegesípila, la cual, según Heródoto [9], era la hija del príncipe tracio Oloro que se casó en segundas nupcias con Milcíades, el cual tenía ya de su primera esposa un hijo de nombre Metíoco, el protagonista de la novela, el cual es, por este motivo, llamado en ella «Quersonesita».

La novela, por tanto, sería cercana a la de Caritón, de la que copia el procedimiento de extracción de los personajes. Si Caritón los toma de Tucídides, el autor de esta novela acude a Heródoto y quizá toma también de este historiador el punto de partida de la trama [10]: la noticia de la captura de Metíoco por los fenicios, los cuales se lo envían a Darío a Susa. Quizá el autor de la novela parta de aquí y haga que en el curso de su viaje el joven Metíoco consiga liberarse y llegue a Samos, donde se enamora de la hija del tirano, Parténope.

Después de la escena que conservamos vendrían los episodios de la separación de los dos amantes y de los viajes de Parténope en busca de su enamorado, tal como dicen las noticias de Eustacio.

La importancia del descubrimiento de Maehler es extraordinaria para la historia de la novela griega, pues viene a confirmar la idea de que las primeras novelas griegas eran del tipo de la novela histórica, y que por tanto el género procede directamente de la *Ciropedia* por un lado y de las biografías helenísticas por otro. Los autores tomarían sus personajes y sus tramas de los historiadores griegos por un lado y de las leyendas y sagas de personajes histórico-legendarios de Egipto y el Oriente próximo. Ahora bien, son auténticas novelas desde el momento en que tales personajes se desligan

[9] *Historia* VI 39.

[10] *Historia* VI 40-41.

de su leyenda personal o de su realidad histórica, para convertirse en centro de una intriga de amor y aventuras que poco o nada tienen que ver con la historia o leyenda conocida de tales personajes, quienes cumplen una función de simple ambientación, de encuadrar la acción en un marco histórico, del mismo modo que posteriormente surgen novelas en que se busca llevar la acción a zonas o países que permitan la introducción de detalles exóticos.

El tema

Es obligado hacer algunas consideraciones sobre la discusión del banquete, que es el tema del fragmento que se nos ha conservado.

El filósofo Anaxímenes propone un tema de discusión, el del amor, ante cuya mención se conturban los dos protagonistas, lo cual supone que estamos en un momento del principio de la novela, cuando aún no se ha declarado el amor de ambos.

Metíoco elabora un discurso sobre Eros en que contrapone la figura mítica y tradicional que el helenismo hace de este dios a un concepto más filosófico y racional del sentimiento amoroso. El tono[11] recuerda el de las discusiones retóricas de Aquiles Tacio, y principalmente el de las declamaciones retóricas de la comedia ática, como las de Eubulo o Alexis.

Esta novela debió ser muy famosa y muy conocida en época romana, pues sus protagonistas se encuentran, juntamente con Nino, en unos mosaicos que decoran la *villa* de un hombre rico en Antioquía[12].

---

11 Cf. C. García Gual, *Los orígenes de la Novela*, Madrid, 1972, p. 316.

12 Cf. la descripción y localización exacta de estos mosaicos en el artículo de H. Maehler arriba citado, *ZPE* 23 (1976), 1-3.

METÍOCO Y PARTÉNOPE

A) *PBerol.* 7927 + 9588

—¿Quién —dijo—, oh amigos, podría dar un juicio sobre esto? ¿Por qué ha de ser necesariamente indigno del matrimonio un Quersonesita? Si él es un compatriota, ...que sea también amigo. Si por el contrario es extranjero... El menosprecio de su padre... Yo enderezaré lo que está mal, colocándole a él en lo sucesivo en la más alta posición, para que sea más digno de ser aceptado por Parténope.

—Mi padre —respondió—, oh rey..., y que los dioses le concedan... pues es amante de su hijo. En verdad es la raza de las mujeres la más cruel para la conspiración... Desde Tracia y... mi madrastra Hegesípila, proveyendo por sus propios hijos, que por su juventud... y contra mí la revolución... aunque sufriendo dolores sin piedad... pero a mí en efecto completamente la división del pueblo... nadie sabe a partir de qué causa... empezó los males ...acechó... huí a tu casa y supuse que iba a conseguir la salvación.

Todos los amigos se maravillaron de lo valeroso y noble de sus palabras, y Polícrates, lleno de alegría dijo:

—Ahora, hijo, es el momento de beber. Es preciso echar fuera los sufrimientos con la bebida... podemos dedicarnos a la autonomía...

...mirando a Anaxímenes... nos dijo:

—Hoy..., una vez llegado el muchacho... haré una composición erótica bajo la inspiración de las Musas, planteando como tema la investigación del filósofo.

Por esta casualidad sintieron los dos turbadas sus almas, recordando su reciente pasión, pues temían... Metíoco, alegando que no tenía una palabra semejante ni un conocimiento conveniente...

—Son bufones —dijo— todos cuantos, sin haber participado de la verdadera educación siguen las antiguas mitologías que dicen que es Eros el hijo de Afrodita, totalmente joven, que tiene alas y un arco suspendido a la espalda y sujeta en su mano una lámpara, y con estas armas hiere cruelmente las almas de los jóvenes. De risa sería esto, en primer lugar que un niño que ya en época remota e incluso desde el mismo momento en que nació fue sometido al tiempo, no se haya desarrollado, y que, si los hijos engendrados por los hombres avanzan en edad con el tiempo, el que participa de la naturaleza divina permanezca siempre en adelante, como los eunucos, en la misma edad. Y sería también totalmente increíble el que, si Eros es un niño, recorra en persona toda la tierra habitada para disparar sus flechas contra las almas de los que encuentra en su camino, a los que quiera, y los inflame de tal modo que en las almas de los amantes se engendra un aliento sagrado, como en los poseídos por un dios, como saben los que ya han experimentado la pasión, que yo aún no la he experimentado ni lo desearía en absoluto.

Eros, por el contrario, es un movimiento de la mente producido por la belleza y aumentado extraordinariamente por la convivencia.

Quería él aún prolongar su discurso, pero Anaxímenes exhortó a Parténope a tomar parte en la investigación. Y ella, irritada con Metíoco porque no había confesado el estar enamorado de nadie y hacía votos para no estarlo en el futuro, dijo:

—Por los dioses, vacías son las fútiles palabras del extranjero, y no me parecen a mí verdaderas, porque en el mismo umbral de la educación los escritores y poetas, y los pintores y escultores nos han representado al dios como hijo de Afrodita...

B) *POxy.* 435

(Fragmento de dudosa atribución)

I

—...y cuando pueda usaré de mi capital.

Los de Corcira, tras oír esto alabaron a Demócares y cobraron ánimo, le dieron el talento de buena gana y lo tomaron como guardián de Parténope. Y por ser su dueño Eufranias, deseaban también todos informarse sobre la boda. Acordaron también con Alejandro todo lo demás, por la rapidez...

II

Resultando más creíble... oíste... la mía; cuatro, ...

Fr. 6

CALÍGONE

Se trata de dos trozos de un rollo de papiro escrito por un sólo lado, *PCair.* 47992 (=*PSI* 981). Está publicado en la recopilación de Zimmermann con el n.º 4 y es el texto de éste el que seguimos.

El papiro puede fecharse por su escritura en el siglo II d. C.

Por su contenido y por la coincidencia del nombre de Eubíoto, pensó Rostovzeff que quizá se tratase del resto de una novela escito-bosforana que habría usado Luciano en su *Toxaris*, pero Zimmermann, *o. c.*, considera imposible y forzada esta teoría.

Se trata de una escena típica de novela en que se presenta la desesperación de la protagonista al verse separada de su amante. Ella, Calígone, está en la tienda de un noble, Eubíoto, quizá por encontrarse en una situación de guerra.

...Ella, con la mente completamente enloquecida. Entrando, pues, a la tienda y arrojándose en la yacija[1] dio un grito grande y penetrante, fluyeron sus lágrimas a torrentes y desgarró su túnica.

Se cuidó Eubíoto de que nadie estuviese cerca de la tienda, sino que los hizo salir a todos pretextando que le habían anunciado algunas dificultades sobre los Saurómatas[2]. Y ella se lamentaba y gemía y maldecía el día en que había visto a Erasino en la cacería, y maldecía también a sus propios ojos, y hacía reproches a Ártemis diciendo:

—Tú me has acosado por tierra y por mar, por tu causa veo dos decisiones posibles y anhelo la peor.

Y dando vuelta tras vuelta a tan grandes desgracias tendió su mano a la daga. Pero precisamente la había

---

1 *Stibás*, que hemos traducido por «yacija», es el nombre que se da en griego al colchón de paja o materias similares que servía de lecho a los soldados en campaña.

2 Los Saurómatas eran el pueblo que habitaba la península de Tauros, cercana a la Escitia, donde se supone que se localiza la guerra de que habla esta novela.

retirado de su vaina Eubíoto, inmediatamente después de su entrada y sin que ella se diera cuenta. Y ella, mirándole, dijo:

—¡Oh tú, el peor de todos los hombres, que has osado tocar mi espada! Pues no soy yo ni una Amazona[3] ni Temisto[4], sino una griega, y Calígone, de ánimo más suave que ninguna de las Amazonas. Ea, tráeme la espada, no sea que te mate estrangulándote con las manos...

---

[3] En la turbación de su dolor, Calígone atribuye la acción de Eubíoto de alejar de ella su arma a miedo por sí mismo, como indica su comparación con las Amazonas, tribu mítica de mujeres guerreras, que mataban a sus maridos.

[4] Temisto es, asimismo, una mujer a la que se atribuye la muerte de un hombre. Hija del lapita Hipseo y esposa de Atamante, que se hizo infanticida por sus celos de Ino.

Fr. 7

LOLIANO

FENICÍACAS

Fuentes y datación

Conocemos esta novela por el papiro conocido como *PColon.* inv. 3328 de la Universidad de Bonn que nos ha conservado una serie de fragmentos de ella además de una *subscriptio* al fr. A 2 *Verso* donde consta el título y el nombre del autor: Loliano, *Fenicíacas libro I*.

Los dos fragmentos principales de este papiro han sido publicados por A. Henrichs[1], con correcciones del mismo autor en una publicación posterior[2]. Después de publicados se ha atribuido a esta misma novela el fragmento que Lavagnini[3] titula *Glauketes* y que corresponde al *POxy.* 1368[4].

---

[1] «Lollianos. Phoinikika. Fragmente eines neuen griechischen Romans», *ZPE* 4 (1969), 205 ss.

[2] «Nachtrag zu Lollianos Phoinikika», *ZPE* 5 (1970), 22.

[3] B. LAVAGNINI, *Eroticorum Graecorum fragmenta papyracea*, Leibniz (col. Teubner), 1932, pp. 33-34.

[4] Cf. A. HENRICHS, «Lollianos und *POxy.* 1368», *ZPE* 6 (1970), 43-44.

El mismo Henrichs[5] ha publicado posteriormente los textos del *P. Colon.* inv. 3328, en una cuidada edición dotada de una extensa y documentadísima *Introducción* y un amplio comentario. Para nuestra Traducción hemos seguido los textos de esta edición, en tanto que para *POxy.* 1368 hemos utilizado la de Lavagnini.

En cuanto a la fecha, el papiro de la universidad de Bonn tiene una letra datable en la segunda mitad del siglo II d. C. Escribe Loliano en la época del apogeo del género novelesco, es más o menos contemporáneo de Aquiles Tacio y como un siglo anterior a Heliodoro y sus *Etiópicas.*

Autor y título

Ambos datos nos son conocidos por una *subscriptio* a uno de los fragmentos. El título *Feniciacas* es normal en la novela griega y responde al mismo esquema de titulación que las *Efesíacas* de Jenofonte, las *Babiloníacas* de Yámblico o las *Lesbíacas* de Longo. El titular las novelas con los nombres de sus protagonistas, como ocurre con la de Longo, que es más conocida como *Dafnis y Cloe*, es una costumbre bizantina que se extiende probablemente a partir de los casos en que el título primitivo se habría perdido.

En cuanto al autor, no sabemos nada de él. A. Henrichs se opone a la identificación de este Loliano con el sofista del mismo nombre que fue profesor de Retórica en Atenas en época de Adriano o Antonino Pío, defendiendo que una personalidad prominente de la vida pública como este profesor no habría podido permitirse

[5] A. Henrichs, *Die Phoinikika des Lollianos, Fragmente eines neuen griechischen Romans*, Papyrologische Texte und Abhandlungen 14, Bonn, 1972.

escribir y difundir con su nombre un tipo de novela tan lasciva como serían las *Feniciacas*[6].

El tema

Los dos fragmentos que hemos traducido del papiro de la Universidad de Bonn concuerdan totalmente con el título transmitido, ya que apuntan a dos instituciones que en la Antigüedad contaban como típicamente fenicias: la prostitución sagrada y el sacrificio ritual de muchachos.

La escena de amor del fr. A 2 *Recto*, que choca con la moralidad de la novela griega en cuestiones sexuales, hace suponer que Persis no es la protagonista, sino que juega en la novela un papel similar al de Manto en Jenofonte de Éfeso, o más bien al de la Licenio de Longo. A ello apunta también su propio nombre, que concuerda con otros nombres de heteras de la misma formación.

Su papel respecto al protagonista es similar al de la citada Licenio: ambas le introducen en la experiencia del placer erótico. En este sentido la transposición que supone el uso del término técnico *diakórēsis* «desfloración»[7] referido a un hombre concuerda con las palabras de Licenio (Longo III 19, 3): «Recuerda que fui yo quien te hizo hombre antes que Cloe.» Es este papel de quien disfruta las «primicias» de un compañero en amor el que hace que sea ella quien trate de pagar a Andrótimo por haberle ofrecido su virginidad, entregándole sus joyas, que él no quiere aceptar.

Respecto al sacrificio ritual del fr. B 1 hemos de decir que se encuadra en el tipo de sacrificios humanos de que nos hablan los antiguos como rito para ligar entre

[6] Cf. *ZPE* 4 (1969), 213.
[7] Ver nota a la traducción.

sí una banda militar o paramilitar de conjurados. Dión Casio[8] atribuye este tipo de sacrificios a Catilina, y el mismo ritual lo cuenta este autor referido al levantamiento de los *Boukóloi*[9], pastores egipcios, ocurrido el año 172 d. C., y lo usa Aquiles Tacio en su novela[10].

Estos *Boukóloi* habitaban la zona oriental del Delta del Nilo que para Jenofonte de Éfeso[11] contaba como Fenicia, y de hecho los sacrificios de muchachos se consideraban como típicamente fenicios y se le atribuyen a Heliogábalo, el emperador procedente de Fenicia[12].

Por otro lado, el ritual del juramento propiamente dicho es típicamente griego. En los sacrificios, el corazón, que pertenece a las «entrañas», era comido antes del verdadero banquete del sacrificio, y en los rituales de juramento como es éste los participantes pronuncian la fórmula del juramento tocando las entrañas de la víctima con las manos. Se consideraba que la fuerza de tales juramentos aumentaba si los participantes comían después las entrañas juntos.

El fragmento de *Glauketes*, que concuerda con éstos en el tipo de lenguaje y estilo, se inscribe por el tema en el mismo ambiente macabro y mágico, con la aparición de un espectro a Glaucetes durante un viaje.

8 DIÓN CASIO, XXXVII, 30.
9 DIÓN CASIO, LXXIV, 4.
10 III 15, 4 ss.
11 *Efesíacas* III 12, 1.
12 Cf. *Hist. Aug.*, *Vita Heliog.* 8, 1 ss.

FENICÍACAS

P.Colon. inv. 3328

A) I *Recto*

... y el nombre... ordenó. Y como ninguno de ellos... para dar la vuelta. Y en ese momento... los muchachos ayudantes salieron... arrojaron desde la terraza...[13] a los vueltos boca abajo... y al mismo tiempo permaneciendo sobrios. Y él... se alejó y las mujeres de nuevo... continuaron danzando...[14] en la danza unas a otras. Ella por su parte... sino que en primer lugar... de aquella. Luego se calló... a Glaucetes y otra cosa... Y ella... se levantó... Y Persis, besando la cabeza...[15].

II *Recto*

... a Persis... convenciéndola, y me llevó a una habitación apartada, después de llamar[16] a las criadas, y

13 Quizá se trate del mismo edificio del fr. B 1 *Verso*. HENRICHS (*Die Phoinikika des Lollianos*, 1972) supone que se trata de un edificio rematado por una terraza, y aduce testimonios de este tipo de construcciones en la zona del Mediterráneo y Egipto.
14 El elemento de la danza hace pensar que estamos en una fiesta en honor de Adonis, cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 392 ss., y MENANDRO, *Samia* 46.
15 Sigo el texto propuesto por HENRICHS, *o. c.*, p. 105
16 Sigo el texto propuesto por HENRICHS, *o. c.*, p. 106.

encontré a Persis esperándome dentro. Y entonces experimenté por primera vez el amor [17]. Y ella, quitándose las joyas de oro que llevaba puestas me las entregó [18] como pago por la desfloración [19], pero yo rehusé tomarlas. Entonces ella llamó a Glaucetes [20], y cuando éste se presentó se las dio a él y ordenó al tesorero que le llevara a ella y le contase dos mil dracmas. Luego se volvió de nuevo a mí y no cesó hasta que la saciedad se apoderó de ambos y empezó a lucir el día... Fuera... y golpearon nuestra puerta. Y apenas... Y yo me quedé allí. Y Persis... su madre que volvía de la ciudad... la contempló e inmediatamente [le dio una bofetada] [21]. Y entonces se calló, porque... ambos... jurar... la muchacha... si no [le contaba] todo por completo... a ambos... alejas...; y a mí... Pero otras eran para mí las instrucciones... hermana... por la humedad... dijo... No contestó... mucho peor que él... al tercer... viendo... ordenó... De la concubina... y por la fuerza... y uno... de los amantes... adorable visión...

III *Recto*

... a las mujeres... completos...

---

17 Según la corrección de Dihle y que HENRICHS acepta en *ZPE* 5 (1970), 22, y que incorpora a su edición, *o. c.*, p. 107.

18 La iniciativa corresponde totalmente a la mujer. Los papeles típicos de la prostitución se han cambiado y es la mujer la que paga al hombre el haber disfrutado de sus primicias.

19 Es curioso el uso de un término como *diakórēsis*, que es el término técnico utilizado por los ginecólogos y sólo muy aisladamente en literatura erótica.

20 Corrección introducida en *ZPE* 5 (1970), 22, a causa de haberse encontrado este nombre en otros fragmentos. La mención de un personaje con este nombre ha producido la identificación con esta novela del episodio de Glaucetes del *POxy.* 1368.

21 Conjetura de Merkelbach, cf. HENRICHS, *o. c.*, p. 85.

IV *Recto*

... digno... látigo(s)... silencio... al punto... besando...

XI *Recto*

... Fiestas nocturnas.

XIII *Recto*

... a Glaucetes.

II (a) *Verso*

Feniciacas de Loliano, libro I.

B) I *Recto*

... le dijo:

—Avanza, oh hombre miserable. Pues al muchacho le ha llegado la hora de morir.

Al oírle les dijo:

—Oh hombres, ¿qué utilidad sacaréis de matar al muchacho?

—Tú mismo —le dijeron— eres el más experimentado para darle ánimos, a fin de que se muestre como un noble.

—¿Y por qué no iba a hacerlo (—dijo otro—), si ya muchas veces Andrótimo se le acercó y le dijo palabras de ánimo?

—¡Odioso de mí! —dijo—, ¿qué he hecho? ¡Pero vosotros moriréis de mala manera!

En ese momento se presentó otro desnudo, con un cinturón de púrpura en la cintura, y tirando boca arriba

el cuerpo del muchacho le hizo un corte golpeándole y le sacó el corazón y lo puso al fuego [22]. Luego, recogiendo el corazón ya asado, lo cortó en dos mitades. La parte de arriba la roció de harina de cebada y la impregnó de aceite, y cuando ya la tuvo suficientemente preparada la repartió entre los iniciados, y cuando todos tuvieron su parte les ordenó jurar por la sangre del corazón... que ni iban a desertar ni a hacer traición, aunque fuesen llevados a prisión o sometidos a tortura, ni aunque les sacasen los ojos [23]. E ingerir la mitad del corazón que quedaba... y preguntar a Andrótimo... a los de en medio... bebiendo... y le escanció de beber... y... otro... llevó todo. A aquél de los hombres le pareció...

Feniciacas de Loliano...

V *Recto*

...Persis

VI *Recto*

...guardianes

I *Verso*

... Por la canción... [24]. Del corazón del muchacho que... Devorar y lamer lo vomitado sobre la mesa.

[22] El ritual de comer primero el corazón concuerda con el del sacrificio normal griego y romano.

[23] Las palabras del juramento recuerdan las del de los soldados griegos y romanos. Se trata, por tanto, de un grupo militarmente organizado, una banda de bandidos o conjurados, muy verosímilmente pertenecientes a los Pastores egipcios de que hablamos en la *Introducción*.

[24] Verosímilmente se trata de un canto ritual, como era frecuente en los ritos mistéricos y como describe también TITO LIVIO en las *Bacanales* romanas.

Ellos lo cocieron de nuevo, y por su parte Andrótimo dando un gran grito dijo:

—He sufrido una gran desgracia, pues mi comida está aún cruda.

... y al mismo tiempo gritó:

—¡Es demasiado esa muchacha mal muerta!...

... Cesad de arrojar hedores de la boca y el trasero, pues bastante tiempo he resistido lo nauseabundo del olor. ¡Ea!, escancia la sangre del muchacho en la copa que es grande.

A ésta la llamaban ellos... y en ella, según me parecía, estaba representada la lucha de los Centauros y Lapitas... hacia él... y Andrótimo por su parte... y entristecido porque... en ese momento... el cinturón... que tenía... ataron. Y otros entraron sin decir nada.

... Y todos pasaron dentro y no quedaba ya nadie fuera. Abrieron las ventanas... cohabitaban con las mujeres ante la vista de Andrótimo... Cantaban, bebían y se dormían agotados.

Por su parte los once [25] colocados como guardianes de los cadáveres no bebieron mucho, sino lo suficiente para entrar en calor... Y cuando la noche iba por su mitad, en primer lugar a los cuerpos de los muertos... los desnudaron, no dejando ni siquiera la cinta [26] con la que la muchacha se sujetaba los pechos... Luego, levantándolos hasta la ventana, los arrojaron abajo [27], al... Y des-

[25] El que sean once los guardianes de los muertos es considerado por HENRICHS (*o. c.*, p. 122) como una reminiscencia del Colegio de los Once de Atenas, de quienes dependía la prisión y ejecución de los sentenciados a muerte.

[26] La mención de esta prenda concuerda con todo el clima erótico de la novela. Es un detalle que contribuye a darle color erótico a la escena.

[27] Este rito de arrojar cosas por la ventana, que recuerda lo que cuenta TITO LIVIO de las *Bacanales* romanas, era también típicamente fenicio. En la *Historia Augusta, Vita Heliog.*, 8, 3, se dice de este emperador que en determinadas ocasiones arrojaba

pués de esto se pusieron túnicas, unos blancas y otros negras, envolviéndose asimismo la cabeza, y, para no ser reconocidos, se untaron el rostro, los que iban de negro con hollín, y los de blanco con albayalde, y... salieron. Fuera, los de blanco caminaban por [los rayos del sol][28] y los de negro iban por los rayos de la luna. Y por su parte Andrótimo... pues no había posibilidad de escaparse de ellos. Y en efecto estaban custodiados... Decidieron advertir, si se marchaban, de modo que por necesidad... al taller del platero... hombre anciano... salvar...

POxy. 1368

Episodio de Glaucetes

C)

... enterrarla a ella apartándose un poco del camino. Yazgo, pues, bajo aquel platanero, y conmigo una hermosa muchacha, tras haber sido asesinados ambos».

Glaucetes, estupefacto como era natural que lo estuviera, no pudo pronunciar palabra en respuesta a éstas. Se limitó a hacer una señal de asentimiento y al mismo tiempo avanzó. Y el muchacho, al asentir él, desapareció. Glaucetes avanzaba con todas sus fuerzas y al mismo tiempo se volvía por si lo veía de nuevo, pero ya no volvió más.

---

cosas por las ventanas y desde las torres, incluso animales vivos. Con ello seguía un rito de su patria, Fenicia, tal como afirma LUCIANO en *De dea Syria* 58. El mismo rito forma parte de la fiesta que nos presenta el fr. A 1 *Recto*.

28 La conjetura *dià toû hēliou* no está totalmente asegurada, cf. edición de HENRICHS, p. 129. Los ritos mistéricos tienen lugar de noche, pero APULEYO, *Metamorfosis* XI 23, habla de la aparición simultánea del sol y la luna en los misterios de Isis.

Llegó, pues, ya de noche, a la colina y junto a ella había un río. Tras atravesarlo vio un establo abierto y en él un lecho simple y ordinario. Ató, pues, su caballo al pesebre y arrojándose sobre la yacija intentó dormir. Y en ese momento bajó una mujer por la escalera que llevaba al piso de arriba, abajo, al establo...

Fr. 8

YOLAO

El fragmento que titulamos Yolao es el correspondiente a *POxy.* 3010, que fue publicado por Parsons[1]. El texto que nosotros seguimos es el de la reedición comentada de Merkelbach[2], de quien tomamos también el título. Su fecha es el siglo II d. C.

Se trata de una escena de iniciación a los Misterios de Cibele, en que un sacerdote de esta diosa ya iniciado, un Galo, enseña a un neófito una fórmula de sabiduría secreta, en versos sotadeos, que él debe transmitir a Yolao, su compañero de iniciación.

El tono del texto es sin lugar a dudas satírico, tono al que ayuda el situar la escena en el marco de los ritos de Cibele, ya que los misterios de los Galos eran despreciados. Merkelbach compara con nuestro fragmento dos episodios de Petronio: las ceremonias de Príapo con Quartila *(Satiricón,* 16-26) y el relato de Circe y Enótea, la sacerdotisa de Príapo (126-139). En ellos aparecen unos elementos similares a los de nuestro fragmento: un intento de castración, versos sotadeos y una confesión.

[1] P. PARSONS, «A Greek Satyricon?», *Univ. of London, Inst. of Class. Studies Bull.* 18 (1971), 53-68.

[2] R. MERKELBACH, «Iolao», *ZPE* 11 (1973), 80-100.

El tono satírico se hace más evidente aún si observamos que los textos paralelos sobre otro tipo de ritos mistéricos citados por Merkelbach nos presentan tales ritos con un sentido positivo o al menos indiferente, en tanto que en nuestro fragmento los mismos elementos están vistos exclusivamente por el lado negativo.

En el propio texto hay indicaciones de que estamos en algún punto de una trama más amplia, de una novela: el neófito le dice a Yolao que conoce toda su vida anterior, la cual debía ser contada en episodios anteriores de la novela.

Tenemos por tanto ante nosotros un fragmento de una novela que en una gran parte de su trama debe referirse a ritos mistéricos y los parodia, exactamente igual que Petronio en los episodios antes citados.

YOLAO

Y se aprendió cuidadosamente el verso de cosas indecibles [3] nombradas por el Galo [4], con ayuda de las cuales iba a transmitirle las enseñanzas, para no equivocarse [5] causando daño a su compañero de iniciación y ganarse, una vez iniciado por varios caminos y bien enseñado, el llevar el vestido femenino y la corona.

Una vez completada su enseñanza se presentó ante Yolao, y encontrándole dentro gracias a la ayuda de la Fortuna le contó lo siguiente:

Yolao, noble sinvergüenza [6]*, salud, en silencio* [7]
el verso de iniciación... exhortación.

[3] *Apórrēta* y *didáskein* son palabras de la esfera religiosa. El neófito aprende unos versos sobre cosas que el sacerdote nombra «en secreto» por ser «indecibles». Tales «secretos» en el caso de los misterios de los galos hay que suponer que serían palabras nada santas.

[4] *Gállos* es el nombre dado a los sacerdotes de la diosa Cibele, los cuales eran eunucos, por lo que esta palabra se usa también con este segundo sentido. El nombre procede, según la leyenda, de un personaje, epónimo del río de Frigia de este mismo nombre, el cual, como prototipo de los sacerdotes de Cibele, se habría castrado a sí mismo.

[5] Se exige una exactitud ritual en el recitado de los versos, elemento también atestiguado en otros cultos mistéricos.

[6] *Kínaidos* es traducido por MERKELBACH como «Clown», mientras que PARSONS lo interpreta como «an eunuch dervish».

[7] La exigencia de un silencio ritual la conocemos en otros misterios. Así en el tíaso de Dioniso de Agripinilla había unos personajes denominados *sigetaí* (cf. *IGUrb. Rom.*, 160), y en el culto a Sarapis conocemos los *siopetikoí (P. Mich.*, 54).

Me he vuelto Galo por naturaleza..., oh Yolao, por ti...
Nicón... para que tengas como amigo a un Galo
[conocedor de todo lo indecible
Sé de quiénes has nacido tú, todo lo sé con verdad,
tu trato, la... el juramento [8] *lo sé*
el cadáver insepulto, por quién golpeado, de quién...
el bastardo... todo lo vergonzoso que ha nacido,
al cincel... [9] *lamento...*
y tu casa... tu madre y tu dormitorio lo sé
los llantos del padre, Tericlea, que tú comprendes
a Nicón, el sinvergüenza sin falsedad y las fiestas del
[nacimiento [10] *lo sé, sé la invitación* [11]*, el sinvergüenza...*
cómo se burló, cómo escapó...
dicen la liberación...
que tú vas a joder con engaños...
De modo que no me ocultes nada, pues yo soy fiel amigo
[tuyo por naturaleza
y quiero tu bien, Yolao...
y que conozcas. Pues ya está mediado el tiempo...

[8] Quizá se trata de un juramento prestado antes por Yolao, al comienzo de las ceremonias de iniciación, como se exige en otros ritos del mismo tipo.

[9] El cincel había modelado la primera estatua cultual, de Hera de Samos, de madera. Pero en el culto de Attis se cincelaba no de la madera un dios, sino de un hombre un *kínaidos*. En el culto primitivo la idea era que el iniciado debía hacer de sí mismo un dios.

[10] En el culto, el día de la iniciación era un cumpleaños espiritual.

[11] Sin duda la invitación a la fiesta de cumpleaños. Tenemos así «invitaciones» a la fiesta de Sarapis del tipo: «Te invita el dios al triclinio», y también se usaba este término de «invitar» para la llamada a los iniciados a la consagración.

Y a Yolao le enseñó el neófito cuanto había aprendido, y por su parte el Galo completo[12] se hizo creyente de Nicón, el amigo.

Nada hay mejor que un amigo verdadero
Ni la riqueza ni el oro. Es algo insensato
Tomar a la multitud a cambio de un amigo noble[13].

12 *Téleios* «completo» resulta aquí ambiguo, puede significar «entero, no mutilado» o por el contrario «sacerdote completo» = = «ya iniciado», «castrado».

13 Es una cita casi totalmente literal de EURÍPIDES, *Orestes*, 1155-1157; solamente se sustituye aquí el «ni la tiranía» de Eurípides por «ni el oro».

Fr. 9

SUEÑO

El fragmento del papiro *P. Univ. Mich.* inv. n.º 3378, publicado por Bonner[1] como parte de una novela, consta del resto de una columna de dieciséis líneas. De las siete primeras se conserva apenas la mitad de las letras, en tanto que las demás están completas. La fecha propuesta por Körte[2] para este fragmento es la de la mitad del siglo II d. C.

Alguien cuenta cómo se ha dado muerte a sí mismo por indicación de una visión. Parece el relato de un sueño, pero Bonner[3] propone atribuirlo a una novela por el lenguaje tan literario, que contrasta con las descripciones de sueños reales (como los del *Serapeum*, por ejemplo) que conocemos. Esta clasificación es, sin embargo, según Körte, aún dudosa.

1 C. BONNER, «A Fragment of a Romance», *Aegyptus* 13 (1933), 203-7.

2 A. KÖRTE, *Archiv für Papyrusforschung* 11 (1933), n.º 845.

3 *L. c.*, pp. 206-7.

SUEÑO

... otro... el día... de mí mismo... Saqué la espada, pero el fantasma me hizo una señal de que atacase y parecía que me daba prisa. En consecuencia, alegre y contento como si fuese a matar a un enemigo, me degollé a mí mismo. Y después que caí a tierra y perecí, reconocí al fantasma: era Severis[4] y...

[4] Severis, personaje que debía tener algún papel determinado en la trama, es un nombre egipcio.

Fr. 10

LA CRECIDA DEL NILO

El *PMichael.* 4[1] fue considerado en principio como parte de una obra geográfica, y así fue clasificado por Merkelbach, que incluso se lo atribuye a Hecateo de Abdera.

Recientemente S. West[2] ha hecho notar que el tono del fragmento y la elaboradísima forma de expresión no pueden conciliarse con la exposición de un tema científico. Parece que el autor tenía más interés en el tratamiento retórico del tema que en la mera descripción de unos hechos geográficos, y por ello piensa que se trata más bien de un fragmento de una descripción geográfica procedente de una de las frecuentes *ekfráseis* de una novela.

De esta autora, l. c., tomamos también el texto y la aclaración de las ocho primeras líneas, en tanto que para el resto seguimos la edición de Merkelbach, l. c.

[1] MERKELBACH, *Archiv für Papyrusforschung* 16 (1953), 112 ss., n.º 1117.

[2] S. WEST, «*P. Michael.* 4: Fact or Fiction?», *ZPE* 10 (1973), 75-77.

... al signo jeroglífico, vivían en una isla, ya que (x) es el séptimo signo en la escritura sagrada egipcia, el cual, calculado según las medidas locales, contiene catorce codos.

En efecto el río, al elevarse de nivel lleva solemnemente a la tierra habitada una gran cosecha [3], inundando Canopo [4]; y al salirse de madre irriga gran parte de la llanura con canales y muchas charcas, Canopo, convertido ya en isla y al llamado Tomis [5] y un perímetro de treinta estadios. Beneficia a los suelos egipcios y los entreteje con su aluvión de negro limo. Y ahora (esta zona) es un promontorio que se disputan Poseidón y el Nilo [6]. Y creo yo que es en esta región donde en primer lugar se produce el alimento humano. Pues la tierra y el..., tras secarse con muchos... alimenta dentro de sí tiernas raíces, y exprimiendo el dulce jugo de donde sale también el suelo alimentador de vacas, de las cuales leche abundante... y si...

3 El texto pone «mucha Deméter». Deméter es la diosa de la reproducción vegetal y de la cosecha, especialmente de los cereales.

4 Canopo, o Canobo, como pone este papiro y como también está atestiguado este nombre, es una ciudad del Delta del Nilo, situada en la desembocadura de uno de sus brazos occidentales.

5 Tomis es un antiguo puerto situado en la zona de la desembocadura del Nilo, cerca de Canopo. Su localización más precisa en la región no es segura.

6 Es decir, en la crecida el Nilo lo inunda todo y la región de Canopo se queda reducida a una isla rodeada por un lado por el mar y por otro por la inundación del Nilo.

Fr. 11

¡ENCONTRADO!

Hoja de un rollo de papiro, *PBerol.* 10535, recogido por Zimmermann n.º 7, escrita por un solo lado. Contiene el resto de dos columnas, separadas por un claro margen, cuya letra puede datarse a finales del siglo II o inicios del III d. C.

El fragmento pertenece sin duda a la parte final de una novela, ya que narra la salvación final de la heroína y la llegada de los dos protagonistas, al fin reunidos, sanos y salvos a su patria.

La semejanza de la situación de la columna I, con el intento de la protagonista de darse la muerte justamente un poco antes de reconocer a su amante (la escena del reconocimiento se ha perdido) recuerda extraordinariamente la del final del libro VII y principios del VIII de Caritón.

¡ENCONTRADO!

I

...rápidamente.

—¡Miente!

Y trayendo nosotros muchas palancas (sin que nos importase si estaba realmente alguien encerrado allí dentro o no) se produjeron los ataques de acuerdo con lo previsto, y ella se salvó juntamente con los demás.

...avanzando dijo:

—Me vengaré por los nuestros.

Y ellos:

—Por tí mejor.

Y él entonces se enteró de lo que querían ellos que hiciera y dijo:

—Os traeré la victoria bajo todos los puntos de vista, pues puedo ser vuestro guía en el ansiado regreso a la patria. Marchemos, y una vez repuestos recojamos nuestros bienes que han quedado en la costa.

—Has abandonado —le dijeron— a la muchacha, que en incongruente delirio está sumida.

Y dispersándose la encontraron con el cinturón...

II

... hombre... llegó... La contemplaban como si estuviese sola. Y les dieron escolta, unos asombrados y estupefactos por...

... se casó. Y en cuanto llegaron a su casa él descansó, y al llegar la tarde se levantaron para examinar en público la insolencia de Lido. Nadie faltó, y había un gran tumulto en torno a la casa, pues todos acudían allí a la vez. Y la madre entró la primera, precediéndolos, y la primera tomó asiento en un estribo y la gente común...

Fr. 12

ANTÍA

Este fragmento, *PSI* 726, recogido por Zimmermann, *o. c.*, n.º 9, consta de una hoja rota a izquierda y derecha con restos de tres columnas de las cuales la del medio es la mejor conservada. Su fecha puede establecerse entre el siglo II y el III d. C.

Se trata de un relato hecho en primera persona ante gran cantidad de público. Quizá es el resumen de las aventuras de los protagonistas hecho en el momento final de la novela.

A causa de la mención de Ártemis y la coincidencia de nombres de Antía y Euxino se creyó en algún momento que se trataba de un fragmento del supuesto original de Jenofonte de Éfeso, pero tal idea solamente podía basarse en una coincidencia de nombres.

A partir de lo conservado es difícil reconstruir el argumento, y el papel de algunos personajes, como Traseas o Lisandro, nos resulta ya irreconocible.

I

... Y eran tres..., como los que ayunan fortalecidos por las plegarias... Ni... de los prisioneros ni levantar a los acostados... después de limpiar el templo y lavar las manos y los pies y cualquier otra cosa que fuese... de las ofrendas de los señores... al pescante... en todas las edades; las calles estaban llenas de cantos de victoria. Coronó... al toxarca... porque había dirigido... aunque muchos se habían defendido de la acusación de asesinato. Y ella, cuando iba a abandonar la aldea, escondió en su seno una pócima, para que nadie se la quitara de nuevo. Y ella misma levantando...

II

«... que inscriba».

Y Lisipo, yendo hasta el mar con Euxino se enteró por sus conocidos de la situación de la política hasta el momento. Traseas era el jefe...; Talasía que había arrebatado... cuidaba a Traseas de Cleandro... pero Pasiclea... [1] y una se hizo a la mar sin ser vista por aque-

---

[1] Pasiclea es un nombre propuesto a modo de ejemplo por el editor, en el papiro sólo aparece la primera parte *Pasi*...

llos que le importaban; pues era en efecto cosa prudente, de modo que ella había recibido el alimento de las esclavas de Talasía. Y al ver a Antía huyendo y ocultar la pócima lo más posible, dejó que la cuidara para salvarse.

—Recibe —dijo— lo de Antía, queridísimo.

—No sé bien —dijo—, pues Lisandro a ella... le entregó lo necesario. Y Traseas se quedó estupefacto ante ella.

Estas cosas quedaron claras para todos. Y en cuanto a los demás, la fantasía y los relatos mezclados con la ficción que contiene lo increíble y extraña...

III

... y conseguí salvarme... de los Tauros...[2] aquellos... a Ártemis...[3] y engañando... ni yo mismo... a aquella...

[2] Los Tauros eran los antiguos habitantes de Quersoneso Táurica, hoy península de Crimea, pueblo salvaje que vivía de la rapiña y la guerra. Eran el resto de los Cimerios expulsados por los Escitas en el siglo IX a. C. según HERÓDOTO, *Historias*, IV 11.

[3] La mención de Ártemis puede hacer pensar en Éfeso como lugar de la acción de la novela, pero esta localización no es absolutamente necesaria.

Fr. 13

DESCRIPCIÓN DE PODERES MAGICOS

El *PMich.* inv. n.º 5, cuyo texto tomamos de la edición Dodds[1], fue considerado en principio como parte de un libro de recetas mágicas e incluido por ello por Preisendanz[2] en su recopilación de este tipo de textos.

Sin embargo, algunos detalles le diferencian de este tipo de papiros y hacen pensar que se trata de un fragmento de novela, que es la respuesta de un mago a alguien que ha solicitado su ayuda en la trama de una novela.

Nuestro fragmento está en primera persona, cosa excepcional en las fórmulas mágicas, y el mago confiesa su incapacidad para curar el amor, siendo así que los papiros mágicos están plagados de fórmulas de filtros amorosos. Esto y la disculpa artificial que da el mago para su impotencia («pues no lo produce la tierra por miedo al dios») encaja más en el mundo de la literatura cortés, de la novela.

[1] E. R. DODDS, «A fragment of a greek novel», en *Studies in Honour of G. Norwood*, Toronto, 1955, pp. 133-138. Publicado antes por C. BONNER, «A papyrus describing magical powers», *TAPA* 52 (1921), 111-118.

[2] K. PREISENDANZ, *Papyri Graecae Magicae. Die Griechischen Zauberpapyri*, Stuttgart, Teubner, 2.ª ed., 1973, tomo 2, n.º 34.

El argumento sería el de un padre que acude a adivinos y sacerdotes para que curen a su hija enferma de amor, como los padres de Antía en Jenofonte de Éfeso (I 5, 6-7).

Por las últimas líneas de la columna conjetura Dodds, l. c., que la muchacha se ha enamorado de un joven bello que se le aparece en sueños. Este tema procede, según Rohde, de Oriente, donde la reclusión de la mujer hace difícil plantear la primera toma de contacto y es conocida como leyenda referida a algunos personajes del mundo oriental. Si esta interpretación es correcta sería éste el único caso en que este tema del enamoramiento a través del sueño es utilizado por un autor griego en la trama de una novela.

En cuanto a la fecha, Bonner propone el siglo II d. C., pero Preisendanz acepta mejor una datación del II-III después de Cristo.

K. Reyhl[3] sitúa este papiro entre los fragmentos de la novela de Antonio Diógenes, lo cual le obliga no sólo a retrotraer su fecha a la de este autor, sino también a replantear totalmente la interpretación de su contenido. Supone que el mago que habla es Paapis y que todo el asunto se refiere a una intriga amorosa de la que Dercilis sería el centro. A nuestros ojos la evidencia que el solo fragmento nos proporciona no es suficiente aval para una interpretación como la que este autor propone.

[3] K. Reyhl, *Antonios Diogenes.* Untersuchungen zu den Roman-Fragmenten der «Wunder jenseits von Thule» und zu den Wahren Geschichten» des Lukian. Tubingen, 1969, pp. 14-20.

DESCRIPCIÓN DE PODERES MÁGICOS

... se detendrá, y si se lo ordeno a la luna, descenderá, y si quiero impedir el día, permanecerá la noche, y si pedimos de nuevo la luz del día no se marchará, y si quiero atravesar el mar no necesito nave, y si ir por el aire me elevaré[4]. Sólo para el Amor no he encontrado un filtro capaz ni de inducirlo ni de curarlo, pues no lo produce la tierra por miedo al dios. Pero si alguien lo tiene y lo da, yo le ruego y le suplico: «Dádmelo, quiero beberlo, quiero emplearlo.» ¿Dices que a tu hija se le aparece una bella sombra en sueños, y eso te parece extraño? Cuántos otros se han enamorado de objetos anormales...[5].

[4] Es la descripción habitual de los poderes que se atribuye un mago: dominio del movimiento de los cuerpos astrales, levitación y capacidad de andar sobre las aguas.

[5] Le consuela en la forma tradicional, recordándole que también otros han pasado por los mismos males, cf. Eurípides, *Alcestis*, 417, *Hipólito*, 439 y 462 ss. por ejemplo.

Fr. 14

DIONISIO

El *PSI* 151, recogido por Zimmermann, *o. c.*, n.º 5, contiene el resto de una columna muy deteriorada, escrita en cursiva del siglo III d. C. en su reverso. El *Recto* de este papiro contiene unas cuentas.

Escena de banquete en casa de un soberano oriental. Durante él un tal Dionisio obtiene, como premio a la victoria, a una Reina, sin duda apresada en el curso de una acción de guerra. El fragmento recuerda la situación de Estatira en Caritón (libros VII y VIII).

... y sátrapas y magnates y muchos amigos. Cada uno se reclinaba en el lecho en que lo hacía siempre. Y la reina, la esposa de..., estaba colocada más allá de él, adornada por su extraordinaria belleza. Y a la mitad de las libaciones el rey, cambiando su apoyo de un brazo a otro, tendió la copa que tenía a Dionisio y al mismo tiempo, haciendo una libación a Apolo dijo:

—Dionisio, yo, un viejo, brindo por tu victoria y te entrego el premio de ella a ti, un hombre joven. Serás inscrito entre mis amigos [1]. Te llevarás a la reina como trofeo. Marcha a tu casa con estos dones.

Y él le respondió:

—En verdad, oh...

---

[1] El título recuerda el que el Rey Persa le otorga a Dionisio en Caritón, VIII 5, 12.

Fr. 15

SESÓNCOSIS

Fuentes y datación

Conservábamos hasta ahora de una novela sobre Sesóncasis solamente un fragmento, *POxy.* 1826 publicado por Zimmermann, *o. c.*, n.º 2 y datado por este autor en el final del siglo III o quizá ya en el IV d. C.

Recientemente S. West[1] ha identificado varios nuevos fragmentos de la misma novela, uno de ellos ya publicado en *POxy.* 2466 como fragmento de una obra histórica, pero donde esta autora lee una vez el nombre de Sesóncosis, que no aparece en la *editio princeps*, y otros procedentes de distintos trozos del mismo papiro donde Sesóncosis es repetidamente nombrado. Desdichadamente de estos últimos no existe aún publicación, ya que S. West anuncia su aparición en el tomo 47 de *POxy.* previsto para 1979. Este nuevo papiro puede ser cómodamente datado en pleno siglo III d. C. según S. West, *o. c.* y J. R. Rea en la edición de *POxy.* 2466.

1 S. West, «The Sesonchosis Romance», *Erotica Antiqua* (Acta of the International Conference of the Greek Novel, 1976), Bangor, 1977, pp. 47-48.

Tema y personaje

Se trata sin duda de una novela que, como la de *Nino*, incorpora personajes de la saga y leyendas orientales, también en este caso en torno a una trama amorosa, según anuncia S. West a partir del examen de los nuevos fragmentos arriba citados.

Sesóncosis es un Faraón egipcio, que los griegos conocen también como Sesostris o Sesoosis, y cuya leyenda se origina en las hazañas y conquistas de los históricos Senwosret I y II, de la XIIª Dinastía. La saga de este Faraón era ya conocida por Heródoto *(Historias* II 102-11).

Este personaje se convirtió en un foco de sentimientos nacionalistas egipcios, hasta el punto de que en una obra como la *Novela de Alejandro*[2], marcadamente Egipto-céntrica, es nombrado este emperador como el «nuevo Sesóncosis», estableciendo un paralelo entre la saga de estos dos conquistadores.

2 Puede consultarse la traducción de esta novela hecha por C. García Gual para esta misma colección (Madrid, 1977).

SESÓNCOSIS

En el *POxy*. 1826 se da cuenta de una conversación entre Sesóncosis y un hijo suyo al que desea hacer contraer un determinado matrimonio. Un amigo le exhorta a someterse. Zimmermann, cuya edición seguimos, propone la sucesión Verso-Recto de las dos partes del papiro.

I

—...¡Sesóncosis... y consigue aquello a lo que aspiras! Con seguridad el presente es para ti duro, pero también otros muchachos tienen lo que los dioses les han asignado. Y tú, aunque de ningún modo quieres hacer lo que se te ordena, puesto que tales cosas no te suponen peligro alguno, ten sensatez.

En ese momento se presentó el propio rey en persona y ellos lo vieron. En pie, al lado mismo de uno de los mormilones [3] (tenía extranjeros como guardianes) calificó de gran felicidad el don de ser sacerdote e invocó a Eros como protector de su hijo. A continuación Sesóncosis partió a las tierras bajas, para hacer los preparativos de la fiesta fuera de toda duda.

[3] *Mormillon* es la transcripción del latín *murmillon*, que era un tipo de gladiador que luchaba con armas pesadas. Cf. ROBERT, *Les Gladiateurs dans l'Orient Grec*, Amsterdam, 1971, pp. 65 ss.

II

...con plenos poderes... Suponiendo que tras el viaje su hijo tendría un pensamiento más sensato, volvió de las tierras bajas y permitió en lo sucesivo que fuese educado con los de su edad por los caballeros y los soldados de infantería pesada como es costumbre entre los reyes. Y cuando llegó a la edad exacta que marca la ley, el muchacho se presentó ante su padre y dijo:

—Padre mío, mi señor, tú has sido elegido por los dioses de nuestros antepasados para que me hagas donación de todo tu poder, esto, por Zeus, te lo recuerdo yo mal de mi grado. Pero yo, que tiendo a lo más alto, deseo convertir tu reino en mayor y más poderoso para siempre...

Fr. 16

OLENIO

El *PSI* 725, republicado por Zimmermann, n.º 11, contiene una sola columna con letra del siglo III o III-IV d. C. Hay una traducción de este autor en *Symbolae Osloenses* 15-16 (1936), 101-110.

En tono tragicómico se nos cuenta la historia de un rey que sale de su palacio de noche en busca de una esclava de la que está enamorado, es seguido por su esposa y finalmente son atrapados ambos por sus propios soldados. Puede tratarse de una novela de ambiente pastoril, pero la escena tal como se nos cuenta encajaría en muchos otros contextos.

... y después al poco tiempo me ocurrió un segundo incidente desagradable y penoso, aunque, sin embargo, me recuperé de él más rápidamente de lo que creía. Estaban en la recolección de otoño todas excepto nosotras, las que apacentábamos las cabras, juntamente con los guardianes de las esclavas recién compradas, sin posibilidad de contacto alguno con Olenio.

Él, desde su reciente herida de amor, vivía como un esclavo, encerrado en una habitación, pues su alma penaba. Y en cierta ocasión, cuando se cerraron las puertas del gineceo, se levantó de su lecho Olenio inflamado de amor. Pero su esposa se dio cuenta de que se había levantado y al punto se puso a seguirle. Y cuando los centinelas los vieron escapándose, corrieron a los pastos, porque sospecharon que éramos nosotras las que huíamos de allí. Y rápidamente llevaron antorchas y los reconocieron a los dos, que ya se volvían. Y él en persona la llevó en derechura por entre los centinelas hasta el palacio. Y como ni siquiera me había visto, al llegar a las puertas una niebla le nubló los ojos. Estaba enamorado de mí, y no habiendo obtenido mi amor...

Fr. 17

FINAL EN ARMONÍA

El *PBrit. Mus.* 1847 A, que republica Zimmermann con el n.º 13 es un pequeño fragmento que conserva los restos de dos columnas de alrededor de veinticinco líneas, escritas en unciales del siglo VI d. C.

Fue considerado como fragmento de novela por Milne[1] y Körte[2], pero para Zimmermann es aún dudoso el género literario al que debería adscribirse.

---

1 J. M. MILNE, *Catalogue of the Literary Papyri in the British Museum*, Londres, 1927, n.º 194.

2 A. KÖRTE, *Archiv für Papyrusforschung* 10 (1932), 234, n.º 776.

En la columna I un grupo de viajeros van al templo de *Zeús Sotér* a dar gracias y esperan en vano la epifanía del dios. Después se entabla una discusión con un esclavo, en la que el propio narrador interviene como mediador.

En la columna II el grupo, invitado a un banquete, se comporta groseramente, hasta que el canto de un himeneo maravilloso devuelve la calma a la situación.

I

... sin ver a Zeus pese a sus esperanzas, aunque permanecieron mucho tiempo en aquel templo, y se volvieron con el rostro sombrío y se encontraron con nosotros.

Yo me quedé atrás y me adelantaron algunos que ya marchaban al baño, y como encontraron las puertas cerradas se pusieron a lanzar impías acusaciones contra uno de los sirvientes. Pero el esclavo permaneció en silencio y yo me quedé estupefacto, de modo que, sin saber nada de la antedicha insolencia les pregunté, acercándome al punto, a dónde querían ir. Y en primer lugar dijeron:

—Todos buscamos a Aristandro.

Y luego llamaron al resto de los amigos a mi casa [armando jaleo][3] como borrachos en la ciudad. Y tras recorrer el camino llegaron...

II

... tanto... a la bebida. Cuando fue ya la medianoche se levantó del banquete y empapado en vino y como excitado por Baco cantó un himeneo muy extraordinario, e incluso yo me sentí contento en mi corazón. Y así, con su respetuosa canción calmó la arrogancia de quienes eran en exceso jóvenes y la cólera del dueño. Y Atalo, como cautivado por él, cesó de hacer chanzas (pues se dio cuenta del significado del canto), y en primer lugar él mismo ordenó que se quedasen y que el banquete se volviera hacia asuntos musicales como aquél.

[3] De las dos conjeturas que propone Zimmermann en su edición para llenar esta laguna del papiro he elegido *Boóntes*.

Fr. 18

UN BANDIDO ASTUTO

PBrit. Mus. 2037 D, republicado por Zimmermann, n.º 12, consta de una sola hoja de un libro de papiro. Puede fecharse en el siglo VI d. C.

Para Zimmermann, *o. c.*, la pertenencia del fragmento a una novela es dudosa, aunque él mismo reconoce que es bastante verosímil.

UN BANDIDO ASTUTO

Se cuenta en este pequeño fragmento la historia del rapto de una muchacha. Habla su salvador, no sabemos de cierto si en un relato continuado o si se trata de un diálogo con la madre de la muchacha.

—...al hermano, que era sumamente extravagante en todo, y tu hija no es precisamente hosca. Y el ladrón es agradable por su cordialidad, pues en efecto el ser amable es cualidad propia de bandidos.

—Pero —dijo— no pensé que tal hombre fuera un ladrón y no el dueño de la finca, cuando se me llevó así. Y él por su parte, porque le ordené mostrarme sus propiedades, pronto, inflamado de deseo...

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

FRAGMENTOS NOVELESCOS